OBRAS COMPLETAS

DEL CONDE

JAVIER DE MAISTRE

PRECEDIDAS DE UN ESTUDIO ACERCA DEL AUTOR

Por SAINTE-BEUVE

de la Academia Francesa.

VERSIÓN CASTELLANA

POR ARTURO VINARDELL ROIG

PARIS

GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

1891

OBRAS COMPLETAS

DEL CONDE

JAVIER DE MAISTRE

ÍNDICE

PARÍS. — TIP. GARNIER HERMANOS, 6, RUE DES SAINTS-PÈRES. 18088-8-00.

ESTUDIO

ACERCA DEL

CONDE JAVIER DE MAISTRE[1]

Hemos tenido ya ocasión, en esta serie de estudios acerca de escritores franceses, de incluír en ella á más de uno que no había nacido en Francia, y de causar cierta extrañeza al lector al ver las alabanzas prodigadas por nosotros al rededor de algún nombre nuevo. Á lo menos éste —

1. Este estudio acerca del conde Javier de Maistre fué escrito por Mr. Sainte-Beuve en 1839, con ocasión del único viaje que aquél hizo á París en dicha época. El autor de los *Retratos contemporáneos* se apresuró á recoger, á su paso, los rasgos de la figura de aquel hombre sensible, á la vez que de aquel talento afable. Así puede decirse que este trabajo, más que juicio, es un bosquejo al natural.

ESTUDIO

ACERCA DEL

CONDE JAVIER DE MAISTRE[1]

Hemos tenido ya ocasión, en esta serie de estudios acerca de escritores franceses, de incluír en ella á más de uno que no había nacido en Francia, y de causar cierta extrañeza al lector al ver las alabanzas prodigadas por nosotros al rededor de algún nombre nuevo. Á lo menos éste —

1. Este estudio acerca del conde Javier de Maistre fué escrito por Mr. Sainte-Beuve en 1839, con ocasión del único viaje que aquél hizo á París en dicha época. El autor de los *Retratos contemporáneos* se apresuró á recoger, á su paso, los rasgos de la figura de aquel hombre sensible, á la vez que de aquel talento afable. Así puede decirse que este trabajo, más que juicio, es un bosquejo al natural.

el del conde Javier de Maistre — es bien conocido de todos, y no son necesarias precauciones para tratar de él. Nuestro autor no había estado jamás en París antes de este invierno; no había hecho, otra vez, sino atravesar apenas un pequeño rincón de Francia, cuando, hacia 1825, regresaba á su patria, Saboya, viniendo de Rusia, y se dirigía de Estrasburgo á Ginebra pasando por Besanzón. Habiendo permanecido desde entonces muchos años en Nápoles, en esa tierra de sol y olvido, no advirtió que, durante ese tiempo, se convertía aquí, entre nosotros, en uno de nuestros más conocidos y más estimados autores. Cuando llegó á su verdadera patria literaria, su sorpresa fué tan grande como su gratitud : se había creído extranjero, y todos le hablaban de la *Siberiana*, del *Leproso*, de los mismos que fueron sus viejos y predilectos amigos.

Es indudable, y consignarlo es complacerle, que la fama adquirida por su ilustre hermano entra por mucho en esta especie de popularidad encantadora que se destaca de su figura con tan aparente contraste. Las paradojas elocuentes, la dicción brillante y los magníficos anatemas de su glorioso hermano mayor, han provocado en torno de esta elevada personalidad una multitud de ad-

miradores ó bien de contradictores, una especie de motín apasionado, maravillado ó revuelto, una cantidad de miradas, en fin, de las cuales se ha aprovechado de soslayo, sin saberlo, la dulce y modesta estrella que las descansaba de los rayos caniculares del astro á veces ofensor y deslumbrante. Cualquiera que fuese la desigualdad de ambos cuerpos luminosos, su apariencia es tan diversa, que la más brillante no ha extinguido á la otra y más bien ha servido para hacerla resaltar. ¡Feliz y piadoso destino! la vocación literaria del conde Javier está por entero sometida á la influencia del conde José. Escribe por casualidad; le comunica, mejor, le abandona su manuscrito; le deja el cuidado de hacer de él lo que juzgue más á propósito : de antemano y á ojos cerrados se somete á su decisión, á sus censuras, y de la noche á la mañana se encuentra haber conquistado, al lado de su hermano, una modesta gloria, completamente distinta, que se refleja á su vez sobre la misma del primogénito, y cuyo tono deslumbrador parece atenuar, en cierto modo (¡oh recompensa!), comunicándole algo de su propio encanto. Fué en todos tiempos difícil cosa eso de llegar á abrirse paso el hermano menor de un gran escritor, de un hombre célebre ó sim-

plemente de un hombre á la moda, bien sea aquél un vizconde de Mirabeau, un Segur *sin ceremonias*[1], ó un Quinto Cicerón, ó bien un segundo de los Corneille. Para resolver la dificultad, no siempre basta el solo ingenio; lo más sencillo es que el corazón entre en la contienda. Federico Cuvier, estando moribundo, pidió hace cerca de un año que, por todo epitafio, inscribieran sobre la piedra de su tumba : *Federico Cuvier, hermano de Jorge*. Lo mismo diría seguramente el conde Javier en su piadoso y filial amor por su hermano. Hay que decir, con todo, á su respecto, que jamás le ocurrió representar semejante papel, ni nunca llegó á decirse que su situación en aquel sentido, era embarazosa... Ha comprendido, por el contrario, que nada era tan dulce como tener, cerca de sí, un alto abrigo para sus pensamientos, y así es cómo, á pesar de todo, él ha sabido sacar mejor partido de su situación que todos los hermanos menores de grandes literatos : ha conquistado dignamente su puesto por lo ingenuo, lo sensible y lo encantador[2].

1. El vizconde de Segur, para distinguirse de su hermano cuando éste fué nombrado maestro de ceremonias bajo Napoleón, y también para burlarse un poco de ello, escribía á sus amigos firmando : *Segur sin ceremonias*.

2. El más antiguo de esos piadosos hermanos á que nos referi-

Aunque, en justicia, se conceda la parte que merece á la vocación singular y declarada de los talentos, no es en verdad sin una cierta preparación general y una cierta predisposición nacida del mismo terruño natal, que, á título de escritores franceses tan eminentes como son sin duda, se ha visto salir á Rousseau de Ginebra, á Benjamín Constant de Lausana y á los de Maistre de Saboya, á estos últimos, sobre todo, que abandonaron su país para ir á establecerse en cualquiera otra parte menos en Francia. En efecto, la Saboya pertenece estrechamente y por sus antiguos orígenes á la cultura literaria francesa: dejada de lado y como olvidada sobre la orilla, su formación es la misma. Sin remontar hasta la edad media, hasta la época caballeresca en que florecía, por cierto brillantemente, bajo una serie de valientes condes, el tallo de la antigua casa soberana de aquel país, pero en donde, salvo más amplia información, la huella literaria es menos evidente; sin referirnos completamente al tiempo del buen Froissart, concretándonos á edades más

mos, es seguramente Menelao, el buen Menelao, de quien decía Agamenón: Por momentos se detiene y se niega á obrar, no porque ceda á la pereza ó á la imprudencia: *pero se queda mirándome y espera*. (*Iliada*, X, 123.)

cercanas á nosotros, y después que el francés, propiamente dicho, se hubo desprendido del romance, encuéntranse algunos puntos salientes á partir de la aurora del siglo XVI : de los primeros libros franceses impresos (misterios, romances de caballería y otros) un gran número de ellos lo fueron en Chambery; encuéntrase por aquella fecha arzobispo de Turín á Claudio de Seyssel, el historiador de Luis XII é infatigable traductor : había nacido en Aix (Saboya). Emulando á Amyot en estilo mucho más que de Seyssel, el delicioso escritor Francisco de Sales, nacido en el castillo de su nombre, residía en Annecy; con su amigo el presidente Antonio Fabre, jurisconsulto célebre y padre de Vaugelás, fundaba, justos treinta años antes de la Academia francesa, una academia llamado *Florimontana*, en la cual la teología, las ciencias y también las letras estaban representadas : su convecino Honorato de Urfé formaba parte de ella[1]. Habían tomado como riente emblema, y esto sin duda á propuesta del simpático santo (pues salta á la vista la analogía que entre sí guardan él y el emblema) un naranjo cargado de flores y frutos, con esta divisia : *Flores fructu-*

1. *Ensayo sobre la universalidad de la lengua francesa*, por Mr. Allou.

sque perennes. Pero sopló el viento de los Alpes; el naranjo floreció poco y no tardó en morir. Con todo, este solo pensamiento indica ya un fondo preexistente de cultura. Vaugelás, el primero de nuestros gramáticos correctos y pulcros, había venido á establecerse en Francia procedente de Saboya. Era también de allí, y allí volvió, Saint-Real, escritor conciso y, en algunos rasgos profundos, precursor de Montesquieu. Apenas hubo nunca solución de continuidad en esta serie literaria verdaderamente notable; y Ducís se jactaba muy alto en Versalles de su origen *allobroge* cuando ya, del otro lado de los Alpes, estaba á punto de dejarse oír la voz de José de Maistre[1].

Por lo que hace al conde Javier, la naturalidad es su característica; el trabajo del estilo fué para él cosa secundaria. Había leído á nuestros buenos autores; pero se preocupó poco ó nada de las dificultades que implicaba la situación de escritor en el extranjero. Sin habérselo propuesto, encontróse ser un narrador gracioso, delicado y conmovedor; sin darse cuenta de cuan raro era ello en estos tiempos, supo guardar y cultivar discre-

1. Entre los autores franceses nacidos en Saboya, hay que contar también á Mr. Michaud, autor de las *Cruzadas* y de la *Primavera de un Proscrito*.

tamente bajo todos los climas su precioso tallo de olivo ó de naranjo...

¡Dichoso hombre él, y digno de envidia, que ha conseguido ver florecer en sí el arbusto ático, sin necesitar en ningún tiempo de recurrir al abono contenido en los lodazales de Lutecio! Lejos de nosotros, en Saboya, en Rusia, bajo el cielo de Nápoles, parecía conservarse adrede para venir á ofrecernos en su harto corta visita, á la edad de cerca setenta y seis años, al hombre más moralmente semejante á sus obras que haya jamás existido, al único quizá de nuestros tiempos completamente parecido y consecuente en el alma con su pasado; cándido, ingenuo, sonriente y dulcemente suspizaz, bondadoso en extremo, agradecido y sensible hasta el llanto y la ternura de sus primeros verdores; á un autor, en fin, que se asemeja tanto más á su libro cuanto que nunca soñó llegar á ser un autor.

Nació en Chambery, en octubre de 1763, de una noble y numerosa familia; tenía otros varios hermanos, además del que todos conocemos. Mientras que el conde José, dedicado á estudios de alto vuelo que parecían remontar á los tiempos de Antonio Favre y al siglo XVI, seguía en su carácter de magistrado y gentilhombre la carrera

parlamentaria y senatorial, el conde Javier ingresó en el servicio militar, pasando los primeros años de su juventud, así un poco á la buena de Dios, en diversas guarniciones del Piamonte. ¿Dominábanle en aquella época los gustos literarios y llenaba con ellos todos sus momentos de ocio? « En gracia á la verdad debo confesar, contestaba un día, sonriendo, á algunas preguntas mías sobre *orígenes*, que por aquel tiempo hice concienzudamente la vida de guarnición sin ocurrírseme el escribir y leyendo muy raras veces; es muy probable que nunca hubierais oído hablar de mí sin la circunstancia indicada en mi *Viaje al rededor de mi cuarto*, á la que debí el estar arrestado durante algún tiempo[1]. » Antes de ese ingenioso viaje, había llevado á cabo otro más atrevido y menos recluso, un viaje aeronáutico : partió, en efecto, en globo, de una campiña cerca de Chambery, yendo á caer á dos ó tres leguas del punto de ascensión. Un arresto á causa de un desafío, un viaje á la Montgolfier : todo esto son ciertamente aventuras de la juventud. Tenía veinte y seis ó veinte y siete años y era oficial en el regimiento de marina de guarnición en Alejandría,

1. En el capítulo III, en que habla de la *lógica* del duelo.

cuando escribió el *Viaje al rededor de mi cuarto*, por más que algunas de las alusiones que contiene se refieren á una fecha posterior. Esto es debido á que guardó el manuscrito durante algunos años, y á medida que el tiempo transcurría iba añadiendo á su sabor nuevos capítulos. En una visita que hizo á su hermano José en Lausana, hacia el 93 ó 94, llevóle aquellas páginas inéditas. « Mi hermano, dice él mismo, era á la vez mi padrino y mi protector; me alabó por esa nueva ocupación que había emprendido y se quedó con el borrador, que puso en orden durante mi ausencia. Al poco tiempo recibí de él un ejemplar impreso[1], y experimenté la misma sorpresa que un padre á quien le presentan ya adulto á un hijo dejado en mantillas. Esto me produjo una gran satisfacción, y en seguida púseme á escribir la *Expedición nocturna;* pero mi hermano, á quien comuniqué mi propósito, me lo desaprobó diciéndome que yo destruiría todo el valor que podía tener el primer libro si lo continuaba; me habló de un proverbio español que afirma que todas las segundas partes son malas, y aconsejóme que me

1. Edición de Turín, 1794. En París se publicó otra edición en 1796.

diera á buscar cualquier otro asunto. No pensé más en ello. »

Al repetir la lectura de aquel agradable *Viaje*, se aprende á conocer á su autor, mucho mejor que si se confesara él mismo con nosotros directamente : la obra es de suyo, por otra parte, un modo especial de confesión, bajo la forma ambigua, mitad en serio, mitad en tono de zumba. Domina en él lo que podría llamarse un dulce *humorismo*, si bien menos marcado que en Sterne, al que recuerdan, no obstante, muchos de sus capítulos[1]. Yo me inclino á ver más bien en él, por lo general, la gracia sonriente y sensible de Carlos Lamb. Sorpréndense allí las lecturas, los gustos del joven oficial, su alma cándida, natural, movible, abierta á un rayo del sol matinal, algunas rimas ligeras (más adelante hablaremos de ellas), algún pastel no menos ligero, su pasión por *pintar* y hasta, si es preciso, de disertar sobre ello : « Es el *delenda Carthago* de mi tío Tobías, » se dice él. Dante pintaba ya, como podía esto ha-

1. El capítulo XIX en que deja caer una lágrima de arrepentimiento por la brusca manera con que trata á Joannetti, y el capítulo XXVIII en que deja caer otra lágrima por haber hecho lo propio con Jaime, están escritos completamente al modo de Sterne.

cerse en su tiempo; Andrés Chenier pintaba también. ¿Qué más natural que manejar los dos pinceles? Mr. de Maistre ha meditado y razonado quizá mucho más acerca de aquella de ambas artes á la cual no debe seguramente su gloria: la otra la maneja sin tanto estudio y con menos conocimiento de los colores. Pero hasta para la pintura, y á pesar del aire de disertación que imprime al capítulo XXIV del *Viaje*, éste ha sido para él un medio de fijar en todo tiempo trazos preciosos, una feliz perspectiva, un valle alpestre, algún molino destacando en el horizonte, algún sendero costeando las cercanías de Nápoles, el banco de piedra en que él se sentó, en que ya no se sentará más, reminiscencias todas, en fin, de los diversos lugares que fueron para él una verdadera patria.

La suave malicia del *Viaje* se desparrama y se sigue en todas las distracciones de *la otra*, como él llama á *la bestia* por oposición *al alma;* la observación del moralista, encubierta bajo la forma de descubrimiento y de asombro, se produce y manifiesta en ellas en una multitud de rasgos que la candidez del giro no hace más que aguzar. Recuérdese, si no, ese retrato de la señora de Hautcastel (cap. XV), que, como todos los retratos y

acaso ¡ay! como todos los modelos, sonríe á la vez á cada uno de los que mira sin abandonar por esto el aire de no sonreír más que á un solo... ¡Pobre amante que se juzga ser el único mirado! Y esa rosa marchita (cap. XXXV), buscada, cogida en otro tiempo tan fresca y tan lozana en el invernáculo, un día de carnaval, con tanta emoción ofrecida á la señora de Hautcastel, á la hora del baile, y que ésta no se digna mirar siquiera, pues es tarde, la *toilette* se está terminando, faltan sólo los últimos alfileres y hay que ofrecerle un segundo espejo para examinar el efecto... « Durante algún tiempo sostuve un segundo espejo detrás de ella para que pudiese juzgar mejor de su tocado, y repitiéndose su fisonomía de espejo en espejo, observé entonces una larga serie de coquetas, ninguna de las cuales fijaba su atención en mí. En fin, ¿lo diré? que la rosa y yo estábamos jugando un triste papel... En el momento mismo en que la *toilette* comienza, el amante queda relegado al papel de marido y el baile solo disfruta la categoría de amante. »

De ese hermoso capítulo he podido extraer uno de los defectos que son ciertamente muy raros en el gracioso opúsculo : insistiendo en su último pensamiento, el autor añade que, si esa no-

che se os ve en el baile con gusto, es por la sola razón de que sois una parte integrante de la misma fiesta, constituyendo, por consiguiente, por esto solo hecho, una fracción de la nueva conquista : en suma, sois una *décima* de amante. Esta *décima* aparece aquí amanerada, hay que convenir en ello. Añadamos, de paso, que esas faltas de buen gusto, son muy contadas en Javier de Maistre. En cambio, su hermano, teniendo un estilo superior, cae en ellas á menudo, y á la legua deja comprender el rebuscamiento. Él, el autor del *Viaje*, es de ordinario la sencillez misma. Lo que le distingue entre los extranjeros que escriben en nuestra lengua y no han venido á París, es precisamente el gusto sencillo. En esto se parece á la señora de Charriere : un tal ejemplo no se había visto hasta la aparición de los de Maistre. Hámilton, siendo muy irlandés, había pasado á lo menos su juventud en la corte de Francia ó, lo que viene á ser casi lo mismo, en la de Carlos II.

No vaya nadie á extrañar ahora que yo alíe de esta manera la idea de la sencillez en el gusto con la de los centros donde éste suele ser más refinado. Hago constar un hecho; el mismo Javier de Maistre lo ha hecho observar á propósito

de su joven siberiana. « El estudio atento del mundo, dice, conduce siempre á los que lo han hecho con provecho á parecer sencillos y sin pretensiones, de suerte que se trabaja á veces mucho tiempo para llegar al punto por donde debiera empezarse. » Así ocurre que Hámilton es de gusto sencillo y fácil, como lo es el mismo Voltaire. El conde Javier ha preferido, por su parte, esa sencillez por donde uno debe empezar, sin dejar de comprender por esto aquella otra por donde se termina[1].

Volvamos al *Viaje*. Los divorcios, querellas y reconciliaciones entre el alma y *la otra* proporcionan al amable *humorista* una cantidad de refle-

1. Los leves defectos de incorrección son casi tan raros, en Mr. de Maistre como las faltas de gusto. Indico, sólo por espíritu de imparcialidad, algunos de ellos, muy ligeros, sin que por esto tenga la seguridad de que no me equivoco. Así, por ejemplo, cuando limpia maquinalmente el retrato, y su alma, durante este tiempo, vuela hacia el sol, de súbito aquélla abandona el astro mediante á la vista de los cabellos rubios : « Mi *alma, desde* el sol adonde se había transportado, sintió un ligero estremecimiento de placer... » ; *salir* (por sacar) de su bolsillo un paquete de papeles... Pero, basta : no ha muchos días venia á mis manos un epigrama del espiritual poeta epicúreo Lainez, compatriota del festivo Froissart y contemporáneo de Chapelle, á quien igualaba á lo menos por sus agudezas ; se despierta una mañana diciendo :

Je sens que je deviens puriste;
Je plante au cordeau chaque mot ;
Je suis les Daugaux à la piste ;
Je pourrais bien n'être qu'un sot.

xiones filosóficas tan finas y tan profundas[1] como mejores no ha podido inspirarlas la cátedra de psicología, en todo su metódico aparato, á los analizadores de profesión. La elevación y la sensibilidad se reúnen allí en un momento formando un todo mezclado de seriedad y á la vez de enternecimiento. No hay más que leer, si no, el conmovedor capítulo XXI que se refiere á la muerte de un amigo y en que el autor habla acerca de la certitud de la inmortalidad. « Hace mucho tiempo, — dice, continuando — que el capítulo anterior presentábase ante mi pluma, y siempre lo había rechazado. Habíame yo prometido que este libro sólo retratase la faz risueña de mi alma; pero este proyecto, como tantos otros, se ha quedado sin realizar. » En efecto, la melancolía en de Maistre no es aparente, pero sólo se revela por momentos haciéndose á lo mejor traición á sí misma. Nacido en el corazón de un país austero, no se advierte en él, sin embargo, ninguno de sus nebulosos reflejos, y seguramente no podría decirse de él lo que Lamartine ha dicho de Mr. de Viguet en una de las composiciones de su último libro, en aquella en que quizá se encuentra mejor

1. Véase el capítulo X.

estereotipada el ave del paraíso en muchas de sus notas y en que uno disfruta oyendo el eco menos infiel de los tiempos pasados :

> *Il était né dans des jours sombres,*
> *Dans une vallée au couchant*
> . . . .
> *Des lacs déserts de sa patrie*
> *Son pas distrait cherchait les bords,*
> *Et sa plaintive rêverie*
> *Trouvait sa voix dans leurs accords.*

En el conde Javier esto se ve menos y sólo se adivina. Su natural bondadoso encubre y esconde su sensibilidad y un fondo de grande seriedad y melancolía. En general, sus cualidades están veladas y semiocultas por ese natural modesto y bondadoso que le distingue. Se podría estar mucho tiempo en un salón con él, sin siquiera advertirlo; toma pocas veces parte en las discusiones generales, y no toma la iniciativa en ninguna cuestión; lo que más prefiere son las conversaciones á dos : al oírle, parece como que haya estado bajo la influencia de algún oráculo y que lo ha escuchado durante mucho tiempo. El ingenio francés se encuentra agradablemente impregnado en su ligera pronunciación de Saboya : « La pronunciación, el acento del país en que se ha nacido, ha dicho La Rochefoucauld, queda gra-

bado en el corazón y en la cabeza, lo mismo que en el lenguaje.» El pensamiento resulta á veces, al parecer, mucho más sabroso con la marca de esa pronunciación, tal como ocurre con el pan de las montañas con su gusto peculiar de sal ó de nueces.

Cuando la Saboya fué reunida á Francia, el conde Javier, que servía en el Piamonte, entendió que debía hacer renuncia de su patria, una mitad de la cual, según dice él mismo, se había anticipado á abandonarle á él. Nuestras guerras en Italia le obligaron á marcharse de allí. Emigró entonces á Rusia, no llevando consigo más que un ligerísimo bagaje literario, quizá los primeros capítulos de le *Expedición nocturna*, pero no con seguridad la *Prisionera de Pinerolo*, ni siquiera el *poema en veinte y cuatro cantos* á que se refiere en el capítulo XI de la *Expedición*, pues es sabido que nada había escrito de él y que sólo hablaba de ello por pura chanza. Llegado al Norte, su primer pensamiento fué acordarse de que no tenía más recursos que su pincel, y, como han hecho otros dignos emigrados, se preparó desde aquel momento á vivir de su producto; pero la suerte cambió: pudo conservar la espada y, sirviendo en el ejército ruso, llegó gradualmente

hasta el rango de general[1]. Su destino y su corazón concluyeron por instalarle allí definitivamente, al casarse con una persona de elevadas prendas morales que llevaba grabado en la frente el gran tipo de la belleza eslava[2]. Con ella puede decirse que había acertado á encontrar la felicidad apetecida.

Habían transcurrido veinte años desde que escribió el *Viaje al rededor de mi cuarto*. Un día, en 1810, en San Petersburgo, estando en una reunión en la cual se encontraba también su hermano, la conversación fué á parar al asunto de la lepra entre los hebreos. Uno de los concurrentes dijo que no existía ya esa enfermedad : esta ocasión condujo al conde Javier á hablar del leproso de la ciudad de Aosta que él había conocido. Hízolo con bastante calor á fin de mover el interés de su auditorio y al propio tiempo para interesarse á sí mismo en la publicación de esa historia, acerca de la cual no había dicho á nadie una palabra

1. Recibió una herida grave en el brazo derecho, en un sitio, en Georgia (diciembre de 1810).

2. La señorita Zagriatsky, camarera mayor de SS. MM. Imperiales. — Casó con ella en 1812; en 1839, á su paso por París, hallándome yo en su casa, su esposa se retiró un momento en sus habitaciones, y en tal occasión no pudo resistir el deseo de decirme mirándola : « ¿Verdad que es hermosa? »

hasta aquel momento. Entonces concibió la idea de escribirla; su hermano le animó á hacerlo habiendo aprobado el primer ensayo que aquél le enseñó, si bien aconsejándole que lo redujera. Su hermano también fué quien tomó á su cuidado el hacerlo imprimir en San Petersburgo (1811), incluyendo en el mismo volumen el *Viaje* : con todo, *Leproso* y *Viaje* no fueron conocidos en Francia hasta 1817 y quizá hasta más tarde.

Es, pues, verdadera la historia del *Leproso*, como también lo es la de la *Joven Siberiana*, que el autor había sabido de labios de la misma heroína, y como lo son y lo habrían sido en general todos los relatos del conde Javier, si los hubiese multiplicado. De este modo le he oído referir á él personalmente la conmovedora historia de un oficial francés, emigrado en la isla de Wight, que no se ha decidido á escribir todavía.

Si pertenece á Francia por el lenguaje, puede decirse que tiene también mucho de Italia por su manera de narrar. Todo es *de verdad* en él; nada de la novela; lo que hace es copiar con un exacto parecido la realidad en la delicadeza del rasgo, y en ese tono especial, profundamente piadoso y humano, que se esparce dulcemente en todo lo que lleva escrito. En Francia, tenemos muy es-

caso número de tales *narradores* y autores de *historias (nouvelles)* propiamente dichas, sin tinte romántico y sin fantasía. Nadie se imaginará sin duda que yo vaya á comparar á Mr. Javier de Maistre con Mr. Merimée : sin embargo, ambos son los dos más perfectos que tengamos, los dos más hábiles, el uno por copiar lo verdadero, el otro por simularlo ó figurarlo. El autor del *Leproso*, de la *Joven Siberiana* y de los *Prisioneros del Cáucaso* tiene sin duda mucho menos color, relieve y buril, mucho menos arte, en una palabra, que el autor de la *Toma de un Reducto* ó de *Mateo Falcone;* pero es igualmente perfecto en su género y, sobre todo, tiene la gran nota de lo ingenuo y humano.

Ese pobre leproso de quien nos habla de Maistre, vivía en Oneglia antes de ser conducido á Aosta. Cuando los franceses, después de haber tomado la Saboya y el condado de Niza, hicieron una excursión hasta Oneglia donde se encontraba aquel desgraciado, éste, á su vista, se espantó y se creyó en grave peligro; como los demás habitantes, tuvo la pretensión de emigrar. Un día llegó á pie delante de Turín : el centinela detúvole en la puerta, y, al fijarse en su cara, hiciéronle conducir entre dos soldados á presencia del go-

bernador, quien le envió al hospital : allí se tomó la resolución de dirigirle á la ciudad de Aosta, donde quedó instalado por orden gubernativa. Allí fué donde Mr. de Maistre le veía con frecuencia. El bueno del leproso tenía, como puede creerse, un círculo muy reducido de ideas; al atribuirle todas aquellas que se derivan de la misma situación en que se encontraba, el historiador no ha querido realmente cargar, como suele decirse, la nota. Su habitación estaba perfectamente aislada : un joven oficial (quizá el mismo de la señora de Hautcastel) daba voluntariamente entonces, á la dama de sus pensamientos, citas de amor en ese jardín poblado de rosas que los lectores conocen; los dos amantes estaban seguros de que nadie había de turbarles. Dos enamorados realizando sus venturosos encuentros á la sombra de esos contagiados ojaranzos del leproso... ¿no es esto, en verdad, conmovedor? La extrema felicidad, separada apenas de la extrema desesperación por una hoja que se mueve... ¿no es esto el trasunto de la vida?

Se lee, se vuelve á leer el *Leproso*, pero no se le analiza; se vierte una lágrima, pero no se razona. No todo el mundo, sin embargo, ha pensado de la misma manera : ha habido quien ha

probado de rehacer el *Leproso*. El conde Javier era tan poco conocido en Francia, aun después de esta publicación, que muchos lo atribuyeron á su hermano José, y como éste acababa de morir, una escritora de ingenio se creyó en toda libertad para retocar el opúsculo á su guisa. Tengo á la vista el *Leproso de la ciudad de Aosta*, por José de Maistre, nueva edición, revisada, corregida y aumentada por la señora O. C.[1]. « La lectura del *Leproso* me había conmovido, dice la señora Olimpia Cottú en su prefacio; hablé de ello á un amigo á quien por larga y dulce costumbre suelo confiar todas mis emociones, y le excité á que leyese el libro. No quedó tan satisfecho de él como yo: el árido y á veces rebelde dolor del leproso, le parecía, dijo, *como otra lepra que secaba su alma;* ese infortunado (añadía), rebelado contra la suerte, apenas si ofrecía al espíritu más que la idea del sufrimiento físico, y no podía excitar sino la especie de compasión vulgar que es propia de todos los achaques y enfermades que á la humanidad aquejan. Él habría deseado ver esa compasión ennoblecida por un sentimiento más dulce y más elevado, y la resignación cristiana del leproso le

1. Paris, Gosselin, 1824, in-8°.

hubiera enternecido mil veces más que su desesperación. » Ese discurso en boca del amigo cobrará valor y su observación se hará más curiosa, si se cree reconocer tras de sus palabras á un escritor ilustre por sus obras y á quien por costumbre se ha dado en considerar durante mucho tiempo como el émulo y casi el igual del conde José, más bien que como el crítico y corrector del conde Javier[1]. Como quiera que sea, la verdad es que era demostrar un espíritu bien sutil ó bien inquieto eso de ver en la sencilla historia de ese buen leproso, al lado de pasajes reconocidos por realmente conmovedores, *muchos otros en que respira una suerte de acritud salvaje* : esto, en mi sentir, es exagerado. Aunque puedan parecer algo delicados, algo elevados ciertos rasgos á la obra añadidos, la sola idea de agregar algo al original resulta de suyo poco afortunada. Todo lo que se ha introducido en esa edición del *Leproso* perfeccionado, figura comprendido, á manera de indicación, entre *corchetes*, absolutamente como en las historias del excelente Tillemont, quien teme todo lo contrario, es decir, que se confunda algo de lo suyo (el escrupuloso verídico) con la pureza de

1. Mr. de Lamennais.

los textos originales. Ahora bien : en el delicioso relato que así se echa á perder, imagínese cómo el interés de la emoción circula fácilmente á través de esos inacabables corchetes. Si yo fuese profesor de retórica, al hablar de las *narraciones*, querría comparar, confrontar página con página, las dos versiones del *Leproso*, y demostrar casi cada vez la inferioridad de la agudeza rebuscada y del razonamiento forzado, que no viene sino á recargar lo ingenuo y sencillo del libro. Los autores del *Leproso* corregido han desconocido una de las más preciosas cualidades del relato original, consistente en la ausencia de toda reflexión vulgar ó presuntuosa. Quizá, en el primitivo origiginal, se había deslizado alguna reflexión superflua en aquella parte que el conde José aconsejó á su hermano que redujera, é hizo bien. ¿Qué necesidad había de poner cierta clase de razonamientos en boca del humilde paciente? ¿Por qué hacerle decir en términos de antemano preparados, como á modo de enseñanza para el lector? : « Todo el secreto de mi paciencia está en este único pensamiento : *Dios lo quiere*. De este punto obscuro é imperceptible en que me ha colocado, yo concurro á su gloria, *puesto que está en su orden que permanezca en él*. ¡Cuán dulce es esta reflexión!

ella obra sobre mí con tanto imperio, que estoy tentado de creer que este *amor del orden* forma parte de nuestra esencia... » Poco faltó, si el amigo llega á mezclarse un poco más en la cuestión, para que el *Leproso* se convirtiera en un *Vicario saboyano* católico, y no menos elocuente que el otro. ¡Ah! dejad, dejad al lector que haga por sí las deducciones que se desprenden de la sencilla historia; él sacará la moralidad, sin necesidad de nadie, y más seguramente, si no se la presentan de antemano anunciada; dejadle que se diga á sí mismo á media voz que ese leproso, en su resignación, tan caramente pagada, es quizá más realmente feliz que muchos venturosos de la tierra; pero á lo menos que todo esto resalte por una persuasión insensible... Haced, con el narrador fiel, que ese humilde desventurado nos conmueva y nos eleve con su ejemplo, sin darse demasiado cuenta de ello á sí mismo ni por el efecto que pueda producir en nosotros.

En aquel punto del diálogo: « ¡Qué! ¿Hasta el sueño os abandona? » el leproso, en el libro original del conde Javier de Maistre, exclama con gran naturalidad: « ¡Ah, señor! ¡Los insomnios, los insomnios! No podéis figuraros cuán larga y triste es una noche, etc... » En vez de ese grito

de la naturaleza, la versión corregida le hace decir : « Sí, yo paso muchas noches sin pegar el ojo y sumido en violentas agitaciones. Sufro mucho entonces; pero la bondad divina está en todas partes... » Sigue una larga página de análisis que termina con una visión.

Mr. de Feletz, en los *Debates*, se chanceó con mucha finura de semejante retoque en sazón oportuna[1]; entre otras adiciones que en él notaba, hablaba de una cierta claridad de luna introducida en el momento de la muerte de la hermana, y en la cual el astro de la noche, iluminando una naturaleza inmóvil, era comparado al *extinguido sol*. No habría yo insistido tanto acerca de ese singular y pobre ensayo si en él no encontrásemos una lección directa de buen gusto que poder sacar, si en él no se hallaran sobre todo la marca reconocida de una superior enseñanza y rasgos tan notables en cualquiera otra parte como éste : « En cuanto á la vida, desierta por decirlo así, á que estoy condenado, ella transcurre mucho más rápidamente de lo que pudiera imaginarse, y esto es ya considerable, continuó el leproso exhalando un ligero suspiro, pues yo soy de los

1. Véase tomo VI de sus *Misceláneas*.

que no viajan sino por el placer de llegar pronto al punto de su destino. Mi vida es sin variedad, mis días carecen de matices; y esta monotonía hace parecer corto el tiempo, al igual que la desnudez y crudeza de un terreno le hace aparecer con una extensión más limitada. »

El sencillo y dulce *Leproso* abrióse camino en el mundo sin tantos rodeos y sin que nadie le pidiera más de lo que naturalmente había dado; se conquistó en seguida un sitio en todos los corazones, y procuró á cada uno de los que le leyeron una de esas puras emociones que se confunden casi con la plegaria, una de esos raros momentos que se bastan á sí solos para bendecir toda una jornada. Literariamente se podría casi afirmar que hizo escuela: citaríase toda una serie de novelistas (de la cual el *Mutilado*, creo, es la última) en que el interés se desprende de una aflicción física contrastando con los sentimientos del alma: pero todo esto son novelas, y el *Leproso* ya he dicho que no lo es. En esta posteridad, más ó menos directa, yo me permito por varios conceptos colocar y distinguir á la muy sensible *Ourika*, en quien la lepra no figura á lo menos más que en ese color fatal del que dimanan todas sus desgracias. Entre los antepasados del *Leproso*,

retrocediendo hacia la edad media, no recordaré sino el conmovedor *fablián*[1] alemán del *Pobre Enrique*, nombre de un noble caballero atacado repentinamente de lepra. El más sabio de los médicos de Salerno dícele que no podría curarse más que con la sangre libremente ofrecida de una virgen, y el amor se encarga de hacérsela encontrar[2].

Algo más extensas que el *Leproso*, y excelentes también á su manera, las dos otras anécdotas (los *Prisioneros del Cáucaso* y la *Joven Siberiana)*, fueron escritas hacia 1820 á petición de algunos amigos y en provecho de una próxima parienta del autor, á quien éste había prometido la propiedad. Los dos relatos le fueron entregados para ser publicados en París. La perfección de los dos nuevos opúsculos prueba que en el autor lo feliz del relato no era un accidente sino un don, y cuánto hubiera podido aplicarlo diversamente si él hubiese querido. La *Joven Siberiana* es sobre todo deliciosa por un verdadero sentimiento patético, seguido, profundo de origen, moderado de

1. Especie de cuento en verso muy en voga en los primeros tiempos de la poesia francesa, allá por los siglos XII y XIII. *(N. del T.)*

2. Merece leerse esta historia, traducida por Mr. Buchón y publicada en el *Almacén pintoresco* (septiembre de 1836).

tono, entremezclado de una observación fina y suavemente maliciosa de la naturaleza humana, que el sobrio autor desliza aunque sea á través de una lágrima. Aquí también ha surgido un punto de comparación, una nueva ocasión de triunfo le ha sido disputada, y, me es muy sensible tener que decirlo, esta vez aún la causa ha nacido en el otro campo, es decir, en el otro sexo. Madame Cottín, en *Isabel ó los Desterrados de Siberia*, ha compuesto una novela de lo mismo que Mr. de Maistre había sencillamente relatado. En el libro de dicha escritora, la heroína es una joven soñadora, sentimental, *la hija del desterrado de la cabaña del lago*; esa joven tiene un noble y gentil amante, el joven Smoloff; él es á quien desearía tener ella por guía en su peregrinación, pero se juzga más conveniente concederle para el caso un misionero; al fin concluye por casarse con su amante. La sencilla, la real, la piadosa y valiente Prascovia del conde Javier de Maistre sucumbe por completo en ese sentimentalismo de madame Cottín, más aún que el leproso de hace un momento en el espiritualismo de madame Cottín. Es el caso de decir con la misma Prascovia, cuando, después de su inesperado triunfo, conducida un día al palacio de la *Ermita* y viendo

un gran cuadro en que Sileno figura sostenido por varias bacantes, exclama sorprendida en su recto buen sentido: « Así, pues ¿todo esto no es verdad? Ahí veo hombres con pies de cabra. *¡Qué locura, pintar cosas que jamás han existido, como si faltaran las verdaderas!* » Pero para presentar esas cosas verdaderas, como lo ha hecho Mr. de Maistre en su relato; para no seguir de esa verdad un lado solamente, el de la ferviente fe que se confía y del heroísmo ingenuo que se ignora; para añadir á ella, de paso y sin tocar en lo absurdo, algunos rasgos más amenos ó también la presencia de la naturaleza maligna y de las pequeñeces del alma humana; para no olvidar nada, para fundirlo todo, para ofrecerlo todo en una emoción bienhechora... es necesario un talento muy especial, un arte tanto más exquisito cuanto más oculto se muestra y del cual no se sabe en definitiva si, á su vez, él también se ignora á sí mismo.

Los *Prisioneros del Cáucaso*, por la singularidad de costumbres y caracteres tan vivamente retratados, parecen descubrir, en el talento del autor, gracioso y dulce de ordinario, una facultad de audacia que no retrocede en caso de necesidad ante ningún rasgo de la realidad y de la naturaleza, aun la más salvaje. Mr. de Merimée podría envi-

diar ese personaje de Iván, de ese bravo asistente del comandante, tan fiel y á la vez tan feroz, que tan diestramente asesta su formidable hachazo á quien le obstruye el paso, tarareando el aire *¡Ay luli! ¡Ay luli!*

Estos opúsculos habían sido enviados de Rusia por el autor[1]; quien no tardó mucho en seguirlos para volver á disfrutar la vista de cielos desde hacía muchísimo tiempo abandonados. Mr. de Lamartine, en una de sus *Armonías*, ha celebrado con enternecimiento ese regreso de Mr. de Maistre, con quien, durante la ausencia, había contraído lazos de parentesco :

Salut au nom des cieux, des monts et des rivages
Où s'écoulèrent tes beaux jours,
Voyageur fatigué qui reviens sur nos plages
Demander à tes champs leurs antiques ombrages,
A ton cœur ses premiers amours!
etc., etc.

Digamos de paso que también Mr. de Maistre ha compuesto gran número de versos; pero á pesar

1. Mr. Valery, que fué el primer editor de dichos trabajos, me transmite algunos detalles más particulares. Cuando el manuscrito llegó á Paris, fué comunicado por Mr. de Viguet á madame de Durás. Esa mujer, de tan raro ingenio, auguraba mal, hay que decirlo, de la publicación. Pareciale, por ejemplo, que Prascovia, llegada á San Petersburgo, perdía mucho tiempo, que nada entendía de negocios; sentía horror por ese hombre (Iván) que mata á una mujer, etc., etc. De esa misma opinión participaban algunas per-

de las insinuaciones que se le han hecho, el autor se ha resistido siempre á darlos á luz, alegando que el gusto y la moda habían cambiado. Ha traducido ó imitado en verso fábulas del poeta ruso Kriloff : una de estas imitaciones figure impresa en la antología rusa que ha publicado Mr. Dupré de Saint-Maur. Yo mismo tengo entre manos una oda manuscrita de Mr. de Maistre, que lleva la fecha de 1817 : en ella canta el poeta el sentimiento de no poder alcanzar á lo sublime y el dolor que se sigue de la lucha desigual que se entabla entre el hombre y el genio :

Et glorieux encore d'un combat téméraire,
Je garde dans mes vers quelques traits de lumière
Du Dieu qui m'a vaincu[1].

sonas de su intimidad. Mr. Valery, á quien había sido remitido el manuscrito, tenía una opinión distinta, y á esto es debido que se publicara aquella primera edición, á la que, en ausencia del autor, llevó todo su esmero. (Véase Mr. Patín, *Misceláneas literarias.)*

1. En estilo menos lírico escribía á un amigo, rebajando su propio mérito, aunque no sin malicia : « En la imposibilidad en que me hallo de comprender esta facultad (del poeta), y para no confesar esta superioridad en las otras, yo creo que los poetas tienen alguna cosa en la muñeca que va cambiando la prosa en verso á medida que pasa por allí para trasladarse de la cabeza al papel. Yo estaba tan persuadido de este sistema consolador para los prosaístas, que un día probé de hacer versos con la mano izquierda, en la esperanza de dar con el *quid* del mecanismo ; pero mi mano izquierda no consiguió más que la derecha, y entonces me convencí para siempre de que no sirvo para el oficio. Y digo aún más : que ese éxito frustado me dejó alguna duda acerca de la existencia real del sistema. »

Ha escrito también algunos epigramas de grandísimo ingenio. Algunos de sus amigos poseen la copia de su *epitafio*, que es en cierto modo una reminiscencia de aquel otro tan conocido de La Fontaine. Pero bastará que incluyamos aquí su preciosa composición de la *Mariposa*, la cual, tanto por la gracia con que está escrita como por la emoción que provoca, no desluce en ningún modo el recuerdo de sus demás escritos. Un prisionero le había contado que una mariposa se había introducido cierto día en su calabozo, en Siberia; éste es el origen de la composición.

LE PAPILLON.

Colon de la plaine éthérée,
Aimable et brillant papillon,
Comment de cet affreux donjon
As-tu su découvrir l'entrée?
etc., etc.[1]

Ahora, en camino para Rusia, adonde sus asuntos vuelven á llamarle y adonde le acompañan nuestros votos, Mr. de Maistre ha dejado aquí,

1. Esta hermosa composición ha sido traducida en ruso y luego vuelta á traducir de esta lengua en versos franceses por uno de nuestros secretarios de embajada que ignoraba su primitivo origen. Esa misma aventura ha ocurrido á Millevoye con su *Caida de las Hojas*.

de paso, preciosos y perdurables recuerdos en todos aquellos que han tenido la fortuna de acercársele. Escuchando sus juicios delicados é ingenuos siéntese verdadero placer y se saca positivo provecho. Ha leído poco á nuestros autores modernos; al llegar á París, apenas los conocía más que de nombre, aun aquellos, muy contados, que podrían merecer sus simpatías. Recorriendo las obras que están en voga, desde luego se ha como asustado, y se ha preguntado si nuestro idioma había cambiado durante el largo espacio de tiempo que él había vivido en el extranjero: « Con todo, lo que me tranquiliza un poco, añadía, es que si el modo de escribir es muy distinto, la mayor parte de las personas que encuentro continúan hablando aún la misma lengua que yo. » Asistiendo á alguna sesión de nuestras Cámaras, se ha visto desorientado ante tal flujo de palabras : al salir del silencio de las *villas* y de la calma de las monarquías absolutas, no acertaba á comprender la utilidad de todo ese ruido, y trabajo habría costado, lo confieso, el demostrársela por el momento. Lo cierto es también que su presencia había coincidido con un cuarto de hora en modo alguno favorable para la forma representativa : ¿por qué no escogía un momento más oportuno? La Cámara

de los diputados, cada vez que se presentaba ante sus ojos, le recordaba involuntariamente el Vesuvio; así decía él. Sí, es cierto, á lo menos en cuanto á la humareda, ya que no en cuanto al peligro de la explosión; pero él, Mr. de Maistre, llegaba á creer hasta en este peligro. Tampoco simpatizaba mucho con el *muelle de Voltaire* (aversión de familia), y cuando pasaba por él, lo hacía lo más rápidamente posible, bajando la cabeza (así decía él mismo) y desviando los ojos del lado del Sena. Como puede pensarse, es gran admirador de las obras de su ilustre hermano, y con la mayor tolerancia, sin sombra de dogmatismo, parece adoptarlas con toda naturalidad, como si con ello obedeciera á un orden de ideas el más sencillo del mundo. En su concepto, el libro más hermoso que ha escrito el conde José es el de la *Iglesia galicana.* Lo que más demostraba desear, echándolo muy de menos en nuestros grandes literatos, es la unidad en la vida. Esta virtud, él la posee y forma el carácter de su existencia : sencillez, pureza, modestia, honradez... ¡precioso ejemplo de las antiguas costumbres, conservadas hasta el fin en un ingenio gracioso y un alma sensible! Gustábale mucho hablar con elogio de cierto escritor ginebrino, muy

espiritual, que tiene algo de su escuela por el género de emoción y por su *humorismo*. Cuando le preguntaban si le quedaba algún nuevo opúsculo en cartera, contestaba siempre designando el *Presbiterio*, la *Herencia*, la *Biblioteca de mi tío*, la *Travesía*, el *Lago de Gers*, en suma, una colección escogida de los mejores escritos de Mr. Topffer, y manifestando grandes deseos por que se dieran á conocer todas esas obras en Francia. Desde luego, decía, podría contarse con el asentimiento del autor para expurgar de ellas algún que otro defecto de dicción y de tono general que contienen. Si ese pequeño arreglo amistoso se realiza pronto, á él, á Mr. de Maistre lo deberemos.

Al mismo tiempo que el conde Javier se ha ofrecido ante nosotros como uno de esos hombres cuyo hallazgo consuela de no pocas decepciones que se experimentan en literatura y reconcilia dulcemente con la naturaleza humana, existe, además, en la publicidad insensible pero creciente que obtienen sus obras, un movimiento notable que puede aún, al parecer, volver las cosas del lado del buen gusto. Cierto que sus libros han sido poco anunciados, que se le ha elogiado poco en los periódicos; en una palabra, que ninguno de los grandes medios hoy día en uso

ha sido empleado en su favor para impulsar el merecido éxito... Pues, bien : á pesar de todo, del 14 de diciembre último hasta el 19 de abril siguiente, es decir, en cuatro meses (¡y qué meses de penuria, de angustia, como se sabe, para la librería!) han sido vendidos mil novecientos cuarenta y ocho ejemplares de sus obras. La cifra es auténtica, y la doy aquí como dato consolador. Hay que convenir, pues, en que el culto hacia lo sencillo y tierno se conserva todavía y sabe, sin ruido, reunir á sus fieles partidarios.

SAINTE-BEUVE.

Mayo de 1839.

— El conde Javier de Maistre murió en San Petersburgo el día 12 de junio de 1852, á la edad de cerca de ochenta y nueve años.

— La *Biblioteca Universal de Ginebra* publicó, en fecha de 22 de otubre de 1841, una pequeña memoria de Mr. de Maistre intitulada : *Método para observar las manchas que puede uno tener en el cristalino*. Pero en ese viaje al rededor de la cámara... del ojo, nada hay de carácter literario : no es más que una observación física minuciosa que no carece de ingenio.

— La *Correspondencia diplomática* de José de Maistre, publicada por Mr. Albert Blanc (2 vol., 1861) contiene algunos datos interesantes relativos al conde Javier (especialmente en el tomo I,

pág. 1, 57 y 296.) En esta última página figura una carta del mismo fechada en Vilna en 21 de diciembre de 1812. El conde Javier formaba á la sazón parte del ejército ruso, y en esa carta refiere los sucesos todos de que fué testigo ocular desde Moscou hasta la frontera, los horrores de ese camino sembrado de cadáveres, parecido, según su propia expresión, « á un campo de batalla no interrumpido ». Ese documento, salido de una pluma « extraña remotamente á toda exageración », es un testimonio de más que debe añadirse á tantos otros acerca de esa espantosa retirada de 1812.

OBRAS COMPLETAS

DEL CONDE

JAVIER DE MAISTRE

VIAJE AL REDEDOR DE MI CUARTO

CAPÍTULO PRIMERO

¡Cuán glorioso es trazar un nuevo camino y presentarse de repente ante el mundo sabio, con un libro de descubrimientos en la mano, como cometa inesperado que irradia en el espacio!

No, yo no quiero conservar por más tiempo mi libro *in petto*; ¡aquí está, caballeros, lean ustedes! Yo he emprendido y ejecutado un viaje de cuarenta y dos días al rededor de mi cuarto. Las interesantes observaciones que he hecho, el placer continuo que he experimentado á lo largo del camino, me hacen desear lanzarlo á la publicidad; la certidumbre de ser útil me ha decidido á ello. Mi corazón siente inefable placer cuand

pienso en el número infinito de desgraciados á quienes ofrezco un recurso seguro contra el aburrimiento y un medio de mitigar los males que padecen. La satisfacción que uno siente viajando en su cuarto está al abrigo de la turbulenta envidia de los hombres: es independiente de la fortuna.

¿Existe, en efecto, un ser tan infeliz, tan desamparado, que carezca de un cuartito donde retirarse y ocultarse á todo el mundo? He ahí, pues, en qué consisten todos los preparativos del viaje.

Estoy seguro de que todo hombre sensato, de cualquier carácter que pueda ser y cualquiera que sea su temperamento, adoptará mi sistema; avaro ó pródigo, rico ó pobre, joven ó viejo, nacido en la zona tórrida ó cerca del polo, puede viajar como yo; en fin, en la inmensa familia de los hombres que hormiguean en la superficie de la tierra, no hay uno, ni uno solo — hablo de los que habitan bajo techado — que pueda, después de haber leído este libro, negar su aprobación á la nueva manera de viajar que introduzco en el mundo.

CAPÍTULO II

Podría comenzar el elogio de mi viaje diciendo que no me ha costado nada: este punto merece atención. Por de pronto, hele aquí aplaudido, festejado por las personas de mediana fortuna; pero hay otra clase de

hombres entre la cual es más seguro su éxito, por la misma razón que no cuesta nada. — ¿Entre cuál? — ¿Y ustedes lo preguntan? — Pues entre la gente rica. Por otra parte, ¡qué recurso no representa esta manera de viajar para los enfermos! No tendrán nada que temer de la intemperie, ni de las estaciones. Cuanto á los pusilánimes, se verán al abrigo de ladrones; no encontrarán precipicios ni barrancos. Millares de personas que antes que yo no se habían atrevido, otras que no habían podido, otras, en fin, que no habían soñado siquiera en viajar, van á resolverse ante mi ejemplo. El ser más indolente ¿vacilaría en ponerse en camino conmigo para procurarse un placer que no le costará trabajo ni dinero?

¡Valor, pues: partamos! ¡Seguidme, vosotros los que por una mortificación del amor, por una negligencia de la amistad, os halláis retenidos en vuestro cuarto lejos de la pequeñez y de la perfidia de los hombres! ¡Que todos los desgraciados, los enfermos y los aburridos del universo me sigan! ¡Que todos los perezosos se levanten en *masa!*

Y vosotros los que meditáis en vuestro espíritu propósitos siniestros de reforma ó de retiro por cualquier infidelidad; vosotros que, esclavos en elegante y femenil retrete, renunciáis al mundo por toda la vida, amables anacoretas de una tertulia, venid también: abandonad, creedme, esas negras ideas; perdéis un instante por el placer, sin ganar uno solo por la sabiduría; dignaos acompañarme en mi viaje; marcharemos á cortas jornadas, riendo durante el camino de los viajeros que han

visto á Roma y Paris. Ningún obstáculo podrá detenernos; y, entregándonos alegremente á la imaginación, la seguiremos por donde le plazca conducirnos.

CAPÍTULO III

¡Hay tantas personas curiosas en el mundo!

Estoy persuadido de que quisiera saberse por qué el viaje al rededor de mi cuarto ha durado cuarenta y dos días, en vez de cuarenta y tres, ó de cualquier otro espacio de tiempo; pero ¿cómo lo diré al lector, si yo mismo lo ignoro?

Todo lo que puedo asegurar es que, si la obra les parece demasiado larga, no ha dependido de mí hacerla más corta; vanidad de viajero á un lado, yo me hubiera contentado con un capítulo. Es verdad que estaba en mi habitación con todo el placer y la comodidad posibles; pero ¡ay! no era dueño de salir de ella á mi volundad; y aun creo que sin la intervención de ciertas personas poderosas que se interesaban por mí, y para las cuales he de conservar siempre agradecimiento, hubiera tenido tiempo para dar á luz un *in-folio*, tan dispuestos estaban en mi favor los protectores que me hacían viajar en mi cuarto.

Y, sin embargo, lector razonable, ve cuán poca razón tenían estos hombres, y entérate bien, si puedes, de la lógica que voy á exponer.

¿Hay nada más natural y justo que ir á estocadas con cualquiera que os pise el pie por inadvertencia, ó que deja escapar alguna palabra malsonante en un momento de despecho, del que vuestra inprudencia es la causa, ó que tiene, en fin, la desgracia de gustar á vuestra querida?

Se va á un prado, y allí, como Nicole hacía con el burgués caballero, se prueba de tirar una cuarta mientras el otro para en tercera; y á fin de que la venganza sea segura y completa, se le presenta el pecho descubierto y se corre el riesgo de dejarse matar por su enemigo por querer vengarse de él. Ya veis que nada hay más consecuente, y, sin embargo, hay personas que desaprueban esta laudable costumbre. Pero lo que es más lógico que todo lo demás, es que esas mismas personas que la desaprueban y que quieren que se la mire como una falta grave, tratarían todavía peor al que se negara á cometerla. Más de un desgraciado, por conformarse á tal consejo, ha perdido su reputación y su empleo; de suerte, que cuando se tiene la desgracia de tener lo que se llama *un lance*, no se haría mal en echar suertes para saber si se debe terminar aquél según las leyes ó según la costumbre, y como la costumbre y las leyes son contradictorias, los jueces podrían también jugar á cara ó cruz su sentencia. Y probablemente también habría que recurrir á una decisión de este género, para explicar por qué y de qué manera mi viaje ha durado precisamente cuarenta y dos días.

CAPÍTULO IV

Mi habitación está situada á los 45° grados de latitud, según la medida del padre Beccaría; su dirección es de levante á poniente; forma un cuadrilongo que tiene treinta y seis pasos de contorno midiéndolo en la misma pared. Mi viaje será, sin embargo, más extenso, porque yo la atravesaré á menudo á la largo y á lo ancho, ó bien diagonalmente, sin sujetarme á regla mi método. También haré ziszás y recorreré todas las líneas que son posibles en geometría, si la necesidad lo exige. No me gustan las personas que son tan dueñas de sus pasos y de sus ideas, que dicen : *Hoy haré tres visitas, escribiré cuatro cartas y terminaré esta obra que he comensado.* ¡Mi alma está de tal modo abierta á toda clase de ideas, de gustos y de sentimientos; recibe tan ávidamente todo lo que se presenta!... ¿Y por qué habría de rehusar los goces esparcidos por el camino difícil de la vida? Son tan raros, tan excepcionales, que es preciso estar loco para no detenerse, y aun para desviarse de su camino, á fin de recoger todos los que están á nuestro alcance. Ninguno hay tan atractivo para mí como el de seguir las ideas á la pista como el cazador persigue la caza, sin afectar que se sigue ningún camino. Así es que, cuando viajo en mi cuarto, rara vez recorro una linea recta : voy de la mesa á un cuadro colocado en un

rincón; de allí, parto oblicuamente para ir á la puerta; pero aunque mi intención sea llegar á ella, si encuentro mi butaca en el camino, dejo de lado todo melindre y me apresuro á sentarme.

¡Qué excelente mueble es una butaca! Sobre todo es de la mayor utilidad para un hombre meditabundo. En las largas veladas de invierno. es á veces dulce y siempre prudente extenderse muellemente en él, lejos del barullo de las reuniones numerosas.

Un buen fuego, libros, plumas... ¡cuántos recursos contra el aburrimiento! ¡Y qué placer también, olvidar sus plumas y sus libros para atizar el fuego, entregándose á cualquier dulce meditación, ó combinando algunas rimas para alegrar á los amigos! ¡Las horas se deslizan entonces sobre vosotros y caen en silencio en la eternidad, sin haceros sentir su triste paso!

CAPÍTULO V

Después de mi butaca, marchando hacia el norte, se descubre mi cama, que está situada en el fondo de mi cuarto y que presenta la más agradable perspectiva. Está colocada de la manera más acertada; los primeros rayos del sol vienen á jugar con mis cortinas.

Los veo, en los hermosos días de verano, avanzar á lo largo de la pared blanca, á medida que el sol se ele-

va : los olmos que hay delante de mi ventana los dividen de mil maneras, y les hacen oscilar sobre mi cama, color rosa y blanco, que esparce por todos lados un tinte encantador gracias á su reflexión. Oigo los confusos chillidos de las golondrinas que tienen su nido en el techo de la casa, y de otros pájaros que viven en los olmos; entonces mil ideas risueñas brotan de mi espíritu, y en el universo entero nadie tiene un despertar tan agradable, tan apacible como el mío.

Confieso que me gusta disfrutar de esos dulces instantes, y prolongo siempre, tanto como me es posible, el placer que encuentro en meditar al dulce calor de mi cama. ¿Hay algún teatro que dé más pasto á la imaginación, y despierte más tiernas ideas, que el mueble en que me olvido á veces hasta de mí mismo?

Lector modesto, no te escandalices : pero ¿no podré hablar de la dicha de un amante que estrecha por vez primera en suz brazos á una esposa virtuosa? ¡Placer inefable que mi adverso destino me condena á no gozar jamás! ¿No es en un lecho donde una madre, embriagada de alegría por el nacimiento de un hijo, olvida sus dolores? Allí es donde los placeres fantásticos, fruto de la imaginación y de la esperanza, vienen á agitarnos. En fin, en ese mueble delicioso es donde olvidamos, durante una mitad de la vida, las penas de la otra mitad. Pero ¡qué tropel de pensamientos agradables y tristes á la vez bulle en mi cerebro! ¡Mezcla extraña de situaciones terribles y deliciosas!

Un lecho nos ve nacer y nos ve morir; es el teatro variable donde el género humano desempeña alternati-

vamente dramas interesantes, farsas ridículas y espantosas tragedias.

Es una cuna guarnecida de flores, es el trono del amor, es un sepulcro.

CAPÍTULO VI

Este capítulo está destinado exclusivamente á los metafísicos. Va á arrojar la mayor claridad sobre la naturaleza del hombre : es el prisma con el cual se podrá analizar y descomponer las facultades humanas, separando el poder animal de los rayos puros de la inteligencia. Me sería imposible explicar cómo y por qué me quemé los dedos á los primeros pasos que dí al comenzar mi viaje, sin explicar antes detalladamente al lector mi sistema *del alma y de la bestia*. Por otra parte, este descubrimiento metafísico influye de tal modo sobre mis ideas y mis acciones, que sería muy difícil comprender este libro si no diera la clave del mismo desde el principio.

He advertido, por diferentes observaciones, que el hombre está compuesto de un alma y una bestia. Estos dos seres son absolutamente distintos, pero de tal manera encajados uno en otro, ó uno sobre otro, que es preciso que el alma tenga cierta superioridad sobre la bestia para ponerse en estado de hacer visible tal distinción.

He oído á un viejo profesor (es lo más antiguo que

recuerdo) que Platón llamaba á la materia *la otra*. Está muy bien; pero yo preferiría dar este nombre por excelencia á la bestia que está unida á nuestra alma. Es realmente aquella substancia *la otra*, que nos inquieta de una manera tan extraña. Bien se distingue en conjunto que el hombre es doble; pero es, según dicen, porque está compuesto de un alma y un cuerpo; y no sé de cuántas cosas culpan á este cuerpo, sin razón seguramente, porque es tan incapaz de sentir como de pensar. Es preciso recurrir á la bestia, á ese ser sensible perfectamente distinto del alma, verdadero *individuo* que tiene su existencia separada, sus gustos, sus inclinaciones, su voluntad, y que no está colocado sobre los otros animales sino por estar mejor educado y provisto de órganos más perfectos.

Señores y señoras: ¡estad tan orgullosos como queráis de vuestra inteligencia; pero desconfiad mucho de *la otra*, sobre todo cuando estéis juntos!

Yo he hecho no sé cuántos experimentos acerca de la unión de esas dos criaturas heterogéneas. He reconocido, por ejemplo, claramente que el alma puede hacerse obedecer por la bestia, y que, por un cambio desagradable, ésta obliga muy á menudo al alma á obrar contra su gusto. En ciertos términos, una tiene el poder legislativo, la otra el poder ejecutivo; pero estos dos poderes se contrarían con frecuencia. El gran arte de un hombre de genio consiste en saber educar bien á su bestia, á fin de que pueda ir sola, mientras que el alma, libre de ese terrible maridaje, pueda elevarse hasta el cielo.

Pero es preciso aclarar esto con un ejemplo.

Cuando leéis un libro, caballeros, y una idea más agradable entra de repente en vuestra imaginación, vuestra alma se va tras la idea y olvida el libro, mientras los ojos siguen maquinalmente las palabras y las líneas. Acabáis la página sin comprenderla y sin acordaros de lo que habéis leído. Esto procede de que vuestra alma, habiendo ordenado á su compañera que le haga la lectura, no le ha advertido que se iba á ausentar brevemente; de suerte que *la otra* continuaba la lectura que vuestra alma ya no escuchaba.

CAPÍTULO VII

¿No os parece esto claro? Ahí va otro ejemplo.

Un dia del verano pasado salí para ir á la corte. Había estado pintando toda la mañana, y mi alma, meditando acerca de la pintura, dejó á la bestia el cuidado de transportarme al palacio del rey.

¡Qué arte tan sublime es la pintura! pensaba mi alma. Dichoso aquel á quien ha emocionado el espectáculo de la naturaleza, que no se ve obligado á hacer cuadros para vivir, que no pinta únicamente por pasatiempo, sino que, asombrado ante la majestad de una bella fisonomía y de los juegos admirables de la luz al fundirse en mil tonos sobre el rostro humano, procura imitar en sus obras los efectos sublimes de la naturaleza.

Dichoso aún el pintor á quien el amor al paisaje arrastra á solitarios paseos, que sabe expresar sobre el lienzo el sentimiento de tristeza que le inspiran un bosque sombrío ó una campiña desierta. Sus producciones imitan y reproducen la naturaleza; crea mares nuevos y negras cavernas desconocidas para el sol; á su orden, verdes frondas surgen de la nada, el azul del cielo se refleja en sus cuadros: conoce el arte de enrarecer el aire y hacer mugir las tormentas. Otras veces ofrece á las miradas del espectador asombrado las deliciosas campiñas de la antigua Sicilia: vese á las ninfas asustadas huyendo, á través de los matorrales, de la persecución de un sátiro; templos de majestuosa arquitectura alzan su frente soberbia por encima del bosque sagrado que les rodea: la imaginación se pierde en las alamedas silenciosas de ese país ideal; azuladas lontananzas se confunden con el cielo, y el paisaje entero, reflejándose en las aguas de un sosegado río, forma un espectáculo que ninguna lengua puede describir.

Mientras mi alma estaba haciendo estas reflexiones, *la otra* caminaba y sabe Dios adónde iba. En vez de dirigirse á la corte, según la orden que había recibido, se inclinó de tal modo hacia la izquierda, que en el momento en que mi alma la alcanzó estaba á la puerta del palacio de la señora de Hautcastel. ¡Á media milla del palacio real!

¡Dejo á la consideración del lector pensar lo que hubiera ocurrido, si acierta á entrar sola en casa de tan hermosa señora!

CAPÍTULO VIII

Si es útil y agradable tener un alma desasida de la materia hasta el punto de hacerla viajar completamente sola cuando uno lo juzga á propósito, esta facultad tiene también sus inconvenientes. Á ella, por ejemplo, debo la quemadura de que he hablado en capítulos precedentes.

Yo dejo ordinariamente á mi bestia el cuidado de los preparativos de mi desayuno: ella es quien tuesta mi pan y lo corta en rebanadas. Ella hace á maravilla el café y muy á menudo también lo toma, sin que mi alma se mezcle en ello para nada, á no ser para divertirse viéndola trabajar; pero esto es raro y muy difícil de ejecutar, porque es cómodo, cuando hacemos alguna operación mecánica, pensar en cualquier otra cosa; pero es extremadamente difícil *mirarnos* obrar, por decirlo así, ó, para explicarme según mi sistema, emplear el alma en examinar la marcha de la bestia y verla trabajar sin tomar en ello parte. He aquí el más asombroso esfuerzo metafísico que pueda ejecutar el hombre.

Había acercado las tenacillas á la lumbre para tostar mi pan; y algún tiempo después, mientras mi alma viajaba, he aquí que un ascua inflamada rueda sobre el hogar; mi pobre bestia alargó la mano á las tenazas, y me quemé los dedos.

CAPÍTULO IX

Creo haber desarrollado suficientemente mis ideas en los capítulos precedentes para dar qué pensar al lector y ponerle en estado de hacer descubrimientos en esta magnífica senda : no podrá menos de sentirse satisfecho de sí mismo si logra algún día saber hacer viajar sola á su alma. Los placeres que esta facultad le procurará, contrarrestarán sobradamente los *quid pro quo* que puedan resultarle.

¿Hay goce más halagüeño que el de dilatar así su existencia, de ocupar á la vez el cielo y la tierra, y de duplicar, por decirlo así, su propio ser?

El deseo eterno y jamás satisfecho del hombre, ¿no es el de aumentar su poder y sus facultades, de querer estar donde no está, de recordar el pasado y vivir en el porvenir? Quiere mandar los ejércitos, presidir las academias; quiere ser adorado de las bellas, y si posee todo esto, echa entonces de menos el campo y su tranquilidad, y envidia la choza de los pastores : sus proyectos, sus esperanzas chocan sin cesar contra las desgracias positivas que son inherentes á la naturaleza humana; no sabe encontrar la felicidad. Un cuarto de hora de viaje conmigo le mostrará el camino que á ella conduce.

¡Bah! Deja á *la otra* esos miserables cuidados, esa

ambición que le atormenta. ¡ Ven, pobre desgraciado ! Haz un esfuerzo por romper tu cárcel, y desde lo alto del cielo adonde voy á conducirte, del medio de los orbes celestes y del Empireo, contempla á la bestia lanzada al mundo recorrer sola el camino de la fortuna y de los honores; mira con qué gravedad marcha entre los hombres; la multitud se aparta con respeto, y, créeme, nadie observará que va sola; lo que menos preocupa á esa muchedumbre por entre la cual se pasea, es el saber si tiene alma ó no, si piensa ó no piensa.

Mil mujeres sentimentales la amarán con furor sin advertirlo; hasta puede elevarse sin el concurso de tu alma al más alto favor y á la mayor fortuna. En fin, no me extrañará en modo alguno si, á nuestro regreso del Empíreo, tu alma, al entrar en su casa, se encuentra en la bestia de un gran señor.

CAPÍTULO X

No vaya á creerse que en vez de cumplir mi palabra haciendo la descripción de mi viaje al rededor de mi cuarto, divago para salir de apuros : se equivocarían mucho los que tal pensaran, porque mi viaje continúa realmente; y mientras que mi alma, replegándose en sí misma, recorría en el capítulo precedente los tortuosos rodeos de la metafísica, yo estaba en mi butaca, sobre la cual me había echado de suerte que sus dos pies an-

teriores estaban elevados dos pulgadas del suelo, y balanceándome á derecha é izquierda y ganando terreno, me había acercado insensiblemente á la pared.

Es la manera que tengo de viajar cuando no tengo prisa.

Una vez allí, mi mano se había apoderado maquinalmente del retrato de la señora de Hautcastel, y *la otra* se divertía quitándole el polvo de que estaba cubierto.

Esta ocupación le daba un placer tranquilo, y este placer se dejaba sentir en mi alma, aun estando, como estaba, perdida en las vastas llanuras del cielo, porque es bueno observar que cuando el espíritu viaja así por el espacio, permanece siempre relacionado con los sentidos por yo no sé qué lazo secreto, de manera que, sin distraerse de sus ocupaciones, puede tomar parte en los tranquilos goces de *la otra;* si este goce se eleva hasta cierta altura, ó si á ella la impresiona cualquier espectáculo inesperado, el alma vuelve á ocupar en seguida su puesto con la velocidad del relámpago.

Esto es lo que me sucedió mientras limpiaba el retrato.

Á medida que el trapo quitaba el polvo y hacía aparecer los rizos de rubios cabellos y la guirnalda de rosas de que están coronados, mi alma, desde el sol adonde se había transportado, sintió un ligero temblor de corazón y compartió simpáticamente el goce por este sentido. Este placer se hizo menos confuso y más vivo cuando el trapo, de una sola vez, descubrió la espléndida frente de aquella fisonomía encantadora; mi alma estuvo á punto de abandonar el cielo para gozar

del espectáculo. Pero aunque se hubiese encontrado en los Campos Elíseos y hubiese asistido á un concierto de querubines, no habría permanecido allí medio segundo, cuando su compañera, tomando siempre mayor interés en su obra, se apresuró á coger una esponja mojada que le presentaban y á pasarla de súbito sobre las cejas y los ojos, sobre la naríz, sobre la mejillas, sobre aquella boca... (¡Ah! ¡Dios mio! ¡Cómo late el corazón!) sobre la barba, sobre el pecho: fué asunto de un instante; toda la figura pareció renacer y salir de la nada

Mi alma se precipitó del cielo como una estrella desprendida del firmamento; encontró á *la otra* en delicioso éxtasis, que vino ella á aumentar compartiéndolo. Esta situación singular é imprevista hizo desaparecer para mí el tiempo y el espacio. Existí por un instante en el pasado, y sentíme rejuvenecido, en contraposición al orden de la naturaleza.

Sí; he aquí á la mujer adorada; es ella misma, la veo que sonríe: va á hablar para decirme que me ama. ¡Qué mirada! ¡Ven, á que te estreche contra mi corazón, alma de mi vida, mi segunda existencia! ¡Ven á compartir mi delirio y mi dicha!

Este momento fué corto, pero deliciosísimo: la fría razón recobró bien pronto su imperio, y en el espacio de un abrir y cerrar de ojos envejecí de un año entero. Mi corazón quedó frio, helado, y me encontré al nivel de la multitud de indiferentes que pesan sobre el globo.

PÍTULO XI

No hay que anticiparse en los sucesos. La prisa de comunicar á los lectores mi sistema del alma y la bestia me ha hecho abandonar la descripción de mí cama más pronto de lo que debía; cuando la haya terminado, volveré á emprender mi viaje á partir del sitio en que lo he interrumpido en el capítulo precedente.

Os ruego solamente que os acordéis que hemos dejado á *la mitad de mi mismo* contemplando el retrato de la señora de Hautcastel, cerca de la pared, á cuatro pasos de mi mesa de despacho.

Había olvidado, al hablar de mi lecho, aconsejar á todo hombre que pueda, que tenga una cama color de rosa y blanco: es positivo que los colores influyen sobre nosostros hasta el punto de alegrarnos ó entristecernos según sus tonos. El rosa y el blanco son dos colores consagrados al placer y á la felicidad. La naturaleza, al darlos á la rosa, le ha dado la corona del imperio de Flora; y cuando el cielo quiere anunciar un hermoso día al mundo, colora las nubes de ese tinte encantador á la salida del sol.

Un día subíamos con pena á lo largo de un rápido sendero; la amable Rosalía iba delante; su agilidad le daba alas, y nosotros no podíamos seguirla. De súbito, al llegar á la cumbre de una colina, se volvió hacia nos-

otros para tomar aliento, y sonrió al ver la lentitud con que subíamos. Quizá nunca los dos colores de que he hecho el elogio obtuvieron mayor triunfo. Sus mejillas inflamadas, sus labios de coral, sus brillantes dientes, su cuello de alabastro, todo esto sobre un fondo de verdura, atraían todas las miradas. Fué preciso detenernos para contemplarla : nada digo de sus ojos azules ni de la mirada que lanzó sobre nosotros, porque me saldría de mi objeto y, por otra parte, porque no pienso en ello sino lo menos que me es posible. Me basta con haber dado el más bello ejemplo imaginable de la superioridad de aquellos dos colores sobre todos los demás, y de su influencia sobre la dicha de los hombres.

No iré hoy más adelante. ¿Qué objeto podría tratar que no fuera insípido? ¿Qué idea no se borra ante esta idea? Ni siquiera sé cuándo podré volver á mi trabajo. Si lo continúo y el lector desea ver el fin, diríjase al ángel que distribuye los pensamientos y ruéguele que no mezcle la imagen de esa colina entre el tropel de pensamientos dispersos que me arroja á cada instante.

Sin esta precaución, adiós mi viaje.

CAPÍTULO XII

. . . . la colina . . . .

PÍTULO XI

No hay que anticiparse en los sucesos. La prisa de comunicar á los lectores mi sistema del alma y la bestia me ha hecho abandonar la descripción de mi cama más pronto de lo que debía; cuando la haya terminado, volveré á emprender mi viaje á partir del sitio en que lo he interrumpido en el capítulo precedente.

Os ruego solamente que os acordéis que hemos dejado á *la mitad de mi mismo* contemplando el retrato de la señora de Hautcastel, cerca de la pared, á cuatro pasos de mi mesa de despacho.

Había olvidado, al hablar de mi lecho, aconsejar á todo hombre que pueda, que tenga una cama color de rosa y blanco: es positivo que los colores influyen sobre nosostros hasta el punto de alegrarnos ó entristecernos según sus tonos. El rosa y el blanco son dos colores consagrados al placer y á la felicidad. La naturaleza, al darlos á la rosa, le ha dado la corona del imperio de Flora; y cuando el cielo quiere anunciar un hermoso día al mundo, colora las nubes de ese tinte encantador á la salida del sol.

Un día subíamos con pena á lo largo de un rápido sendero; la amable Rosalía iba delante; su agilidad le daba alas, y nosotros no podíamos seguirla. De súbito, al llegar á la cumbre de una colina, se volvió hacia nos-

otros para tomar aliento, y sonrió al ver la lentitud con que subíamos. Quizá nunca los dos colores de que he hecho el elogio obtuvieron mayor triunfo. Sus mejillas inflamadas, sus labios de coral, sus brillantes dientes, su cuello de alabastro, todo esto sobre un fondo de verdura, atraían todas las miradas. Fué preciso detenernos para contemplarla : nada digo de sus ojos azules ni de la mirada que lanzó sobre nosotros, porque me saldría de mi objeto y, por otra parte, porque no pienso en ello sino lo menos que me es posible. Me basta con haber dado el más bello ejemplo imaginable de la superioridad de aquellos dos colores sobre todos los demás, y de su influencia sobre la dicha de los hombres.

No iré hoy más adelante. ¿Qué objeto podría tratar que no fuera insípido? ¿Qué idea no se borra ante esta idea? Ni siquiera sé cuándo podré volver á mi trabajo. Si lo continúo y el lector desea ver el fin, diríjase al ángel que distribuye los pensamientos y ruéguele que no mezcle lá imagen de esa colina entre el tropel de pensamientos dispersos que me arroja á cada instante.

Sin esta precaución, adiós mi viaje.

CAPÍTULO XII

. . . . la colina . . . .

. . . .
. . . . . .
. . . .

CAPÍTULO XIII

Los esfuerzos son vanos; es preciso aplazar la partida y permanecer aquí á pesar mío : es una etapa militar.

CAPÍTULO XIV

He dicho que me gusta singularmente meditar al dulce calor de mi lecho, y que su color agradable contribuye mucho al placer que en él encuentro.

Para procurarme este placer, mi criado ha recibido la orden de entrar en mi cuarto media hora antes de aquella en que he resuelto levantarme. Le oigo caminar ligeramente y revolver con discreción los objetos de mi cuarto, y este ruido me hace sentir la dulce sensación de una dulce somnolencia : placer delicado y desconocido para muchas personas.

Se está bastante despierto para advertir que no lo está uno del todo y para calcular confusamente que la

hora de los negocios y de los enfados está todavía en el reloj del tiempo. Insensiblemente, mi hombre va haciendo más ruido: ¡es tan difícil contenerse! Él sabe, por otra parte, que la hora fatal se aproxima. Mira mi reloj, hace sonar los contrapesos para advertirme, pero yo hago oídos de mercader, y para prolongar todavía esa hora deliciosa, no hay sutileza de que no haga víctima á ese pobre muchacho. Tengo cien órdenes preliminares que darle para ganar tiempo. Harto sabe él que estas órdenes, que yo le doy bastante malhumorado, no son sino pretextos para permanecer en la cama sin parecer que lo deseo. Él no parece notarlo, y yo le estoy agradecido de veras.

En fin, cuando he agotado todos mis recursos, avanza en medio del cuarto, y se planta allí con los brazos cruzados, en la más perfecta inmovilidad.

Se me concederá que no es posible desaprobar mi pensamiento con más ingenio y discreción; así es que yo no resisto jamás á esta invitación tácita; extiendo los brazos para demostrarle que he comprendido, y vedme ya sentado.

Si el lector reflexiona acerca de la conducta de mi criado, podrá convencerse de que en ciertos asuntos delicados del género de éste, la sencillez y el buen sentido valen infinitamente más que el ingenio más agudo. Me atrevo á asegurar que el discurso más estudiado sobre los inconvenientes de la palabra no me decidiría á salir tan pronto de mi cama como el mudo reproche de Joannetti.

No solamente es un perfecto hombre honrado este

Joannetti, sino que al mismo tiempo el hombre que más convenía á un viajero como yo. Está ya acostumbrado á los frecuentes viajes de mi alma, y no se ríe jamás de las inconsecuencias de *la otra*; á veces la dirige cuando está sola, de manera que podria decirse entonces que está conducida por dos almas. Cuando la *otra* se viste, por ejemplo, él me advierte con una señal que aquélla está á punto de ponerse las medias al revés ó la levita antes que el chaleco. Mi alma se ha divertido á menudo, viendo al pobre Joannetti correr tras de la loca por las calles de la ciudad para advertirle que se habia olvidado el sombrero, otra vez el pañuelo.

Un día (¿lo confesaré?) sin este fiel criado que la atrapó al final de la escalera, la atolondrada se encaminaba hacia la corte sin espada, tan resueltamente como el gran maestro de ceremonias llevando la augusta vara.

CAPÍTULO XV

— Toma, Joannetti, le dije, cuelga este retrato.

El me habia ayudado á limpiarlo, y no sospechaba pizca de lo que ha producido el capítulo del retrato, ni más ni menos que de lo que pasa en la luna.

Él era quien de su propio impulso me había presentado la esponja mojada, y quien por este acto, en

apariencia indiferente, había hecho recorrer á mi alma cien millones de leguas en un instante.

En lugar de volver á colocarlo en su sitio, lo retenía á su vez, para secarlo. Una dificultad, un problema insoluble le daban un aire de curiosidad que no dejé de observar.

— Vamos, le dije; ¿qué tienes que decir de ese retrato?

— ¡Oh! nada, señor.

— Entonces...

Lo dejó sobre uno de los pupitres de mi mesa; luego retirándose algunos pasos:

— Quisiera, dijo, que el señor me explicara por qué este retrato me mira siempre, cualquiera que sea el sitio del cuarto en que me encuentre. Por la mañana, cuando hago la cama, su cara se vuelve hacia mí, y si voy á la ventana me mira todavía, y me sigue con los ojos cuando ando.

— De manera, Joannetti, le dije, que si el cuarto estuviera lleno de personas, esta hermosa señora miraría á todos lados y á todo el mundo á la vez.

— ¡Oh! sí, señor.

— ¿Sonreiría á los que irían y vendrían, de igual modo que á mí?

Joannetti no respondió nada. Yo me extendí en mi butaca, y bajando la cabeza me entregué á las más serias meditaciones.

¡Qué rayo de luz! ¡Pobre amante! Mientras que tú te aburres lejos de tu querida, junto á la cual ya estás quizá reemplazado, mientras que fijas ávidamente los

ojos sobre su retrato y te imaginas (siquiera en pintura) ser el único mirado, la pérfida efigie, tan infiel como el original, dirige sus miradas sobre todo lo que la rodea, y sonrie á todo el mundo. He aquí un parecido moral entre ciertos retratos y su modelo, que ningún filósofo, ningún pintor, ningún observador había hecho todavía.

Marcho de descubrimiento en descubrimiento.

CAPÍTULO XVI

Joannetti continuaba en la misma actitud, esperando la explicación que me había pedido. Yo saqué la cabeza de los pliegues de mi *traje de viaje*, entre los cuales se hallaba como hundida para meditar á sus anchas y reponerse de las tristes reflexiones que acababa de hacer.

— ¿No ves tú, Joannetti, le dije después de un momento de silencio y volviendo mi butaca en dirección á él, no ves tú que siendo un cuadro una superficie plana, los rayos de luz que parten de cada punto de esta superficie...

Joannetti, á esta explicación, abrió de tal modo los ojos, que dejaba ver la pupila entera; tenía además la boca entreabierta: estos dos movimientos anuncian en el rostro humano, según el famoso Le Brunn, el último período de la extrañeza y del asombro. Era sin duda mi

bestia quien había emprendido semejante disertación; harto sabía mi alma que Joannetti ignoraba completamente lo que es una superficie plana, y, más aún, lo que son rayos de luz: la prodigiosa dilatación de sus párpados me hizo volver en mí mismo; metí entonces la cabeza en el cuello de mi traje de viaje, y la hundí de tal modo entre sus pliegues, que logré ocultarla casi por entero.

Resolví comer en aquel sitio; la mañana estaba muy avanzada, y un paso más por mi cuarto hubiera concluído por aplazar mi comida hasta la noche. Me deslicé hasta el borde de mi asiento, y colocando los pies sobre la chimenea, esperé pacientemente que me sirvieran. Esta actitud es deliciosa. Creo que sería muy difícil encontrar otra que reuniese tantas ventajas y que fuese tan cómoda para los descansos que son inevitables en un largo viaje.

Rosina, mi fiel perra, no deja nunca de venir entonces á tirar de los faldones de mi casaca de viaje para que le conceda un sitio encima de mí; ella encuentra una cama perfectamente arreglada y muy cómoda en el vértice del ángulo que forman la dos partes de mi cuerpo; una V representa á maravilla mi posición. *Rosina* se lanza sobre mí si no la tomo en seguida. Á menudo me la encuentro allí sin saber cómo ha venido. Mis manos se colocan por sí mismas de la manera más favorable á su bienestar, sea que exista una simpatía entre esta amable bestia y la mía, sea que la casualidad sola lo decida; pero yo no creo en la casualidad, ese triste sistema, esa palabra que nada significa. Mejor creería

en el magnetismo: mejor creería en el martinismo... No, yo no creeré jamás en ella.

Existe tal realidad en las relaciones que median entre estos dos animales, que cuando pongo los pies sobre la chimenea por pura distracción, cuando la hora de la comida está todavía lejana y no se me ocurre tomar bocado, como quien dice hacer *etapa*, no obstante *Rosina*, testigo de aquel movimiento, delata el placer que siente, meneando ligeramente la cola; la discreción la retiene en su sitio, y *la otra*, que lo advierte, se lo agradece: aunque incapaces de razonar sobre la causa que lo produce, se establece así entre ellas un diálogo mudo, una relación de sensación muy agradable que no puede ser atribuida á la casualidad.

CAPÍTULO XVII

Que no se me censure porque soy prolijo en los detalles: es la costumbre en los viajeros. Cuando se sale para subir al Monte Blanco, cuando se va á visitar la ancha abertura del sepulcro de Empédocles, no se deja nunca de describir exactamente las menores circunstancias: el número de las personas, el de los mulos, la calidad de las provisiones, el apetito de los viajeros, todo, en fin, hasta los tropiezos de las cabalgaduras, se consigna cuidadosamente en el diario, para instruir al universo sedentario. Ésta es la causa de que me haya deci-

dido á hablar de mi querida *Rosina*, hermoso animal á quien amo con verdadero afecto, y á consagrarle un capítulo entero.

Hace seis años que vivimos juntos, y aun no ha habido entre nosotros ningún serio disgusto. Si alguna vez se ha elevado entre ella y yo algún pequeño altercado, confieso de buena fe que la principal parte de la culpa ha sido mía y que *Rosina* ha dado siempre los primeros pasos en favor de la reconciliación.

A la noche, cuando la reprendo, se retira llena de tristeza y sin murmurar; al día siguiente, al despuntar el alba, la tengo ya junto á mi cama en actitud respetuosa; y al menor movimiento de su dueño, á la más pequeña señal de que va á despertar, anuncia su presencia con el continuo golpear de la cola sobre mi mesilla de noche.

¿Y por qué he de negarle mi afecto á este ser cariñoso que no ha dejado nunca de quererme desde la época en que hemos empezado á vivir juntos? La memoria no me bastaría para enumerar las personas que se han interesado por mí y me han olvidado después. Yo he tenido algunos amigos, muchas queridas, multitud de relaciones y mayor número aún de conocidos... y en la actualidad ya no soy nada para esa gente, que se ha olvidado hasta de mi nombre.

¡Cuántas protestas! ¡Qué manera de ofrecerme sus servicios! ¡Podía contar con su fortuna y con su amistad eterna y sin reservas!

Mi querida *Rosina*, que no me ha ofrecido sus servicios, me presta, sin embargo, el mayor que se puede

hacer á la humanidad: me amaba ayer, y me ama hoy todavía. Asi es, y no tengo ningún reparo en confesarlo, que yo la amo con una gran parte de ese mismo sentimiento que concedo á los amigos.

¿Qué me importa lo que se diga?

CAPÍTULO XVIII

Hemos dejado anteriormente á Joannetti en la actitud del asombro, inmóvil delante de mí, esperando el fin de la sublime explicación que yo habia comenzado.

Cuando me vió hundir de repente la cabeza entre los pliegues de mi bata y dar término de esta manera á la explicación, no dudó un momento de que hacia esto á falta de buenas razones, y, por lo tanto, de que estaba anonadado por la dificultad de la cuestión que me habia propuesto.

Á pesar de la superioridad que con ello acababa de adquirir sobre mí, no sintió el menor impulso de orgullo, ni trató de aprovecharse de su ventaja. Después de un corto rato de silencio, tomó el retrato, lo puso en su sitio y se retiró de puntillas rápidamente. Habia comprendido que su presencia era para mí una especie de humillación, y su delicadeza le inspiró el pensamiento de retirarse sin dejar que yo lo advirtiera. Su conducta, en esta ocasión, me interesó vivamente, y le conquistó un nuevo lugar en mi corazón. Sin duda alguna tam-

bién lo habrá conseguido en el del lector, y si por casualidad hay alguuo tan insensible que se lo niegue después que haya leido el capítulo siguiente, será sin duda porque el cielo le ha dado un corazón de mármol.

CAPÍTULO XIX

— ¡Voto á bríos! le dije un día: ésta es la tercera vez que te mando comprar un cepillo! ¡Qué cabeza! ¡qué animal!

No me contestó ni una sola palabra, como no me había contestado tampoco el día anterior á un exabrupto parecido. « Siendo tan exacto, decia yo, no comprendo semejante olvido. »

— Vete á buscar un trapo para limpiar mis zapatos, le dije encolerizado.

En cuanto hubo salido, ya estaba yo arrepentido de la rudeza con que le habia tratado.

Mi enojo desapareció completamente cuando vi el cuidado con que procuraba quitar el polvo de los zapatos sin ensuciarme las medias; púsele mi mano encima en señal de reconciliación, y me dije á mí mismo :

« ¡Pues, qué! ¿hay hombres que limpian el calzado de los demás por dinero? »

La palabra *dinero* fué un rayo de luz para mi imaginación. Volvi á acordarme en el acto de que hacia mu-

cho tiempo que no le habia dado ni un céntimo al criado.

— Joannetti, le dije retirando el pie, ¿tienes dinero?

Á esta pregunta apareció una semi-sonrisa de justificación en sus labios.

— No señor; desde hace ocho días no tengo ni un cuarto; he gastado cuanto tenía para atender á los menudos gastos de usted.

— ¿Y el cepillo? ¿Por eso ño lo has comprado?

Á esto, contestó con otra sonrisa, en vez de decirle á su amo: « No; yo no tengo la cabeza vana; yo no soy un *animal* como ha tenido usted la crueldad de llamar á su fiel servidor. Páguenme usted veinticuatro libras, diez sueldos y cuatro dineros que me debe, y le compraré el cepillo. » Prefirió dejarse maltratar injustamente, antes que hacer que su amo se avergonzara de su cólera.

¡Que el cielo le bendiga! ¡Filósofos! ¡cristianos! ¿habéis leído?

— Toma, Joannetti, le dije; toma y corre á comprar el cepillo.

— Pero, señor, ¿quiere usted quedarse con un zapato blanco y el otro negro?

— Te digo que vayas á comprar el cepillo; no te importe el polvo de mi zapato.

Salió; yo entonces tomé el trapo y limpié con delicia el zapato del pie izquierdo, sobre el cual dejé caer una lágrima de arrepentimiento.

CAPÍTULO XX

Las paredes de mi cuarto se hallan adornadas con láminas y cuadros que lo embellecen singularmente. Yo quisiera de veras que el lector examinase los cuadros uno por uno, para divertirle y distraerle á lo largo del camino que debemos recorrer todavía hasta llegar á mi mesa de despacho; pero es tan imposible el explicar con claridad un cuadro, como el hacer un retrato sin más que una descripción de la persona á quien se debe retratar.

¡Qué emoción no experimentaría, por ejemplo, al contemplar el primer dibujo que se presenta ante la vista! En él vería á la desgraciada Carlota limpiando lentamente y con mano temblorosa las pistolas de Alberto. Negros presentimientos y todas las angustias del amor sin esperanza y sin consuelo están impresos en su fisonomía, mientras que el indiferente Alberto, rodeado de fardos de procesos y de papeles viejos de toda especie se vuelve friamente para desear á su amigo un feliz viaje. ¡Cuántas veces he estado á punto de romper el cristal que cubre dicha lámina para arrancar á ese Alberto de su mesa, hacerle pedazos y pisotearlo! Desgraciadamente siempre habrá en el mundo muchos Albertos.

¿Qué persona sensible no está obligada á vivir con

otra, contra la cual las expansiones, las dulces emociones del alma y los arranques de la imaginación van á estrellarse como las olas sobre las rocas? ¡Feliz aquel que encuentra un amigo cuyo corazón y cuyo espíritu concuerdan con los suyos: un amigo que se una á él por la conformidad de gustos, de sentimientos y de conocimientos; un amigo que no se halle atormentado por la ambición ó el interés; que prefiera la sombra de un árbol á la ostentación de una corte.

¡Feliz aquel que posee un amigo!

CAPÍTULO XXI

Yo tenía uno: la muerte me lo ha quitado; le sorprendió al principio de su carrera, en el momento en que su amistad se había hecho absolutamente necesaria á mi corazón. Nos sosteníamos mutuamente en los penosos trabajos de la guerra: teníamos una sola pipa para fumar los dos; bebíamos en la misma copa; nos acostábamos bajo la misma tienda, y en las circunstancias desgraciadas en que nos hemos encontrado, allí donde nos hallábamos juntos surgía para nosotros una nueva patria. Yo le he visto expuesto á todos los peligros de la guerra, y de una guerra desastrosa. La muerte parecía conservarnos el uno para el otro; mil veces pasó por su lado sin alcanzarle; pero era para después hacerme más sensible su pérdida. El estruendo

de las armas, el entusiasmo que se apodera del corazón á la vista del peligro, hubieran impedido quizá que sus gritos de dolor llegasen hasta mi alma. Su muerte hubiera sido útil á su país y funesta para los enemigos. En aquellos instantes yo habría sentido menos su pérdida. ¡Pero perderle en medio de las delicias de una tregua! ¡Verle expirar en mis brazos, cuando parecía rebosar de salud, cuando nuestra amistad se acrecentaba en medio del reposo y la tranquilidad! ¡Oh! ¡Nunca me consolaré de ello! Sin embargo, su memoria no vive más que en mi corazón; no existe ya entre los que le rodeaban y le han reemplazado. Esta idea hace más doloroso para mí el sentimiento de su pérdida. La naturaleza, indiferente asimismo á la suerte de los individuos, reviste su brillante ropaje de primavera y se adorna con toda su belleza junto al cementerio donde reposa. Los árboles se cubren de hojas y entrelazan sus ramas; las aves cantan bajo el follaje; los insectos zumban entre las flores: todo respira el gozo y la vida en la mansión de la muerte. Y á la noche, mientras la luna brilla en el firmamento y yo medito cerca de este triste lugar, oigo al grillo que prosigue alegremente su canto infatigable, oculto bajo la hierba que cubre la tumba silenciosa de mi amigo. La destrucción insensible de los seres y todas las desgracias de la humanidad, nada representan ni significan en el seno del gran todo. La muerte de un hombre sensible que expira en medio de sus desconsolados amigos y la de la mariposa que el aire frío de la mañana hace perecer en el cáliz de una flor, son dos épocas parecidas en el curso de la na-

turaleza. El hombre no es más que un fantasma, una sombra, un vapor que se disipa en los aires...

Pero ya el crepúsculo matutino empieza á blanquear el cielo; las negras ideas que me agitaban se desvanacen con la noche, y la esperanza renace en mi corazón. No, aquel que así inunda de luz el oriente, no lo ha hecho brillar á mis miradas para sumergirme en seguida en la obscuridad de la nada; aquel que ha extendido ese horizonte inconmensurable, y ha levantado esas masas enormes cuyas heladas cumbres dora el sol, es el mismo que ha ordenado á mi corazón que lata y á mi espíritu que piense.

No, mi amigo no ha caido en el abismo de la nada; cualquiera que sea la barrera que nos separe, yo le volveré á ver. No fundo mi esperanza en un silogismo. El vuelo de un insecto que pasa por el aire, basta para persuadirme; y muchas veces el aspecto de la campiña, el perfume del aire y no sé qué encanto esparcido á mi alrededor, elevan de tal suerte mis pensamientos, que una prueba invencible de la inmortalidad entra violentamente en mi alma y la llena por completo.

CAPÍTULO XXII

Hace mucho tiempo que el capítulo anterior presentábase á mi pluma, y siempre lo había rechazado. Habíame prometido que este libro sólo retratase la parte

risueña de mi alma. Este proyecto, como tantos otros, se ha quedado sin realizar; espero que el sensible lector me perdonará el que le haya pedido algunas lágrimas, y si alguno cree que verdaderamente podía haber prescindido de este capítulo, que lo arranque de su ejemplar, ó, mejor todavía, que arroje todo el libro al fuego.

Bástame con que se adapte á los sentimientos de tu corazón, mi amada Jenny, tú, la mejor y la más querida de las mujeres, tú, la mejor y la más querida de las hermanas. A ti es á quien dedico esta obra: si merece tu aprobación, también tendrá la de todos los corazones sensibles y delicados; y si tú perdonas las locuras que se me escapan, bien á pesar mío algunas veces, desafío á todos los censores del universo.

CAPÍTULO XXIII

No diré más que una sola palabra del cuadro que sigue. Representa á la familia del desgraciado Ugolino muriendo de hambre. Á su alrededor están los hijos: uno de ellos, tendido á sus pies sin movimiento; los otros le alargan sus brazos extenuados, pidiéndole pan, mientras que el desgraciado padre, apoyado contra una columna de su prisión, hosca y fija la mirada, el rostro inmóvil, con esa terrible tranquilidad que da el último período de la desesperación, muere á la vez de

su propia muerte y de la de todos sus hijos y sufre cuanto puede resistir la humana naturaleza.

Valiente caballero de Assás, yo te veo expirar herido por cien bayonetas, gracias á un esfuerzo de valor y á un heroísmo que no se conoce en nuestros dias.

¡Y tú, que lloras bajo esas palmeras, desgraciada negra! Tú, á quien un hombre cruel ha engañado, abandonándote á la vez... ¿qué digo? tú, á quien aquél ha tenido la crueldad de vender como á una vil esclava, á pesar de tu amor y de tus servicios, á pesar del fruto de su cariño que llevas en tus entrañas... yo no pasaré por delante de tu imagen sin rendir el homenaje debido á tu sensibilidad y á tus desgracias.

Detengámonos un instante frente á este otro cuadro: representa á una joven pastora que guarda sola su ganado en la cima de los Alpes; está sentada sobre el tronco de un viejo abeto que el viento arrancó y los años han blanqueado; sus pies permanecen ocultos entre el espeso follaje de una frondosa cacalia, cuyas flores de color de lila se elevan hasta su cabeza. La alhucema, el tomillo, la anémona, la centáurea, flores de toda especie que se cultivan con dificultad en nuestros invernáculos y jardines y que crecen en los Alpes con todo su esplendor primitivo, forman la brillante alfombra sobre la cual triscan sus corderos. Amable pastora, dime, ¿dónde se encuentra el feliz rincón de la tierra que tú habitas? ¿De qué lejano aprisco has salido esta mañana al despuntar la aurora? ¿No me sería posible el ir á vivir allá contigo? Mas ¡ay! la dulce tranquilidad de que disfrutas, no tardará en desva-

necerse. El demonio de la guerra, no contento con desolar las ciudades, va á llevar bien pronto la turbación y el espanto hasta tu solitario retiro. Avanzan ya los soldados; ve cómo saltan de montaña en montaña y se aproximan á las nubes. El ruido del cañón resuena allá en la elevada región del trueno. ¡Huye, pastora, apresúrate á recoger tu rebaño, ocúltate en los antros más apartados y más agrestes: ya no hay reposo sobre esta desdichada tierra.

CAPÍTULO XXIV

No sé á qué atribuirlo; pero desde hace algún tiempo todos los capítulos de mi obra concluyen en un tono siniestro. En vano fijo mis miradas, al empezarlos, sobre algún objeto agradable; en vano me embarco en completa calma: una borrasca viene en seguida á hacerme torcer el rumbo. Para poner término á esta agitación, que no me deja ser dueño de mis ideas, y para apaciguar los latidos de mi corazón, por tantas y tan tiernas imágenes agitado, no veo otro remedio que hacer una disertación. Sí; quiero poner este pedazo de hielo sobre el órgano de mi sensibilidad.

Y esta disertación versará sobre la pintura, ya que hablar sobre cualquier otro asunto me sería imposible. No es fácil bajar de un salto desde la altura en

su propia muerte y de la de todos sus hijos y sufre cuanto puede resistir la humana naturaleza.

Valiente caballero de Assás, yo te veo expirar herido por cien bayonetas, gracias á un esfuerzo de valor y á un heroísmo que no se conoce en nuestros dias.

¡Y tú, que lloras bajo esas palmeras, desgraciada negra! Tú, á quien un hombre cruel ha engañado, abandonándote á la vez... ¿qué digo? tú, á quien aquél ha tenido la crueldad de vender como á una vil esclava, á pesar de tu amor y de tus servicios, á pesar del fruto de su cariño que llevas en tus entrañas... yo no pasaré por delante de tu imagen sin rendir el homenaje debido á tu sensibilidad y á tus desgracias.

Detengámonos un instante frente á este otro cuadro: representa á una joven pastora que guarda sola su ganado en la cima de los Alpes; está sentada sobre el tronco de un viejo abeto que el viento arrancó y los años han blanqueado; sus pies permanecen ocultos entre el espeso follaje de una frondosa cacalia, cuyas flores de color de lila se elevan hasta su cabeza. La alhucema, el tomillo, la anémona, la centáurea, flores de toda especie que se cultivan con dificultad en nuestros invernáculos y jardines y que crecen en los Alpes con todo su esplendor primitivo, forman la brillante alfombra sobre la cual triscan sus corderos. Amable pastora, dime, ¿dónde se encuentra el feliz rincón de la tierra que tú habitas? ¿De qué lejano aprisco has salido esta mañana al despuntar la aurora? ¿No me sería posible el ir á vivir allá contigo? Mas ¡ay! la dulce tranquilidad de que disfrutas, no tardará en desva-

necerse. El demonio de la guerra, no contento con desolar las ciudades, va á llevar bien pronto la turbación y el espanto hasta tu solitario retiro. Avanzan ya los soldados; ve cómo saltan de montaña en montaña y se aproximan á las nubes. El ruido del cañón resuena allá en la elevada región del trueno. ¡Huye, pastora, apresúrate á recoger tu rebaño, ocúltate en los antros más apartados y más agrestes: ya no hay reposo sobre esta desdichada tierra.

CAPÍTULO XXIV

No sé á qué atribuirlo; pero desde hace algún tiempo todos los capítulos de mi obra concluyen en un tono siniestro. En vano fijo mis miradas, al empezarlos, sobre algún objeto agradable; en vano me embarco en completa calma: una borrasca viene en seguida á hacerme torcer el rumbo. Para poner término á esta agitación, que no me deja ser dueño de mis ideas, y para apaciguar los latidos de mi corazón, por tantas y tan tiernas imágenes agitado, no veo otro remedio que hacer una disertación. Sí; quiero poner este pedazo de hielo sobre el órgano de mi sensibilidad.

Y esta disertación versará sobre la pintura, ya que hablar sobre cualquier otro asunto me sería imposible. No es fácil bajar de un salto desde la altura en

que me habia colocado hace un momento: por otra parte ésta es la *monomania* de mi tio Tobias.

De paso quisiera decir algunas palabras acerca de la cuestión relativa á la supremacía entre el arte encantador de la pintura y el de la música; sí, yo quiero poner algo en los platillos de la balanza, aunque sólo sea un grano de arena, aunque sólo sea un átomo.

Se dice en favor del que pinta, que deja algo detrás de sí: los cuadros le sobreviven y eternizan su memoria.

Á esto se contesta que los compositores de música dejan también óperas y conciertos. Pero la música se halla sujeta á la moda, y la pintura no. Los trozos de música que enternecian á nuestros abuelos, encuéntranlos ridículos los aficionados de nuestros dias, y se les interpola en las óperas bufas para hacer reir á los sobrinos ó nietos de aquellos á quienes hacían llorar en otro tiempo.

Los cuadros de Rafael seducirán á la posteridad como han encantado á nuestros antecesores.

Ved ahí mi grano de arena.

CAPÍTULO XXV

«¿Pero á mi qué me importa, díjome un dia la señora de Hautcastel, que la música de Cherubini ó de Cimarosa sea diferente de la de sus predecesores? ¿Qué

me importa que la música antigua me haga reir, con tal que la nueva me enternezca de una manera deliciosa? ¿Es acaso necesario á mi felicidad que mis placeres se parezcan á los de mi tatarabuela? ¿Qué venís á decirme de la pintura, de un arte que no puede saborearse más que por un círculo muy reducido de personas, mientras que la música encanta á todos los seres que sienten y respiran? »

En este momento, ignoro lo que podría contestarse á semejante observación, con la que no soñaba al empezar este capítulo.

Á haberla previsto, quizá no hubiese emprendido esta disertación. Y no se tome lo dicho por un ardid de músico, porque verdaderamente yo no lo soy. No; no tengo nada de músico, por mi honor lo digo; y para que se me crea, pongo por testigo al cielo y á todos los que me hayan oido tocar el violin.

Pero suponiendo ahora que el mérito del arte es igual de un lado que de otro, no por esto habría que deducir, sin más ni más, del mérito del arte el mérito del artista. Hay niños que tocan el clavicordio como grandes maestros, pero aun no se ha visto un buen pintor de doce años. La pintura, además del gusto y del sentimiento, exige una cabeza pensadora, de la cual pueden prescindir los músicos. Todos los días estamos viendo hombres sin corazón y sin ideas que arrancan al violín, al arpa, magníficos sonidos.

Se puede enseñar á la bestia humana á tocar el clavicordio; y cuando es enseñada por un buen maestro, el alma puede viajar entonces con entera libertad, no sir-

viendo esto de obstáculo para que los dedos arranquen maquinalmente á las cuerdas, y sin que el alma se mezcle en ello para nada, bellísimas armonías. Por el contrario, es de todo punto imposible pintar la cosa más sencilla del mundo sin que el alma emplee en esta ocupación todas sus facultades.

Sin embargo, si alguno creyese deber distinguir entre la música de composición y la ejecución, confieso que me vería algo apurado para contestar. ¡Ah! si todos los que se entretienen haciendo discursos obrasen de buena fe, todas las discusiones terminarían de esta manera. Cuando se empieza á examinar un asunto, se toma ordinariamente el tono dogmático, porque ya se ha decidido uno en secreto, como yo lo estaba realmente por la pintura, á pesar de mi hipócrita imparcialidad; pero la discusión engendra la objeción, y todo concluye por la duda.

CAPÍTULO XVI.

Ahora que me siento más tranquilo, voy á tratar de hablar sin emoción de los dos retratos que siguen al cuadro de *la Pastora de los Alpes*.

¡Rafael! tu retrato no podía ser pintado más que por ti mismo. ¿Quién se hubiese atrevido á hacerlo? Tu rostro franco, sensible, espiritual, anuncia tu carácter y tu genio.

Para complacer á tu efigie, he colocado cerca de ti

el retrato de la mujer que amaste, á quien todos los hombres de todos los siglos pedirán eternamente cuenta de las sublimes obras de que tu muerte prematura ha privado á las artes.

Cuando examino el retrato de Rafael, me siento penetrado de un respeto casi religioso hacia ese grande hombre que, en la flor de su edad, había sobrepujado á todos los pintores antiguos, y cuyos cuadros son, á la vez que el asombro, la desesperación de todos los artistas modernos. Cuando mi alma le admira, experimenta un movimiento de indignación contra esa italiana que prefirió su amor á su amante y que apagó en su seno esa antorcha celeste, ese genio divino.

¡Desgraciada! ¿No sabías que Rafael había anunciado un cuadro superior al de la *Transfiguración?* ¿Ignorabas, acaso, que estrechabas en tus brazos al favorito de la naturaleza, al padre del entusiasmo, á un genio sublime, á un Dios?...

Mientras que mi alma hace estas observaciones, su compañera, *la otra*, fijando atentamente los ojos en el rostro encantador de aquella funesta beldad, se siente dispuesta á perdonarle la muerte de Rafael.

En vano mi alma le censura su extravagante debilidad : no es escuchada. Como en otras muchas ocasiones, se entabla entre estas dos señoras singular diálogo, de esos que terminan casi siempre por el triunfo del *mal principio*, y de los cuales guardo una muestra para otro capítulo.

CAPÍTULO XXVII

Los dibujos y cuadros de que acabo de hablar, palidecen y desaparecen apenas se fijan los ojos en el cuadro siguiente: las obras inmortales de Rafael, de Correggio y de toda la escuela italiana no podrían sostener la comparación. Así es que lo guardo siempre para el último bocado, para la pieza de reserva, cuando procuro á algunos curiosos el placer de viajar conmigo; y puedo asegurar que desde que he dado á conocer este cuadro sublime á los inteligentes y á los ignorantes, á la gente de mundo, á los artesanos, á las mujeres, á los niños y hasta á los mismos animales, siempre he visto dar á los espectadores, cualesquiera que fuesen, y cada uno á su manera, muestras de satisfacción y de asombro: ¡tan admirablemente copiada está en él la naturaleza!

¡Ah! ¿Qué cuadro podrían presentaros, señores; qué espectáculo podrían desarrollar ante vuestras miradas, señoras, que merezca tanto vuestra completa aprobación como la copia fiel de vosotros mismos? El cuadro á que me refiero es un espejo, y nadie hasta hoy se ha atrevido á lanzar sobre él la más pequeña censura: para todos los que le miran, es un cuadro perfecto al que no falta nada.

Se convendrá, sin duda, en que debe ser contado

como una de las maravillas de la región por donde me paseo.

Pasaré en silencio la satisfacción que experimenta el físico meditando acerca de los extraños fenómenos de la luz, que representa todos los objetos de la naturaleza sobre esta bruñida superficie. El espejo produce al viajero sedentario mil interesantes reflexiones, mil observaciones que le convierten en objeto útil y precioso.

Vosotros á quienes el amor ha tenido ó tiene todavía bajo su imperio, sabed que delante de un espejo aguza sus dardos y medita sus crueldades. Allí es dónde ensaya sus maniobras y estudia sus movimientos, preparándose de antemano para la guerra que quiere declarar; allí es dónde se ejercita en las dulces miradas, en los graciosos mohines, en las riñas estudiadas, como un actor se ejercita frente á sí mismo antes de presentarse en público. Siempre imparcial y verdadero, un espejo devuelve á los ojos del espectador las rosas de la juventud y las arrugas de la vejez, sin calumniar ni ofender á nadie. Entre todos los consejeros de los grandes, es el único que les dice constantemente la verdad.

Esta ventaja me ha hecho desear la invención de un espejo moral donde todos los hombres podrían verse con sus vicios y sus virtudes. Hasta pensaba proponer un premio á cualquiera academia por este descubrimiento, cuando maduras reflexiones me han probado su inutilidad.

¡Ay! ¡Cuán raro es que la fealdad se reconozca y rompa el espejo! En vano los cristales se multiplican á

nuestro alrededor y reflejan con exactitud matemática la luz y la verdad; en el momento en que los rayos van á penetrar en nuestra retina y á pintarnos tales como somos, el amor propio desliza su prisma engañador entre nosotros y la imagen, y nos presenta una divinidad.

Y de todos los prismas que han existido, desde el primero que salió de manos del inmortal Newton, ninguno ha poseído fuerza de refracción tan poderosa ni produce colores tan agradables y tan vivos como el prisma del amor propio.

Ahora bien: puesto que los espejos comunes anuncian inútilmente la verdad, y cada uno queda contento con su cara; puesto que no son capaces de hacer conocer á los hombres sus imperfecciones físicas, ¿para qué serviría mi espejo moral? Pocos pondrían en él los ojos, y nadie se reconocería, excepción hecha de los filósofos. Y aun lo dudo un poco.

Tomando el espejo tal como es, espero que nadie me censurará porque lo haya colocado por encima de todos los cuadros de la escuela italiana. Las señoras, á quienes el buen gusto no suele engañar y cuya decisión debe regularlo todo, cuando entran en una habitación dirigen ordinariamente su primera mirada al espejo.

Mil veces he visto á señoras, y aun á caballeros, olvidar en una *soirée* á sus respectivos amantes, el baile, y todos los placeres de la fiesta, para contemplar con marcada complacencia ese cuadro encantador, y hasta para honrarle de vez en cuando echándole una ojeada en medio de la más animada contradanza.

¿Quién podrá disputarle, pues, el rango que yo le concedo entre las obras maestras del arte de Apeles?

CAPÍTULO XXVIII

Habia llegado, al fin, cerca de mi mesa escritorio; hasta alargando el brazo hubiera podido tocar el ángulo más próximo de la misma, cuando estuve á punto de ver destruído el fruto de todos mis trabajos y de perder la vida. Debería pasar en silencio el accidente que me ocurrió, para no desanimar á los viajeros; pero es tan difícil caerse de la silla de posta de que me sirvo para viajar, que habrá que convenir en que se necesita ser desgraciado hasta un último extremo, tan desgraciado como soy yo, para correr semejante peligro. Me encontré tendido en el suelo completamente á lo largo y boca abajo, y esto con tanta rapidez, tan impensadamente, que estuve tentado de poner en duda mi desgracia, si cierto zumbido en la cabeza y un violento dolor en el hombro izquierdo no me hubiesen probado hasta la evidencia la verdad de lo ocurrido.

También esto fué una mala pasada de *mi mitad*. Asustada por la voz de un pobre que pidió de repente limosna á mi puerta y por los ladridos de *Rosina*, hizo dar bruscamente una vuelta al sillón, antes de que mi alma pudiese advertirle que faltaba detrás un ladrillo: el empuje fué tan violento, que mi silla de posta se en-

contró absolutamente fuera de su centro de gravedad, y cayó sobre mí.

Confieso que ésta es una de las ocasiones en que he tenido más necesidad de quejarme del alma, porque en vez de incomodarse por la distracción que había padecido, y de reprender á su compañera por su precipitación, se olvidó hasta el punto de compartir el resentimiento más *animal* y de maltratar de palabra á aquel pobre inocente.

— ¡Haragán, vete á trabajar! le dijo (apóstrofe execrable inventado por la cruel y egoísta riqueza).

— Señor, dijo el pobre para enternecerme, soy de Chambery...

— Tanto peor.

— Soy Jaime, aquel á quien veiais con frecuencia en el campo, el que llevaba las ovejas al prado...

— ¿Y qué vienes á hacer aquí?

Mi alma comenzaba á arrepentirse de la brutalidad de mis primeras palabras. Hasta creo que se había arrepentido ya, un momento antes de pronunciarlas. Le sucedió lo que á aquellos que encuentran de pronto en medio de su camino un hoyo ó un charco: lo ven, pero les falta tiempo para evitarlo.

Rosina acabó de conducirme al buen sentido y al arrepentimiento; había reconocido á Jaime que tantas veces había compartido su pan con ella, y con sus caricias le atestiguaba su recuerdo y agradecimiento.

Durante este tiempo, Joannetti había recogido los restos de mi comida, que estaban destinados para él, y los dió sin vacilar á Jaime.

¡Pobre Joannetti!

Así es cómo en un viaje voy recibiendo lecciones de filosofía y de humanidad de mi criado y de mi perro.

CAPÍTULO XXIX

Antes de pasar adelante, quiero destruír una duda que pudiera haberse introducido en el espíritu de mis lectores.

No quisiera, por todo lo del mundo, que se sospechara que he emprendido este viaje únicamente por no saber qué hacer y forzado en algún modo por las circunstancias: aseguro aquí, y juro por todo lo que más quiero, que abrigaba el propósito de emprenderlo mucho tiempo antes del suceso que me ha hecho perder la libertad por espacio de cuarenta y dos días. Este forzado retiro no fué otra cosa que una ocasión para ponerme en camino más pronto.

Ya sé yo que la protesta gratuita que hago aquí parecerá sospechosa á cierta gente, pero sé también que las personas suspicaces no leerán este libro. ¡Están demasiado ocupadas en su casa y en la de sus amigos! ¡Tienen tantos asuntos! Los buenos y los sencillos me creerán.

Convengo, sin embargo, en que hubiera preferido ocuparme en este viaje en otro tiempo, y hubiera escogido para llevarlo á cabo la cuaresma mejor que el

carnaval. No obstante, las reflexiones filosóficas que el cielo me ha inspirado me han servido de mucho para soportar la privación de los placeres que Turin proporciona á granel en estos momentos de agitación y de ruido. Es muy cierto, decíame, que las paredes de mi cuarto no están tan magníficamente decoradas como las de un salón de baile; el silencio de mi *camarote* no vale tanto como el agradable ruido de la música y de la danza; pero entre los brillantes personajes que se encuentran en esas fiestas, muchos hay ciertamente que están más aburridos que yo.

¿Y por qué he de pararme á meditar acerca de las personas què se encuentran en una situación más agradable que la mía, cuando el mundo hormiguea de gente más desgraciada que yo? En vez de trasladarme con la imaginación á ese soberbio palacio donde la joven Eugenia eclipsa á tantas bellezas, no tengo. para ser feliz, más que detenerme un momento en cualquiera de las calles que allá conducen. Un sin número de desgraciados medio desnudos se hallan tendidos bajo los pórticos de esas moradas suntuosas, y parecen próximos á morir de frío y de miseria. ¡Qué espectáculo! Yo quisiera que esta página de mi libro fuese conocida de todo el mundo; yo quisiera que se supiese que en esa ciudad donde todo respira la opulencia, durante las noches más frías del invierno. muchos infelices duermen al aire libre con la cabeza apoyada sobre un guardarruedas ó sobre el umbral de un palacio.

Aquí hay un grupo de niños apretados unos contra otras para no morirse de frío; allí una mujer tiritando.

á quien falta hasta la voz para quejarse. Los transeúntes van y vienen sin que les conmueva un espectáculo al que están ya acostumbrados. El ruido de las carrozas, la voz de la intemperancia, los acordes armoniosos de la música, se mezclan algunas veces con los gritos de estos desgraciados y forman una horrible disonancia.

CAPÍTULO XXX

El que se apresurase á juzgar á una ciudad por el capítulo precedente, mucho se equivocaría. He hablado de los pobres que se encuentran á cada paso, de sus lastimeros gritos, y de la indiferencia de ciertas gentes á su respecto; pero nada he dicho del gran número de personas caritativas que duermen mientras los demás se divierten, que se levantan al despuntar el día y van en auxilio del infortunio sin ostentación y sin testigos. ¡No quiero pasar esto en silencio! Quiero escribirlo en el reverso de la página *que debe leer todo el mundo.*

Después de haber compartido de esta suerte su fortuna con sus hermanos; después de haber vertido el bálsamo en esos corazones lastimados por el dolor, van á las iglesias á ofrecer á Dios sus plegarias y á darle las gracias por sus beneficios, mientras el vicio, fatigado, duerme sobre plumas. La luz de la lámpara solitaria lucha todavía en el templo con la luz del sol naciente, y ya

se les encuentra prosternados al pie de los altares; y el Eterno, irritado por la crueldad y la avaricia de los hombres, detiene entonces el rayo próximo á herir.

CAPÍTULO XXXI

He querido decir algo de esos desgraciados en mi viaje, porque la idea de su miseria ha venido con frecuencia á distraerme en mi camino. Algunas veces, preocupado al ver la diferencia que existe entre su situación y la mía, paraba de repente mi berlina, y el cuarto me parecía entonces prodigiosamente adornado. ¡Qué lujo inútil! ¡Seis sillas, dos mesas, un escritorio, un espejo!... ¡qué ostentacion! Sobre todo mi cama, mi cama color de rosa y blanco y sus dos colchones, me parecia que desafiaban la magnificencia y la molicie de los monarcas orientales. Estas reflexiones me hacian indiferentes los placeres que me habían sido prohibidos; y de reflexión en reflexión, mi prurito de filosofar llegaba á tal extremo, que habria visto cómo se celebraba un baile en la habitación contigua, habría oído el sonido de los violines y clarinetes, sin moverme de mi sitio; hubiera oído la voz melodiosa de Marchesini, esa voz que tantas veces me ha puesto fuera de mí mismo, y la hubiera oido sin conmoverme; y más aún: hubiera mirado sin emocion alguna a la mujer

más encantadora de Turín, á la misma Eugenia, vestida de pies á cabeza por la señorita Rapous[1]. Sin embargo, esto ya no es tan seguro.

CAPÍTULO XXXII

Pero permitidme, señores, que os lo pregunte: ¿os divertís ahora tanto como otras veces en el baile y en la comedia? De mí sé decir que desde hace algún tiempo me causan cierto terror las reuniones numerosas. Me asalta una visión siniestra cuando estoy en ellas, y en vano me esfuerzo por rechazarla: vuelve siempre como la de Atalia. Esto debe ser quizá porque el alma, invadida en la actualidad por negros pensamientos y cuadros desgarradores, encuentra en todas partes motivos de tristeza, á la manera que el estómago viciado convierte en veneno los más sanos alimentos. Sea de ello lo que fuere, ahí va mi sueño: Cuando me encuentro en una de esas fiestas, en medio de esa multitud de hombres amables y cariñosos que bailan, cantan ó lloran viendo una obra dramática, que no manifiestan más que sensaciones de alegría, de franqueza y de cordialidad, digo para mí: Supongamos que en esta reunión entrase de pronto un oso blanco, un filósofo, un

1. Célebre modista en la época en que este libro fué escrito.

tigre ó cualquier otro animal de esta especie, y encaramándose á la orquesta gritase con voz furiosa :

« ¡ Desgraciados mortales, escuchad á la verdad que os habla por mi boca : estáis oprimidos y tiranizados ; el fastidio y la desventura os dominan ; ¡ salid de vuestro letargo !

» ¡ Músicos, empezad por romper esos instrumentos sobre vuestras cabezas y armaos de puñales ; no os acordéis en adelante de las distracciones ni de las fiestas ; subid á los palcos, asesinad á todo el mundo : que las mujeres tiñan también en sangre sus manos temblorosas !

» ¡ Salid de aquí, ya sois *libres* ; arrancad á vuestro rey de su trono y á vuestro Dios de su santuario ! »

Ahora bien : ¿ cuántos de esos hombres *encantadores* ejecutarían el mandato del tigre ? ¿ Cuántos pensaban en ello, tal vez, antes de que éste entrase ? — ¡ Quién lo sabe ! — Y, sin embargo, ¿ acaso no se bailaba en París hace cinco años [1] ?

— Joannetti, cierra las puertas y las ventanas ; no quiero ver más la luz ; que persona alguna entre en mi cuarto. Pon la espada al alcance de mi mano. Márchate tú también y no vuelvas á presentarte delante de mí.

1. Por el texto de este capítulo se adivina que hubo de escribirlo su autor en 1794.

CAPÍTULO XXXIII

— No, no; quédate, Joannetti; quédate, pobre muchacho; y tú también, mi *Rosina;* tú, que adivinas mis penas y las endulzas con tus caricias: ven, *Rosina* mía, ven á mi regazo, y á descansar.

CAPÍTULO XXXIV

La caida de mi silla de posta le ha hecho al lector el servicio de acortar mi viaje lo menos en una docena de capítulos, porque al levantarme me encontré frente á frente y muy cerca de mi escritorio; así es que no tuve tiempo para reflexionar acerca de los muchos cuadros y láminas que me quedaban aún por recorrer, y que hubieran podido alargar bastante mis excursiones por el campo de la pintura.

Dejando, pues, á la derecha los retratos de Rafael y su amada, *el Caballero de Assás* y *la Pastora de los Alpes*, y torciendo á la izquierda, se descubre mi escritorio al lado mismo de la ventana; es el objeto de mayor apariencia y el primero que se presenta á la vista del viajero, siguiendo el camino que acabo de indicar.

Sobre el escritorio hay unas cuantas tablitas ó estantes que sirven de biblioteca, y encima de todo, un busto que corona la pirámide, y que, sin duda alguna, es el objeto que más contribuye el embellecimiento del país.

Tirando del primer cajón de la derecha, aparece un pupitre con papeles de todas clases, plumas de todos cortes y lacre, formando todo esto un conjunto tan agradable, que daría ganas de escribir á la persona más indolente. Estoy seguro, querida Jenny, de que si por casualidad abrieses este cajón, contestarías á la carta que te escribí el año pasado. En el del otro lado permanecen confusamente amontonados los materiales de la interesante historia de la prisionera de Pinerolo, que muy pronto, amigos míos, tendréis ocasión de leer[1].

Entre estos dos cajones hay un hueco en el que arrojo las cartas á medida que las recibo. Allí están todas las que he recibido desde hace diez años. Las más antiguas forman paquetes en los que están coleccionadas por sus fechas; las modernas están completamente revueltas. Conservo muchas de mi juventud, y experimento un vivo placer cuando me recuerdan las situaciones más interesantes de mis primeros años y me transportan á aquellos tiempos felices que ya no volveré á ver.

¡Ah! ¡Cómo rebosa mi corazón! ¡Qué dulce tristeza lo llena cuando los ojos recorren las líneas trazadas por un ser que ya no existe! ¡Éstos son sus caracteres! ¡Éste su corazón, que guió á su mano; y era á mí á

1. El autor no ha cumplido su palabra: y si algo se ha publicado con dicho título, aquél declara no tener en ello ninguna parte.

quien escribía esta carta, y esto es lo único que de él me queda!

Cuando acerco mi mano á ese mueble, difícilmente lo abandono en todo el día. De igual modo el viajero atraviesa con rapidez algunas provincias de Italia, haciendo precipitadamente algunas observaciones superficiales para detenerse después en Roma durante meses enteros. Es el filón más rico de la mina que estoy explotando. ¡Qué cambio en mis ideas y en mis sentimientos! ¡Qué diferencia en mis amigos! Cuando los examino tal como eran ayer y tal como son hoy, los veo agitados mortalmente por proyectos que ahora en modo alguno les interesan. Mirábamos un suceso como una gran desgracia; pero el final de la carta no existe, y así el suceso queda completamente olvidado: me es imposible recordar de qué se trataba. Mil preocupaciones nos asaltaban; nos eran totalmente desconocidos el mundo y los hombres; pero también, ¡cuánto entusiasmo en nuestras relaciones! ¡Qué lazos tan íntimos! ¡Qué confianza ilimitada!

Éramos felices por nuestros propios errores. ¿Y ahora?... ¡Ah! todo ha cambiado. Como los demás, hemos tenido que leer en el corazón humano; y la verdad, cayendo en medio de nosotros como una bomba, ha destruído para siempre el palacio encantado de nuestras ilusiones.

CAPÍTULO XXXV

De mí solo dependería el escribir un capítulo acerca de esta rosa marchita que acabo de recoger, si la cosa valiese la pena : es una flor del carnaval del año último. Yo mismo fui á cogerla en los invernaderos de Valentín ; y por la noche, una hora antes de dar comienzo el baile, fuí á regalársela á la señora de Hautcastel, lleno de esperanzas y opreso por una agradable emoción. La tomó y colocóla en su tocado sin mirarla y sin mirarme. ¿Y cómo había de fijar su atención en mí si estaba preocupada mirándose á sí misma? De pie, delante de un gran espejo, elegantemente vestida, daba la última mano á su *toilette*. Estaba tan preocupada, se encontraba tan completamente absorbida su atención contemplando las cintas, las gasas y los perifollos de todas clases amontonados delante de ella, que no pude obtener ni siquiera una mirada, ni un gesto. Sin embargo, me había resignado, y le brindaba humildemente un haz de alfileres que tenía preparado en mis manos : pero como la almohadilla estaba más á su alcance, los tomaba de allí. Si alguna vez adelantaba mi mano, los tomaba indiferentemente, tanto, que había de tantear, porque no se atrevía á quitar los ojos del espejo, temiendo perderse de vista.

Durante algún tiempo sostuve un segundo espejo de-

trás de ella para que pudiese juzgar mejor de su tocado; y repitiéndose su fisonomía de espejo en espejo, observé entonces una larga serie de coquetas, ninguna de las cuales fijaba su atención en mí. En fin, ¿lo diré? la rosa y yo estábamos representando un triste papel.

Concluí por perder la paciencia, y no pudiendo resistir por más tiempo el despecho que me devoraba, dejé el espejo que tenia en la mano, y salí encolerizado y sin despedirme.

— ¿Os vais? me preguntó, volviéndose un poco de mi lado con el objeto de verse de perfil.

Nada contesté; pero me puse á escuchar á la puerta un instante, para saber el efecto que iba á producir mi brusca salida.

— ¿No ves? le dijo á su camarera después de un rato de silencio, ¿no ves que este corpiño es muy ancho para mi talle, y que hay que ceñirlo un poco con alfileres?

Cómo y por qué aquella rosa marchita se encuentra actualmente en uno de los estantes de mi escritorio, es lo que no diré ciertamente, pues ya he manifestado antes que una rosa seca no merecia llenar todo un capítulo.

Observad bien, amables lectoras, que me abstengo de toda reflexión acerca del episodio de la rosa marchita, y que no he dicho si la señora de Hautcastel hizo bien ó mal al preferir, entre yo y su tocado, á este último, ni tampoco si tenía derecho á ser recibido de otra manera.

Guárdome aún mucho más de sacar consecuencias generales sobre la realidad, fuerza y duración del afecto

que profesan las mujeres á sus amigos. Me contento con arrojar al mundo, con lo demás de mi viaje, este único capítulo (ya que capítulo es), sin dedicárselo á nadie y sin recomendárselo tampoco á nadie.

Añadiré sólo un consejo para mis lectores : el de que procuréis convenceros de que en un día de baile vuestra querida no os pertenece.

En el momento mismo en que comienza la *toilette*, el amante queda relegado al papel de marido, y el baile solo disfruta la categoría de amante.

Todos saben lo que consigue un marido cuando quiere hacerse amar á la fuerza ; tomad, pues, vuestra desgracia con paciencia y riendo.

Y no hay que hacerse ilusiones ; si os ven con gusto en el baile, no es por vuestra calidad de amante, puesto que sois un marido, sino porque formáis parte del baile, y sois, en su consecuencia, una fracción de su nueva conquista; sois una *décima* de amante. También puede ser porque bailáis bien, y espera que la hagáis brillar en el salón. En fin, lo que puede haber de más lisonjero para vos en la buena acogida que os dispensa, es que ella espera excitar los celos de sus compañeras, declarando como amante suyo á un hombre de vuestro mérito. Sin esta consideración, ni siquiera os miraría.

Comprendido esto, será preciso resignaros y esperar á que acabe vuestro papel de marido. Conozco á más de uno que se daría por satisfecho saliendo así bien librado á tan poca costa.

CAPÍTULO XXXVI

He prometido un diálogo entre mi alma y *la otra;* pero hay ciertos capítulos que se me escapan, ó, mejor, los hay que saltan de la pluma como á pesar mio, y desvían mi proyectos: en este número se encuentra el de mi biblioteca, que haré lo más corto posible.

Van á pasar los cuarenta y dos dias, y otro espacio de tiempo igual no bastaría para terminar la descripción del rico país por donde tan agradablemente viajo.

Mi biblioteca, ya que es preciso decíroslo, se compone de novelas... sí, de novelas... y de algunos poetas escogidos.

Como si no tuviese bastante con mis propios males, comparto aún voluntariamente los de mil personajes imaginarios, y los siento tan vivamente como los míos. ¡Cuántas lágrimas no he derramado por la desgraciada Clarisa y por el amante de Carlota!

Pero si busco de tal suerte afficciones fingidas, en cambio hallo en ese mundo imaginario la virtud, la bondad, el desinterés que no he podido encontrar todavía reunidos en el mundo real en que vivo. Encuentro en él una mujer tal como la deseo, sin acritud de carácter, sin ligereza, sin doblez: nada digo de su belleza; de realzarla ya se encarga mi imaginación: hágola tan bella que más no puede serlo.

Cuando llego á un pasaje en que el libro no responde ya á mis ideas, lo cierro, y tomando aquélla de la mano recorremos juntos un país mil veces más delicioso que el mismo Edén. ¿Qué pintor podria representar el esplendoroso paisaje en que he colocado á la divinidad de mi corazón? ¿Y qué poeta podrá jamás describir las vivas y variadas sensaciones que experimento en esta región encantada?

¡Cuántas veces he maldecido á ese Clevelando que á cada instante se embarca en nuevas desgracias que podría evitar! No puedo sufrir ese libro ni tal sucesión de calamidades; sin embargo, cuando distraidamente lo abro, tengo que devorarlo hasta el fin.

¿Cómo podría yo dejar á ese pobre hombre entre los abaquis? ¿Qué le sucedería en medio de tales salvajes? Menos aún me atrevo á abandonarle cuando emprende su excursión para salir del cautiverio.

En fin, tanto interés tomo por sus penas, tanto es el que me inspiran él y su infortunada familia, que la inesperada aparición de los feroces ruitones me pone los cabellos de punta; un sudor frio me cubre cuando leo este episodio, y mi terror es tan vivo, tan real, como si yo mismo tuviese que ser asado y devorado por aquella canalla.

Cuando ya he llorado y enamorado bastante, busco entonces algún poeta y parto para un nuevo mundo.

CAPÍTULO XXXVII

Desde la expedición de los Argonautas hasta la Asamblea de Notables, desde lo profundo del infierno hasta la última estrella fija, más allá de la via láctea, hasta los confines del universo, hasta las puertas del caos, he ahí el vasto campo en que me paseo á lo ancho y á lo largo, con toda comodidad, porque el tiempo no me falta más que el espacio. Allí transporto mi existencia siguiendo á Homero, á Milton, á Virgilio, á Ossián, etc.

Todos los acontecimientos que se han desarrollado entre esas dos épocas, todos los países, todos los mundos y todos los seres que han existido entre esos dos términos, todo esto es mío, me pertenece tanto y tan legítimamente como los barcos que entraban en el Pireo pertenecían á cierto ateniense.

Me gustan sobre todos los poetas que me transportan á la más remota antigüedad; la muerte del ambicioso Agamenón, las furores de Orestes y toda la trágica historia de la familia de los Atreos perseguida por el cielo, me infunden un terror que los sucesos modernos no podrían seguramente inspirarme.

He aquí la urna fatal que encierra las cenizas de Orestes: ¿quién no temblaría á su aspecto? ¡Electra! ¡desgraciada hermana! tranquilízate: es el mismo Orestes el que trae la urna, y las cenizas son las de sus enemigos.

No se encuentran ahora riberas parecidas á la del Xhantes ó del Scamandra; no se ven llanuras como las de Hesperia ó de la Arcadia. ¿Dónde están hoy las islas de Lemnos y de Creta? ¿Dónde el famoso laberinto? ¿Dónde la roca que Ariadna, abandonada, regaba con sus lágrimas? No se ven ya Teseos, ni mucho menos Hércules: los hombres, y aun los héroes de hoy, son simplemente pigmeos.

Cuando quiero proporcionarme en seguida una escena de entusiasmo y disfrutar de todas las fuerzas de mi imaginación, me agarro atrevidamente á los pliegues de la túnica flotante del sublime ciego de Albión en el momento en que se lanza hacia el cielo y osa aproximarse al trono del Eterno. ¿Qué musa ha podido sostenerle á esa altura, á la que ningún hombre, antes que él, había osado levantar la mirada? Del soberbio atrio celeste que el avaro Mamnón miraba con envidiosos ojos, paso con horror á las vastas cavernas de la residencia de Satán; asisto al consejo infernal, me mezclo al tropel de espiritus rebeldes y escucho sus discursos.

Pero es preciso que confiese aquí una debilidad que yo mismo me he censurado muchas veces.

Yo no puedo dejar de tomar cierto interés por ese pobre Satán (hablo del Satán de Milton) desde el momento en que se ve precipitado del cielo. Censurando la terquedad del espíritu rebelde, declaro que la firmeza que demuestra en el exceso de la desgracia, y la grandeza de su valor, me obligan á la admiración á pesar mío. Aunque no ignoro las desdichas derivadas

de la funesta empresa que le condujo á forzar las puertas del infierno para ir á turbar el hogar de nuestros primeros padres, no puedo, por mucho que haga, desear un momento verle perecer en camino en medio de la confusión del caos. Y aun creo que le ayudaría de buena gana si no me contuviese un resto de vergüenza. Sigo todos sus movimientos, y encuentro tanto placer en viajar con él, como si fuera en buena compañía. Yo bien reflexiono que, después de todo, es un diablo que está en camino para perder al género humano: que es un verdadero demócrata, no de Atenas, sino de París; pero todo esto no puede curarme de mi prevención.

¡Qué vasto proyecto y qué valentía en la ejecución! Cuando las espaciosas y triples puertas del infierno se abrieron de repente ante él á dos batientes, y el profundo pozo de la nada y de la noche apareció á sus pies en todo su horror, recorrió con intrépida mirada el sombrío imperio del caos; y, sin vacilar, abriendo sus inmensas alas que habrían podido cubrir un ejército entero, se precipitó en el abismo.

Lo ofrezco como modelo al más atrevido. Y para mí, es uno de los más hermosos esfuerzos de la imaginación, así como uno de los viajes más hermosos que se han hecho jamás; se entiende, después del viaje al rededor de mi cuarto.

CAPÍTULO XXXVIII

No acabaría nunca si quisiera describir la milésima parte de los sucesos singulares que me ocurren cuando viajo cerca de mi biblioteca; los viajes de Cook y las observaciones de sus compañeros de viaje Bancks y Solander, nada son comparados con mis aventuras en este reducido espacio. Así, yo creo que llegaría á pasar toda mi vida en una especie de arrobamiento si no estuviese allí inmediato el busto de que he hablado antes, sobre el cual acaban por fijarse siempre mis ojos y mis pensamientos, cualquiera que sea la disposición de mi alma; cuando ésta se halla agitada con harta violencia, ó bien cuando es presa del abatimiento, no tengo más que mirar ese busto para volverla á su asiento natural: es el diapasón que me sirve para templar el conjunto variable y desacorde de sensaciones y percepciones que forma mi existencia.

¡Cuánto se le parece! Éstas son en verdad las facciones que la naturaleza había dado al más virtuoso de los hombres. ¡Ah! ¡Si el escultor hubiese podido hacer visibles su excelente alma, su genio y su carácter!... Pero ¿á qué todo esto? ¿Es éste el lugar á propósito para hacer su elogio? ¿Qué les importa á las personas á quienes me dirijo?

Yo me contento con prosternarme delante de tu que-

rida imagen, ¡oh, tú, el mejor de los padres! ¡Ay! este retrato es todo lo que me resta de ti y de mi patria: tú has abandonado la tierra en el momento mismo en que el crimen iba á invadirla; y tales son los males con que nos bruma, que tu misma familia se ve obligada hoy día á mirar tu pérdida como un beneficio. ¡Cuántos dolores no habrías experimentado si Dios hubiese prolongado tu existencia! ¡Oh, padre mío! ¿Conoces la suerte de tu numerosa familia desde el lugar de la felicidad donde resides? ¿Sabes que tus hijos han sido desterrados de esa patria á la que has servido con tanto celo é integridad durante sesenta años? ¿Sabes que hasta se les ha prohibido visitar tu tumba? La tiranía no ha podido, sin embargo, robarles la parte más preciosa de tu herencia: el recuerdo de tus virtudes, y la fuerza de tu ejemplo. En medio del torrente criminal que arrastraba á su patria y á su fortuna al abismo, han permanecido unidos é inalterables en el camino que les habías trazado, y cuando puedan de nuevo prosternarse ante tus venerables cenizas, ellas les reconocerán siempre.

CAPÍTULO XXXIX

He prometido un diálogo, y cumplo la palabra.

Era una mañana al despuntar la aurora; los rayos del sol doraban á la vez la cumbre del monte Viso y la

de las montañas más elevadas de la isla que se halla en nuestros antípodas, y ya *ella* se había despertado, sea por efecto de las visiones nocturnas que la agitan á menudo de una manera tan fatigosa como inútil, sea porque el carnaval, que tocaba entonces á su término, fuese la causa oculta de su desvelo. Lo cierto es que este tiempo de placer y de locura ejerce una influencia sobre la máquina humana, parecida á las fases de la luna y á la conjunción de ciertos planetas. En fin, la bestia estaba despierta y muy despierta, cuando el alma se desembarazó por sí misma de los lazos del sueño.

Hacía ya largo rato que participaba confusamente de las sensaciones de *la otra*; pero aun se encontraba enredada entre los cendales de la noche y del sueño, los cuales fueron transformándose lentamente en gasas, en linones y en tela de las Indias. Mi pobre alma estaba, pues, como empaquetada en todos estos arreos, y el dios del sueño, para sujetarla más fuertemente á su imperio, añadió á estas ligaduras desordenadas trenzas de cabellos rubios, lazos de cintas y collares de perlas; daba lástima el verla forcejar entre estas redes.

La agitación de la parte más noble de mi mismo se comunicaba *á la otra*; y ésta, á su vez, obraba poderosamente sobre mi alma. Había yo entrado por completo en un estado difícil de describir, cuando el alma, sea por perspicacia, sea por casualidad, encontró la manera de librarse de las gasas que la sofocaban. No sé si halló una abertura ó si no hizo otra cosa que apartarlas, que es lo más natural; la verdad del caso es que acertó á descubrir la salida del laberinto. Las trenzas de cabellos

desordenados estaban allí todavía; pero ya no eran un *obstáculo*, sino un *medio;* mi alma se asió á él como el hombre que se ahoga se agarra á las hierbas de la orilla; pero el collar de perlas se rompió en la acción, y las perlas se desgranaron rodando por el sofá, y de allí sobre la alfombra de la señora de Haut-castel. Porque mi alma, por una rareza de que sería difícil dar razón, se imaginaba estar en casa de esa señora; un gran ramo de violetas cayó al suelo, y mi alma, despertándose entonces, regresó á su casa llevando consigo la razón y la realidad. Como es fácil imaginar, desaprobó en gran manera todo lo que había ocurrido durante su ausencia, y aquí empieza el diálogo que es objeto de este capítulo.

Nunca mi alma había sido tan mal recibida. Los reproches que tuvo por conveniente dirigir en ese momento crítico, acabaron de encender entre *ellas* la discordia: aquello fué una revuelta, una formal insurrección.

— ¡Cómo! dijo mi alma. ¿Así es cómo durante mi ausencia, en vez de reparar vuestras fuerzas por un sueño tranquilo y poneros en situación de ejecutar mis órdenes, os entregáis *insolentemente* (el término era un poco duro) á transportes que mi voluntad no ha sancionado?

Poco acostumbrada á este tono de altanería, *la otra* le replicó con cólera:

— ¡Bien os sientan, *señora* (para alejar de la discusión toda idea de familiaridad); bien os sientan esos aires que os dais de decencia y de virtud! ¡Pues, qué!

¿No debo á los extravíos de vuestra imaginación y á vuestras extravagantes ideas, lo que tanto en mí os disgusta? ¿Por qué no estabais aquí? ¿Por qué habíais de tener vos el derecho de obrar sin mí en los frecuentes viajes que hacéis sola? ¿He desaprobado yo jamás vuestras sesiones en el Empíreo ó en los Campos Elíseos, vuestras conversaciones con la inteligencia, vuestras profundas especulaciones (un poco de burla, como se ve), vuestros castillos en el aire, y vuestros sistemas sublimes? ¡Y yo no tendré el derecho, cuando vos me abandonáis así, de gozar de los beneficios que me concede la naturaleza y de los placeres que me presenta!

Mi alma, sorprendida por tanta viveza y elocuencia, no sabia qué contestar. Para arreglar el asunto, procuró cubrir con el velo de la benevolencia los reproches que acababa de permitirse; y á fin de que no pareciera que daba los primeros pasos en el camino de la reconciliación, imaginó tomar también el tono de ceremonia.

— *Señora*, dijo á su vez con afectada cordialidad. (Si el lector ha encontrado esta palabra fuera de lugar cuando se dirigía á mi alma, ¿qué dirá ahora, por poco que quiera recordar el objeto de la disputa? Mi alma, no obstante, no sintió el extremo ridículo de esta manera de hablar: ¡tanto la pasión obscurece la inteligencia!) *Señora*, dijo; yo os aseguro que nada me causaria tanto gusto como veros gozar de todos los placeres de que vuestra naturaleza es susceptible, aunque yo no participara de ellos, si esos placeres no fueran perjudiciales y no alterasen la armonía que...

Aquí mi alma fué vivamente interrumpida.

— No, no; yo no soy tan tonta que crea en vuestra supuesta benevolencia : la permanencia forzada que hacemos juntas en este cuarto por donde viajamos; la herida que yo he recibido, que ha estado á punto de destruirme y que todavía sangra; todo esto, ¿no es el fruto de vuestro extravagante orgullo y de vuestras bárbaras preocupaciones? Mi bienestar, mi existencia misma, nada absolutamente significan para vos cuando vuestras pasiones os arrastran. ¡Y pretendéis interesaros por mí, y vuestros reproches vienen de vuestra amistad!

Mi alma comprendió que no desempeñaba el mejor papel en esta ocasión; por otra parte, empezaba á advertir que el calor de la disputa había suprimido la causa que diera lugar á ella; y aprovechando la circunstancia para variar la conversación:

— Haz el café, dije á Joannetti que entraba en el cuarto.

El ruido de las tazas atrajo toda la atención de la *insurrecta*, que en el instante olvidó todo lo demás. Así es cómo, al enseñar un sonajero á los niños, se les hace olvidar las golosinas malsanas que piden lloriqueando.

Me adormecí insensiblemente mientras hervía el agua. Disfrutaba entonces ese placer encantador de que he hablado á mis lectores, y que se experimenta cuando uno se siente bajo la acción del sueño. El agradable ruido que hacía Joannetti golpeando la cafetera sobre el morillo del hogar, repercutía en mi cerebro y hacía vibrar todas mi fibras sensitivas, como el estremeci-

miento de una cuerda de arpa hace resonar las octavas. Por fin, vi como una sombra delante de mi: abrí los ojos: era Joanneti. ¡Oh! ¡Qué perfume! ¡Qué agradable sorpresa! ¡Café, leche, una pirámide de pan tostado!

Buen lector, ¡desayúnate conmigo!

CAPÍTULO XL

¡Qué rico tesoro de placeres ha entregado la bondadosa naturaleza á los hombres cuyo corazón sabe disfrutar, y qué variedad en estos goces! ¿Quién podrá contar sus matices innumerables en los diversos individuos y en las diversas edades de la vida? El recuerdo confuso de los de mi infancia me hace todavía estremecer. ¿Intentaré pintar el que experimenta el joven cuyo corazón empieza á arder con todos los fuegos del sentimiento? En esa dichosa edad en que se ignora aún hasta el nombre de interés, ambición, odio, y de todas esas pasiones vergonzosas que degradan y atormentan á la humanidad; durante esa edad ¡ay! demasiado corta, el sol brilla con rayos que ya no se encuentran en él en el resto de la vida. El aire es más puro; las fuentes, más límpidas y más frescas; la naturaleza se presenta con múltiples aspectos; los bosques tienen frondosidades y senderos que ya no se encuentran en la edad madura. ¡Dios mio! ¡qué perfumes en-

vían las flores! ¡qué deliciosos frutos! ¡con qué colores se engalana la aurora! Todas las mujeres son amables y fieles; todos los hombres, buenos, generosos y sensibles; por todas partes se encuentra la cordialidad, la franqueza y el desinterés: ¡no existen en la naturaleza más que flores, virtudes y placeres!

La turbación del amor, la esperanza de la dicha, ¿no inundan nuestro corazón de sensaciones tan vivas como variadas?

El espectáculo de la naturaleza y su contemplación en el conjunto y los detalles abren ante la razón una inmensa carrera de goces. Bien pronto la imaginación, cerniéndose sobre ese océano de deleites, aumenta su número y su intensidad; las sensaciones diversas se unen y se combinan para formar otras nuevas; los sueños de gloria se mezclan á las palpitaciones de amor; la caridad camina al lado del amor propio que le tiende de la mano; la melancolía viene de vez en cuando á arrojar sobre nosotros su solemne crespón y cambiar nuestras lágrimas en placeres. En fin, las percepciones del espíritu, las sensaciones del corazón, los recuerdos mismos de los sentidos, son para el hombre fuente inagotable de placer y de dicha.

No se extrañe, pues, que el ruido que hacía Joannet golpeando la cafetera sombre el morillo, y el aspecto imprevisto de una taza de leche, hicieran sobre mi impresión tan viva y tan agradable.

CAPÍTULO XLI

Me puse en seguida mi *traje de viaje*, después de haberlo examinado complacientemente; y entonces resolví escribir un capítulo *ad hoc* para darlo á conocer á mis lectores. Como la forma y utilidad de esos trajes son generalmente conocidas, trataré más particularmente acerca de su influencia sobre el espíritu de los viajeros. Mi traje para invierno está hecho de la tela más gruesa, pero á la vez blanda, que me ha sido posible encontrar; me cubre enteramente de pies á cabeza, y cuando estoy en mi butaca, las manos en los bolsillos y hundida la cabeza en el cuello de la hopalanda, parezco la estatua de Vichnu, sin pies y sin manos, que se ve en las pagodas de la India.

Se tachará, si se quiere, de preocupación la influencia que yo atribuyo al traje de viaje sobre los viajeros; lo que puedo decir de cierto acerca de este particular, es que me parecería tan ridículo avanzar un solo paso en mi viaje al rededor de mi cuarto vestido con mi uniforme y la espada ceñida, como salir y presentarme en sociedad en traje de bata. Cuando me veo así vestido con arreglo á todos los rigores de la pragmática, no solamente no me encontraría en dis-

posición de continuar mi viaje, sino que creo que ni aun estaría en situación de leer lo que llevo escrito hasta ahora, y menos aún de comprenderlo.

Pero ¿os extrañáis de esto? ¿No se ve todos los días á personas que se creen enfermas porque tienen la barba larga ó porque á alguien se le ocurre decirles que tienen mala cara? El vestido tiene tanta influencia sobre el espíritu de los hombres, que hay personas delicadas y enfermizas que se encuentran mucho mejor cuando se ven con ropa nueva y peluca empolvada: creen que así engañan al público y á sí mismos, y el mejor día mueren sin advertirlo, y su muerte sorprende á todo el mundo.

Se olvidaban á veces de avisar con muchos días de antelación al conde de... que debía entrar de guardia: un cabo iba á advertirle muy temprano el día mismo en que debía montarla, y le anunciaba esta triste noticia; pero la idea de levantarse en seguida, ponerse las polainas y salir sin haberlo pensado la víspera, le turbaba de tal modo, que prefería decir que estaba enfermo y no salir de su casa. Se ponía entonces su bata y despedía al peluquero; esto le daba un aire pálido, enfermo, que alarmaba á su mujer y á toda la familia. Él mismo se encontraba realmente *algo descompuesto* aquel día.

Así lo decía á todo el mundo, un poco por sostener su embuste, y otro poco porque creía estarlo deveras. Insensiblemente la influencia de la bata se dejaba sentir: los caldos que de buena ó mala gana había tomado le causaban náuseas; pronto los parientes

y amigos iban á informarse de su salud; no era menester tanto para que se metiera decididamente en cama.

Por la tarde el doctor Ranson[1] le encontraba el pulso *concentrado*, y ordenaba una sangria para el día siguiente. Si el servicio hubiese durado un mes más, acaba decididamente con el enfermo.

¿Quién puede dudar de la influencia de los trajes de viaje sobre los viajeros, cuando se reflexiona que el pobre conde de... pensó más de una vez hacer el viaje al otro mundo por haberse puesto fuera de ocasión su bata?

CAPÍTULO XLII

Estaba yo sentado cerca del fuego después de comer, envuelto en mi traje de viaje y entregado voluntariamente á toda su influencia, esperando la hora de la partida, cuando los vapores de la digestión, subiendo á mi cerebro, obstruyeron de tal modo los caminos por los cuales las ideas acudian viniendo de los sentidos, que toda comunicación se encontró interrumpida; y así como los sentidos no transmitían ya ninguna idea á mi cerebro, éste, á su vez, no podía enviarles el fluido

1. Médico célebre en Turín cuando fué escrito este capítulo.

eléctrico que les anima y con el cual el ingenioso doctor Valli resucita las ranas muertas.

Fácilmente se concebirá, después de leído este preámbulo, por qué mi cabeza cayó sobre el pecho, y cómo los músculos del pulgar y del índice de la mano derecha, no encontrándose ya irritados por este fluido, se relajaron hasta el punto de que un volumen de las obras del marqués Caraccioli que tenía oprimido entre mis dos dedos, se me escapó sin advertirlo, y cayó en el fuego.

Acababa yo de recibir algunas visitas, y mi conversación con las personas que habían salido había versado acerca da la muerte del famoso médico Cigna, recién fallecido, y cuya pérdida había sido generalmente sentida; era sabio, trabajador, buen físico y famoso botánico. El mérito de este hombre hábil ocupaba mi pensamiento; y, sin embargo, me decía yo, si me fuera permitido evocar las almas de todos aquellos que ha podido hacer pasar al otro mundo, ¿quién sabe si su reputación no sufriría algún fracaso?

Encaminábame insensiblemente á una disertación sobre la medicina y sobre los progresos que ésta ha hecho desde Hipócrates. Me preguntaba si los famosos personajes de la antigüedad que han muerto en sus lechos, como Pericles, Platón, la célebre Aspasia, é Hipócrates mismo, habían sucumbido como el común de las gentes, de una fiebre pútrida, inflamatoria ó verminosa, si les habían sangrado y atormentado con remedios.

Decir por qué pensaba en estos cuatro personajes con preferencia á otros, esto es lo que no me sería posible.

¿Quién puede dar razón de un sueño? Todo lo que puedo decir es que fué mi alma la que evocó al doctor de Cos, al de Turín, y al célebre hombre de Estado que hizo cosas tan hermosas y cometió tan grandes faltas.

Pero por lo que toca á su elegante amiga, confieso humildemente que fué *la otra* quien hizo la evocación. Sin embargo, cuando pienso en ello, estoy tentado de sentirme ligeramente orgulloso; porque es claro que en este sueño la balanza en favor de la razón era de cuatro contra uno, lo cual es mucho para un militar de mi edad.

Como quiera que sea, mientras me entregaba á estas reflexiones, mis ojos acabaron de cerrarse, y me quedé profundamente dormido; pero al cerrar los ojos, la imagen de los personajes en los cuales había pensado permaneció impresa sobre esa finísima tela que se llama memoria, y mezclándose estas imágenes en mi cerebro con la idea de la evocación de los muertos, vi bien pronto llegar en fila á Hipócrates, Platón, Pericles, Aspasia y al doctor Cigna con su peluca.

Los vi á todos sentarse en las sillas todavía ordenadas al rededor del fuego: sólo Pericles permaneció de pie para leer los periódicos.

— Si los descubrimientos de que me habláis, decía Hipócrates al doctor, son verdaderos, y si hubiesen sido tan útiles á la medicina como pretendéis, yo hubiera visto disminuír el número de hombres que bajan cada día al reino de la nada, y cuya lista común, según los registros de Minos que yo mismo he comprobado, es constantemente la misma que antes.

El doctor se volvió hacia mí.

— ¿Habéis oído hablar, sin duda, de esos descubrimientos? me dijo. ¿Conoceréis el de Harvey sobre la circulación de la sangre; el del inmortal Spallanzani sobre la digestión, de que nosotros conocemos ahora todo el mecanismo?

Entró entonces en largos pormenores acerca de todos los descubrimientos referentes á la medicina y de la multitud de remedios que se deben á la química; hizo, en fin, un discurso académico en favor de la medicina moderna.

— ¿Podré creer, le dije entonces, que estos grandes hombres ignoren todo lo que acabáis de decirles, y que su alma, libre de las trabas de la materia, encuentre alguna cosa de obscuro en toda la naturaleza?

— ¡Ah! ¡Qué error el vuestro! dijo el *protomédico* [1] del Peloponeso; los misterios de la naturaleza están ocultos á los muertos como á los vivos. El que lo ha creado y lo dirige todo, sabe solo el gran secreto á que los hombres se esfuerzan en vano por llegar: he aquí lo que aprendemos de positivo en las riberas de la Estigia; y creedme, añadió dirigiendo la palabra al doctor, despojaos de ese resto de espíritu de corporación que traéis del mundo de los mortales, y puesto que los trabajos de mil generaciones y todos los descubrimientos de los hombres no han podido prolongar un instante su existencia, y está visto que Caronte pasa cada día en su barca igual cantitad de sombras, dejemos ya de fati-

1. Título muy conocido en la legislación del reino de Cerdeña. El autor lo emplea aquí sólo con el carácter de chanza puramente local.

garnos por defender un arte que, entre los muertos donde estamos, no podría ser útil ni siquiera á los médicos.

Así habló el famoso Hipócrates, con grande extrañeza de mi parte.

El doctor Cigna sonrió; y como los espíritus no saben negarse á la evidencia ni callar la verdad, no solamente fué de la opinión de Hipócrates, sino que llegó á confesar, sonrojándose al modo de las inteligencias, que siempre lo había sospechado.

Pericles, que se había acercado á la ventana, dió un gran suspiro cuya causa adiviné. Estaba leyendo un número del *Monitor* que anunciaba la decadencia de las artes y de las ciencias; veía á sabios ilustres abandonar sus sublimes especulaciones para dedicarse á inventar nuevos crímenes, y se estremecía oyendo á una horda de caníbales compararse á los héroes de la generosa Grecia, haciendo perecer sobre el cadalso, sin vergüenza y sin remordimientos, á viejos venerables, mujeres y niños y cometiendo á sangre fría los crímenes más atroces y más inútiles.

Platón, que había escuchado sin decir nada nuestra conversación, al verla de repente terminada de un modo inesperado, tomó la palabra á su vez.

— Concibo, nos dijo, cómo los descubrimientos que han hecho vuestros grandes hombres en todos los ramos de la física son inútiles á la medicina, la cual no podrá cambiar jamás el curso de la naturaleza sino á expensas de la vida de los hombres; pero no sucederá lo mismo, sin duda, relativamente á las investigaciones que se han hecho en materia política. Los descubrimientos de Locke

acerca de la naturaleza del espíritu humano; la invención de la imprenta; las observaciones acumuladas obtenidas de la historia; tantos libros profundos como ha extendido la ciencia hasta entre el pueblo; tantas maravillas, en fin, habrán contribuído, sin duda, á hacer mejores á los hombres: y esa república dichosa y sabia que yo había imaginado, y que el siglo en que yo vivía me hizo mirar como sueño impracticable, ¿existe sin duda hoy en el mundo?

Á esta pregunta, el honrado doctor bajó los ojos y no contestó más que con lágrimas; después, como las secara con su pañuelo, torció involuntariamente su peluca, de modo que quedó oculta una parte de su cara.

— ¡Dioses inmortales! dijo Aspasia lanzando penetrante grito, ¡qué figura más rara! ¿Es acaso un descubrimiento de vuestros grandes hombres lo que os ha hecho imaginar el peinaros así, sirviéndoos del cráneo de otro?

Aspasia, á quien las disertaciones de los filósofos habian estado haciendo bostezar, se había apoderado de un diario de modas que había sobre la chimenea, y que hojeaba desde hacía largo rato, cuando la peluca del médico le hizo lanzar aquella exclamación; y como la silla estrecha y tambaleante en que estaba sentada era muy incómoda para ella, había colocado sin cumplidos sus dos piernas desnudas adornadas con cintas sobre la silla de paja que se encontraba entre ella y yo, y se apoyaba con el codo sobre uno de los anchos hombros de Platón.

— Esto no es un cráneo, le respondió el doctor

tomando su peluca y arrojándola al fuego; es una peluca, señorita, y no sé por qué no he arrojado este ridículo adorno en las llamas del Tártaro al llegar entre vosotros; pero las ridiculeces y las preocupaciones son en tan alto grado inherentes á nuestra miserable naturaleza, que todavía nos siguen algún tiempo más allá de la tumba.

Yo sentía un placer singular viendo al doctor abjurar así á la vez de su medicina y de su peluca.

— Os aseguro, le dijo Aspasia, que la mayoría de los peinados representados en este cuarderno que estoy hojeando merecería igual suerte que el vuestro. ¡Tan extravagantes son!

La bella ateniense se divertía mucho en mirar aquellas estampas, y se extrañaba, con razón, de la variedad y rareza de los adornos modernos. Una figura entre otras le llamó la atención: era la de una joven representada con peinado de los más elegantes, y que Aspasia encontró solamente un poco alto; pero la gasa que le cubría la garganta era tan extraordinariamente ancha, que apenas se le distinguía la mitad del rostro. Aspasia, ignorando que aquellas formas prodigiosas no eran sino obra del almidón, no pudo menos de manifestar una extrañeza que habría redoblado en sentido inverso si la gasa hubiera sido transparente.

— Pero, decidme, exclamó; ¿por qué las mujeres de hoy parece que buscan sus adornos mejor para ocultarse que para vestirse? Apenas dejan distinguir la cara, único punto por donde puede reconocerse su sexo, tanto las formas de su cuerpo están desfiguradas por

los extraños pliegues de las telas. De todas las figuras representadas en estas hojas, ninguna deja al descubierto la garganta, los brazos y las piernas; ¿cómo es que vuestros jóvenes guerreros no han tratado de destruír este modo de vestirse? Aparentemente, añadió, la virtud de las mujeres de hoy, que se muestra en todos los detalles de su vestido, excede en mucho á la de mis contemporáneas.

Al terminar estas palabras, Aspasia me miraba, y parecía pedirme una respuesta. Yo fingí no advertirlo, y para darme cierto aire de distinción, cogí con las tenazas los restos de la peluca del doctor que habían escapado del incendio, y los puse sobre las ascuas. Observando entonces que una de las cintas que sujetaban el coturno de Aspasia se había desatado:

— Permitidme, le dije, encantadora...

Y al hablar así me incliné rápidamente, llevando las manos á la silla donde creía ver aquellas dos piernas que hicieron disparatar á grandes filósofos.

Estoy seguro de que en aquel momento llegué á tocar los límites del somnambulismo, porque el movimiento de que hablo fué muy real; pero *Rosina*, que descansaba en efecto sobre la silla, lo tomó por una muestra de afecto, y saltando con ligereza á mis brazos, ella se encargó de volver á sepultar en los infiernos á las sombras famosas que yo había evocado gracias á mi vestido de viaje.

¡Encantador país de la imaginación, tú, que has sido entregado á los hombres por el Ser bienhechor por excelencia para consolarles de la realidad, preciso es que te

abandone! Hoy es el día en que ciertas personas de quienes dependo pretenden devolverme la libertad... ¡como si hubiesen conseguido privarme de ella! ¡como si estuviese en su mano el arrebatármela un solo instante é impedirme el recorrer á mi gusto el vasto espacio siempre abierto delante de mí! Me han privado de visitar una ciudad, un punto determinado; pero me han dejado el universo entero! ¡La inmensidad y la eternidad están á mis órdenes!

¡Hoy es el día en que recobro la libertad, ó, mejor, el en que vuelvo á mi antigua cárcel! El yugo de las obligaciones va á pesar de nuevo sobre mí, no pudiendo dar un paso que no sea medido por el deber y las reglas del decoro. ¡Feliz aún si alguna divinidad caprichosa no me hace olvidar lo uno y lo otro y si escapo de este nuevo y peligroso cautiverio!

¿Y por qué no me dejaban que pusiera término á mi viaje?

¿Era, pues, para castigarme que se me había relegado en mi cuarto, en esta deliciosa región que encierra todos los bienes y todas las riquezas de la tierra? Tanto valdría encerrar un ratón en un granero.

Sin embargo, nunca me había sido dable distinguir tan claramente como ahora mi calidad de *doble*. Mientras echo de menos mis goces imaginarios, me siento por fuerza consolado: un poder secreto se apodera de mí y me dice que necesito del aire del cielo, y que la soledad se parece á la muerte. Ya estoy dispuesto: la puerta se abre; recorro los espaciosos pórticos de la calle de Po; mil agradables fantasmas re-

volotean ante mis ojos. Sí, he aquí ciertamente el hotel... ésta es la puerta... allí está la escalera: me estremezco antes de llamar...

También cuando vamos á comernos un limón sentimos un gusto ácido en el momento de cortarlo.

¡Oh, mi bestia, mi pobre bestia, vive precavida!

EXPEDICION NOCTURNA

AL REDEDOR DE MI CUARTO

CAPÍTULO PRIMERO

Á fin de dar algún interés al nuevo cuarto en que he hecho una expedición nocturna, debo participar á los curiosos cómo había venido á mi poder. Continuamente distraído de mis ocupaciones en la ruidosa casa que habitaba, me proponía desde hacía algún tiempo procurarme en la vecindad un retiro más solitario, cuando cierto día, recorriendo un estudio biográfico acerca de Buffón, leí que este hombre célebre había elegido en sus jardines un pabellón aislado que no contenía otro mueble que el sillón y la mesa en que escribía, ni otro libro que el manuscrito en que trabajaba.

Las quimeras en que yo me ocupo ofrecen tanto con-

traste con los trabajos inmortales de Buffón, que el pensamiento de imitarlo, aun en este punto, jamás hubiera acudido á mi imaginación, sin un accidente que me determinó á ello. Un criado, sacudiendo el polvo de los muebles, creyó que lo había en gran cantidad sobre un cuadro pintado al pastel que yo acababa de terminar, y lo limpió tan bien con un trapo, que logró, efectivamente, quitarle todo el color por mí combinado con tanto esmero. Después de haberme encolerizado mucho contra este hombre, que estaba ausente, y de no decirle nada cuando volvió, según mi costumbre, me puse en seguida en campaña y volví á mi casa con la llave de un cuartito que había alquilado en un quinto piso de la calle *de la Providencia*. El mismo día hice transportar á él los materiales de todo aquello que constituía mis ocupaciones favoritas, y allí pasé en adelante la mayor parte de mi tiempo, al abrigo del ruido casero y de los limpiadores de cuadros. Las horas transcurrían para mí como minutos en aquel aislado recinto, y más de una vez mis deliciosos desvaríos me han hecho olvidar en él la hora de la comida.

¡Oh, dulce soledad! Yo he conocido los encantos con que embriagas á tus amantes. ¡Desgraciado el que no puede estar solo un día en su vida sin experimentar el tormento del fastidio, y que prefiere, si es preciso, conversar con los tontos, mejor que consigo mismo!

Confesaré, no obstante, que amo la soledad en las grandes ciudades; pero, á menos que me fuerce alguna circunstancia grave, como un viaje al rededor de mi cuarto, por ejemplo, no quiero ser ermitaño sino por la

mañana; por las tardes, me gusta ver de nuevo caras humanas. Los inconvenientes de la vida social y los de la soledad, se destruyen así mutuamente, y estos dos modos de existencia se embellecen el uno por el otro.

Sin embargo, la inconstancia y la fatalidad de las cosas de este mundo son tales, que la viveza misma de los placeres de que disfrutaba en mi nuevo domicilio hubiera debido hacerme prever cuán corta sería su duración. La revolución francesa, que se desbordaba por todas partes, acababa de transponer los Alpes y se precipitaba sobre Italia. Yo fuí arrastrado por la primera oleada hasta Bolonia. Quise, con todo, conservar mi ermita, á la que hice transportar todos mis muebles, hasta tiempos más dichosos. Estaba hacía algunos años sin patria; una mañana supe inopinadamente que estaba sin empleo. Después de un año entero pasado en ver hombres y cosas que no me interesaban poco ni mucho, y en desear cosas y hombres que no veía ya, volví á Turín. Era preciso tomar una resolución. Salí de la fonda *de la Buena Mujer*, donde me había apeado con intención de devolver el cuartito al propietario y deshacerme de los muebles.

Al entrar de nuevo en mi cenobio, experimenté sensaciones difíciles de describir; todo conservaba el orden, es decir, el desorden en que lo había dejado: los muebles amontonados contra la pared habían estado al abrigo del polvo gracias á la altura del sitio; mis plumas estaban todavía en el seco tintero, y encontré aún sobre la mesa una carta comenzada.

Todavía estoy en mi casa, me dije con verdadera sa-

tisfacción. Cada objeto traía á mi memoria algún suceso de mi vida. y todo mi cuarto estaba alfombrado de recuerdos. En vez de volver á la fonda, tomé la resolución de pasar la noche en medio de mis propiedades. Envié por mi maleta, é hice al mismo tiempo el propósito de partir al siguiente día sin despedirme ni pedir á nadie consejo y abandonándome sin reserva á la Providencia.

CAPÍTULO II

Mientras hacía estas reflexiones, felicitándome de un plan de viaje bien combinado, el tiempo pasaba y mi criado no volvía. Era éste un hombre que la necesidad me había hecho tomar á mi servicio hacía algunas semanas, y acerca de cuya fidelidad había concebido ciertas sospechas. Apenas se me ocurrió la idea de que podía haberse marchado con mi maleta, cuando corrí á la fonda : ya era tiempo. En el momento de volver la esquina de la calle en que se encuentra la fonda *de la Buena Mujer*, le vi salir precipitadamente de la puerta, precedido de un mozo de cuerda cargado con mi valija. El mismo se había encargado de mi cofrecito; y en lugar de volver hacia mi lado, se encaminó á la izquierda en dirección opuesta á la que debía seguir. Su intención era manifiesta. Le alcancé fácilmente, y sin decirle una palabra, caminé algún tiempo á su

lado sin que él mismo lo advirtiera. Si se quisiera pintar la expresión de la extrañeza y del espanto llevada al más alto grado en el rostro humano, él hubiera sido el modelo perfecto de ello cuando me vió á su lado. Tuve tiempo para estudiarlo, porque estaba tan desconcertado de mi inesperada aparición y de la seriedad con que le miraba, que continuó andando algún tiempo conmigo sin proferir una palabra, como si hubiéramos ido juntos á paseo. En fin, balbuceó el pretexto de un asunto en la calle de la *Gran Dora*; pero yo le puse en el buen camino, y volvimos á casa, donde le despedí.

Sólo entonces fué cuando me propuse hacer un nuevo viaje en mi cuarto, durante la última noche que debia pasar en él, y al instante dime á concertar los preparativos.

CAPÍTULO III

Mucho tiempo hacía que deseaba volver á ver el país que tan deliciosamente recorrí en otro tiempo, y cuya descripción no me parecía aún completa. Algunos amigos que la habian leido me manifestaban deseos de que la continuase, cosa á la que sin duda me hubiese decidido desde el primer momento, á no encontrarme separado de mis compañeros de viaje. Emprendí con sentimiento el camino, porque lo iba á recorrer solo. Iba á viajar sin mi querido Joannetti y sin mi cariñosa

Rosina. Hasta mi primera habitación había sufrido la más desastrosa sacudida, ó, mejor dicho, no existía ya; su recinto era un montón horrible de escombros ennegrecidos por el fuego. Todos los inventos mortíferos de la guerra se habían reunido para destrozarla por completo[1]. La pared en donde se hallaba colgado el retrato de la señora de Hautcastel había sido atravesada por una bomba. En fin, si por fortuna no hubiese hecho mi viaje antes de aquella catástrofe, los sabios de nuestros días no habrían tenido nunca conocimiento de un cuarto tan notable, de la propia manera que, sin las observaciones de Hisparco, ignorarían también que en las *Pléyades* existía una estrella más que ha desaparecido en el espacio de tiempo que media entre dicho astrónomo y nosotros.

Forzado por las circunstancias, había abandonado por fin mi cuarto y transportado mis penates á otra parte. Quizás alguno diga que esto no es una gran desgracia; pero ¿cómo podré reemplazar á Joannetti y á *Rosina*? Imposible. Joannetti había concluido por serme tan indispensable, que su pérdida no la veré nunca reparada. ¿Quién puede, por lo demás, enorgullecerse de haber vivido siempre al lado de la persona querida? Parecidos á esos enjambres de mosquitos que se agitan en el aire durante las hermosas tardes del verano, los hombres se encuentran por casualidad, y su unión dura muy poco tiempo. ¡Felices aún si en sus rápidos

1. Dicha habitación estaba situada en la ciudadela de Turín, y este nuevo viaje fué emprendido algún tiempo después de la toma de aquella plaza por las tropas austro-rusas.

movimientos son tan afortunados como los mosquitos, y no se rompen la cabeza los unos contra los otros!

Una noche, á la hora de acostarme, Joannetti me servía con su celo acostumbrado, y hasta me pareció que estaba algo más atento que de costumbre; cuando se llevó la luz, le miré, y vi en su fisonomía una marcada alteración. ¿Podía sospechar, sin embargo, que el pobre Joannetti me estaba sirviendo por última vez? No quiero tener al lector en una incertidumbre más cruel que la misma verdad. Prefiero decirle sin rodeos que Joannetti se casó aquella misma noche y me abandonó al día siguiente.

Con todo, no vaya á acusársele ahora de ingrato porque dejó á su amo tan bruscamente. Yo sabía su intención hacía ya mucho tiempo, y había cometido el error de oponerme á ella. Una persona oficiosa vino un día muy temprano á mi casa para darme la noticia, y tuve tiempo suficiente para encolerizarme y apaciguarme antes de ver á Joannetti, lo cual le libró de los reproches que pudiera haberle dirigido. Antes de entrar en mi cuarto, hizo como que hablaba en voz alta á otro desde la escalera, con cuya estratagema creía hacerme creer que no tenía miedo, y armándose con todo el descaro que podía ser compatible con un alma tan buena como la suya, se presentó delante de mí en ademán resuelto. En seguida vi retratado en su semblante todo lo que pasaba en su alma, lo cual no me desagradó. Los chuscos de mal género de nuestros días han presentado de tal manera á los ojos de las personas honradas los peligros del matrimonio, que un

recién casado nos parece casi siempre un hombre que acaba de hacer una espantosa caída sin hacerse daño, y que á la vez se ve agitado por el terror y la satisfacción, lo cual le da un aire bastante ridículo. No tenía, pues, nada de extraño que las acciones de mi fiel criado se resintiesen de lo anormal de su situación.

— ¿Conque te has casado, mi querido Joannetti? le dije riéndome.

Como no se hallaba prevenido sino contra mi cólera, todos sus preparativos se vieron perdidos en un momento; así es que volvió de repente á sus antiguas y ordinarias maneras, y aun exagerólas algo, puesto que se puso á llorar.

— ¡Qué quiere mi amo! me dijo con voz alterada; había comprometido mi palabra.

— ¡Qué diablo! has hecho bien, amigo mío. ¡Plegue al cielo que puedas estar satisfecho de tu mujer y, sobre todo, de ti mismo, y que los hijos que tengas sean dignos de ti! ¡Será preciso, pues, que nos separemos!

— Sí, señor, hemos acordado ir á establecernos en Asti.

— ¿Y cuándo quieres abandonarme?

Joannetti bajó los ojos con aire conturbado, y contestó en dos tonos más bajo :

— Mi mujer ha encontrado á un carretero de su país que vuelve con su carro vacío y que se marcha hoy. Sería una excelente ocasión... pero... sin embargo... será cuando agrade al señor... aunque en verdad semejante ocasión difícilmente volverá á presentarse.

— ¡Qué! ¡Tan pronto! le dije yo.

Un sentimiento de afecto, mezclado á una fuerte dosis de despecho, me hizo guardar silencio durante un instante.

— No, por cierto, le respondí con bastante acritud, no pienso retenerte; parte ahora mismo, si así te conviene.

Joannetti palideció.

— Sí; márchate, amigo mío; ve á reunirte á tu mujer; sé siempre tan bueno, tan honrado como lo has sido conmigo.

Arreglamos algunas cuentas; le dije tristemente adiós, y marchó.

Ese hombre me servia desde hacía quince años. Un instante bastó para separarnos. No le he vuelto á ver más.

Reflexionaba paseándome en mi cuarto sobre esta brusca separación. *Rosina* había seguido á Joannetti sin que él lo advirtiera. Un cuarto de hora después se abrió la puerta; *Rosina* entró. Vi la mano de Joannetti que la empujó hacia mi cuarto; la puerta se volvió á cerrar, y sentí que se me oprimía el corazón... ¡Ya no ha vuelto á entrar en mi casa! Algunos minutos bastaron para hacer extraños el uno al otro á dos viejos compañeros de quince años. ¡Oh, triste, triste condición de la humanidad, la de no poder jamás encontrar un solo objeto estable sobre el cual cifrar el menor de sus afectos!

CAPÍTULO IV

También *Rosina* vivía entonces lejos de mí. Sin duda os enteraréis con algún interés, mi querida María, de que á la edad de quince años era todavía mi perrita el más cariñoso de los animales, y que la misma superioridad de inteligencia que antes la distinguía de toda su especie, le sirvió igualmente para soportar el peso de la vejez. Yo hubiera deseado no separarme de ella; pero cuando se trata de la suerte de los amigos, no debe consultarse el gusto ó el interés propio. El interés de *Rosina* era dejar la vida ambulante que arrastraba conmigo, y gozar, por fin, en sus viejos días un reposo que su dueño ya no esperaba. Su edad avanzada me obligaba á darle el retiro. Creí deber concederle los honores del cuartel de inválidos. Una caritativa religiosa se encargó de cuidarla durante el resto de sus días; y yo sé que en ese retiro ha disfrutado de todas las ventajas á que sus buenas cualidades, su edad y su reputación la hacían justamente acreedora.

Y puesto que tal es la naturaleza de los hombres, que la dicha parece no estar hecha para ellos; puesto que el amigo ofende á su amigo sin querer, y los mismos amantes no pueden vivir sin querellarse; en fin, puesto que desde Licurgo hasta nuestros días, todos los legis-

ladores han fracasado en sus esfuerzos para hacer dichosos á los hombres, yo tendré al menos el consuelo de haber hecho la felicidad de un perro.

CAPÍTULO V

Ahora que ya he dado á conocer al lector los últimos rasgos de la historia de Joannetti y de *Rosina*, sólo me falta decir una palabra sobre el alma y la bestia para tener nuestras cuentas arregladas. Esos dos personajes, el segundo sobre todo, no jugarán un papel tan interesante en esta segunda parte de mi viaje. Un excelente viajero que ha seguido el mismo camino que yo[1] pretende que deben estar muy fatigados, y tiene mucha razón. No es esto decir que mi alma haya perdido nada de su actividad, á lo menos en cuanto le es dable advertirlo; pero sus relaciones con *la otra* han cambiado algún tanto. Ésta no tiene ya la misma vivacidad en sus réplicas; no tiene... ¿cómo lo explicaré?... Iba á decir la misma presencia de ánimo; como si una bestia pudiese tener tal cosa... Como quiera que sea y sin entrar en una explicación molesta, diré tan sólo que arrastrado por la confianza que me demostraba la joven Alejandrina, le había escrito una carta muy tierna

1. *Segundo Viaje al rededor de mi cuarto*, por un anónimo, capítulo primero.

que me valió una respuesta amable, pero fria, y que terminaba con estas textuales palabras : « Tenga usted la seguridad, caballero, de que siempre conservaré hacia usted los sentimientos de la más sincera estimación... » ¡Justo cielo, exclamé, heme aquí perdido! Desde ese dia fatal resolví no seguir ya practicando mi sistema sobre el alma y la bestia. En su consecuencia. sin hacer distinción alguna entre estos dos seres y sin separarlos, les haré marchar al uno á cuestas del otro como ciertos vendedores llevan sus mercancías, y viajaré todo en una pieza para evitar cualquier inconveniente.

CAPÍTULO VI

Seria inútil hablar de las dimensiones de mi nuevo cuarto; se parece tanto al anterior, que se le confundiría con éste á primera vista si, por una precaución del arquitecto, el techo no se inclinase oblicuamente hacia el lado de la calle, tomando la pendiente que exigen las leyes de la hidráulica para el escorro de la lluvia. Recibe la luz por una única abertura de dos pies y medio de ancho por cuatro de alto, elevada de seis á siete pies, aproximadamente, del piso, y á la cual se llega por medio de una pequeña escalera.

La elevación de la ventana sobre el piso es una de esas felices circunstancias que pueden ser igualmente debidas á la casualidad ó al genio del arquitecto. La

luz casi perpendicular que esparcía por mi retiro, le daba misterioso aspecto. El antiguo templo del Panteón recibe la luz, poco más ó menos, de la misma manera. Además, ningún objeto exterior podía distraerme. Semejante á esos navegantes que, perdidos en el vasto océano, no ven más que cielo y mar, yo no veía más que el cielo y mi cuarto, y los objetos exteriores más cercanos hacia los cuales podían dirigirse mis miradas eran la luna, ó el lucero del alba, lo cual me ponía en relación inmediata con el cielo y daba á mis pensamientos un vuelo elevado que jamás habrían tenido, si hubiese elegido mi domicilio en la planta baja.

La ventana de que he hablado se elevaba sobre el techo formando una hermosísima lucerna; su altura sobre el horizonte era tan grande, que cuando los primeros rayos del sol venían á alumbrarla, todavía estaba en sombras la calle. Así es que disfrutaba de una de las más hermosas vistas que se pueden imaginar. Pero la más hermosa vista nos fatiga pronto cuanto se mira demasiado á menudo : los ojos se acostumbran á contemplarla, y se concluye por no hacerse caso de ella. La situación de mi ventana me preservaba aun de este inconveniente, porque jamás veía el magnífico espectáculo de la campiña de Turín, sin subir cuatro ó cinco escalones, lo que me procuraba goces siempre vivos, por lo mismo que me costaban algo. Cuando, fatigado, quería darme un agradable recreo, terminaba mi jornada subiendo á mi ventana.

Desde el primer peldaño, no veía más que el cielo; en seguida comenzaba á aparecer el templo colosal de

la Superga[1]. La colina de Turín, sobre la cual descansa, se elevaba poco á poco ante mí, cubierta de bosques y ricos viñedos, ofreciendo con orgullo al sol poniente sus jardines y sus palacios, mientras habitaciones sencillas y modestas parecían ocultarse á medias entre sus valles, para servir de retiro al sabio y favorecer sus meditaciones.

¡Colina encantadora! Tú me has visto á menudo buscar tus solitarios retiros, y preferir tus senderos apartados á los paseos brillantes de la capital; tú me has visto á menudo perdido en tus laberintos de verdor, atento al canto de la alondra matinal, lleno el corazón de vaga inquietud y del deseo ardiente de quedarme para siempre en tus encantados valles.

¡Yo te saludo, encantadora colina! ¡Tú estás grabada en mi corazón! ¡Pueda el rocío celeste hacer, si es posible, tus campos más fértiles y tus arboledas más pomposas: puedan tus habitantes disfrutar en paz de su dicha y tus sombras serles favorables y saludables! ¡Pueda, en fin, tu dichosa tierra ser siempre dulce asilo de la verdadera filosofía, de la ciencia modesta, de la amistad sincera y hospitalaria que yo he encontrado!

1. Magnífica iglesia mandada construir por el rey Víctor Amadeo I en 1706, en cumplimiento del voto que había hecho á la Virgen por si los franceses levantaban el sitio de Turín. La Superga sirve de sepultura á los príncipes de la casa de Saboya.

CAPÍTULO VII

Empecé mi viaje á las ocho en punto de la noche. El tiempo estaba en calma y prometía una hermosa velada. Había tomado mis precauciones para no ser molestado por las visitas, que son muy raras á la altura en que habito, sobre todo en las circunstancias en que entonces me encontraba, y para permanecer solo hasta media noche. Cuatro horas bastaban ampliamente para la ejecución de mi empresa, no queriendo hacer esta vez más que una simple excursión al rededor de mi cuarto. Si el primer viaje duró cuarenta y dos días, es porque no estuvo en mí el hacerlo más corto. Tampoco quise sujetarme á viajar mucho en carruaje, como antes, persuadido de que un viajero pedestre ve muchas cosas que escapan al que viaja en posta. Resolví, pues, ir alternativamente y según las circunstancias á pie ó á caballo; nuevo método que todavía no he dado á conocer, y cuya utilidad se verá bien pronto. En fin, me propuse tomar notas durante el camino y escribir mis observaciones á medida que las hiciera para no olvidar nada.

A fin de ordenar mi empresa y de darle una nueva probabilidad de éxito, pensé que era preciso componer una epístola dedicatoria y escribirla en verso para ha-

cerla más interesante. Pero salieron á mi encuentro dos dificultades que por poco me hicieron renunciar á mi propósito, no obstante las ventajas que podía proporcionarme. La primera era saber á quién dirigir la epístola; la segunda, cómo me las compondría para escribir en verso. Después de haber reflexionado sobre esto maduramente, no tardé en comprender que lo más razonable era componer la epístola lo mejor que pudiera, y buscar luego una persona á quien se la pudiese aplicar. Puse en seguida manos á la obra, y trabajé durante más de una hora sin poder encontrar un consonante para el primer verso que había escrito, y que quería conservar, porque me parecía muy bueno. Á este propósito, acordéme entonces de haber leido que el célebre Pope no componía jamás obras de importancia sin verse obligado á declamar largo rato en alta voz y sin que recorriese su gabinete en todos sentidos para excitar su vena. En seguida probé de imitarle. Cogí las poesías de Ossián y las recité en alta voz, paseándome á grandes pasos para provocar el entusiasmo.

Vi, con efecto, que este sistema exaltaba insensiblemente mi imaginación, dándome un sentimiento secreto de capacidad poética que hubiera ciertamente aprovechado para escribir en verso mi epístola dedicatoria, si por desgracia no hubiese dado al olvido el declive del techo de mi cuarto, que impidió á la frente que fuera tan adelante como los pies en la dirección que yo llevaba. Me dí tan rudo golpe en la cabeza contra aquel maldito parapeto, que hasta el techo de la casa se resintió y experimentó una sacudida. Los gorriones

que se habían refugiado en el tejado echaron á volar llenos de espanto, y de rechazo el choque me hizo retroceder tres pasos.

CAPÍTULO VIII

Mientras que yo me paseaba de esta suerte para excitar mi imaginación, una hermosa y joven dama que vivía debajo de mi cuarto, asustada por el ruido que yo movía, y creyendo sin duda que daba algún baile en mi habitación, me envió á su marido para que averiguase la causa de tal estrépito. Aun me encontraba algún tanto atontado por efecto de la contusión que acababa de recibir, cuando se abrió la puerta. Un señor de edad, con el rostro melancólico, adelantó la cabeza y paseó sus curiosas miradas por todo el cuarto.

Cuando le permitió hablar la sorpresa de que se vió poseído al verme solo:

— Mi mujer tiene jaqueca, caballero, me dijo con aire de enojo. Permítame usted que le advierta...

Le interrumpí en seguida, y mi estilo se resintió de la elevación de los pensamientos.

— Respetable mensajero de mi bella vecina, le dije en el lenguaje de los bardos, ¿por qué brillan tus ojos bajo las espesas pestañas, como dos meteoros en el negro bosque de Cromba? Tu hermosa compañera es

cerla más interesante. Pero salieron á mi encuentro dos dificultades que por poco me hicieron renunciar á mi propósito, no obstante las ventajas que podía proporcionarme. La primera era saber á quién dirigir la epístola; la segunda, cómo me las compondría para escribir en verso. Después de haber reflexionado sobre esto maduramente, no tardé en comprender que lo más razonable era componer la epístola lo mejor que pudiera, y buscar luego una persona á quien se la pudiese aplicar. Puse en seguida manos á la obra, y trabajé durante más de una hora sin poder encontrar un consonante para el primer verso que había escrito, y que quería conservar, porque me parecía muy bueno. Á este propósito, acordéme entonces de haber leido que el célebre Pope no componía jamás obras de importancia sin verse obligado á declamar largo rato en alta voz y sin que recorriese su gabinete en todos sentidos para excitar su vena. En seguida probé de imitarle. Cogí las poesías de Ossián y las recité en alta voz, paseándome á grandes pasos para provocar el entusiasmo.

Vi, con efecto, que este sistema exaltaba insensiblemente mi imaginación, dándome un sentimiento secreto de capacidad poética que hubiera ciertamente aprovechado para escribir en verso mi epístola dedicatoria, si por desgracia no hubiese dado al olvido el declive del techo de mi cuarto, que impidió á la frente que fuera tan adelante como los pies en la dirección que yo llevaba. Me dí tan rudo golpe en la cabeza contra aquel maldito parapeto, que hasta el techo de la casa se resintió y experimentó una sacudida. Los gorriones

que se habían refugiado en el tejado echaron á volar llenos de espanto, y de rechazo el choque me hizo retroceder tres pasos.

CAPÍTULO VIII

Mientras que yo me paseaba de esta suerte para excitar mi imaginación, una hermosa y joven dama que vivía debajo de mi cuarto, asustada por el ruido que yo movía, y creyendo sin duda que daba algún baile en mi habitación, me envió á su marido para que averiguase la causa de tal estrépito. Aun me encontraba algún tanto atontado por efecto de la contusión que acababa de recibir, cuando se abrió la puerta. Un señor de edad, con el rostro melancólico, adelantó la cabeza y paseó sus curiosas miradas por todo el cuarto.

Cuando le permitió hablar la sorpresa de que se vió poseído al verme solo:

— Mi mujer tiene jaqueca, caballero, me dijo con aire de enojo. Permítame usted que le advierta...

Le interrumpí en seguida, y mi estilo se resintió de la elevación de los pensamientos.

— Respetable mensajero de mi bella vecina, le dije en el lenguaje de los bardos, ¿por qué brillan tus ojos bajo las espesas pestañas, como dos meteóros en el negro bosque de Cromba? Tu hermosa compañera es

un rayo de luz, y moriré mil veces antes de atreverme á turbar su reposo; pero tu aspecto, ¡oh respetable mensajero! tu aspecto es sombrío como el rincón más escondido de la caverna de Camora cuando las nubes, precursoras de la tempestad, obscurecen la faz de la noche y pesan sobre los silenciosos campos de Morven.

El vecino, que al parecer no había leído nunca las poesías de Ossián, tomó sin razón el acceso de entusiasmo que me animaba por un acceso de locura, y quedó bastante corrido. Mi intención no era ofenderle; le ofrecí una silla, y le supliqué que se sentase; pero advertí que se retiraba poco á poco y que se santiguaba, diciendo á media voz

— *È matto, per Bacco, è matto!*

CAPÍTULO IX

Le dejé salir, sin querer profundizar hasta qué punto era fundada su observación, y me senté á mi mesa para tomar nota de estos sucesos, como hago siempre; pero apenas hube abierto un cajón en el cual esperaba encontrar papel, lo cerré bruscamente, turbado por uno de los sentimientos más desagradables que puedan experimentarse: el del amor propio humillado. La especie de sorpresa que tuve en esta ocasión era parecida á la que experimenta el cansado viajero cuando, al aproximar sus labios á una clara fuente, ve en el

fondo del agua una rana que le mira. Lo que acababa de ver no era otra cosa que los resortes y el caparazón de una paloma artificial que, á imitación de Archytas, yo me había propuesto en otro tiempo hacer volar. Había trabajado sin descanso en su construcción durante más de tres meses. Cuando llegó el día de la prueba, la coloqué al borde de una mesa, después de haber cerrado cuidadosamente la puerta para que se conservase el secreto del descubrimiento y poder causar con ello una gran sorpresa á mis amigos. Un hilo mantenía inmóvil el mecanismo. ¡Quién podría imaginar las palpitaciones de mi corazón y las angustias de mi amor propio, cuando acerqué las tijeras para cortar el hilo fatal!... ¡Zas!... el resorte de la paloma se suelta y se desenvuelve con estrépito. Levanto los ojos para verla pasar; pero después de haber dado algunas vueltas sobre sí misma, cae y va á esconderse debajo de la mesa. *Rosina*, que estaba allí durmiendo, se alejó tristemente. ¡*Rosina*, que no había visto nunca ni un pollo, ni un pichón, ni la más pequeña avecilla sin correr en seguida tras de ella y embestirla, no se dignó siquiera mirar á mi paloma que se revolcaba por el suelo!... Éste fué el golpe de gracia para mi amor propio, y me marché, corrido, á la muralla para tomar el aire.

CAPÍTULO X

Tal fué la suerte que cupo á mi paloma artificial. Mientras que el genio de la mecánica la destinaba á seguir al águila en los cielos, el destino le dió las inclinaciones del topo.

Me paseaba triste y descorazonado como se está siempre después de una gran esperanza frustrada, cuando, levantando los ojos, distinguí una bandada de grullas que pasaba sobre mi cabeza. Me detuve para examinarlas. Avanzaban en orden triangular, como la columna inglesa en la batalla de Fontenoy. Las vi atravesar el cielo de nube en nube.

¡Ah! ¡qué bien vuelan! decía por lo bajo: ¡con qué seguridad parece que se deslizan sobre el invisible sendero que recorren!

¿Lo confesaré? ¡Ay! que me lo perdonen. El horrible sentimiento de la envidia ha entrado una vez, una sola vez, en mi corazón, y fué por causa de las grullas. Las seguí con mis miradas celosas hasta los límites del horizonte. Mucho tiempo, inmóvil entre la muchedumbre que se paseaba, estuve observando el movimiento rápido de las golondrinas, y me extrañaba verlas suspendidas en el aire como si jamás hubiera visto este fenómeno. El sentimiento de una admiración profunda, desconocida para mí hasta entonces,

alumbró mi alma. Creía ver la naturaleza por primera vez: oia con sorpresa el zumbido de las moscas; el canto de los pájaros y ese ruido misterioso y confuso de la creación viva que celebra involuntariamente la gloria de su autor: concierto inefable, al que sólo el hombre tiene el sublime privilegio de poder unir acentos de reconocimiento.

¿Quién es el autor de este brillante mecanismo? exclamé en el transporte que me animaba; ¿quién es el que abriendo su mano creadora, dejó escapar la primera golondrina en los aires? ¿el que dió orden á esos árboles para brotar de la tierra y elevar al cielo sus ramas? Y tú, que avanzas majestuosamente bajo su sombra, criatura encantadora, cuyos rasgos imponen el respeto y el amor, ¿quién te ha colocado sobre la superficie de la tierra para embellecerla? ¿Cuál es el pensamiento que dibujó tus formas divinas, que fué bastante poderoso para crear la mirada y la sonrisa de la inocente belleza?... Y, yo mismo, que siento palpitar mi corazón, ¿cuál es el objeto de mi existencia?... ¿Qué soy y de dónde vengo, yo el autor de la paloma artificial centripeta?...

Apenas hube pronunciado esta palabra bárbara, cuando, volviendo en mí de repente, como el hombre dormido á quien echan encima una cuba de agua, observé que muchas personas me rodeaban para examinarme mientras que mi entusiasmo me hacía hablar solo. Vi entonces á la hermosa Georgina que iba algunos pasos delante de mí. La mitad de su mejilla izquierda, cargada de rojo, que veía á través de los rizos de su

rubia cabellera, acabó de ponerme al corriente de los asuntos de este mundo, del cual acababa de hacer una corta ausencia.

CAPÍTULO XI

En cuanto me hube repuesto un poco de la turbación que me había producido el aspecto de mi paloma artificial, se dejó sentir vivamente el dolor de la contusión que había recibido. Pasé la mano por mi frente, y reconocí una nueva protuberancia precisamente en esa parte de la cabeza en que el doctor Gall ha colocado la protuberancia poética. Pero yo no pensaba entónces en esto, y la experiencia sólo debía demostrarme la verdad del sistema de ese hombre célebre.

Después de haberme recogido en mí mismo durante algunos instantes para hacer un último esfuerzo en favor de mi epístola dedicatoria, tomé un lápiz y puse manos á la obra. ¡Cuán grande fué mi sorpresa!... Los versos brotaban sin dificultad de mi pluma; llené dos páginas de ellos en menos de una hora, y deduje de esta circunstancia que, si el movimiento era necesario á la cabeza de Pope para componer versos, era precisa nada menos que una contusión para hacerlos brotar de la mía. Yo no comunicaré, sin embargo, al lector, los que hice entonces, porque la rapidez prodigiosa con que se sucedían las aventuras de mi viaje, me impidió darles

la última mano. Á pesar de esta reticencia, no es dudoso que se debe mirar el accidente que me sucedió como un prodigioso descubrimiento de que los poetas podrán utilizarse.

Estoy, en efecto, tan convencido de la infalibilidad de este nuevo método, que en el poema en veinticuatro cantos que he compuesto desde entonces, y que será publicado con la *Prisionera de Pinerolo*[1], no he creído necesario hasta el presente comenzar los versos; pero he puesto en limpio quinientas páginas de notas, que forman, como es sabido, todo el mérito y el volumen de la mayoria de los poemas modernos.

Cuando más profundamente pensaba en mis descubrimientos caminando por mi cuarto, encontréme frente á mi cama, sobre la cual me senté; y habiendo caído por casualidad mi mano sobre el gorro de dormir, tomé el partido de cubrirme la cabeza y acostarme.

CAPÍTULO XII

Estaba en la cama desde hacía un cuarto de hora, y, contra mi costumbre, no dormia todavía. Á la idea de mi epístola dedicatoria, habían sucedido las más tristes reflexiones : la bujía que alumbraba la habitación es-

1. El autor parece haber renunciado después á la publicación de esta obra, que debía afectar demasiado la forma novelesca.

taba en sus postrimerías, no despidiendo más que una claridad inconstante y lúgubre desde el fondo de la palmatoria, y mi cuarto tenía aspecto de tumba. Un golpe de viento abrió de repente la ventana, apagó la luz y cerró la puerta con violencia. El tinte negro de mis pensamientos aumentó con la obscuridad.

Todos mis placeres pasados, todas mis penas presentes, vinieron á fundirse á la vez en mi corazón y lo llenaron de pesar y de amargura.

Por más esfuerzos continuados que haga por olvidar mis pesares y rechazarlos de mi pensamiento, me sucede á veces, cuando no tengo cuidado, que se meten todos á la vez en mi memoria como si se les abriera una exclusa. No me queda otro partido que tomar en estas ocasiones, que abandonarme al torrente que me arrastra, y mis ideas se hacen entonces tan negras, todos los objetos me parecen tan lúgubres, que acabo ordinariamente por reír de mi locura, de suerte que el remedio se encuentra en la misma violencia del mal.

Estaba todavía en toda la fuerza de una de esas crisis melancólicas, cuando una parte de la ráfaga de viento que había abierto mi ventana y cerrado mi puerta al pasar, después de haber dado algunas vueltas por mi cuarto, hojeado mis libros y derribado al suelo una hoja suelta de mi viaje, penetró finalmente entre mis cortinas y vino á morir sobre mi mejilla. Sentí el dulce fresco de la noche, y considerando esto como una invitación de su parte, me levanté en seguida y fui á colocarme sobre mi escalera para gozar de la calma de la naturaleza.

CAPÍTULO XIII

El tiempo estaba sereno; la via láctea, como una tenue nube, dividía el cielo; un dulce rayo partía de cada estrella para llegar hasta mí, y cuando examinaba una atentamente, sus compañeras parecían brillar con mayor viveza para atraer mis miradas.

Es un encanto siempre nuevo para mí el de contemplar el cielo estrellado, y no tengo por qué echarme en cara el haber hecho un solo viaje, ni aún un simple paseo nocturno, sin pagar el tributo de admiración que debo á las maravillas del firmamento. Aunque siento toda la impotencia de mi cerebro al querer entrar en estas elevadas meditaciones, encuentro un placer inexplicable en ocuparme en ellas. Me gusta pensar que no es la casualidad la que conduce á mis ojos esa emanación de mundos lejanos, y cada estrella vierte con su luz un rayo de esperanza en mi corazón. ¡Y qué! ¿Estas maravillas no habían de tener otra relación conmigo que la de brillar á mis ojos? Y mi pensamiento que se eleva hasta ellas, mi corazón que se emociona á su aspecto, ¿les habían de ser extraños?... Espectador efímero de un espectáculo eterno, el hombre levanta un instante los ojos hacia el cielo y vuelve á cerrarlos para siempre; pero durante este momento rapido que se le ha concedido, de todos los puntos del cielo y

desde los límites del universo, un rayo consolador parte de cada mundo, y viene á herir su mirada, para anunciarle que existe una relación entre la immensidad y él, y que está asociado á la eternidad.

CAPÍTULO XIV

Un sentimiento desagradable turbaba, sin embargo, el placer que experimentaba entregándome á estas meditaciones.

¡Cuán pocas personas, me decía, gozan ahora conmigo del espectáculo sublime que el cielo desarrolla inútilmente para los hombres amodorrados!... Pase todavía para los que duermen; pero, ¿qué costaría á los que salen en tropel del teatro, mirar un instante y admirar las brillantes constelaciones que fulguran de todas partes sobre su cabeza? No; los espectadores atentos de Scapín ó de Jocrissa no se dignan levantar los ojos; van á entrar brutalmente en su casa ó donde quiera que sea, sin pensar que el cielo existe. ¡Qué rareza!... Porque lo ven con frecuencia y gratis, no les importa ni les interesa. Si el firmamento estuviera siempre velado para nosotros, si el espectáculo que nos ofrece dependiera de un empresario, los primeros palcos sobre los tejados alcanzarían un precio fabuloso y las damas de Turín se disputarían la posesión de mi lucerna.

¡Oh! Si yo fuera soberano de un país, exclamaba lleno de justa indignación, haria sonar cada noche el toque de *rebato*, y obligaria á mis súbditos de toda edad, de todo sexo y de toda condición, á ponerse á la ventana y á mirar las estrellas.

Aquí la razón, que en mi reino no tiene más que un derecho, no siempre reconocido, para dar consejos, fué sin embargo más feliz que de ordinario en las correcciones que me indicó á propósito del arbitrario edicto que queria proclamar en mis Estados.

—Señor, me dijo, Vuestra Majestad ¿no se dignaría hacer excepción en favor de las noches lluviosas? Porque en ese caso, estando el cielo cubierto...

—Bueno, bueno, contesté, no habia pensado en esto; anota una excepción en favor de las noches lluviosas.

—Señor, añadió ella, me parece que no estaria mal exceptuar también las noches serenas, cuando el frio es excesivo y el cierzo sopla, porque la ejecución rigurosa del edicto llenaria á vuestros dichosos súbditos de resfriados y catarros.

Comenzaba á ver ya muchas dificultades en la ejecución de mi proyecto; pero me costaba mucho volver de mi acuerdo.

—Será preciso, dije, oficiar al Consejo de medicina y á la Academia de ciencias para fijar el grado del termómetro centigrado en el que mis súbditos estarán dispensados de ponerse á la ventana; pero yo quiero, yo exijo, absolutamente, que la orden sea ejecutada con rigor.

—¿Y los enfermos, señor?

—No hay que hablar de esto: quedan exceptuados; la humanidad antes que nada.

—Si no temiera fatigar á Vuestra Majestad, todavía le haría observar que se podría (caso de que lo estimara conveniente, y que la cosa no presentara grandes dificultades), añadir también una excepción en favor de los ciegos, porque estando privados del órgano de la vista...

—Bien, ¿eso es todo? interrumpí malhumorado.

—Perdón, señor; pero ¿y los enamorados? ¿El corazón bondadoso de Vuestra Majestad podría obligarles también á mirar las estrellas?

—Bueno, bueno, dijo el rey; dejemos todo esto; volveremos á pensarlo con la cabeza tranquila. Ya me darás una memoria detallada sobre el asunto.

¡Dios mío, Dios mío! ¡Cuánto es preciso reflexionar antes de dar un bando de alta policía!

CAPÍTULO XV

Nunca han sido las estrellas más brillantes las que que yo contemplo con más placer; en cambio las más pequeñas, las que perdidas á inconmensurable distancia aparecen como puntos imperceptibles en el espacio, han sido siempre mis estrellas favoritas. La razón es muy sencilla: fácilmente se concebirá que obligando á hacer á mi imaginación tanto camino del otro lado de

su esfera, como el que mis miradas recorren desde ésta para llegar hasta ellas, me encuentro transportado sin esfuerzo á una distancia á la que pocos viajeros han llegado antes que yo, y me admiro, al encontrarme allí, de no estar todavía más que al principio de este vasto universo; porque sería, creo, ridículo pensar que existe una barrera más allá de la cual comienza la nada; como si *la nada* fuera más comprensible que la existencia. Después de la última estrella, yo imagino todavía otra, que á su vez tampoco es la última. Asignando límites á la creación, por lejanos que estén, el universo no me parece más que un punto luminoso, comparado á la inmensidad del espacio vacío que lo rodea, á esa horrible y sombría *nada*, en medio de la cual estaría aquél suspendido como solitaria lámpara.

Aquí me cubrí los ojos con las dos manos para alejar toda especie de distracción y dar á mis ideas la profundidad que exige semejante tema; y haciendo sobrenatural esfuerzo de imaginación, compuse un sistema del mundo el más completo que hasta ahora ha aparecido.

Helo aquí con todos sus detalles; es el resultado de las meditaciones de toda mi vida:

« Yo creo, que siendo el espacio... »

Pero esto merece capítulo aparte, y, vista la importancia de la materia, será el único de mi viaje que llevará un título.

CAPÍTULO XVI

SISTEMA DEL MUNDO

Yo creo, pues, que siendo el espacio infinito, también lo es la creación, y que Dios ha creado en su eternidad un número infinito de mundos en la inmensidad del espacio.

CAPÍTULO XVII

Confesaré, sin embargo, de buena fe, que no comprendo mucho mejor mi sistema que cualquiera de los otros que han salido de la imaginación de los filósofos antiguos y modernos; pero el mío tiene la preciosa ventaja de hallarse contenido en cuatro líneas, á pesar de su magnitud. El indulgente lector deberá observar asimismo, que el tal sistema ha sido compuesto por entero en el remate de una escalera. Bien hubiera querido embellecerlo con notas y comentarios; pero en el momento mismo en que más me preocupaba de este asunto, vinieron á distraerme unos sonidos encantadores que llegaron agradablemente hasta mi oído. Una voz tan melodiosa como jamás oí otra parecida, sin exceptuar

la de la misma Zeneida, una de esas voces que van siempre al unísono de las fibras de mi corazón, cantaba muy cerca una romanza de la que no perdí ni una sola palabra, y la cual jamás olvidaré. Prestando un poco de atención, pude advertir que la voz partía de una ventana más baja que la mía; pero desgraciadamente no me era posible verla, porque el alero, por encima del cual se levantaba mi lucerna, la ocultaba por completo á mi ojos. Ello no obstante, el deseo de conocer á la sirena que me dominaba con sus acordes, aumentaba á medida que crecía el interés de la romanza, cuyas palabras conmovedoras hubiesen hecho llorar al ser más insensible. Bien pronto no pude resistir ya más á la curiosidad; subí hasta el último peldaño, puse un pie sobre la cornisa, y cogiéndome con una mano al montante de la ventana, me incliné á la calle con peligro de caer precipitado.

Entonces pude ver á la izquierda, y un poco más abajo de mi observatorio, á una joven vestida negligentemente con blanco peinador : su mano sostenía una cabeza encantadora, bastante inclinada para que pudiera verse á la luz de los astros su magnífico perfil; su actitud parecía imaginada á propósito para mostrarle en todo su brillo, á un viajero aéreo como yo, un talle esbelto y bien contorneado; uno de sus pies, descalzo, estaba echado con descuido hacia atrás, de manera que, á pesar de la obscuridad, podía adivinar sus preciosas dimensiones, si una linda chinela, que se hallaba algo separada, no lo dijese mejor á mis curiosas miradas. Ya puedes presumirte, querida Sofía, cuán violenta era mi

situación. No me atrevía á arrojar la menor exclamación, por miedo á que se me espantase la bella vecina, ni á hacer el más pequeño movimiento por miedo á caer á la calle.

Á pesar de todas las precauciones, se me escapó un suspiro; pero aun tuve tiempo para retener la mitad; el resto se lo llevó un céfiro que pasaba. Así pude contemplar á mis anchas á la bella soñadora, sostenido en aquella peligrosa posición por la esperanza de oirla cantar todavía. Desgraciadamente la romanza se había concluído, y mi maldita suerte quiso que desde aquel momento la interesante joven guardase el silencio más absoluto. Por fin, después de haber esperado mucho tiempo, me creí con derecho para dirigirle la palabra; la cuestión se reducía á encontrar algo digno de ella y de los sentimientos que me había inspirado. ¡Ah! ¡cuánto sentí en aquellos momentos no haber terminado mi dedicatoria en verso! ¡Cómo la hubiese aplicado á propósito en aquella circunstancia! Sin embargo, no por esto me abandonó mi presencia de ánimo. Inspirado por la dulce influencia de los astros, y más aún por el vehemente deseo de triunfar cerca de una bella, tosí ligeramente para advertirla y para hacer más armonioso el sonido de la voz, y le dije de la manera más afectuosa que pude:

¡Qué magnífico tiempo hace esta noche!

CAPÍTULO XVIII

Ya me parece que estoy oyendo á la señora de Hautcastel. que nada me perdona, pedirme cuenta de la romanza de que he hablado en el capítulo anterior. Por la primera vez de mi vida, me veo en la dura necesidad de negarme á toda explicación. Si yo incluyera dicha composición en mi viaje, no faltaría quien me creyese autor de ella, lo cual me atraería, recordaudo aquella mi teoría acerca de la necesidad de las contusiones para provocar la inspiración, más de una broma que á toda costa quiero evitar. Continuaré, pues, el relato de mi aventura con mi amable vecina, aventura cuya inesperada catástrofe, así como la delicadeza con que supe llevarla adelante, son motivos sobrado poderosos para interesar á todos los lectores. Pero antes de saber lo que ella me respondió y cómo fué recibido el ingenioso requiebro que le dirigí, debo contestar de antemano á ciertas personas que se creen más elocuentes que yo, y que me condenarán implacablemente por haber empezado la conversación de una manera tan trivial en su manera de sentir. Voy á probarles que, si en una ocasión tan importante hubiese querido demostrar agudeza, habría faltado abiertamente á las reglas de la prudencia y del buen gusto. Todo aquel que entra en conversación con una hermosa diciendo una palabra

situación. No me atrevía á arrojar la menor exclamación, por miedo á que se me espantase la bella vecina, ni á hacer el más pequeño movimiento por miedo á caer á la calle.

Á pesar de todas las precauciones, se me escapó un suspiro; pero aun tuve tiempo para retener la mitad; el resto se lo llevó un céfiro que pasaba. Así pude contemplar á mis anchas á la bella soñadora, sostenido en aquella peligrosa posición por la esperanza de oirla cantar todavía. Desgraciadamente la romanza se había concluído, y mi maldita suerte quiso que desde aquel momento la interesante joven guardase el silencio más absoluto. Por fin, después de haber esperado mucho tiempo, me creí con derecho para dirigirle la palabra; la cuestión se reducía á encontrar algo digno de ella y de los sentimientos que me había inspirado. ¡Ah! ¡cuánto sentí en aquellos momentos no haber terminado mi dedicatoria en verso! ¡Cómo la hubiese aplicado á propósito en aquella circunstancia! Sin embargo, no por esto me abandonó mi presencia de ánimo. Inspirado por la dulce influencia de los astros, y más aún por el vehemente deseo de triunfar cerca de una bella, tosí ligeramente para advertirla y para hacer más armonioso el sonido de la voz, y le dije de la manera más afectuosa que pude:

¡Qué magnífico tiempo hace esta noche!

CAPÍTULO XVIII

Ya me parece que estoy oyendo á la señora de Hautcastel. que nada me perdona, pedirme cuenta de la romanza de que he hablado en el capítulo anterior. Por la primera vez de mi vida, me veo en la dura necesidad de negarme á toda explicación. Si yo incluyera dicha composición en mi viaje, no faltaría quien me creyese autor de ella, lo cual me atraería, recordaudo aquella mi teoría acerca de la necesidad de las contusiones para provocar la inspiración, más de una broma que á toda costa quiero evitar. Continuaré, pues, el relato de mi aventura con mi amable vecina, aventura cuya inesperada catástrofe, así como la delicadeza con que supe llevarla adelante, son motivos sobrado poderosos para interesar á todos los lectores. Pero antes de saber lo que ella me respondió y cómo fué recibido el ingenioso requiebro que le dirigí. debo contestar de antemano á ciertas personas que se creen más elocuentes que yo, y que me condenarán implacablemente por haber empezado la conversación de una manera tan trivial en su manera de sentir. Voy á probarles que, si en una ocasión tan importante hubiese querido demostrar agudeza, habría faltado abiertamente á las reglas de la prudencia y del buen gusto. Todo aquel que entra en conversación con una hermosa diciendo una palabra

bonita ó haciendo un cumplido, por lisonjero que éste sea, deja entrever unas pretensiones que no deben aparecer hasta que tengan algún fundamento. Por otra parte, si rebusca las frases, prueba que desea adquirir cierto realce y que se acuerda menos de su dama que de él mismo. Ahora bien : las mujeres quieren ser personalmente atendidas; y aunque no hagan siempre exactamente las mismas reflexiones que yo acabo de escribir, poseen, sin embargo, un sentido exquisito y natural que les enseña cómo una frase trivial. dicha con el solo objeto de entablar la conversación y de acercarse á ellas, vale mil veces más que un rasgo de ingenio inspirado por la vanidad, y mucho más aún (por extraño que parezca) que una epístola dedicatoria en verso. Todavía más : sostengo (aunque se tome mi pensamiento como una paradoja) que ese talento ligero y brillante de la conversación no es necesario siquiera en unas largas relaciones, si es realmente el corazón quien las ha producido; y á pesar de todo cuanto dicen las personas que sólo han amado á medias, acerca de los largos intervalos que dejan entre sí los vivos sentimientos del amor y de la amistad, la verdad es que el día resulta siempre corto para el que lo pasa al lado de la persona amada, y que el silencio es tan interesante como la conversación.

Califíquese de la manera que se quiera mi disertación, lo cierto es que yo no encontré nada mejor para decir desde el peligroso punto en que me encontraba, que las palabras en cuestión. Apenas las hube pronunciado, cuando el alma se trasladó por completo al tím-

pano de mis orejas para percibir y recoger hasta el último de los sonidos que esperaba oir. La hermosa joven levantó la cabeza para mirarme; sus largos cabellos se desplegaron como un velo y sirvieron de fondo á su rostro encantador que reflejaba la misteriosa luz de las estrellas. Ya se entreabría su boca, y sus dulces palabras se aproximaban á los labios... Pero, ¡Oh, cielo! ¡cuál fué mi sorpresa y mi terror!... Se oyó un ruido siniestro.

— ¿Qué hace usted ahí, señora, á estas horas? Entrad, dijo una voz varonil y sonora desde el interior de la casa.

¡Me quedé petrificado!

CAPÍTULO XIX

Tal debe ser el ruido que llena de terror á los culpables, cuando delante de ellos se abren de pronto las ardientes puertas del Tártaro. Tal debe ser también el que producen bajo las bóvedas del infierno las siete cataratas de la Estigia, de que se han olvidado de hablar los poetas.

CAPÍTULO XX

Un fuego fatuo atravesó el espacio en aquel momento, y desapareció casi en seguida. Mis ojos, á quienes la

claridad del meteoro había desviado un instante, se volvieron hacia el balcón, y ya no pudieron ver otra cosa que la diminuta chinela. Mi vecina, al retirarse tan precipitadamente, se había olvidado de recogerla. Contemplé largo rato aquel lindo molde de un pie digno del cincel de Praxiteles, con una emoción cuya intensidad no me atrevería á confesar; pero lo que quizá parezca muy singular y de lo que no podría darme tampoco razón, es que una atracción invencible me impedía separar de aquel objeto los ojos, á pesar de los esfuerzos que hacía para llevarlos á otro punto.

Dice el vulgo que cuando una serpiente mira á un ruiseñor, la desgraciada avecilla, víctima de un encanto irresistible, se ve obligada á aproximarse al voraz reptil. Sus rápidas alas no le sirven más que para conducirla á su perdición, y cada esfuerzo que hace para alejarse, la aproxima al enemigo que la persigue con su inevitable mirada.

Este mismo efecto producía en mí la linda chinela, sin que pueda yo decir, sin embargo, cuál de los dos, si la chinela ó yo, era la serpiente, pues según las leyes de la física, la atracción debía ser recíproca. La verdad del caso es que la funesta influencia no era un juego de mi imaginación. Yo me sentía tan realmente y tan poderosamente atraído, que estuve dos veces á punto de soltar la mano y dejarme caer.

Sin embargo, como el balcón adonde quería ir no estaba exactamente debajo de mi ventana sino algo ladeado, comprendí perfectamente que la fuerza de gravitación descubierta por Newton, combinándose con la

atracción oblicua de la chinela, me hubiera hecho seguir en la caída una diagonal, yendo así á parar á una garita que, desde la altura en que me hallaba, no me parecía más grande que un huevo, de suerte que mi objeto se habría irremediablemente frustrado. Me cogí, pues, con mayor fuerza á la ventana, y haciendo un esfuerzo de resolución, conseguí levantar los ojos y mirar al cielo.

CAPÍTULO XXI

Costaríame gran trabajo explicar y definir con exactitud la especie de placer que experimentaba en aquella circunstancia. Todo lo que puedo afirmar es que no tenía nada de común con el que me había hecho sentir, momentos antes, el aspecto de la vía láctea y del estrellado cielo. Sin embargo, como en las situaciones más apuradas de mi vida me ha gustado siempre darme cuenta de lo que pasa en mi alma, quise en tal ocasión formarme una idea bien clara del placer que puede experimentar un hombre honrado cuando contempla la zapatilla de una dama, comparado con el placer que le hace disfrutar la contemplación de las estrellas. Para conseguirlo, busqué en el cielo la constelación más visible. Si no me engaño era Casiope la que se encontraba sobre mi cabeza, y acto continuo empecé á mirar de la constelación á la zapatilla y de la zapatilla á la

constelación. Entonces comprendí que estas dos sensaciones eran de muy diferente naturaleza: la una residía en la cabeza, mientras que la otra me parecía tener su residencia en la región del corazón. Pero lo que no me atrevo á decir sin experimentar alguna vergüenza, es quo la atracción que me arrastraba hacia la chinela encantada absorbía todas mis facultades. El entusiasmo que me había producido, momentos antes, el aspecto del cielo estrellado, no existía ya en mí sino débilmente, y pronto desapareció por completo al oír que se abría de nuevo el balcón, y al ver que un piececito, más blanco que el alabastro, se adelantó suavemente y se apoderó de la chinela. Quise hablar; pero como no tuve tiempo para prepararme como la vez primera, ya no pude encontrar mi ordinaria presencia de animo, y oí cómo se cerraba la puerta del balcón antes de haber imaginado alguna cosa para provocar la conversación.

CAPÍTULO XXII

Los anteriores capítulos creo que bastarán para contestar victoriosamente á cualquiera inculpación de la señora de Hautcastel que no ha tenido inconveniente en censurar mi primer viaje, so pretexto de que en todo él no hay una ocasión propicia para enamorar. No podría decir otro tanto de este segundo viaje; y aunque la aventura con mi bella vecina no haya llegado muy

lejos, puedo asegurar que en ella encontré mayor satisfacción que en otras muchas circunstancias de mi vida en las que me había imaginado ser muy feliz, porque me faltaba punto de comparación. Cada uno disfruta de la vida á su manera; pero yo creo que faltaría á los deberes que me impone la benevolencia del lector, si le ocultase un descubrimiento que hasta aquí ha contribuído mucho más que cualquiera otra cosa á mi felicidad (á condición, no obstante, de que esto ha de quedar entre nosotros). Se trata nada menos que de un nuevo método de enamorar, mucho más ventajoso que el precedente, sin tener ninguno de sus numerosos inconvenientes. Este invento se halla destinado especialmente á las personas que adopten mi nueva manera de viajar, y por lo mismo, me creo obligado á consagrar algunos capítulos á su instrucción.

CAPÍTULO XXIII

Había observado, en el curso de mi vida, que, cuando me enamoraba por el método ordinario, mis sensaciones no respondían jamás á mis esperanzas, y mi imaginación se veía burlada en todos sus planes. Reflexionando esto con atención, pensé que si me fuera posible extender el sentimiento que me lleva al amor individual á todo el sexo que lo motiva, me procuraría goces nuevos sin comprometerme de ningún modo.

¿Qué reproche, en efecto, podria hacerse á un hombre que se hallase provisto de un corazón bastante fuerte para amar á todas las mujeres amables del universo? Sí, señora; yo las amo á todas; y no amo solamente á las que conozco ó espero encontrar, sino á todas las que existen en la superficie de la tierra. Más aún: amo á todas las mujeres que han existido y á las que existirán, sin contar un número todavía mayor que mi imaginación saca de la nada: todas las mujeres posibles, en fin, están comprendidas en el vasto círculo de mis afecciones.

¿Por qué injusto y extraño capricho encerraria á un corazón como el mío en los estrechos límites de una sociedad? ¡Qué digo! ¿Por qué circunscribir su impulso á los límites de un reino ó de una república?

Sentada al pie de una encina batida por la tempestad, una joven viuda india, mezcla sus suspiros al ruido de los vientos desencadenados. Las armas del guerrero á quien amaba están suspendidas sobre su cabeza, y el ruido lúgubre que producen al chocar entre sí despierta en su corazón el recuerdo de su dicha pasada, Sin embargo, el rayo surca las nubes, y la lívida luz de los relámpagos se refleja en sus inmóviles ojos. Mientras la hoguera que debe consumirla se eleva, sola, sin consuelo, en el estupor de la desesperación, espera una muerte espantosa, que una cruel preocupación le hace preferir á la vida.

¡Qué dulce y melancólico placer no siente un hombre sensible al aproximarse á esta infortunada para consolarla! Mientras sentado sobre la hierba, á su lado,

procuro disuadirla del horrible sacrificio, y mezclando mis suspiros á los suyos y mis lágrimas á sus lágrimas, me esfuerzo en distraerla de sus dolores, toda la ciudad corre á casa de la señora de A..., cuyo marido acaba de morir de un ataque de aplopejia. Resuelta también á no sobrevivir á su desdicha, insensible á las lágrimas y á los ruegos de sus amigos, se deja morir de hambre; y desde esta mañana, en que imprudentemente han venido á darle aquella noticia, la desgraciada no ha comido más que un bizcocho, ni ha bebido más que una copita de málaga. No dedico á esa mujer desgraciada más que la atención indispensable para no quebrantar las leyes de mi sistema universal, y me alejo en seguida de su casa, porque soy naturalmente celoso, y no quiero comprometerme con el contacto de esa multitud de gente que para todos los males encuentran facilísimo consuelo.

Las bellezas desgraciadas tienen particularmente derechos sobre mi corazón, y el tributo de sensibilidad que yo les debo no debilita el interés que siento por las que son dichosas. Esta disposición de mi ánimo varía hasta el infinito mis placeres, y me permite pasar de la tristeza á la alegría, y de un sentimental reposo á la exaltación.

Á menudo también finjo intrigas amorosas en la historia antigua y borro líneas enteras en los viejos registros del destino. ¡Cuántas veces no he detenido la mano parricida de Virginio y salvado la vida á su infortunada hija, víctima á la vez del exceso del crimen y del de la virtud! Este suceso me llena de terror cada vez

que reaparece á mi pensamiento : no me extraña que fuera origen de una revolución.

Espero que las personas razonables, así como las almas compasivas, me agradecerán que haya arreglado este asunto amigablemente ; y todo hombre que conozca un poco el mundo, juzgará como yo, que si hubiesen dejado hacer al decemviro, aquel hombre apasionado no habría dejado de hacer justicia á la virtud de Virginia : los padres hubieran tomado cartas en el asunto ; el padre de Virginia al fin se hubiera apaciguado, y el matrimonio se habría realizado en todas las formas requeridas por la ley.

Pero ¿qué habría sido del desgraciado amante abandonado? ¿Qué ganó el amante con aquella muerte? Con todo, ya que queréis compadeceros de su suerte, os haré saber, mi querida María, que seis meses después de la muerte de Virginia, estaba, no solamente consolado, sino muy dichosamente casado, y que después de haber tenido varios hijos, perdió á su mujer y se volvió á casar, seis semanas más tarde, con la viuda de un tribuno del pueblo. Estas circunstancias, ignoradas hasta hoy, han sido descubiertas y descifradas en un manuscrito palimpsesto de la biblioteca Ambrosiana por un sabio anticuario italiano. Ellas aumentarán desgraciadamente con una página la abominable y ya demasiado larga historia de la república romana.

CAPÍTULO XXIV

Después de haber salvado á la interesante Virginia, rehuyo modestamente su gratitud; y siempre deseoso de servir á las bellas, aprovecho la obscuridad de una noche lluviosa y voy á abrir furtivamente la tumba de una joven vestal. á quien el senado romano ha tenido la barbarie de mandar enterrar viva por haber dejado apagarse el fuego sagrado de Vesta ó bien pudiera ser quizá por haberse quemado en él ligeramente. Camino en silencio por las tortuosas calles de Roma con el encanto interior que precede á las buenas acciones, sobre todo cuando no están exentas de peligro. Evito con cuidado el Capitolio por miedo de despertar á los gansos, y deslizándome á través de los guardias de la puerta Colina, llego felizmente á la tumba sin ser descubierto.

Al ruido que hago al levantar la lápida que la cubre. la infortunada levanta su desmelenada cabeza del suelo húmedo del sarcófago. La veo, á la luz de la lámpara sepulcral, lanzar á su alrededor extraviadas miradas: en su delirio, la desgraciada víctima cree estar ya en las orillas del Cocyto.

— ¡Oh, Minos! exclama, ¡oh, juez inexorable! Yo amé, es verdad, sobre la tierra. contra las leyes severas de Vesta. Si los dioses son tan bárbaros como los hom-

bres, ¡abre, abre para mí los abismos del Tártaro! porque amaba y amo todavía.

— No, no; tú no estás aún en el reino de los muertos; ven, joven infortunada, reaparece en la tierra, renace á la luz y al amor.

Sin embargo, cojo su mano ya helada por el frío de la tumba; la levanto en mis brazos, la estrecho contra mi corazón y la arranco, por fin, de aquel horrible lugar, palpitante de terror y de agradecimiento.

Libraos bien de creer, señora, que un interés personal fuera el móvil de esta buena acción. La esperanza de interesar en mi favor á la bella ex-vestal no entra para nada en todo lo que hago por ella, porque así volvería al antiguo método: puedo asegurar, ¡palabra de viajero! que mientras ha durado nuestro paseo desde la puerta Colina hasta el sitio en que se encuentra ahora la tumba de los Escipiones, á pesar de la obscuridad profunda y en los instantes mismos en que su debilidad me obligaba á sostenerla en mis brazos, no he cesado de tratarla con todas las consideraciones y el respeto debidos á sus desgracias, y la he devuelto escrupulosamente á su amante, que la esperaba en el camino.

CAPÍTULO XXV

Otra vez, conducido por mis sueños, me encontré por casualidad en el rapto de las sabinas; vi con mucha sorpresa que los sabinos tomaban la cosa de una manera

muy distinta de lo que cuenta la historia. No comprendiendo nada de aquel tumulto, ofrecí mi protección á una mujer que huía; y no pude menos de reír acompañándola, cuando oí á un sabino furioso exclamar con el acento de la desesperación:

— ¡Dioses inmortales! ¿Por qué no habré traído mi mujer á la fiesta?

CAPÍTULO XXVI

Además de la mitad del género humano por la que siento tan vivo afecto, — ¿me atreveré á decirlo? ¿se me creerá? — mi corazón se halla dotado de tanta ternura, que todos los seres vivientes y hasta las mismas cosas inanimadas alcanzan una buena parte de esa estimación. Amo los árboles que me dan sombra, y los pájaros que trinan en el follaje, y el grito nocturno del mochuelo, y el ruido de los torrentes: lo amo todo... hasta á la luna.

Veo que os reís, señorita: nada más fácil que ridiculizar los sentimientos que no se experimentan; sin embargo, los corazones que se parezcan al mío me comprenderán.

Sí: siento en realidad una verdadera estimación hacia todo lo que me rodea. Amo los caminos por donde paso, la fuente donde bebo; no puedo separarme sin cierto pesar de la rama que por casualidad he arrancado en algún seto: la miro aún después de haberla

arrojado... es que habíamos ya trabado conocimiento. Echo de menos las hojas que caen y hasta el céfiro que pasa. ¿En dónde se halla, Elisa, el que agitaba tus cabellos negros, cuando sentada á mi lado en la orilla del Dora, la víspera de nuestra eterna separación, me mirabas poseída de un triste silencio? ¿Dónde está tu mirada? ¿Dónde, aquel instante doloroso y querido?

¡Oh tiempo! ¡Oh terrible divinidad! No es tu cruel guadaña lo que me espanta, sino tus horribles hijos, la indiferencia y el olvido, que hacen de las tres cuartas partes de nuestra existencia una muerte prolongada.

¡Ay! aquel céfiro, aquella mirada, aquella sonrisa se hallan tan lejos de mí como las aventuras de Ariadna; ya no quedan en el fondo de mi corazón más que nostalgia y vanos recuerdos: ¡triste mezcla sobre la que mi vida sobrenada aún, como un bajel destrozado por la tempestad flota algún tiempo todavía sobre el agitado y turbulento océano!...

CAPÍTULO XXVII

... Hasta que, introduciéndose el agua poco á poco por entre las rotas tablas, desaparezca sepultado en el abismo el desgraciado barco; las olas le recubren, la tempestad se calma, y el alción azota con sus alas la llanura tranquila y solitaria del inmenso piélago.

CAPÍTULO XXVIII

Me veo obligado á dar por terminada aquí la explicación de mi nuevo modo de enamorar, porque advierto que la nota se ha ido haciendo harto sombría. No estará fuera de lugar, sin embargo, el que añada aún algunas aclaraciones á este descubrimiento, que no conviene generalmente ni á todos los hombres ni á todas las edades. No aconsejaría á nadie que á los veinte años lo ponga en práctica; el mismo inventor no lo usaba en dicha época de la vida. Para sacar de él todo el partido posible, se necesita haber experimentado todos los sinsabores de la vida sin descorazonarse y haber gozado de todos los placeres sin hastío. ¡Cuán difícil es esto! Es muy útil, sobre todo, en esa edad en que la razón nos aconseja que renunciemos á los hábitos de la juventud, y puede servir de intermediario y de tránsito insensible entre el placer y la experiencia. Este cambio, según lo han observado todos los moralistas, es muy difícil, y pocos hombres tienen la noble entereza de realizarlo con ánimo sereno. Muchas veces, después de haber dado el paso, se aburren en la otra orilla y repasan el foso con los cabellos canos, poseídos de la mayor vergüenza. Esto es lo que pueden evitarse sin trabajo, siguiendo mi nuevo sistema de enamorar. Con efecto, la mayor parte de nuestros placeres

no son otra cosa que un juego de imaginación; y es preciso presentarle un alimento inocente para desviarla de los objetos á que debemos renunciar. Con esto hacemos, á poca diferencia, lo que con los niños: darles juguetes para que dejen los dulces. De esta suerte se tiene tiempo para afirmarse en el terreno de la prudencia sin advertirlo siquiera, y se llega á él por el camino de la locura, lo cual facilita su acceso á muchas personas.

Creo, pues, que no me he equivocado en la esperanza de ser útil que me ha hecho tomar la pluma, y no me queda ya sino defenderme del sentimiento natural de amor propio que podría legítimamente experimentar revelando á los hombres este género de verdades.

CAPÍTULO XXIX

Espero, mi querida Sofía, que todas estas confidencias no os habrán hecho olvidar la incómoda posición en que me habéis dejado al borde de mi ventana. La emoción que me había causado la vista del precioso pie de mi vecina duraba aún, y me encontraba más que nunca dominado por el peligroso encanto de la zapatilla, cuando un suceso imprevisto vino á sacarme del riesgo en que me hallaba de caer á la calle desde un quinto piso. Un murciélago que daba vueltas al rede-

dor de la casa, y que viéndome inmóvil durante tanto tiempo me tomó, al parecer, por una chimenea, vino de súbito á dar contra mí y á agarrarse á mi oreja. Sentí en la mejilla el horrible frescor de sus húmedas alas. Todos los ecos de Turín contestaron al furioso grito que proferí muy á pesar mío. Los centinelas más lejanos dieron el *quién vive*, y oí en la calle la marcha precipitada de una patrulla.

No me costó gran trabajo abandonar la vista del balcón, que ya no conservaba para mí ningún atractivo. El frío de la noche se había apoderado de mí, y un ligero temblor me recorrió desde la cabeza á los pies. Procuré abrigarme bien, y al hacerlo, pude observar con sentimiento que la sensación del frío, unida á la embestida del murciélago, había bastado para cambiar de nuevo el curso de mis ideas. La mágica chinela no hubiera tenido sobre mí en aquel momento mayor influencia que la cabellera de Berenice ó de cualquiera otra constelación. En seguida me puse á reflexionar acerca de lo insensato que era el pasar la noche expuesto á la intemperie, en vez de atender la voz de la naturaleza, que nos manda dormir. Tan sólo la razón se agitaba en aquel momento en mi interior, y me hizo ver todo esto comprobado como una proposición de Euclides. Por último, perdí de pronto la imaginación y el entusiasmo, y quedé entregado á la triste realidad. ¡Existencia deplorable! ¡Tanto valdría ser un árbol seco en medio de un bosque, ó bien un obelisco en medio de una plaza!

¡Qué extraños son, me decía, estos dos mecanismos

no son otra cosa que un juego de imaginación; y es preciso presentarle un alimento inocente para desviarla de los objetos á que debemos renunciar. Con esto hacemos, á poca diferencia, lo que con los niños: darles juguetes para que dejen los dulces. De esta suerte se tiene tiempo para afirmarse en el terreno de la prudencia sin advertirlo siquiera, y se llega á él por el camino de la locura, lo cual facilita su acceso á muchas personas.

Creo, pues, que no me he equivocado en la esperanza de ser útil que me ha hecho tomar la pluma, y no me queda ya sino defenderme del sentimiento natural de amor propio que podría legítimamente experimentar revelando á los hombres este género de verdades.

CAPÍTULO XXIX

Espero, mi querida Sofía, que todas estas confidencias no os habrán hecho olvidar la incómoda posición en que me habéis dejado al borde de mi ventana. La emoción que me había causado la vista del precioso pie de mi vecina duraba aún, y me encontraba más que nunca dominado por el peligroso encanto de la zapatilla, cuando un suceso imprevisto vino á sacarme del riesgo en que me hallaba de caer á la calle desde un quinto piso. Un murciélago que daba vueltas al rede-

dor de la casa, y que viéndome inmóvil durante tanto tiempo me tomó, al parecer, por una chimenea, vino de súbito á dar contra mí y á agarrarse á mi oreja. Sentí en la mejilla el horrible frescor de sus húmedas alas. Todos los ecos de Turín contestaron al furioso grito que proferí muy á pesar mío. Los centinelas más lejanos dieron el *quién vive*, y oí en la calle la marcha precipitada de una patrulla.

No me costó gran trabajo abandonar la vista del balcón, que ya no conservaba para mí ningún atractivo. El frío de la noche se había apoderado de mí, y un ligero temblor me recorrió desde la cabeza á los pies. Procuré abrigarme bien, y al hacerlo, pude observar con sentimiento que la sensación del frío, unida á la embestida del murciélago, había bastado para cambiar de nuevo el curso de mis ideas. La mágica chinela no hubiera tenido sobre mí en aquel momento mayor influencia que la cabellera de Berenice ó de cualquiera otra constelación. En seguida me puse á reflexionar acerca de lo insensato que era el pasar la noche expuesto á la intemperie, en vez de atender la voz de la naturaleza, que nos manda dormir. Tan sólo la razón se agitaba en aquel momento en mì interior, y me hizo ver todo esto comprobado como una proposición de Euclides. Por último, perdí de pronto la imaginación y el entusiasmo, y quedé entregado á la triste realidad. ¡Existencia deplorable! ¡Tanto valdría ser un árbol seco en medio de un bosque, ó bien un obelisco en medio de una plaza!

¡Qué extraños son, me decía, estos dos mecanismos

del hombre: la cabeza y el corazón! Impulsado alternativamente por estos dos móviles de sus actos en dos contrarias direcciones, la última que sigue le parece siempre la mejor. ¡Locuras del entusiasmo y del sentimiento! dice la fría razón. ¡Debilidad é incertidumbre de la razón! exclama el sentimiento. ¿Quién podrá nunca, quién osará decidir entre ambas tendencias?

Juzgué que sería bueno discutir la cuestión sobre el terreno, y decidir de una vez para siempre á cuál de estos dos guías debería confiarme para el resto de mi vida. ¿Seguiré de hoy más á la cabeza ó al corazón? Veámoslo.

CAPÍTULO XXX

Al decir esto, sentí un dolorcillo en el pie que descansaba sobre la escalera. Estaba, además, muy fatigado de la difícil posición que había guardado hasta entonces. Me incliné lentamente para sentarme, y dejando colgadas mis piernas á derecha é izquierda de la ventana, empecé mi viaje á caballo. He preferido siempre esta manera de viajar á cualquiera otra, porque soy apasionado por los caballos. Sin embargo, de todos los que he visto ó de los cuales he oído hablar, aquel cuya posesión hubiera deseado más vehementemente, es el caballo de madera del cual se cuenta en las *Mil y una Noches* que corría por los aires con la velocidad

del rayo, sin más que darle vuelta á una clavija que tenía entre las orejas.

Ya habrá comprendido el lector que mi cabalgadura se parece mucho á la de las *Mil y una Noches*. Por su posición, el viajero que monta en la ventana comunica por un lado con el cielo y goza del imponente espectáculo de la naturaleza; los metéoros y los astros se encuentran á su disposición. Si vuelve los ojos hacia el otro lado, el aspecto de su cuarto y de los objetos que contiene resucitan en él la idea de su existencia y le hacen volver á la realidad. Un simple movimiento de la cabeza reemplaza á la clavija encantada y basta para operar en el alma del viajero un cambio tan rápido como extraordinario. Tan pronto habitante de la tierra como del cielo, su espíritu y su corazón recorren todos los goces que al hombre le es dado experimentar.

Presentí de antemano el gran partido que podía sacar de mi montura. Cuando me vi bien sentado, bien sujeto y convencido de que no tenía nada que temer de los ladrones ni de los pasos en falso del caballo, consideré la ocasión muy favorable para entregarme al examen del problema que debía resolver respecto á la preeminencia de la razón ó del sentimiento. Pero la primera reflexión que hice á este propósito me detuvo bruscamente. ¿Estará bien que me erija yo mismo en juez de tal proceso, me dije muy por lo bajo, yo, que desde ahora le concedo en conciencia el triunfo al sentimiento? Por otra parte, si excluyo á las personas cuyo corazón se sobrepone á su cabeza, ¿á quién voy á consultar? ¿Á un geómetra? Éstos se

hallan vendidos á la razón. Para decidir en tal asunto, sería preciso encontrar á un hombre que hubiese recibido de la naturaleza igual dosis de razón y de sentimiento, y que en el momento de ir á pronunciar el fallo, ambas facultades estuviesen perfectamente equilibradas... lo cual es imposible. Más fácilmente se equilibraría una república.

El único juez competente sería, pues, aquel que no tuviese nada de común con la una ni con el otro, un hombre, en fin, sin corazón ni cabeza. Tan extraña consecuencia exaltó á esta última, mientras que por su parte el primero protestó contra esa falta de participación. Me parecía, sin embargo, que había discurrido bien, y hubiera en tal situación formado muy mala idea de mis facultades intelectuales, si no hubiese reflexionado que en las cuestiones de alta metafísica, como la de que se trata, no han faltado filósofos de primera fila que han sido arrastrados frecuentemente, por medio de una serie de razonamientos, á consecuencias desastrosas que han influido de una manera poderosa sobre la felicidad de los hombres. Me consolé, pues, pensando que el resultado de mis especulaciones filosóficas no perjudicaría á lo menos á nadie. Dejé la cuestión indecisa, y acordé que para el resto de mi vida seguiría alternativamente al corazón ó la cabeza, según la preponderancia que cada uno tomase sobre el otro. Creo, efectivamente, que éste es el mejor de los métodos, por más que hasta ahora no me haya dado muy grandes resultados. Sin embargo, nada me importa esto; continúo bajando el rápido sendero de la vida

sin temor y sin proyectos, unas veces riendo, otras llorando, algunas haciendo ambas cosas, y muchas tarareando una antigua canción para distraerme á lo largo del camino. Algunas veces cojo una margarita en cualquier ladera y voy arrancando sus hojas una por una, diciendo: «Me ama, un poco, mucho, apasionadamente, nada.» La última trae casi siempre nada, porque, en efecto, Elisa ha dejado de amarme.

Mientras me entretengo de esta manera, la generación entera de los vivos pasa por mi lado; parecida á una ola inmensa, bien pronto va á estrellarse conmigo contra la ribera de la eternidad; y como si el huracán de la vida no fuese aún bastante impetuoso, como si nos empujara con harta lentitud hacia los límites de la existencia, las naciones en masa se destruyen entre si, anticipando de esta suerte el término fijado por la naturaleza. Los mismos conquistadores, arrastrados por el rápido torbellino del tiempo, se divierten arrojando millares de hombres en el arroyo. ¿En qué pensáis? ¡Esperad!... ¿Por qué lanzar toda esa gente á la muerte? ¿No veis la ola que adelanta? Ya espuma cerca de la orilla... ¡Esperad un instante aún, en nombre del cielo! ¡Dentro de poco, vosotros, y vuestros enemigos, y yo, y las margaritas, todo concluirá! ¡Qué asombrosa insensatez! ¡qué imperdonable locura! En adelante, ya es cosa resuelta, no deshojaré ninguna margarita.

CAPÍTULO XXXI

Después de haberme fijado para el porvenir una prudente regla de conducta, gracias á una luminosa lógica, conforme ha podido observarse en los capítulos precedentes, quedábame aún por aclarar un punto muy importante á propósito del viaje que iba á emprender, No basta, en efecto, montar á caballo ó subir á un carruaje : hay que saber adónde se quiere ir. Estaba tan cansado de las investigaciones metafísicas en que acababa de ocuparme, que antes de resolver acerca de la región del globo á que debia dar la preferencia, quise descansar un poco no pensando en nada. Es una manera de vivir también de mi invención y que en muchas ocasiones me ha sido de gran utilidad; pero no es dado á todos el poderla usar, porque si es fácil profundizar las ideas ocupándose con fijeza en un asunto, no lo es tanto el detener de pronto el pensamiento como se detiene el péndulo de un reloj. Molière ha hecho muy mal poniendo en ridículo á un hombre que se divertía trazando círculos en un pozo. Yo, por el contrario, me inclino mucho á creer que aquel hombre era un filósofo que poseía el don de suspender el curso de su inteligencia para descansar, lo cual constituye una de las operaciones más difíciles que sea dable realizar al alma humana.

Bien sé yo que aquellos que poseen esta facultad,

sin haber hecho nada para poseerla, y que no piensan ordinariamente en nada, me acusarán de plagiario y reclamarán la prioridad del invento; pero el estado de inmovilidad intelectual de que quièro hablar es muy diferente del que ellos disfrutan y del de que Mr. Necker ha hecho la apología [1]. El mío es siempre voluntario y no puede ser sino momentáneo; para gozar de él en toda su plenidud, cerré los ojos apoyándome con ambas manos sobre la ventana, como un jinete cansado se apoya sobre el arzón de la silla, y bien pronto el recuerdo del pasado, el sentimiento del presente y la previsión del porvenir se apagaron en mi alma.

Como este modo de ser favorece poderosamente la invasión del sueño, después de medio minuto de disfrutar de este estado sentí que mi cabeza se caía sobre el pecho; abrí en seguida los ojos, y las ideas tomaron nuevamente su curso, circunstancia que prueba bien á las claras cómo la especie de letargo voluntario de que estoy hablando es muy diferente del sueño, pues éste fué precisamente quien me despertó, lo cual nunca lo habrá sucedido á nadie.

Al levantar mis miradas al cielo, vi á la estrella polar perpendicularmente encima de la azotea de la casa, lo cual me pareció de muy buen augurio, en el momento mismo en que iba á emprender un largo viaje. Durante el intervalo de reposo de que acababa de gozar, mi imaginación había recobrado toda su fuerza, y mi corazón se hallaba preparado para recibir las más

1. *Sobre la felicidad de los tontos* (1782. in-18).

dulces impresiones: ¡tanto puede aumentar su energía este pasajero descanso del pensamiento!

El fondo de tristeza en que mi situación precaria en el mundo me tenía sumido, fué reemplazado de pronto por un vivo sentimiento de esperanza y de valor; me sentí capaz de afrontar la vida con todos los cambios de infortunio ó de felicidad que arrastra consigo.

¡Astro brillante! exclamé en el delicioso éxtasis que se había apoderado de mí. ¡Incomprensible producción del eterno pensamiento! ¡Tú, que solo é inmóvil en el cielo, velas desde el día de la creación sobre una mitad de la tierra! ¡Tú, que diriges al navegante por los desiertos del océano, y con una sola mirada has devuelto con frecuencia la esperanza y la vida al marinero aterrado por la tempestad! Puesto que nunca he dejado de buscarte entre tus compañeras, cuando la noche serena me ha permitido contemplar el cielo, asísteme, luz celeste! ¡Ah! la tierra me abandona: sé tú hoy mi consejero y mi guía; dime á qué región del globo debo dirigirme.

Durante esta invocación, la estrella parecía irradiar más vivamente y regocijarse en el cielo, como invitándome á acercarme á su protectora influencia.

No creo en los presentimientos; pero sí en una Providencia divina, que conduce á los hombres por medios desconocidos. Cada instante de nuestra existencia es una creación nueva, un acto de la Voluntad omnipotente. El orden inconstante que produce las formas siempre nuevas y los fenómenos inexplicables de las nubes, se determina por cada instante hasta en la me-

nor partícula de agua que las compone; los sucesos de nuestra vida no pueden tener otra causa, y atribuirlos al azar sería el colmo de la locura. Por mi parte, hasta puedo asegurar que algunas veces he llegado á entrever los hilos imperceptibles de que se vale la Providencia para mover á los hombres más eminentes, como si fuesen títeres, mientras que ellos se imaginan dirigir el mundo; ella les dota el corazón de una pequeña cantidad de orgullo, y esto les basta para hacer perecer ejércitos enteros y para volver en una nación lo de arriba abajo.

Como quiera que sea, creía tan firmemente en la realidad de la invitación que había recibido de la estrella polar, que resolví en el acto marcharme hacia el Norte. Á pesar de que no tenía en aquellas regiones lejanas ningún punto preferido ni objeto alguno determinado, cuando al día siguiente partí de Turín, salí por la puerta Palacio, que se encuentra al norte de la ciudad, bien persuadido de que la estrella polar no me abandonaría.

CAPÍTULO XXXII

En este punto estaba de mi viaje, cuando me vi obligado á bajar precipitadamente de caballo. No hubiera hecho caso alguno de esta particularidad, si en conciencia no debiese instruir á todas aquellas personas que quieran adoptar mi sistema de viaje, de los

pequeños inconvenientes que presenta, después de haberles expuesto sus inmensas ventajas.

Indudablemente que las ventanas no se inventaron, por regla general, para el nuevo destino que yo les doy, y por esto los arquitectos que las construyen no cuidan de darles la forma cómoda y redondeada de una silla inglesa.

Sin necesidad de más explicaciones comprenderá el inteligente lector, así lo espero, la dolorosa causa que me obligó á hacer un alto. Bajé con algún trabajo, y dí algunas vueltas á pie á lo largo del cuarto para desentumecerme, meditando acerca de la mezcla de penas y placeres de que se halla sembrada la vida, así como también acerca de la especie de fatalidad que hace al hombre esclavo de las circunstancias más insignificantes. Después de lo cual me apresuré á volver á montar á caballo, provisto de una almohada de plumas, cosa que no me hubiera atrevido á hacer algunos días antes por miedo á que me silbase la caballería; sin embargo, como el día anterior vi en las puertas de Turín á una partida de cosacos que llevaba igual montura desde las orillas del Palus-Meotides y del mar Caspio, creí que, sin faltar á las leyes de la equitación, que he respetado siempre mucho, podría adoptar igual sistema.

Libre, pues, de la desagradable sensación que he dejado adivinar, pude ocuparme tranquilamente en mi plan de viaje.

Una de las dificultades que más me preocupaba, porque residía en mi conciencia, era la de saber si

hacia bien ó mal en abandonar mi patria, cuando ya la mitad de la patria me habia abandonado á mi[1]. Semejante cuestión me parecia demasiado importante para resolverla á la ligera. Reflexionando acerca de esta palabra *patria*, descubri que no tenia de ella una idea muy clara. ¡Mi patria! ¿En qué consiste la patria? ¿Será un conjunto de casas, de campos y de rios? No puedo creerlo. ¿Será quizá mi familia, serán mis amigos los que constituyen mi patria? Sin embargo, todos ellos la han abandonado ya. ¡Ah! ya lo acerté. ¿Será el gobierno? Lo han cambiado... ¡Dios mio! ¿dónde está, pues, mi patria? Pasé la mano por mi frente en un estado de inquietud inexplicable. ¡Qué fuerza tiene el amor á la patria! El sentimiento que experimentaba á la sola idea de abandonar la mía, me probaba tan claramente la realidad de ello, que hubiera permanecido á caballo toda mi vida antes que abandonar mi sitio sin haber aclarado esta dificultad.

Comprendí bien pronto que el amor á la patria depende de la reunión de muchos elementos : el hábito que crea en el hombre el ver desde su infancia á unos mismos individuos ; la localidad, el gobierno. Se trataba, pues, de averiguar en qué proporción cada una de estas tres bases contribuye para la constitución de la patria.

El cariño á nuestros compatriotas depende generalmente del gobierno, y no es otra cosa que el sentimien-

1. El autor servía en el Piamonte cuando la Saboya, su patria, fué agregada á Francia en 1798.

to de la fuerza y de la felicidad que á todos nos proporciona, porque el verdadero cariño se halla limitado á la familia y á un pequeño número de personas con quienes estamos íntimamente ligados. Todo aquello que destruye el hábito ó la facilidad de encontrarse convierte á los hombres en enemigos; una cadena de montañas da lugar á que los ultramontanos de uno y otro lado no puedan verse; los habitantes de la orilla derecha de un río se consideran muy superiores á los de la izquierda, y éstos á su vez se burlan de sus vecinos. Esta tendencia se advierte hasta en las grandes ciudades divididas por un río, á pesar de los puentes que unen ambas orillas. La diferencia de lenguaje aleja aun más á los hombres de un mismo gobierno; en fin, la misma familia, en la cual reside nuestro verdadero afecto, se dispersa frecuentemente en una misma patria; cambia continuamente en la forma y en el número y hasta puede ser transportada aquí ó allá. No es, pues, ni en nuestros compatriotas ni en nuestras familias donde reside en absoluto el amor á la patria.

La localidad contribuye también, por lo menos en igual proporción, al cariño que profesamos al país natal. Á este propósito se presenta una objeción muy interesante : se ha observado en todos tiempos que los montañeses son, de todos los pueblos, los que mayor cariño profesan á su país, y que los pueblos nómadas habitan por regla general grandes llanuras. Cual puede ser la causa de esta diferencia en el cariño de cada pueblo á su localidad? Hela aquí, si es que no me engaño : en la montañas tiene la patria una fisonomía, y en

las llanuras no tiene ninguna. Es una mujer sin rostro, á quien no es posible amar á pesar de todas sus buenas cualidades. ¿Qué le queda, con efecto, de su patria local al habitante de una aldea, cuando al paso del enemigo le incendian el pueblo y le talan los árboles? El desgraciado busca vanamente en la línea uniforme del horizonte algún objeto conocido que le recuerde algo : no existe ninguno.

Cada punto del espacio le presenta igual aspecto é idéntico interés. Este hombre es nómada por el hecho, á no ser que el hábito del gobierno le retenga; su habitación estará aquí ó allá, no importa; su patria está en todo aquello donde el gobierno ejerza su acción; no tendrá más que media patria. El montañés, en cambio, se liga á los objetos que ve desde su infancia y que tienen formas visibles é indestructibles; desde todos los extremos del valle ve y reconoce su campo colocado en la pendiente de la colina. El ruido del torrente que hierve entre las rocas no se interrumpe nunca; el sendero que conduce á la aldea se desvía al pie de la inmutable roca de granito. Ve en sueños el contorno de las montañas que lleva retratadas en el corazón, como después de haber mirado largo tiempo los vidrios de una ventana, se les ve todavía al cerrar los ojos; el cuadro grabado en su memoria forma parte de sí mismo y no se borra nunca. En fin, sus mismos recuerdos se refieren á la localidad; pero es necesario que tenga objetos cuyo origen se ignore y de los que no se puede prever el fin. Los edificios viejos, los puentes antiguos, todo aquello que tiene un carácter de gran-

deza y de larga duración, reemplaza en parte á las montañas en el afecto hacia las localidades; sin embargo, los monumentos de la naturaleza tienen mayor influencia sobre el corazón. Para dar á Roma un nombre digno de ella, los orgullosos romanos la llamaron *la ciudad de las siete colinas*. El hábito que se adquiere no puede destruírse nunca; el montañés, cuando llega á la edad madura, no se aficiona jamás al domicilio de una gran ciudad, y el habitante de las ciudades no puede convertirse en un montañés. De ahí nace, sin duda, que uno de los mejores escritores contemporáneos, que ha descrito con verdadero genio los desiertos de América, ha encontrado los Alpes mezquinos y el Monte Blanco considerablemente pequeño.

La parte del gobierno es evidente; ella forma la primera base de la patria. Él es quien produce la unión recíproca de los hombres y hace más enérgico el cariño que naturalmente profesan á la localidad. Él solo, por medio de los recuerdos del bien ó de la gloria, puede ligarles al suelo que les ha visto nacer.

¿Es bueno el gobierno? la patria está en todo su apogeo; ¿degenera en vicioso? la patria está enferma; ¿cambia? la patria muere. Se crea una patria nueva, y cada uno es dueño de adoptarla ó de escoger otra.

Cuando todo el pueblo de Atenas abandonó aquella ciudad bajo la fe de Temístocles, ¿abandonaron los atenienses á su patria ó se la llevaron en sus bajeles?

Cuando Coriolano...

¡Dios mío, en qué discusión me he metido, olvidando que estoy á caballo de la ventana!...

CAPÍTULO XXXIII

Tenía yo una parienta, mujer entrada en años y de mucho ingenio, cuya conversación era de las más agradables; pero su memoria, fértil é inconstante á la vez, la hacía pasar frecuentemente de episodio en episodio y de digresión en digresión hasta el punto de tener que implorar el auxilio de su auditorio. ¿Qué es lo que os quería contar? decía, ocurriendo muchas veces que sus mismos oyentes lo habían olvidado, con lo que ponía á todos en un apuro inexplicable. Eso mismo habrá podido observarse que me sucede á mí frecuentemente en mis narraciones, y yo debo confesar, con efecto, que el plan y el orden de mi viaje están exactamente calcados sobre el orden y el plan de las conversaciones de mi tía. Afortunadamente no tengo que pedir al público que me recuerde cosa alguna, porque vengo advirtiendo que el asunto reaparece por sí mismo y cuandó menos me lo figuro.

CAPÍTULO XXXIV

Aquellas personas que no aprueben mi disertación respecto á la patria, deben saber que desde hacia algún rato el sueño se estaba apoderando de mí, á pesar de los

esfuerzos que hacía para combatirlo. Sin embargo, no estoy muy cierto ahora de si me dormí buenamente y si las cosas extraordinarias que voy á relatar fueron efecto de un sueño ó de una visión sobrenatural.

Vi descender del cielo una nube brillante que poco á poco se aproximaba hacia mí y que, como un velo transparente, recubria á una joven de veintidós á veintitrés años. En vano buscaría expresiones para describir el sentimiento que me produjo su aspecto. Su fisonomia radiante de bondad y de benevolencia tenía todo el encanto de las ilusiones de la juventud, y era dulce como los sueños del porvenir; su mirada, su apacible sonrisa, todas sus facciones, en una palabra, realizaban á mis ojos el ser ideal que mi corazón buscaba hacía tanto tiempo y que ya había desesperado de poder encontrar nunca.

Mientras la contemplaba en un éxtasis delicioso, vi brillar la estrella polar entre los rizos de su negra cabellera que agitaba el viento norte, y unas palabras de consuelo llegaron al mismo tiempo hasta mi oido. ¿Qué he dicho? ¡palabras! era la misteriosa expresión del pensamiento celeste que descubría el porvenir á mi inteligencia, mientras los sentidos permanecian encadenados al sueño; era una comunicación profética del astro protector que acababa de invocar, cuyo sentido voy á tratar de expresar en una lengua humana.

« No te has engañado al depositar en mí tu confianza, dijo una voz cuyo sonido se parecía al de las arpas eólicas. Mira, ahí tienes el campo que te he reservado; ése es el bien á que aspiran en vano los hombres que

creen que la felicidad es un cálculo, y que piden á la tierra lo que no se puede obtener más que del cielo. »
Al pronunciar estas palabras, el meteoro penetró en la profundidad de los cielos, la aérea divinidad se perdió entre las brumas del horizonte; pero, al alejarse, me lanzó sus miradas que llenaron mi corazón de confianza y de esperanza.

En seguida, ardiendo en deseos de seguirle, piqué con ambos pies con toda mi fuerza; y como me había olvidado de ponerme las espuelas, dí con el talón derecho contra el ángulo de una teja con tal violencia, que el dolor me hizo despertar sobresaltado.

CAPÍTULO XXXV

Este accidente fué de una ventaja positiva para la parte geológica de mi viaje, porque me proporcionó la ocasión de conocer exactamente la altura de mi cuarto sobre las capas de aluvión que forman el suelo en que se halla asentada la ciudad de Turín.

Mi corazón palpitaba con violencia, y acababa de contar tres latidos y medio, á partir del momento en que piqué á mi caballo, cuando oí el ruido de mi zapatilla que se había caído á la calle, lo cual, calculando el tiempo que gastan los cuerpos graves en su caída acelerada y el que habían empleado las ondas sonoras del aire para llegar á mi oído desde la calle, determina la

esfuerzos que hacía para combatirlo. Sin embargo, no estoy muy cierto ahora de si me dormí buenamente y si las cosas extraordinarias que voy á relatar fueron efecto de un sueño ó de una visión sobrenatural.

Vi descender del cielo una nube brillante que poco á poco se aproximaba hacia mí y que, como un velo transparente, recubria á una joven de veintidós á veintitrés años. En vano buscaría expresiones para describir el sentimiento que me produjo su aspecto. Su fisonomia radiante de bondad y de benevolencia tenía todo el encanto de las ilusiones de la juventud, y era dulce como los sueños del porvenir; su mirada, su apacible sonrisa, todas sus facciones, en una palabra, realizaban á mis ojos el ser ideal que mi corazón buscaba hacía tanto tiempo y que ya había desesperado de poder encontrar nunca.

Mientras la contemplaba en un éxtasis delicioso, vi brillar la estrella polar entre los rizos de su negra cabellera que agitaba el viento norte, y unas palabras de consuelo llegaron al mismo tiempo hasta mi oido. ¿Qué he dicho? ¡palabras! era la misteriosa expresión del pensamiento celeste que descubría el porvenir á mi inteligencia, mientras los sentidos permanecian encadenados al sueño; era una comunicación profética del astro protector que acababa de invocar, cuyo sentido voy á tratar de expresar en una lengua humana.

« No te has engañado al depositar en mí tu confianza, dijo una voz cuyo sonido se parecia al de las arpas eólicas. Mira, ahí tienes el campo que te he reservado; ése es el bien á que aspiran en vano los hombres que

creen que la felicidad es un cálculo, y que piden á la tierra lo que no se puede obtener más que del cielo. »

Al pronunciar estas palabras, el meteoro penetró en la profundidad de los cielos, la aérea divinidad se perdió entre las brumas del horizonte; pero, al alejarse, me lanzó sus miradas que llenaron mi corazón de confianza y de esperanza.

En seguida, ardiendo en deseos de seguirle, piqué con ambos pies con toda mi fuerza; y como me había olvidado de ponerme las espuelas, dí con el talón derecho contra el ángulo de una teja con tal violencia, que el dolor me hizo despertar sobresaltado.

CAPÍTULO XXXV

Este accidente fué de una ventaja positiva para la parte geológica de mi viaje, porque me proporcionó la ocasión de conocer exactamente la altura de mi cuarto sobre las capas de aluvión que forman el suelo en que se halla asentada la ciudad de Turín.

Mi corazón palpitaba con violencia, y acababa de contar tres latidos y medio, á partir del momento en que piqué á mi caballo, cuando oí el ruido de mi zapatilla que se había caído á la calle, lo cual, calculando el tiempo que gastan los cuerpos graves en su caída acelerada y el que habían empleado las ondas sonoras del aire para llegar á mi oído desde la calle, determina la

altura de mi ventana á noventa y cuatro pies, tres líneas y nueve décimas de línea desde el nivel del piso de Turín, suponiendo que mi corazón, agitado por el sueño, diese ciento veinte pulsaciones por minuto, cosa que no puede hallarse muy lejos de la verdad. Sólo por el interés de la ciencia me he atrevido á mencionar mi zapatilla, después de haber hablado de la interesante de mi hermosa vecina; así, pues, advierto que este capítulo se ha escrito exclusivamente para los sabios.

CAPÍTULO XXXVI

La brillante visión de que acababa de disfrutar me hizo comprender con mayor fuerza al despertar todo el horror del aislamiento en que me hallaba. Paseé la vista á mi alrededor y no vi más que tejados y chimeneas. ¡Ah! suspendido en un quinto piso entre el cielo y la tierra, rodeado por un océano de pesares, deseos é inquietudes, no me ligaba á la vida más que la incierta luz de una vaga esperanza: apoyo ilusorio cuya fragilidad había experimentado ya con frecuencia. La duda penetró bien pronto en mi corazón, todavía lacerado por las decepciones de la vida, y creí firmemente que la estrella polar se había burlado de mí. ¡Injusta y culpable desconfianza por la que el astro me ha castigado con diez años de espera! ¡Ah! si hubiese podido prever entonces que todas las promesas se cumplirían, y que un

día volvería á encontrar sobre la tierra al ser adorado cuya imagen no había hecho más que entrever en el cielo! ¡Querida Sofía, si hubiese sabido que mi felicidad había de sobrepujar á mis propias esperanzas!... Pero no hay que anticipar los sucesos; vuelvo, pues, á mi objeto, para no invertir el orden severo y metódico al que me he sujetado en la redacción de mi viaje.

CAPÍTULO XXXVII

El reloj de la torre de San Felipe daba lentamente las doce de la noche. Conté uno tras otro los golpes de la campana, y el último me arrancó un suspiro. He aquí, pues, me dije, un día que acaba de desprenderse de mi vida; y aunque las vibraciones decrecientes del sonido del bronce retumban aún en mis oídos, la parte de mi viaje que ha precedido á la media noche se halla ya tan lejos de mí como el viaje de Ulises ó el de Jasón. En este abismo del pasado, los instantes y los siglos tienen la misma extensión... ¿Es más real el porvenir? Son dos nadas entre las cuales me encuentro en equilibrio como sobre el filo de una espada. El tiempo me parece en verdad algo tan inconcebible, que me hallo tentado de creer que realmente no existe, y que lo que así se llama no es ni más ni menos que un castigo del pensamiento.

Ya me alegraba de haber encontrado esta definición

del tiempo, tan tenebrosa como el tiempo mismo, cuando otro reloj dió la media noche, cosa que me produjo un sentimiento desagradable. Quédame siempre un resto de mal humor cuando me he ocupado inútilmente en el planteamiento de un problema insoluble, y me picó bastante esta segunda advertencia de la campana á un filósofo como yo. Algunos segundos después llegué á experimentar un verdadero despecho, cuando oí muy lejos una tercera campana, la del convento de Capuchinos, situada á la otra orilla del Po, sonar todavía la media noche, como por malicia.

Cuando mi tía llamaba á una antigua camarera, algo áspera, pero á quien quería, sin embargo, mucho, no se contentaba en su impaciencia con llamar una vez, sino que tiraba sin compasión de la campanilla hasta que aparecía la sirvienta. « ¡Gracias á Dios que llegáis, señora Branchet! le decía. » Y ésta, enojada de verse tratar así, se acercaba entonces lentamente y contestaba con mucha acritud, antes de entrar en la sala: « Ya voy, señora, ya voy. » Este mismo sentimiento de mal humor me hizo experimentar la indiscreta campana de los Capuchinos, al hacer llegar por tercera vez á mi oído las doce campanadas de la media noche. « Ya lo sé, grité yo, extendiendo las manos hacia donde se hallaba el reloj; sí, ya lo sé; ya sé que son las doce de la noche; demasiado lo sé. »

No hay duda que los hombres inventaron esa hora para dividir los días, insidiosamente aconsejados por el espíritu maligno. Encerrados en sus habitaciones duermen ó se divierten, mientras llega la hora que corta

uno de los hilos de su existencia: al siguiente día se levantan alegres sin sospechar ni remotamente que tienen un día más.

En vano la voz profética del bronce les anuncia la aproximación de la eternidad; en vano les repite tristemente cada hora que acaba de pasar; no oyen nada, y, si lo oyen, no lo comprenden. ¡Ah, media noche!... ¡hora terrible!... No soy supersticioso; pero esa hora me inspiró siempre una especie de temor, y tengo el presentimiento de que, si algún día me muriese, sería á la media noche. ¿Así, pues, habré de morir? ¡Cómo! ¡he de morirme! yo, que hablo; yo, que me siento y me toco, ¿tendría que morir? Con dificultad puedo llegar á creerlo, porque, en fin, que los otros se mueran, nada más natural: es una cosa que todos los días la estamos viendo; se les ve pasar, y uno se acostumbra á ello; ¡pero morirse uno mismo! ¡morir *en persona!* ¡eso es demasiado! Los que toméis estas reflexiones por una especie de galimatías, sabed que tal es la manera de pensar de todos y también la vuestra. Nadie piensa que debe morir. Si existiese una raza de hombres inmortales, la idea de la muerte les asustaría más que á nosotros.

Hay en todo esto algo que no me puedo explicar. ¿Cómo es que los hombres que se hallan sin cesar agitados por la esperanza y por las preocupaciones del porvenir, se cuidan tan poco de lo que ese porvenir les ofrece de más cierto é inevitable? ¿Será acaso la misma naturaleza bondadosa quien nos habrá dado esta feliz confianza, con el objeto de que podamos cumplir en

paz nuestro destino? Creo, efectivamente, que se puede ser muy buena persona sin necesidad de unir á los males reales de la vida ese tormento del espíritu que lleva á las reflexiones lúgubres, y sin perturbarse la imaginación por negros fantasmas. En fin : creo que el hombre debe permitirse el reír, ó cuando menos el sonreír, cada vez que la ocasión inocente se presenta.

Así concluyó la meditación que me había inspirado el reloj de San Felipe. Habríala ya empujado más lejos, si no me hubiese ocurrido algún escrúpulo acerca de la severidad de la moral que acababa de establecer. Pero no queriendo profundizar esta duda, empecé á tararear un aire español que tiene la propiedad de cambiar el curso de mis ideas cuando emprenden un mal camino. El efecto fué tan rápido, que desde aquel momento di por terminado mi paseo á caballo.

CAPÍTULO XXXVIII

Antes de penetrar de nuevo en mi cuarto lancé una ojeada á la ciudad y á los sombríos campos de Turín, que iba á abandonar tal vez para siempre, y á los cuales envié mi último adiós. Nunca la noche me había parecido tan hermosa ; nunca el espectáculo que tenía ante los ojos me había interesado tan vivamente. Después de haber saludado á la montaña y al templo de la Superga, me despedí de las torres, de los campanarios

y de todos los objetos conocidos que nunca hubiera creído echar de menos con tanto pesar, y del aire, y del cielo, y del rio, cuyo sordo murmullo parecia responder á mis adioses. ¡Oh! si supiese describir el sentimiento tierno y cruel que llenaba á la vez mi corazón, y todos los recuerdos de la más bella mitad de mi pasada vida que se agrupaban á mi alrededor como otros tantos diablillos para retenerme en Turín! Pero ¡ay! los recuerdos de la felicidad pasada son las arrugas del alma! Cuando uno es desgraciado, necesita arrojarlos de su pensamiento como fantasmas burlones que vienen á insultar nuestra situación presente; entonces vale mucho más entregarse á las engañadoras ilusiones de la esperanza, y, sobre todo, hay que poner buena cara al mal juego y guardarse mucho de confiar á otro las desgracias propias. He podido advertir en los viajes que ordinariamente he hecho entre los hombres, que á fuerza de ser uno desgraciado acaba por convertirse en ridículo. En estos momentos terribles, nada conviene tanto como el viajar en la forma que he descrito. He hecho de ello un experimento decisivo; no solamente olvidé entonces el pasado, sino que llegué á tomar valerosamente una resolución sobre las penas presentes. El tiempo se encargará de llevárselas, díjeme para consolarme; al pasar, todo lo toma y de nada se olvida, y bien le queramos detener ó le empujemos con la espalda, como suele decirse, nuestros esfuerzos son igualmente inútiles y en nada cambian su invariable curso. Aunque por regla general me inquieta muy poco su rapidez, son muchas las circunstancias y las ilaciones

de ideas que me la recuerdan de una manera evidentísima y patente. Cuando los hombres callan, cuando el demonio del ruido se queda mudo en medio de su templo ó en medio de una ciudad adormecida, entonces el tiempo levanta su voz y se hace escuchar de mi alma. El silencio y la obscuridad se convierten en sus intérpretes y me descubren su marcha misteriosa; no es ya un ser razonable que pueda comprender mi pensamiento; pero mis propios sentidos le perciben, y le veo pasar por el cielo empujando las estrellas hacia occidente. Le veo dirigir el curso de los rios hacia el mar y correrse con la niebla á lo largo de la colina... Escucho; los vientos gimen bajo el esfuerzo de sus rápidas alas, y la lejana campana se estremece y vibra á su terrible paso.

« Aprovechémonos, aprovechémonos de su carrera, exclamé. Quiero emplear útilmente los instantes que va á arrebatarme. » Queriendo sacar partido de tan buena resolución, me incliné al momento hacia delante para lanzarme valerosamente á la carrera, haciendo con la lengua un ruido especial que en todos tiempos se ha empleado para hacer andar á los caballos, pero que es imposible escribir según las reglas de la ortografía :

¡gh! ¡gh! ¡gh!

Y terminé mi excursión á caballo por un galope.

CAPÍTULO XXXIX

Levantaba el pie derecho para bajar, cuando sentí bruscamente un fuerte golpe sobre la espalda. Decir que no me asustó tal accidente sería faltar á la verdad, y ésta es la ocasión propicia para hacerle comprender al lector, y probarle sin ninguna vanidad, que le sería muy difícil á cualquiera otro realizar un viaje parecido al mío. Aun suponiendo al nuevo viajero con muchísimos más medios y talento que yo para la observación, ¿podría jactarse de haber corrido aventuras tan singulares y tan numerosas, y tan ligadas con el propio destino, como las que me han sucedido en el corto espacio de cuatro horas? ¡Si alguno lo duda, que pruebe de adivinar quién me había dado el golpe!

En el primer momento de mi turbación no me acordé de la posición que ocupaba, de manera que creí que el caballo había coceado ó me había hecho chocar contra un árbol. Sólo Dios sabe cuántas y cuán funestas fueron las ideas que me asaltaron en el corto tiempo que hube de emplear para volver la cabeza y mirar la habitación. Entonces comprendí, como sucede á menudo en las cosas que parecen más extraordinarias, que la causa de mi sorpresa era muy natural. La misma ráfaga de viento que al empezar mi viaje había abierto la ventana y cerrado la puerta al pasar, y una de cuyas

partes se había deslizado por las cortinas de mi lecho, penetraba entonces con estrépito en el cuarto. Abrió bruscamente la puerta y salió por la ventana empujando las vidrieras contra mi espalda, lo cual me causó la sorpresa de que hablaba hace un momento.

Se recordará que á una invitación de esa misma ráfaga de viento yo había abandonado la cama. Era evidente que la sacudida que acababa de recibir me invitaba á entrar de nuevo en ella, y esto es lo que me creí obligado á realizar.

¡Cuán bello es, sin duda alguna, el tener relaciones familiares con la noche, el cielo y los metéoros y saber sacar partido de su influencia! ¡Ah! ¡Las relaciones que uno se ve forzado á sostener con los hombres son ciertamente más peligrosas! ¡Cuántas veces no me ha hecho víctima de ellos mi ciega confianza! Algo sobre el particular decía aquí mismo, en una nota que he suprimido, porque era más larga que todo el texto, lo cual hubiera alterado las justas proporciones de mi viaje, cuyo pequeño volumen es su mayor mérito.

EL LEPROSO DE AOSTA

La parte meridional de la ciudad de Aosta está casi desierta, y parece no haber estado nunca muy habitada. Vense allí campos labrados y praderas, limitados, á un lado, por antiguos baluartes que los romanos elevaron para servirle de circuito, y á otro, por las tapias de algunos jardines. Esta solitaria situación puede, sin embargo, interesar á los viajeros. Cerca de la puerta de la ciudad vense las ruinas de antiguo castillo, en el cual, si se ha de dar fe á la tradición popular, el conde Renato de Chaláns, impulsado por el furor de los celos, dejó morir de hambre, en el siglo XV, á la princesa María de Braganza, su esposa; de aquí el nombre de *Bramafame*, que significa *grito del hambre*, dado á ese castillo por las gentes del país. Esta anéc-

partes se había deslizado por las cortinas de mi lecho, penetraba entonces con estrépito en el cuarto. Abrió bruscamente la puerta y salió por la ventana empujando las vidrieras contra mi espalda, lo cual me causó la sorpresa de que hablaba hace un momento.

Se recordará que á una invitación de esa misma ráfaga de viento yo había abandonado la cama. Era evidente que la sacudida que acababa de recibir me invitaba á entrar de nuevo en ella, y esto es lo que me creí obligado á realizar.

¡Cuán bello es, sin duda alguna, el tener relaciones familiares con la noche, el cielo y los metéoros y saber sacar partido de su influencia! ¡Ah! ¡Las relaciones que uno se ve forzado á sostener con los hombres son ciertamente más peligrosas! ¡Cuántas veces no me ha hecho víctima de ellos mi ciega confianza! Algo sobre el particular decía aquí mismo, en una nota que he suprimido, porque era más larga que todo el texto, lo cual hubiera alterado las justas proporciones de mi viaje, cuyo pequeño volumen es su mayor mérito.

EL LEPROSO DE AOSTA

La parte meridional de la ciudad de Aosta está casi desierta, y parece no haber estado nunca muy habitada. Vense allí campos labrados y praderas, limitados, á un lado, por antiguos baluartes que los romanos elevaron para servirle de circuito, y á otro, por las tapias de algunos jardines. Esta solitaria situación puede, sin embargo, interesar á los viajeros. Cerca de la puerta de la ciudad vense las ruinas de antiguo castillo, en el cual, si se ha de dar fe á la tradición popular, el conde Renato de Chaláns, impulsado por el furor de los celos, dejó morir de hambre, en el siglo XV, á la princesa María de Braganza, su esposa; de aquí el nombre de *Bramafame*, que significa *grito del hambre*, dado á ese castillo por las gentes del país. Esta anéc-

dota, de cuya autenticidad no respondemos, hace á aquellas ruinas interesantes para las personas sensibles que la creen verdadera.

Más lejos, á algunos centenares de pasos, hay una torre cuadrada, adosada al muro antiguo, y construída con el mármol de que antes estaba revestido; se la llama *Torre del espanto*, porque el pueblo la ha creído habitada mucho tiempo por almas del otro mundo. Las mujeres ancianas de la ciudad de Aosta se acuerdan perfectamente de haber visto salír de la torre, durante las noches obscuras, á una mujer blanca, de alta estatura, con una lámpara en la mano.

Hace unos quince años que esta torre fué restaurada por orden del gobierno y rodeada de un muro, para alojar en ella á un leproso y separarlo así de la sociedad, procurándole todas las distracciones de que su triste situación era susceptible. El hospital de San Mauricio fué encargado de proveer á su subsistencia, y se le dieron algunos muebles, así como los útiles necesarios para cultivar un jardín.

Allí vivía el leproso desde hacía mucho tiempo, entregado á sí mismo, no viendo jamás á nadie, excepto al cura, que de vez en cuando iba á llevarle los consuelos de la religión, y al hombre que cada semana le dejaba sus provisiones del hospital. Durante la guerra de los Alpes, en el año 1797, encontrándose cierto militar en la ciudad de Aosta, pasó un dia por casualidad cerca del jardín del leproso, cuya puerta estaba entreabierta, y tuvo la curiosidad de entrar en él.

Encontró á un hombre vestido sencillamente, apo-

yado contra un árbol, y sumergido en profunda meditación. Al ruido que hizo el oficial al entrar, el solitario, sin volverse á mirar, exclamó con voz triste :

— ¿Quién hay ahi y qué me quiere?

— Perdonad á un forastero, respondió el militar, á quien el agradable aspecto de vuestro jardín ha hecho cometer tal vez una indiscreción ; pero que de ningún modo quiere molestaros.

— ¡No avancéis! dijo el habitante de la torre haciéndole señas con la mano. ¡No avancéis! ¡Estáis cerca de un desgraciado atacado de lepra.

— Cualquiera que sea vuestro infortunio, replicó el viajero, no me alejaré : jamás he huido de los desgraciados; sin embargo, si os es importuna mi presencia, estoy pronto á retirarme.

— ¡Sed bienvenido! dijo entonces el leproso volviéndose de repente. ¡Quedaos, si os atrevéis después de haberme mirado!

El militar permaneció algún tiempo inmóvil de sorpresa y espanto, ante el aspecto de aquel infortunado, á quien la lepra había desfigurado completamente.

— Me quedaré de buena gana, le dijo, si estimáis la visita de un hombre que la casualidad condujo aquí, pero al cual retiene ahora el más vivo interés.

EL LEPROSO.

¡Interés!... Jamás he excitado sino la compasión.

EL MILITAR.

¡Me creería dichoso si pudiera ofreceros algún consuelo!

EL LEPROSO.

¡Lo es ya para mí muy grande ver á los hombres, escuchar el sonido de la voz humana, que parece huír de mí!

EL MILITAR.

Permitidme, pues, conversar con vos algunos instantes y visitar vuestra mansión.

EL LEPROSO.

Con mucho gusto, si esto puede proporcionaros algun placer.

(Al decir estas palabras, el leproso se cubrió la cabeza con un ancho sombrero, cuyas alas bajadas le ocultaban el rostro.)

Pasad, añadió; aquí, al mediodía. Cultivo un pequeño cuadro de flores que tal vez os gusten : encontraréis algunas que son bastante raras. Me he proporcionado semillas de todas las que crecen espontáneamente en los Alpes y he procurado doblarlas y embellecerlas por el cultivo.

EL MILITAR.

En efecto, aquí veo flores cuyo aspecto es completamente nuevo para mí.

EL LEPROSO.

Observad este rosal : es el rosal sin espinas que no crece más que en los altos Alpes; pero pierde ya esta propiedad y echa espinas á medida que se le cultiva y se reproduce.

EL MILITAR.

Debería ser el emblema de la ingratitud.

EL LEPROSO.

Si os gusta alguna de esas flores, podéis tomarla sin temor : no corréis ningún riesgo llevándolas. Yo las he sembrado, tengo el placer de regarlas y verlas; pero no las toco jamás.

EL MILITAR.

¿Por qué?

EL LEPROSO.

Temería contagiarlas y no me atrevería á ofrecerlas.

EL MILITAR.

¿A quién las destináis, pues?

EL LEPROSO.

Las personas que me traen las provisiones del hospital no temen hacerse ramos con ellas. Algunas veces también los muchachos de la ciudad se presentan á la puerta de mi jardín. Subo en seguida á la torre por miedo de asustarlos ó de servirles de estorbo. Desde mi ventana los veo registrar y arrancar algunas flores. Cuando se van, levantan los ojos hacia mí, diciéndome : « Buenos dias, leproso » ; y esto me alegra un poco.

EL MILITAR.

Habéis sabido reunir aquí plantas bien diferentes : veo ahí viñas y árboles frutales de muchas especies.

EL LEPROSO.

Los árboles son todavía jóvenes : yo mismo los he plantado, asi como esta parra que he hecho correr por encima de la antigua pared, y cuya anchura forma para mí un reducido paseo; es mi sitio favorito... Subid á lo largo de esas piedras : es una escalera de que yo soy el arquitecto. Sentaos en el muro.

EL MILITAR.

¡Qué encantador es este sitio! ¡Cuán á propósito para las meditaciones de un solitario!

EL LEPROSO.

Es por esto que me gusta á mí mucho; desde ahí veo el campo y los labradores que trabajan; veo todo lo que pasa en la pradera y no soy visto por nadie.

EL MILITAR.

Admiro la tranquila soledad de este retiro. A pesar de estar en la ciudad, creeríase uno en medio del desierto.

EL LEPROSO.

La soledad no está siempre en medio de los bosques y las rocas. El infortunado siempre está solo.

EL MILITAR.

¿Qué serie de sucesos os ha traido á este retiro? ¿Este país, es vuestra patria?

EL LEPROSO.

He nacido á orillas del mar, en el principado de

Oneglia y no habito aquí sino desde hace quince años. En cuanto á mi historia, no es más que una larga y uniforme calamidad.

EL MILITAR.

¿Habéis vivido siempre solo?

EL LEPROSO.

Perdí en la infancia á mis padres, á quienes no llegué siquiera á conocer; una hermana que me quedaba, murió hace dos años. Jamás he tenido amigos.

EL MILITAR.

¡Desgraciado!

EL LEPROSO.

Tales son los designios de Dios.

EL MILITAR.

¿Cuál es vuestro nombre?

EL LEPROSO.

¡Ah! ¡Mi nombre es terrible! ¡Me llamo *el Leproso!* Se ignora en el mundo el apellido de mi familia y el nombre que me dió la religión el día de mi nacimiento. Yo soy *el Leproso* : he aquí el único título que tengo para la benevolencia de los hombres. ¡Ojalá ignoren eternamente quién soy!

EL MILITAR.

Esa hermana que habéis perdido, ¿vivía en vuestra compañía?

EL LEPROSO.

Ha vivido cinco años conmigo en esta misma habitación en que me veis. Tan desgraciada como yo, compartía mis penas, y yo procuraba endulzar las suyas.

EL MILITAR.

¿Cuáles pueden ser ahora vuestras ocupaciones en soledad tan profunda?

EL LEPROSO.

El detalle de las ocupaciones de un solitario como yo, no puede dejar de ser monótono para un hombre de mundo que halla su dicha en la actividad de la vida social.

EL MILITAR.

¡Ah! Conocéis poco el mundo, que jamás me ha dado la dicha. Yo permanezco á veces solitario por gusto, y hay tal vez más analogía entre nuestras ideas de lo que presumís; sin embargo, lo confieso, una soledad eterna me espanta. No puedo concebirla.

EL LEPROSO.

El que ama su celda encontrará la paz. La *Imitación de Jesucristo* nos lo enseña. Empiezo ya á comprender la verdad de estas consoladoras palabras. El sentimiento de la soledad se endulza también por el trabajo. El hombre que trabaja, jamás es completamente desgraciado, y ved en mí la prueba. Durante la primavera, el cultivo de mi jardín me ocupa suficientemente; durante el invierno hago cestas y esteras; trabajo en la

confección de mis propias ropas; yo mismo preparo cada día mi alimento, con las provisiones que me traen del hospital, y la oración me ocupa durante las horas que el trabajo me deja libres. En fin, transcurre el año, y cuando ha pasado, todavía me parece que ha sido corto.

EL MILITAR.

Y, sin embargo, debería pareceros un siglo.

EL LEPROSO.

Los males y las tristezas hacen parecer largas las horas; pero los años vuelan siempre con la misma rapidez. Existe todavía, en el último término del infortunio, un goce que el común de los hombres no puede conocer y que os parecerá bien singular : el de vivir y respirar. Yo paso días enteros de primavera inmóvil sobre ese baluarte, disfrutando del aire y de la hermosura de la naturaleza; todas mis ideas son entonces vagas é indecisas; la tristeza descansa en mi corazón sin abrumarle; mis miradas vagan sobre esa campiña y sobre las rocas que nos rodean; estas diferentes perspectivas se imprimen de tal modo en mi memoria, que forman, por decirlo así, parte de mí mismo, y cada sitio es un amigo que veo con placer todos los días.

EL MILITAR.

Yo he experimentado á menudo algo parecido. Cuando la tristeza se ceba en mí y no encuentro en el corazón de los hombres lo que el mío desea, el aspecto de la naturaleza y de las cosas inanimadas me consuela; co-

bro afecto á las rocas y á los árboles, y me parece que todos los seres de la creación son otros tantos amigos que Dios me ha dado.

EL LEPROSO.

Me animáis á que os explique á mi vez lo que en mi pasa. Yo amo verdaderamente los objetos que son, por decirlo así, mis compañeros de existencia, y á los que veo cada día. Así, todas las noches, antes de retirarme á la torre, vengo á saludar las neveras de Ruitorts, los sombríos bosques del monte San Bernardo y los picos extraños que dominan el valle de Rhemo. Aunque el poder de Dios se manifiesta del mismo modo en la creación de una hormiga que en la del universo entero, el gran espectáculo de las montañas se impone, sin embargo, más á mis sentidos: yo no puedo ver esas enormes masas cubiertas de eternas nieves sin experimentar un místico asombro; pero en este vasto cuadro que me rodea, tengo sitios favoritos que yo amo con preferencia; de este número es la ermita que podéis ver allá arriba, sobre la cúspide de la montaña de Charvensod. Aislada en medio de los bosques, cerca de un campo desierto, recibe los últimos rayos del sol poniente. Aunque jamás he estado en ella, siento un placer singular en verla. Cuando declina el día, sentado yo en mi jardín, fijo los ojos en esa ermita solitaria, y mi imaginación descansa contemplándola. Se ha convertido para mí en una especie de propiedad; paréceme como si una reminiscencia confusa me dijera que yo he vivido allí en tiempos más dichosos, cuyo recuerdo

se ha borrado en mi. Me gusta, sobre todo, contemplar las montañas lejanas que se confunden con el cielo en el horizonte. Del propio modo que el porvenir, la distancia hace nacer en mi el sentimiento de la esperanza; mi corazón oprimido cree que existe tal vez lejanísima tierra en donde, en una época futura, podré gustar al fin esa dicha por que suspiro y que un instinto secreto me presenta sin cesar como posible.

EL MILITAR.

Con un alma ardiente como la vuestra, sin duda os han sido precisos muchos esfuerzos para resignaros á vuestro destino y para no abandonaros á la desesperación.

EL LEPROSO.

Os engañaría si os dejase creer que estoy siempre resignado con mi suerte; yo no he llegado hasta esa abnegación de sí mismo que algunos anacoretas han alcanzado. Este sacrificio completo de todos los afectos humanos, todavía no lo he hecho; mi vida se desliza en combates continuos, y los poderosos auxilios de la misma religión no siempre son capaces de reprimir los vuelos de mi fantasía, la cual me arrastra á menudo, á pesar mio, á un océano de deseos quiméricos que me llevan hacia ese mundo del que no tengo ninguna idea, y cuya imagen ficticia está siempre presente para atormentarme.

EL MILITAR.

Si yo pudiera haceros leer en mi alma y daros del

mundo la idea que tengo de él, todos vuestros deseos y toda vuestra nostalgia se desvanecerían al instante.

EL LEPROSO.

En vano algunos libros me han instruído acerca de la perversidad de los hombres y de las desgracias inseparables de la humanidad: mi corazón se niega á creerlos. Me represento siempre sociedades de amigos sinceros y virtuosos; esposos amantes á quienes la salud, la juventud y la fortuna reunidas colman de dicha. Creo verles vagar juntos de una parte á otra por frondas más verdes y más frescas que las que me prestan su sombra, iluminados por un sol más brillante que el que á mí me alumbra, y su suerte me parece más digna de envidia á medida que es más miserable la mía. Al comenzar la primavera, cuando el viento del Piamonte sopla en nuestro valle, me siento penetrado por su calor vivificante y me estremezco á mi pesar. Experimento un deseo inexplicable y el sentimiento confuso de una felicidad inmensa de que podria gozar y me está vedada. Entonces huyo de mi celda y corro por la campiña para respirar más libremente. Evito ser visto por esos mismos hombres á quienes mi corazón arde en deseos de encontrar; y desde lo alto de la colina, oculto entre matorrales como bestia feroz, mis miradas se dirigen hacia la ciudad de Aosta. Veo á lo lejos, con ojos de envidia, á sus dichosos habitantes, que apenas me conocen; les tiendo las manos gimiendo, y les pido mi parte de felicidad. En mi delirio... ¿lo confesaré? ¡algunas veces he estrechado entre mis brazos los árboles

del bosque, rogando á Dios que los animara para mí y me diera un amigo!... Pero los árboles permanecen mudos y su fria corteza me rechaza; nada tiene de común con mi corazón, que palpita y arde. Abrumado de fatiga, cansado de vivir, me arrastro de nuevo hacia mi retiro, expongo á Dios mis torturas, y la plegaria devuelve á mi corazón un poco de calma.

EL MILITAR.

¿Así, mi pobre amigo, sufris á la vez todos los males del alma y del cuerpo?

EL LEPROSO.

¡No son los últimos los más crueles!

EL MILITAR.

¿Por lo visto os dejan algún descanso?

EL LEPROSO.

Todos los meses aumentan y disminuyen con las fases de la luna. Cuando empieza su creciente, sufro ordinariamente más; la enfermedad disminuye en seguida y parece cambiar de naturaleza; mi piel se seca y blanquea y ya casi no siento mi mal; todo esto sería ciertamente soportable sin los espantosos insomnios que me causa.

EL MILITAR.

¡Qué! ¿Hasta el sueño os abandona?

EL LEPROSO.

¡Ah, señor! ¡Los insomnios, los insomnios! No po-

déis figuraros cuán larga y triste es una noche pasada así entera por un desgraciado sin cerrar los ojos, fijo el espíritu sobre su situación espantosa y sobre su porvenir sin esperanza. ¡No! Nadie puede comprenderlo. Mis inquietudes aumentan á medida que la noche avanza, y cuando va á terminar, mi agitación es tal, que llego á perder el tino: mis pensamientos se confunden; experimento un sentimiento extraordinario, que no encuentro en mí sino en esos tristes momentos. Tan pronto paréceme que una fuerza irresistible me arrastra á un abismo sin fondo, tan pronto veo manchas negras ante mis ojos; pero mientras las examino, se cruzan con la rapidez del relámpago, se ensanchan al acercarse á mí, y bien pronto se convierten en montañas que me abruman con su peso. Otras veces, también, veo salir á mi alrededor nubes de la tierra, como olas que se hinchan, que se amontonan y que amenazan devorarme; y cuando quiero levantarme para distraerme de estas ideas, me siento como retenido por lazos invisibles que inutilizan mis fuerzas. Creeréis tal vez que esto son sueños; pero no, estoy bien despierto. Vuelvo á ver sin cesar los mismos objetos, los cuales me causan una sensación de horror que sobrepuja á todos mis otros males.

EL MILITAR.

Es posible que tengáis fiebre durante esos crueles insomnios, y ella es sin duda la que os causa esa especie de delirio.

EL LEPROSO.

¿Creéis que puede proceder esto de la fiebre? ¡Ah! Bien quisiera yo que fuese verdad lo que decís. Hasta ahora había temido que esas visiones fuesen síntomas de locura, y os confieso que esto me inquietaba mucho. ¡Quiera Dios que sea, en efecto, la fiebre!

EL MILITAR.

Me interesáis vivamente. Confieso que jamás me hubiera formado la idea de una situación semejante á la vuestra. Me parece, sin embargo, que debía ser menos triste cuando vuestra hermana vivía.

EL LEPROSO.

¡Sólo Dios sabe lo que yo he perdido con la muerte de mi hermana!... Pero ¿no teméis encontraros tan cerca de mí? Sentaos aquí, sobre esa piedra; yo me colocaré tras el follaje, y conversaremos sin vernos.

EL MILITAR.

¿Por qué? No, no os vayáis; colocaos cerca de mí.

(Al decir estas palabras, el viajero hizo un movimiento involuntario para tomar la mano del leproso, que la retiró vivamente.)

EL LEPROSO.

¡Imprudente! ¡Ibais á coger mi mano!

EL MILITAR.

¡Y bien, qué! la hubiera estrechado de buena gana.

EL LEPROSO.

Sería la primera vez que esta dicha me habría sido concedida : mi mano jamás ha sido estrechada por nadie..

EL MILITAR.

¡Cómo! ¿Fuera de esa hermana de que me habéis hablado, jamás habéis tenido relación con nadie, jamás habéis sido querido por ninguno de vuestros semejantes?

EL LEPROSO.

Felizmente para la humanidad, no tengo ya semejante sobre la tierra.

EL MILITAR.

¡Me hacéis temblar!

EL LEPROSO.

¡Perdonad, compasivo forastero! Ya sabéis que los desgraciados gustan hablar de sus infortunios.

EL MILITAR.

Hablad, hablad... Repito que me sois muy interesante. Me habéis dicho que una hermana vivía antes con vos, ayudándoos á soportar vuestras penas.

EL LEPROSO.

¡Era el único lazo que me unía todavía al resto de los humanos! ¡Plugo al cielo romperlo y dejarme aislado y solo en medio del mundo! Su alma era digna

del cielo que la posee, y su ejemplo me sostenía contra el decaimiento que á menudo me abruma después de su muerte. No vivíamos, sin embargo, en esa intimidad deliciosa de que yo me formo una idea y que debería unir á los amigos desgraciados. El género de nuestros males nos privaba este consuelo. Aun en los momentos en que nos acercábamos para rogar á Dios, evitábamos recíprocamente el mirarnos, temerosos de que el espectáculo de nuestros males turbara nuestras meditaciones, y nuestras miradas no se atrevían á reunirse más que en el cielo. Después de nuestras plegarias, mi hermana se retiraba ordinariamente á su celda ó bajo los avellanos que terminan el jardín, y vivíamos casi siempre separados.

EL MILITAR.

Pero ¿por qué imponeros esta dura privación?

EL LEPROSO.

Cuando mi hermana fué atacada por la enfermedad contagiosa de que toda mi familia ha sido victima y vino á compartir mi retiro, jamás nos habíamos visto; su espanto fué grandísimo al verme por primera vez. El temor de afligirla, el temor más grande todavía de aumentar su mal aproximándome á ella, me había obligado á adoptar este triste género de vida. La lepra no había atacado más que su pecho, y yo conservaba todavía alguna esperanza de verla curar. ¿Veis este resto de un cañizo que yo he descuidado? Era entonces un seto de lúpulos que mantenía con cuidado y que

dividía el jardín en dos partes. Yo había arreglado á cada lado una pequeña senda, á lo largo de la cual podíamos pasearnos y conversar juntos sin vernos y sin aproximarnos demasiado.

EL MILITAR.

Diríase que el cielo se complacía en envenenar los tristes placeres que os dejaba.

EL LEPROSO.

Pero al menos no estaba solo entonces; la presencia de mi hermana daba vida á este retiro. Yo escuchaba el ruido de sus pasos en mi soledad. Cuando yo venía, al romper el día, á rogar á Dios bajo estos árboles, la puerta de la torre se abría suavemente y la voz de mi hermana se mezclaba insensiblemente á la mía. Por la tarde, cuando regaba mi jardín, ella se paseaba á veces á la puesta del sol, aquí, en el mismo sitio en que os hablo, y yo veía su sombra proyectarse pasando y repasando sobre mis flores. Hasta cuando no la veía, encontraba por todos lados las huellas de su presencia. Ahora ya no me sucede encontrar en mi camino una flor deshojada ó alguna ramita de arbusto que ella dejaba caer al pasar. ¡Estoy solo! Ya no hay movimiento ni vida á mi alrededor, y el sendero que conducía á su bosquecillo favorito desaparece ya bajo la hierba. Sin parecer ocuparse en mí, atendía sin cesar á lo que podía gustarme. Cuando entraba en mi cuarto, me veía sorprendido á veces de encontrar jarros de flores nuevos ó alguna hermosa fruta cuidada por ella misma. Yo no me atrevía á dedicarle los mismos obsequios,

y aun le había rogado que no entrara jamás en mi cuarto; pero ¿quién puede señalar límites al cariño de una hermana? Un solo rasgo podrá daros idea de su cariño hacia mí. Paseábame una noche á grandes pasos en mi celda, atormentado por espantosos dolores. En medio de la noche, habiéndome sentado un instante para descansar, oí un ligero ruido á la entrada de mi cuarto. Me aproximo, presto oído... ¡Juzgad de mi extrañeza! Era mi hermana que rogaba á Dios en el mismo umbral de mi puerta. Había oído mis quejas. Su cariño le había hecho temer el molestarme; pero vino para estar pronta á socorrerme en caso de necesidad. Le oí recitar en voz baja el *Miserere*. Púseme de rodillas cerca de la puerta, y, sin interrumpirla, seguí mentalmente sus palabras. Mis ojos estaban llenos de lágrimas. ¿Quién no se hubiera sentido emocionado por tal afecto? Cuando creí que su oración había terminado:

— ¡Adiós, hermana mía, le dije en voz baja; retírate; me siento un poco mejor! ¡Dios te bendiga y te recompense por tu piedad!

Ella se retiró en silencio, y sin duda fué oída su plegaria, porque al fin pude dormir algunas horas con tranquilo sueño.

EL MILITAR.

¡Qué tristes debieron pareceros los días que siguieron á la muerte de esta hermana querida!

EL LEPROSO.

Estuve sumido mucho tiempo en una especie de es-

tupor que me privaba de la facultad de sentir toda la extensión de mi infortunio. Cuando, al fin, volví en mí y estuve en estado de juzgar mi situación, mi razón estuvo á punto de abandonarme. Esa época será siempre doblemente triste para mí; me recuerda la mayor de mis desdichas y el crimen que por poco llega á ser su consecuencia.

EL MILITAR.

¡Un crimen! Me resisto á creeros capaz de cometerlo.

EL LEPROSO.

No es, sin embargo, sino la verdad pura, y al referiros esa época de mi vida, harto siento que perderé mucho en vuestra estimación; pero no quiero pintarme mejor de lo que soy, y me compadeceréis tal vez al condenarme. La idea de abandonar esta vida voluntariamente se me había ya presentado en algunos accesos de melancolía; sin embargo, el temor de Dios me la había hecho rechazar siempre, cuando la circunstancia más sencilla y menos á propósito en apariencia para turbarme pudo perderme por toda la eternidad. Acababa de experimentar una nueva pena: hacía algunos años que un perrito se nos había reunido; mi hermana le amó, y yo os confieso que desde que ella no existía, ese pobre animal era para mí un verdadero consuelo.

Debíamos, sin duda, á su fealdad la elección que de nuestra casa había hecho para su refugio. Había sido

rechazado por todo el mundo; pero era todavía un tesoro para la casa del Leproso. En agradecimiento del favor que Dios nos había concedido dándonos ese amigo, mi hermana le había llamado *Milagro;* y su nombre, que contrastaba con su fealdad, así como su alegría habitual, nos habían distraído á menudo de nuestras penas. Á pesar del cuidado que yo tenía de él, se escapaba algunas veces, y jamás se me había ocurrido que esto pudiera perjudicar á nadie. Sin embargo, algunos habitantes de la ciudad se alarmaron y creyeron que podía llevar entre ellos el germen de mi enfermedad. Determináronse á elevar sus quejas á la autoridad militar de Aosta, la cual ordenó que mi perro fuese muerto inmediatamente. Algunos soldados y habitantes vinieron en seguida á mi casa para ejecutar esa orden cruel. Atáronle una soga al cuello en mi presencia y le arrastraron. Cuando estuvo á la puerta del jardín, no pude dejar de mirarle todavía una vez; le vi volver hacia mí los ojos como pidiéndome un socorro que yo no podía darle. Querían ahogarle en el Dora, pero el populacho, que lo esperaba fuera, lo mató á pedradas. Yo oí sus gritos y entré en mi torre más muerto que vivo: mis rodillas temblorosas no podían sostenerme: me arrojé en mi cama en estado imposible de describir. Mi dolor no me permitió ver en aquella orden justa pero severa, más que una barbarie tan atroz como inútil; y aunque me avergüenzo hoy del sentimiento que me animaba entonces, no puedo aún pensar en ello con sangre fría. Pasé todo el día en la mayor agitación. Era el último ser viviente que acababan de arrancar

de mi lado, y este nuevo golpe había de nuevo abierto todas las llagas de mi corazón.

Tal era mi estado cuando el mismo dia, hacia la puesta del sol, vine á sentarme aquí, sobre esta misma piedra donde os sentáis ahora. Reflexionaba hacia mucho rato sobre mi triste suerte, cuando allá abajo, hacia aquellos dos abedules que terminan la empalizada, vi aparecer á dos jóvenes recién casados. Avanzaron á lo largo del sendero, á través de la pradera, y pasaron cerca de mí. La deliciosa tranquilidad que inspira una dicha segura estaba impresa en sus hermosas fisonomías; caminaban lentamente; sus brazos iban entrelazados... De repente les vi detenerse: la joven inclinó la cabeza sobre el pecho de su esposo, quien la estrechó con delirio entre sus brazos. Sentí que mi corazón se oprimía. ¿Os lo confesaré? La envidia se deslizó por primera vez en mi alma; jamás la imagen de la ventura se me había presentado con tanta fuerza. Les seguí con la mirada hasta el extremo de la pradera, é iba á perderles de vista entre los árboles, cuando vinieron á herir mis oídos gritos de alegría: eran sus familias reunidas que salían á su encuentro. Ancianos, mujeres, niños les rodeaban; oí el murmullo confuso de la alegría; veía entre los árboles los colores brillantes de sus vestidos, y el grupo entero parecía envuelto en una nube de felicidad. No pude soportar este espectáculo; los tormentos del infierno habían entrado en mi corazón; desvié la vista y me precipité en mi celda. ¡Dios mío! ¡Qué desierta, sombría y espantosa me pareció!

« ¡Es aquí, pues, me dije, donde he fijado para siem-

pre mi residencia; aquí, donde, arrastrando una vida deplorable, esperaré el fin tardío de mis días! ¡El Eterno ha repartido la dicha, y la ha repartido á torrentes sobre todo lo que respira; y yo, yo solo, sin ayuda, sin amigos, sin compañía!... ¡Qué espantoso destino! »

Lleno de estos tristes pensamientos, llegué á olvidarme completamente de mí mismo...

« ¿Por qué, me dije, me fué concedida la luz? ¿Por qué la naturaleza no es injusta y madrastra sino para mí? Parecido al niño desheredado, tengo ante los ojos el rico patrimonio de la familia humana, y el cielo, avaro, me niega mi parte. ¡No, no, exclamé al fin en un acceso de rabia, no hay dicha para mí sobre la tierra; muere, desgraciado, muere! Demasiado tiempo has manchado la tierra con tu presencia; ¡pueda ella tragarte vivo y no dejar huella alguna de tu odiosa existencia! »

Aumentaba por grados mi insensato furor; el deseo de destruirme se apoderó de mí, y en él se fijaron todos mis pensamientos. Concebí, en fin, la resolución de incendiar mi retiro y dejarme consumir por las llamas con todo lo que hubiera podido dejar algún recuerdo mio. Agitado, furioso, salí al campo, donde vagué algún tiempo en la sombra al rededor de mi habitación: aullidos involuntarios salían de mi pecho oprimido y me espantaba á mí mismo en el silencio de la noche. Volví á entrar lleno de rabia en mi vivienda, gritando:

« ¡Maldito seas, Leproso, maldito seas! »

Y como si todo debiera contribuir á mi pérdida, oí el eco que, de en medio de las ruinas del castillo de Bramafame, repitió distintamente:

— ¡Maldito seas!

Me detuve lleno de horror en la puerta de la torre, y el eco débil de la montaña repitió algún tiempo después:

— ¡Maldito seas!

Tomé una lámpara, y, resuelto á prender fuego á mi habitación, descendí al cuarto más bajo, llevando conmigo sarmientos y ramas secas. Era el cuarto que había habitado mi hermana, y en el cual no había vuelto á entrar después de su muerte: su sillón estaba todavía colocado como cuando lo retiré por última vez; sentí un estremecimiento de temor, viendo su velo y algunas prendas de su vestido esparcidas por el cuarto: las últimas palabras que pronunció antes de salir de él para siempre acudieron á mi pensamiento: « Yo no te abandonaré al morir, me dijo; acuérdate de que estaré presente en tus amarguras. » Al colocar la lámpara sobre la mesa, distinguí el cordón de la cruz que mi hermana llevaba al cuello y que ella misma había colocado entre dos hojas de su Biblia. Á su aspecto, retrocedí lleno de santo terror. La profundidad del abismo en que me iba á precipitar se presentó de repente ante mis ojos esclarecidos. Me aproximé temblando al libro sagrado.

« ¡He aquí, exclamé, el auxilio que me prometió! »

Y cuando retiré la cruz del libro, encontré un escrito cerrado que mi buena hermana había dejado para mí. Mis lágrimas, retenidas hasta entonces por el dolor, se escaparon á torrentes: todos mis funestos proyectos se desvanecieron al instante. Oprimí largo tiempo sobre mi corazón aquella carta preciosa, antes de poder leer-

la, y cayendo de rodillas para implorar la misericordia divina, la abrí y leí sollozando estas palabras que quedarán eternamente grabadas en mi corazón :

« Hermano mío : voy á dejarte bien pronto; pero no te abandonaré. Desde el cielo, adonde espero ir, velaré por ti ; yo rogaré á Dios que te dé valor para soportar con resignación la vida, hasta que le plazca reunirnos en otro mundo : entonces podré mostrarte todo mi afecto; nada me impedirá aproximarme á ti y nada podrá separarnos. Te dejo la crucecita que he llevado toda mi vida; á menudo me ha consolado en mis penas, y mis lágrimas no tuvieron jamás otro testigo que ella. Acuérdate, cuando la veas, de que mi último deseo fué el de que puedas vivir ó morir como buen cristiano. »

¡Oh, carta adorada! ¡No me abandonará jamás! ¡Yo la llevaré conmigo á la tumba! ¡Ella me abrirá las puertas del cielo, que mi crimen me iba á cerrar para siempre! Al concluir de leerla, me sentí desfallecer, rendido por las emociones que acababa de experimentar. Vi una nube extenderse ante mi vista, y durante algún tiempo perdí á la vez el recuerdo de mis males y el sentimiento de mi existencia. Cuando volví en mí, la noche era muy avanzada. Á medida que mis ideas se despejaban, experimentaba un sentimiento de calma indefinible. Todo lo que me había ocurrido durante la tarde me parecía un sueño. Mi primer movimiento fué elevar los ojos al cielo para darle gracias de haberme preservado de la mayor de las desdichas. Jamás el firmamento me había parecido tan sereno y hermoso : una estrella

brillaba ante mi ventana; la contemplé durante mucho tiempo con inexplicable placer, dando gracias á Dios de que me concediera aún el placer de verla, y experimenté un secreto consuelo al pensar que uno de sus rayos estaba destinado á la triste celda del leproso.

Volví á subir ya más tranquilo á mi cuarto. Empleé el resto de la noche leyendo el libro de Job, y el santo entusiasmo que él infiltró en mi alma acabó por disipar enteramente las negras ideas que me habian asediado. Jamás habia sentido esos momentos espantosos cuando mi hermana vivia; me bastaba saber que estaba cerca de mí para estar más tranquilo, y la sola idea del cariño que por mí sentía bastaba para consolarme y darme valor.

¡Compasivo forastero! ¡Dios os preserve de veros jamás obligado á vivir solo! Mi hermana, mi compañera ya no existe; pero el cielo me concederá la fuerza de soportar valerosamente la vida: me la concederá, lo espero, porque se lo ruego con toda la sinceridad de mi corazón.

EL MILITAR.

¿Qué edad tenia vuestra hermana cuando la perdisteis?

EL LEPROSO.

Apenas tenía veinticinco años; pero sus sufrimientos la hacían parecer mayor. Á pesar de la enfermedad que produjo su muerte y que había alterado los rasgos de su fisonomía, hubiera parecido todavia hermosa sin la espantosa palidez que la desfiguraba: era la imagen de la muerte viva, y yo no podia verla sin sollozar.

EL MILITAR.

¡La perdisteis muy joven!

EL LEPROSO.

Su complexión débil y delicada no podía resistir tantos males reunidos: desde hacía algún tiempo advertía yo que su pérdida era inevitable, y tal era su triste suerte, que me veia forzado á desearlo. Viéndola languidecer y destruírse cada día, yo observaba con alegria funesta aproximarse el fin de sus sufrimientos. Hacia ya un mes que su debilidad había aumentado; frecuentes desvanecimientos amenazaban su vida de hora en hora. Una noche, era hacia principios de agosto, la vi tan abatida, que no quise abandonarla: estaba en su sillón, porque no podía resistir la cama hacía algunos días. Me senté cerca de ella, y en la obscuridad más profunda, tuvimos juntos nuestra última conversación. Mis lágrimas no podían contenerse: cruel presentimiento me agitaba.

— ¿Por qué lloras? me decia. ¿Por qué te afliges así? Yo no te abandonaré al morir, y estaré presente en tus angustias.

Algunos instantes después, me manifestó deseos de ser transportada fuera de la torre y de rezar sus oraciones en su bosquecillo de avellanos: allí era donde pasaba la mayor parte de la primavera.

— Quiero morir, decía, mirando al cielo.

Yo no creia, sin embargo, que su hora estuviese tan próxima. La tomé en mis brazos para transportarla.

— Sosténme solamente, me dijo, tal vez tenga todavía fuerzas para caminar.

La conduje lentamente hasta los avellanos; le formé una almohada con hojas secas, que ella misma habia amontonado, y, habiéndola cubierto con un velo, á fin de preservarla de la humedad de la noche, me coloqué junto á ella. Pero ella deseó estar sola en su última meditación, y me alejé sin perderla de vista. Veía su velo elevarse de vez en cuando y sus manos blancas dirigirse hacia el cielo. Cuando me acerqué al bosquecillo me pidió agua: se la llevé en una copa; humedeció en ella sus labios, pero no pudo beber.

— Siento que se aproxima mi fin, me dijo volviendo la cabeza; mi sed será bien pronto apagada para siempre. Sosténme, hermano mio: ayuda á tu hermana á franquear ese pasaje deseado, pero terrible. Sosténme y recita la oración de los agonizantes.

Éstas fueron las últimas palabras que me dirigió. Apoyé su cabeza sobre mi pecho y recité la plegaria de agonizantes.

— ¡Pasa á la eternidad, le dije, hermana querida! ¡Líbrate de la vida; deja ese despojo en mis brazos!

Durante tres horas la sostuve así en la última lucha de la naturaleza: extinguióse por fin dulcemente, y su alma se separó sin esfuerzo de la tierra.

El Leproso, al terminar este relato, cubrióse el rostro con los manos; el dolor veló la voz del viajero. Después de un instante de silencio, el Leproso se levantó.

— Extranjero, le dijo; cuando la pena ó el desaliento

se os acerquen, pensad en el solitario de la ciudad de Aosta : no le habréis hecho una visita inútil.

Encamináronse juntos hacia la puerta del jardín. Cuando el militar iba á salir, púsose el guante en la mano derecha.

— Jamás habéis estrechado la mano á nadie, dijo al Leproso; concededme el favor de estrechar la mía : es la de un amigo que se interesa vivamente por vuestra suerte.

El Leproso retrocedió algunos pasos como espantado, y levantando los ojos y las manos al cielo :

— ¡Dios de bondad, exclamó, derrama tus bendiciones sobre este hombre compasivo!

— Concededme, pues, otro favor, añadió el viajero. Voy á partir; no nos veremos tal vez en mucho tiempo. ¿No podríamos, con las precauciones necesarias, escribirnos alguna vez? Semejante relación entre nosotros podría distraeros y á mí mismo me causaría verdadero placer.

El Leproso reflexionó algún tiempo.

— ¿Por qué, dijo al fin, trataría de forjarme ilusiones? Yo no debo tener otra sociedad que yo mismo, ni otro amigo que Dios; en Él nos encontraremos. ¡Adiós, hombre generoso!... ¡Sed feliz! ¡Adiós para siempre!

El militar salió.

El Leproso cerró la puerta y corrió los cerrojos.

LOS PRISIONEROS DEL CÁUCASO

Las montañas del Cáucaso hállanse desde hace mucho tiempo enclavadas en el imperio de Rusia sin pertenecerle. Sus feroces habitantes, separados por el lenguaje y por intereses diversos, forman gran número de pequeñas hordas ó kabilas que mantienen entre sí escaso número de relaciones políticas, pero que viven todas animadas por el mismo amor á la independencia y al pillaje.

Una de las hordas más numerosas y terribles es la de los *tchetchenges* que habitan la grande y la pequeña Kabarda, provincias cuyos altos valles se extienden hasta las cúspides del Cáucaso. Los hombres son bien parecidos, valerosos, inteligentes, pero ladrones y crue-

les, y viven en estado de guerra casi perpetuo con las tropas de *la linea* [1].

En medio de estas peligrosas kabilas y en el mismo centro de esta inmensa cadena de montañas, Rusia ha establecido un camino de comunicación con sus posesiones de Asia. Reductos colocados de distancia en distancia, aseguran el camino hasta Georgia; pero ningún viajero se atrevería á exponerse recorriendo solo el espacio que los separa.

Dos veces por semana, un destacamento de infantería, con un cañón y considerable partida de cosacos, escolta á los viajeros y los despachos del gobierno. Uno de estos reductos, situado en el desfiladero de las montañas, se ha convertido en un pueblecillo bastante populoso. Su situación ha hecho que se le diera el nombre de *Wladi-Cáucaso* [2]; sirve de residencia al jefe de las tropas que hacen el penoso servicio de que acabamos de hablar.

El comandante Kaskambo, del regimiento de Wologda, gentilhombre ruso, de familia originaria de Grecia, debía ir á tomar el mando del puesto de Sars, en las gargantas del Cáucaso. Impaciente por llegar á su destino, y valiente hasta la temeridad, tuvo la imprudencia de emprender este viaje con la escolta de unos cincuenta cosacos de que disponía, y la imprudencia,

1. Así se designa á la tropas rusas que guardan los puestos entre el mar Caspio y el mar Negro desde la desembocadura del Tereck hasta la del Cuban.

2. *Wladi* proviene del verbo ruso *wladeti*, que significa *mandar, dominar*.

mayor todavía, de hablar de su proyecto y alabarse de él antes de ejecutarlo.

Los tchetchenges que están cerca de las fronteras y á quienes se llama tchetchenges pacíficos, están sometidos á Rusia y tienen por consecuencia libre acceso á Mosdok; pero en su mayor parte conservan relaciones con los montañeses y van á menudo á medias en sus rapiñas. Estos últimos, informados del viaje de Kaskambo y del día mismo de su partida, fueron en gran número al camino por donde debía pasar y le prepararon una emboscada. Á unas viente verstas de Mosdok, al rodear una colinita cubierta de matorrales, fué atacado por setecientos hombres á caballo. La retirada era imposible; los cosacos se apearon y sostuvieron con firmeza el ataque, esperando socorros de las tropas de un reducto que no se hallaba lejos.

Los habitantes del Cáucaso, aunque individualmente muy valientes, son incapaces de atacar en masa, y poco peligosos, en consecuencia, para tropa bien disciplinada y resuelta; pero tienen buen armamento, y sus tiros son certeros. Su gran número en la presente ocasión hacía el combate demasiado desigual. Después de prolongado fuego de fusilería, más de la mitad de los cosacos estaban muertos ó fuera de combate; el resto había construído con los caballos muertos un baluarte circular, tras el cual dispararon sus últimos cartuchos. Los tchetchenges, que llevan siempre consigo en sus expediciones desertores rusos, de quienes se sirven como intérpretes en caso necesario, hicieron gritar á los cosacos:

—¡Entregadnos al comandante, ó seréis todos muertos hasta el último!

Kaskambo, viendo segura la pérdida de su gente, resolvió entregarse él mismo para salvar la vida de los que quedaban: dió su espada á los cosacos y avanzó solo hacia los tchetchenges, cuyo fuego cesó en seguida, no siendo otro su objeto que hacerle prisionero para obtener por él un rescate. Apenas se hubo entregado á los enemigos, vió aparecer á lo lejos el auxilio que le enviaban: era demasiado tarde; los malhechores se alejaron con rapidez.

Su *denchik* [1] se había quedado atrás con el mulo que llevaba el equipaje del comandante. Oculto en un barranco esperaba el resultado del combate, cuando los cosacos le encontraron y le hicieron saber la desgracia de su amo.

El bravo asistente resolvió en el acto compartir su suerte, y se encaminó hacia el lado por donde los tchetchenges se habían retirado, conduciendo el mulo y guiándose por la huella de los caballos. Cuando empezaba á perderla en la obscuridad, encontró á un rezagado enemigo que le condujo al punto de cita de los tchetchenges.

Puede formarse idea del sentimiento que experimentó el prisionero viendo á su asistente venir voluntariamente á compartir su mala suerte. Los tchetchenges se distribuyeron luego el botín obtenido, no dejando al comandante más que una guitarra que encontraron en

1. Asistente.

su equipaje y que le devolvieron por burla. Iván [1], —éste era el nombre del denchik—se apoderó de ella y negóse á tirarla como su amo le aconsejaba.

—¿Por qué descorazonarnos? le decía. *El Dios de los rusos es grande* [2]; el interés de los bandidos está en conservaros, de modo que no os harán daño alguno.

Después de un descanso de algunas horas, la horda iba á ponerse en marcha, cuando uno de los suyos, que acababa de reunírseles, anunció que los rusos continuaban avanzando y que, probablemente, las tropas de los otros reductos se juntarían para perseguirles. Los jefes celebraron consejo: tratábase de ocultar su retiro, no solamente para guardar al prisionero, sino para apartar al enemingo de sus pueblos y evitar así las represalias. La horda se dispersó por distintos caminos. Diez hombres á pie fueron destinados á conducir á los prisioneros, mientras que un centenar de caballos permanecieron reunidos y marcharon en dirección diversa de la que debía tomar Kaskambo. Quitaron á éste sus botas claveteadas, que hubieran podido dejar huella fácil de reconocer sobre el camino, y le obligaron, así como á Iván, á caminar descalzo una parte de la mañana.

Llegados cerca de un torrente, la pequeña escolta lo remontó á lo largo de la orilla sobre el césped por espa-

1. Llamábase Iván Smirnoff, que pudiera traducirse por *Juan el dulce*, lo que contrastaba singularmente con su carácter, como se verá después.

2. Proverbio familiar de los soldados rusos en momentos de peligro.

cio de media versta, y descendió al sitio en que las orillas eran más escarpadas, en medio de espinosos matorrales, evitando cuidadosamente dejar señales de su paso. El comandante estaba tan fatigado, que, para llevarle hasta el riachuelo, fué preciso sostenerle por medio de cinturones. Sus pies estaban ensangrentados: decidiéronse á devolverle el calzado para que pudiera acabar el camino que quedaba por hacer.

Cuando llegaron al primer pueblo, Kaskambo, más enfermo todavía de pena que de fatiga, pareció á sus guardianes tan débil y deshecho que temieron por su vida y le trataron más humanamente. Diéronle algún descanso y caballo para la marcha; pero á fin de despistar á los rusos, y de colocar al mismo prisionero fuera de condiciones para noticiar á sus amigos el sitio de su retiro, transportáronle de pueblo en pueblo y de valle en valle, teniendo la precaución de vendarle varias veces los ojos. Así pasó un río caudaloso que juzgó ser el Sonja. Cuidáronle mucho durante estas correrías, concediéndole alimento suficiente y el descanso necesario. Pero cuando hubo llegado al último apartado pueblo en el cual debía quedar guardado definitivamente, los tchetchenges cambiaron de repente de conducta con respecto á él, y le hicieron sufrir toda clase de malos tratamientos. Aherrojáronle de pies y manos y pusiéronle una cadena al cuello, al extremo de la cual iba atado un tronco de encina. Al denchik, lo trataban con menos dureza; sus cadenas eran más ligeras y hasta le era permitido servir en algunas cosas á su amo.

En esta situación y á cada nueva vejación que recibía,

un hombre que hablaba en ruso iba á verle y le aconsejaba que escribiera á sus amigos para obtener su rescate, que habían fijado en diez mil rublos. El desgraciado prisionero no estaba en situación de pagar tan fuerte suma, y no conservaba otra esperanza que la protección del gobierno, que había rescatado, algunos años antes, á un coronel, caído, como él, en manos de bandidos.

El intérprete le prometía darle papel y hacer llegar la carta; pero después de haber obtenido su consentimiento, no volvió á aparecer en muchos días, y este tiempo fué empleado en endurecer más y más los males del comandante. Priváronle de alimento, quitáronle la estera sobre la cual dormía y la montura del caballo que le servía de almohada; y cuando, por fin, volvió el medianero, le anunció, á manera de confidencia, que si negaban la suma exigida ó se retardaba el pago, los tchetchenges estaban decididos á deshacerse de él, para ahorrarse el gasto y las inquietudes que les causaba. El objeto de su conducta cruel era obligarle á escribir de una manera más urgente. Le dieron al cabo papel y una caña cortada, según costumbre tártara; quitáronle los hierros que oprimían sus manos y su cuello á fin de que escribiera con libertad, y cuando la carta estuvo escrita tradujéronla á los jefes, quienes se encargaron de hacerla llegar al comandante de la línea.

A partir de aquel momento fué tratado con menos dureza, y no le cargaron más que con una sola cadena que le ataba el pie y la mano derecha.

Su huésped, ó, por mejor decir, su carcelero, era un

viejo de sesenta años, de estatura gigantesca y feroz aspecto, que no desmentía su carácter. Dos de sus hijos habían muerto en un encuentro con los rusos, circunstancia que le había hecho ser elegido entre todos los habitantes del pueblo para servir de guardián al prisionero.

La familia de este hombre. llamado Ibrahim, se componía de la viuda de uno de sus hijos, de treinta y cinco años, y de un niño de siete á ocho, llamado Mamet. Su madre era tan perserva, y más caprichosa todavía que el viejo guardián. Kaskambo tuvo que sufrir mucho; pero las caricias y la familiaridad del joven Mamet fueron para él una distracción y hasta un apoyo real en sus desdichas. Este niño le tomó tan grande afecto, que las amenazas y los malos tratamientos de su abuelo no podían impedirle que fuera á jugar con el prisionero siempre que se le presentaba ocasión. Había dado á este último el nombre de *Koniak*, que en la lengua del país signica huésped y amigo. Compartía secretamente con él los frutos que podía procurarse, y durante la abstinencia forzada que habían hecho sufrir al comandante, Mamet, compadecido, aprovechaba diestramente la momentánea ausencia de sus padres para llevarle pan ó patatas cocidas al rescoldo del hogar.

Algunos meses habían transcurrido desde el envío de la carta, sin que ocurrierra nada notable. Durante este intervalo, Iván había sabido granjearse la benevolencia de la mujer y del viejo, ó, por lo menos, había logrado hacerse necesario. Sabía todo el arte de la cocina de un oficial de destacamento. Hacia perfectamente el *kis-*

litchi[1]; preparaba los pepinos salados, y había acostumbrado á sus huéspedes á los pequeños regalos que iba introduciendo en su casa.

Para obtener mayor confianza, se había convertido para ellos en una especie de bufón, imaginando cada día alguna nueva broma para divertirlos : á Ibrahim le gustaba sobre todo verle bailar la cosaca. Cuando algún habitante del pueblo iba á visitarles, quitaban á Iván sus hierros y le hacían bailar, lo cual ejecutaba siempre contento, añadiendo cada vez alguna nueva ridícula pirueta. Habíase procurado por medio de esta conducta constante la libertad de recorrer el pueblo, á través del cual le seguía ordinariamente un grupo de niños atraídos por sus bufonadas ; y como comprendía la lengua tártara, aprendió bien pronto la del país, que es un dialecto que tiene gran parecido con aquélla.

El mismo comandante se veía á menudo obligado á cantar con su asistente canciones rusas, y á tocar la guitarra para divertir á la feroz sociedad. Al principio le desembarazaban de los hierros que oprimían su mano derecha cuando de él exigían esta complacencia; pero habiendo observado la mujer que á veces, á pesar de los hierros, tocaba para ahuyentar el malhumor, en adelante ya no le concedían la misma gracia, y el desventurado músico se arrepintió más de una vez de haber dado á conocer su habilidad. Ignoraba entonces que su guitarra contribuiría un día á devolverle la perdida libertad.

1. Bebida rusa : es una especie de cerveza hecha con harina.

Para obtener esta libertad deseada, los dos prisioneros formaban mil proyectos, todos ellos de difícil ejecución. A su llegada al pueblo, los habitantes enviaban cada noche, por turno, un hombre para aumentar la guardia. Insensiblemente esta precaución fué descuidada. A menudo dejaba de venir el centinela; la mujer y el niño se acostaban en un cuarto próximo, y el viejo Ibrahim permanecía solo con ellos; pero guardaba cuidadosamente consigo las llaves de los hierros, y se despertaba al más pequeño ruido. De día en día el prisionero era tratado con más rigor. Como la contestación á sus cartas no llegaba, los tchetchenges iban á menudo á su prisión para insultarle y amenazarle con los más crueles tratamientos. Se le privaba de la comida, y tuvo un día la pena de ver cómo pegaban sin compasión á Mamet por algunos nísperos que este niño le había llevado.

Una circunstancia notable en la penosa situación en que se encontraba Kaskambo, era la confianza que en él tenían sus propios enemigos y la estimación que les había inspirado. Mientras que estos bárbaros le hacían sufrir continuas vejaciones, iban á consultarle con frecuencia y á tomarle por árbitro en sus asuntos y en las disputas que tenían entre sí. Entre otras cuestiones de que se le hizo juez, la siguiente merece ser citada por su singularidad.

Uno de esos hombres había confiado un asignado ruso de cinco rublos á un camarada que partía para un valle vecino, encargándole que lo entregara á un tercero. El comisionado perdió su caballo, que murió en el camino, y se persuadió de que tenía derecho á con-

servar los cinco rublos como indemnización de la pérdida que había experimentado. Este razonamiento, digno del Cáucaso, no fué muy del agrado del dueño del dinero. Al regreso del viajero, hubo gran ruido en el pueblo. Estos dos hombres habían reunido á su alrededor á sus parientes y amigos, y la disputa hubiera podido hacerse sangrienta, si los ancianos de aquella horda, después de haber intentado vanamente apaciguarles, no les hubieran aconsejado que sometiesen su causa á la decisión del prisionero. Toda la población fué tumultuosamente á su casa para saber más pronto el desenlace de este ridículo proceso. Kaskambo fué sacado de su prisión y llevado á la plataforma que servía de techo ó azotea de la casa.

La mayoría de las habitaciones, en los valles del Cáucaso, están en parte abiertas en el suelo, y no se elevan sobre éste más que tres ó cuatro pies; el techo es horizontal y formado por una capa de arcilla prensada. Los habitantes, sobre todo las mujeres, van á descansar sobre estas azoteas después de ponerse el sol, y á menudo pasan allí la noche en la primavera y verano.

Cuando Kaskambo apareció sobre el techo, hízose un profundo silencio. Nada tan extraño, sin duda, como la formación de este singular tribunal, viendo á pleiteantes furiosos armados de pistolas y puñales, someter su causa á un juez encadenado, medio muerto de hambre y de miseria, que, sin embargo, juzgaba en última instancia, y cuyas decisiones era siempre respetadas.

Desesperando de hacer entender la razón al acusado,

el comandante le hizo aproximar, y para poner, al menos á los burlones, del lado de la justicia, le dirigió el siguiente interrogatorio :

— Si en vez de darte cinco rublos para entregar á su acreedor, tu camarada te hubiera encargado solamente que le llevaras los *buenos dias*, ¿tu caballo no hubiera muerto lo mismo?

— Tal vez, respondió el deudor.

— Y en ese caso, añadió el juez, ¿qué hubieras hecho de los *buenos dias?* ¿No te hubieras visto obligado á conservarlos en pago y darte por contento? Ordeno, en consecuencia, que devuelvas el asignado y que tu camarada te dé los *buenos dias*.

Cuando esta sentencia fué traducida á los espectadores, grandes carcajadas anunciaron á lo lejos la sabiduria del nuevo Salomón. El mismo condenado, después de haber disputado algún tiempo, se vió obligado á ceder y dijo, mirando el asignado :

— Ya sabía yo de antemano que había de perder, si ese perro cristiano se mezclaba en el asunto.

Esta singular confianza denota la idea que tienen esos pueblos de la superioridad europea y el sentimiento innato de justicia que existe entre los hombres más feroces.

Kaskambo había escrito tres cartas desde su detención, sin recibir respuesta alguna : un año había transcurrido. El desgraciado prisionero, falto de ropa y de todas las comodidades de la vida, veía minarse su salud y se abandonaba á la desesperación. Iván mismo había estado enfermo algún tiempo. El severo Ibrahim,

con gran sorpresa del comandante, habia desembarazado al joven de sus hierros durante su indisposición, y le dejaba todavía en libertad. El comandante le interrogaba un día respecto á este particular:

— Señor, le dijo Iván, hace mucho tiempo quería consultaros sobre un proyecto que se me ha ocurrido. Creo que haria bien en hacerme mahometano.

— ¿Te vuelves loco?

— No, no estoy loco; para mí no hay otro medio de seros útil. El cura turco me ha dicho que cuando sea circuncidado, no se me podrá ya retener con hierros; entonces podré serviros, procuraros al menos buenos alimentos y ropa blanca; en fin, ¿quién sabe? Cuando yo sea libre... ¡El Dios de los rusos es grande! Veremos...

— Pero Dios mismo te abandonará, desgraciado, si le haces traición.

Kaskambo, riñendo á su criado, tenía que hacer esfuerzos para no reírse de su original proyecto; pero cuando quiso impedirle formalmente su realización:

— Señor, le respondió Iván, yo no puedo obedeceros ya, y en vano pretendería ocultároslo. Es cosa hecha: soy mahometano desde el día en que me habéis creído enfermo y en que me han quitado los hierros. Ahora me llamo Huessein. ¿Qué mal hay en esto? ¿No puedo volver al cristianismo cuando quiera y vos seais libre? ¡Mirad, ya no tengo hierros y puedo romper los vuestros á la primera ocasión favorable, y tengo esperanzas de que ésta se presente.

Cumpliéronle, en efecto, la palabra: ya en adelante

no estuvo encadenado y gozó de una mayor libertad: pero esta misma libertad estuvo á punto de serle funesta. Los principales autores de la expedición contra Kaskambo, temieron bien pronto que el nuevo musulmán desertara. La larga permanencia que entre ellos llevaba, y la costumbre que tenia de su lengua, le ponía en el caso de conocer á todos por sus nombres y dar sus señas á la tropa. si volvia : lo que les hubiera expuesto personalmente á la venganza de los rusos. Asi es que desaprobaron vivamente el celo exagerado del cura. Por otra parte, los buenos musulmanes que le habian favorecido en el momento de su conversión, notaron que cuando hacía su plegaria sobre la azotea de la casa, según costumbre y como el *mollah* le había recomendado expresamente para conciliarse la benevolencia pública, mezclaba á menudo, por costumbre y por inadvertencia, los signos de la cruz á las prosternaciones que hacia en dirección á la Meca, ocurriendo con frecuencia que volvía á ésta la espalda : lo que hacía sospechosa la sinceridad de su conversión.

Algunos meses después de su fingida apostasia, hubo de advertir un cambio muy grande en las relaciones que mantenia con los habitantes, y no se equivocó en cuanto á los signos manifiestos de su malevolencia. Buscaba vanamente la causa de ello, cuando algunos jóvenes con quienes se hallaba particularmente unido, fueron á proponerle que les acompañara á una expedición que iban á emprender. Su proyecto era pasar el Tereck, para robar á algunos comerciantes que debian pasar en dirección á Mosdok; Iván aceptó su proposición sin va-

cilar. Hacía mucho tiempo que deseaba procurarse armas: prometiéronle una parte del botin. Pensó que viéndole volver junto á su amo, las personas que suponían que deseaba desertar, no tendrian ya las mismas razones para desconfiar de él. Sin embargo, habiéndose el comandante opuesto con todas sus fuerzas á este proyecto, parecía no preocuparse ya de ello, cuando una mañana vió Kaskambo, al despertarse, la estera sobre la que dormia Iván arrollada contra la pared: se habia marchado durante la noche. Sus compañeros debian pasar el Tereck la noche siguiente y atacar á los comerciantes, cuyo camino conocian por sus espías.

La confianza de los tchetchenges hubiera debido hacer nacer alguna sospecha en el espíritu de Iván: no era natural, en efecto, que hombres tan astutos y desconfiados admitiesen á un ruso, su prisionero, en una expedición dirigida contra sus compatriotas. Súpose efectivamente, más tarde, que no le habían propuesto que les acompañara sino con la intención de asesinarle. Como su cualidad de recién convertido les obligaba á ciertos miramientos, se habian propuesto guardarle de vista durante el camino y deshacerse en seguida de él en el momento del ataque, dejando creer que había sido muerto en la refriega.

Solamente algunos hombres de la expedición estaban en el secreto; pero los sucesos hicieron fracasar su intento. En el momento en que la banda se habia emboscado para atacar á los comerciantes, fueron ellos mismos sorprendidos por un regimiento de cosacos, cargándoles éste con tanta viveza, que les costó buen

trabajo repasar el río. La magnitud del peligro les hizo olvidar el complot fraguado contra Iván, que les siguió en su retirada.

Cuando la partida en desorden atravesaba el Tereck, cuyas aguas son muy rápidas, el caballo de un joven tchetchengc cayó en medio del río y fué arrastrado por las olas. Iván, que le seguía, empujó su caballo hacia la corriente á riesgo de ser arrastrado él mismo, y cogiendo al joven en el momento en que iba á desaparecer bajo las aguas, consiguió llevarle á la otra orilla. Los cosacos, á favor del día que empezaba á clarear, le reconocieron en su uniforme y en su gorra, y apuntáronles sus fusiles, gritando :

— ¡Desertor! ¡Coged al desertor!

Sus ropas fueron acribilladas á balazos. En fin, después de haberse batido desesperadamente, y haber disparado todos sus cartuchos, volvió al pueblo con la gloria de haber salvado la vida á uno de sus compañeros y de haberse hecho útil á toda aquella gente.

Si la conducta observada en esta ocasión no le atrajo todos las voluntades, le conquistó al menos un amigo : el joven á quien había salvado le adoptó por su *Koniak*, — título sagrado que los montañeses del Cáucaso no violan jamás, — y juró defenderle contra todos. Esta unión, sin embargo, no bastaba á ponerle al abrigo del odio de los principales habitantes. El valor que acababa de demostrar, la adhesión á su amo, aumentaron los temores que les había inspirado. No podían ya mirarle como un bufón incapaz de ninguna empresa, como habían hecho hasta entonces; y cuando

se dicurría acerca de la expedición malograda, en la cual había tomado parte, se extrañaban de que las tropas rusas se encontraran en sitio tan alejado de su residencia ordinaria, y sospecharon si habría encontrado medios de prevenirlas. Aunque esta conjetura no tuviera fundamento real, le vigilaron más de cerca. El viejo Ibrahim mismo, temiendo algún complot para la evasión de sus prisioneros, no les permitía ya tener entre sí conversación seguida, y el valiente denchik se veía amenazado — y á veces hasta le pegaban — cuando quería conversar con su amo.

En esta situación, ambos prisioneros imaginaron un medio de hablar sin que su guardián sospechara. Como estaban acostumbrados á entonar juntos canciones rusas, el comandante tomaba su guitarra cuando tenía algo importante que comunicar á Iván en presencia de Ibrahim y cantaba preguntándole: contestaba el asistente en el mismo tono, y su amo le acompañaba con la guitarra. No siendo esto ninguna novedad, nadie cayó nunca en el secreto de esta estratagema, que tuvieron la precaución, además, de no emplear sino raramente.

Más de tres meses habían transcurrido desde la expedición desgraciada de referencia, cuando Iván creyó advertir una agitación extraordinaria en el pueblo. Algunas mulas cargadas de pólvora habían llegado de la llanura. Los hombres limpiaban sus armas y preparaban cartuchos. Muy luego supo que disponían una gran expedición. Toda la comarca debía reunirse para atacar á un pueblo vecino que se había puesto bajo el

amparo de los rusos, y á quienes habian permitido construír un reducto en su territorio. Trabábase nada menos que de exterminar á todo el pueblo, asi como al batallón ruso que protegía la construcción del fuerte.

Algunos dias despuès, Iván, al salir de su retiro por la mañana, encontró el pueblo desierto. Todos los hombres en estado de manejar las armas habian salido durante la noche. En la vuelta que dió por el pueblo á fin de tomar informes, adquirió nuevas pruebas de las malas intenciones que contra él tenian. Los ancianos evitaban hablarle. Un muchacho le dijo abiertamente que su padre queria matarle. En fin, cuando volvía pensativo al lado de su amo, vió sobre la azotea de una casa á una joven que levantó su velo, y que, con las señales del mayor espanto, le hizo signos con la mano para que se alejara, indicándole el camino de Rusia : era la hermana del tchetchenge á quien habia salvado en el paso del Tereck.

Cuando entró en la casa, encontró al viejo guardián ocupado en inspeccionar los hierros de Kaskambo. Una tercera persona estaba sentada en el cuarto : era un hombre á quien las fiebres intermitentes habian impedido seguir á sus camaradas, y que habian enviado cerca de Ibrahim para aumentar la guardia de los prisioneros hasta el regreso de los habitantes. Iván notó esta precaución sin demostrar la menor sorpresa. La ausencia de los hombres del pueblo presentaba una ocasión favorable para la ejecución de sus proyectos; pero la vigilancia más activa de su guardián, y sobre todo la presencia del atacado de fiebres, hacian el

éxito muy inseguro. Sin embargo, su muerte era inevitable si esperaba el regreso de los habitantes; preveía que la expedición saldría frustrada y que infaliblemente sería víctima de su rabia. No le quedaba otro recurso que abandonar á su amo ó libertarle en seguida. El fiel servidor hubiera arrostrado mil muertes antes que elegir lo primero.

Kaskambo, que empezaba á perder toda esperanza, había caído desde hacía algún tiempo en una especie de estupor, y guardaba profundo silencio. Iván, más tranquilo y más alegre que de costumbre, se excedió á sí mismo en los preparativos de la comida, que hacía cantando canciones rusas, á las que mezclaba palabras de ánimo para su amo.

—Ha llegado el tiempo, decía, añadiendo á cada frase el estribillo insignificante de una canción popular rusa; *¡ay luli! ¡ay luli!* ha llegado el tiempo de acabar nuestras penas ó de perecer. Mañana *¡ay luli!* estaremos en camino de una ciudad, de una hermosa ciudad *¡ay luli!* que no quiero nombrar, ¡ánimo, señor! No os desalentéis; el Dios de los rusos es grande.

Kaskambo, indiferente á la vida y á la muerte, no conociendo los proyectos de su denchik, se contentó con decirle:

—¡Haz lo que quieras y cállate!

Hacia la noche, el guardián atacado de calenturas, á quien habían tratado generosamente para retenerlo, y que además de la buena comida que había hecho se había divertido el resto del día comiendo *chislik* [1] fué

1. Carne de carnero asada en trozos pepueños.

atacado de tan violento acceso de fiebre, que abandonó el puesto y se retiró á su casa. Dejáronle ir sin mucha dificultad, puesto que Iván había llegado á tranquilizar completamente al viejo con su buen humor. Para alejar todavía más y más toda especie de desconfianza, retiróse muy temprano al fondo del cuarto, y se acostó sobre un banco contra la pared, esperando que Ibrahim se durmiera; pero éste último había resuelto velar toda la noche. En vez de acostarse sobre una estera cerca del fuego, como hacía ordinariamente, sentóse sobre un tronco frente á su prisionero, y despidió á su nuera que se retiró á la habitación vecina, donde estaba su hijo, y cerró la puerta.

Desde el ángulo obscuro en que se había colocado, Iván contemplaba atentamente el espectáculo que tenía ante sí.

Al resplandor del fuego que llameaba de tiempo en tiempo, brillaba un hacha en un rincón de la pared. El viejo, vencido por el sueño, dejaba caer á veces la cabeza sobre el pecho. Iván vió que era el momento, y se puso de pie. El carcelero, receloso, lo advirtió en seguida:

—¿Qué haces ahí? le dijo duramente.

Iván, en vez de contestar, se acercó al fuego, bostezando como hombre que sale de un sueño profundo. El mismo Ibrahim, que sentía también cerrársele los ojos, obligó á Kaskambo á que tocara la guitarra para mantenerle despierto. Este último se negaba á ello; pero Iván le presentó el instrumento haciendo la señal convenida.

—Tocad, señor, le dijo, tengo que hablaros.

Kaskambo templó el instrumento, y poniéndose á cantar, empezaron juntos el terrible duo siguiente :

KASKAMBO.

¡Ay lulí, ay lulí! ¿Qué me quieres decir? ¡Ten cuidado por ti mismo!

(Á cada pregunta y á cada respuesta, cantaban juntos las coplas de la canción rusa siguiente :)

Estoy triste, estoy inquieta,
No sé qué pasa por mí:
Mi amigo debe llegar
Y sola le aguardo aquí.
¡Ay lulí! ¡ay lulí!
¡Qué triste vivo sin ti!

IVÁN.

¡Ved esa hacha; pero no la miréis! ¡Ay lulí, ay lulí! Yo partiré la cabeza á este bribón.

Yo me siento ante la rueca,
Se rompe el hilo en mi mano.
Vamos : hilaré mañana,
Hoy no me encuentro con ánimo.
¡Ay lulí! ¡ay lulí!
¿Qué hará mi amigo sin mí?

KASKAMBO.

¡Muerte inútil! ¡Ay lulí! ¿Cómo he de huir con mis hierros?

Cual ternerilla á su madre,
Cual pastor á sus ovejas,
Como el cabrito en el valle

Busca la temprana hierba,
¡Ay luli! ¡ay luli!
¡Á mi amigo busco así!...

IVÁN.

La llave de los hierros estará en el bolsillo del bandido.

Cuando yo bajo á la fuente
En la mañana por agua,
Sin pensarlo, con mi cántaro,
Sigo la senda que acaba,
¡Ay lulí! ¡ay lulí!
Donde he de hallarte á ti.

KASKAMBO.

La mujer dará la alarma. ¡Ay luli!

¡Ay! de esperar me consumo,
Y lejos de mí el ingrato,
Tal vez con otros amores
De mí se estará olvidando.
¡Ay lulí! ¡ay luli!
¿Le habré perdido? ¡ay de mí!

IVÁN.

Suceda lo que quiera: ¿no os morís lo mismo, ¡ay luli! de pena y de inanición?

¡Ah! Si me ha de abandonar,
Si es verdad lo que recelo,
El pueblo tiene que arder
Y yo también con el pueblo.
¡Ay lulí! ¡ay lulí!
¡No quiero vivir sin ti!

El viejo prestaba atención, y ellos rodoblaron los *¡ay luli!* con un sonoro arpegio.

—Tocad, señor, prosiguió el denchik, tocad la cosaca; voy á danzar al rededor del cuarto para alcanzar el hacha: tocad sin temor.

KASKAMBO.

Pues bien, sea; se acabará este infierno.

Desvió la cabeza y púsose á tocar con todas sus fuerza la danza pedida.

Iván comenzó los pasos y las actitudes grotescas do la cosaca, que gustaban particularmente al viejo, dando saltos y piruetas y lanzando gritos para distraer su atención.

Cuando Kaskambo comprendia que el bailarín estaba cerca del hacha, su corazón palpitaba de inquietud: este instrumento de su libertad estaba en un armario sin puerta, construido en el muro, pero á una altura á la cual Iván apenas alcanzaba. Para tenerla á su alcance, aprovechó un momento favorable, la cogió de repente y la dejó en el suelo, en la sombra que proyectaba el cuerpo de Ibrahim. Cuando éste le miró, estaba ya lejos de allí y continuaba el baile.

Esta peligrosa escena duraba hacía ya mucho tiempo, y Kaskambo, cansado de tocar, empezaba á creer que faltaba valor á su denchik, ó que no había juzgado la ocasión favorable. Lanzóle ardiente mirada en el momento en que, habiéndose apoderado del hacha, el in-

trépido bailarín avanzaba con paso firme para herir al viejo bandido. La emoción que experimentó el comandante fué tan fuerte, que dejó de tocar y la guitarra cayó sobre sus rodillas. En el mismo instante el viejo se inclinó y dió un paso hacia adelante para echar al fuego unas ramas: las hojas secas se inflamaron arrojando gran claridad en el cuarto; Ibrahim se volvió para sentarse.

Si en esta ocasión Iván hubiese intentado su empresa, se hacía inevitable un combate cuerpo á cuerpo: se hubiera dado la alarma, lo que era preciso, sobre todo, evitar; pero su presencia de ánimo le salvó. Cuando advirtió la turbación del comandante y vió levantarse á Ibrahim, dejó el hacha tras del tronco mismo que servía de asiento á este último, y empezó de nuevo la danza.

—¡Tocad, diantre! dijo á su amo. ¿En qué pensáis?

El comandante, reconociendo la imprudencia que había cometido, púsose á tocar de nuevo lentamente. El viejo carcelero no abrigó ninguna sospecha y volvió á sentarse; pero les ordenó que terminaran la música y se acostaran. Iván se dirigió tranquilamente á tomar la funda de la guitarra y fué á colocarla en el hogar; pero en vez de recibir el instrumento que le presentaba su amo, cogió de repente el hacha de detrás de Ibrahim y le asestó tan terrible golpe en la cabeza, que el desgraciado no lanzó ni un suspiro siquiera y cayó cadáver con el rostro en el fuego: su larga barba gris se inflamó; Iván lo apartó por los pies y le cubrió con una estera.

Escuchaban durante un momento para saber si la mujer se había despertado, cuando, extrañada ésta, sin duda, del silencio que reinó después de tanto ruido, abrió la puerta de su cuarto.

— ¿Qué hacéis aquí? dijo avanzando hacia los prisioneros. ¿Qué olor es ése de pluma quemada?

El fuego acababa de ser dispersado y casi no proyectaba ya claridad. Iván levantó el hacha para herirla; pero ella tuvo tiempo para desviar la cabeza y recibió el golpe en el pecho, lanzando un terrible gemido; otro golpe, más rápido que el relámpago, la alcanzó en su caída y la extendió, muerta, á los pies de Kaskambo. Espantado el comandante, por esta segunda muerte, que no esperaba, y viendo que Iván se dirigía hacia el cuarto del niño, se colocó delante de él para detenerle.

— ¿Adónde vas, desgraciado? le dijo. ¿Tendrás la barbarie de sacrificar también á ese niño, que me ha demostrado tanta amistad? Si á ese precio me libras, ni tu adhesión ni tus servicios podrán salvarte cuando lleguemos á la línea.

— Allí, contestó Iván, haréis lo que queráis; pero aquí, es preciso acabar.

Kaskambo, reuniendo todas sus fuerzas, le cogió por el cuello cuando quería forzar el paso.

— ¡Miserable! le dijo, si te atreves á atentar contra su vida, si tocas uno solo de sus cabellos, juro aquí, delante de Dios, que me entrego yo mismo en manos de los tchetchenges, y tu barbarie será inútil.

— ¡En manos de los tchetchenges! repitió el denchik levantando su ensangrentada hacha sobre la cabeza de

su amo. ¡Jamás os cogerán vivo! Yo los degollaré á ellos, á vos y á mí antes que esto suceda. Este niño puede perdernos dando la alarma; en el estado en que estáis, las mujeres bastan para reduciros á prisión.

—¡Deténte, deténte! exclamó Kaskambo, de cuyas manos procuraba Iván desprenderse. ¡Deténte, monstruo! ¡Has de matarme á mí antes de cometer ese crimen!

Pero embarazado por sus hierros y débil como se encontraba, no pudo retener al joven feroz, que lo rechazaba, y cayó pesadamente en tierra, próximo á desfallecer de horror y de sorpresa. Mientras, manchado con la sangre de las primeras víctimas, hacía esfuerzos para levantarse:

—¡Iván! gritaba. ¡No le mates! ¡En nombre de Dios, no derrames la sangre de esa infeliz criatura!

Y corrió en socorro del niño cuando encontró fuerzas; pero al llegar á la puerta del cuarto tropezó en la obscuridad con Iván que volvía.

—Señor, todo ha terminado; no perdamos tiempo, y no hagáis ruido. Na hagáis ruido, os digo, contestó á los reproches desesperados de su amo, lo hecho, hecho está; ahora no es posible retroceder. Hasta que nos veamos libres, todo hombre á quien encuentre morirá ó me matará á mí; y si alguno entra aquí antes de nuestra partida, no miraré si es hombre, mujer ó niño, si es amigo ó enemigo: le tiendo ahí con los otros.

Encendió un tronco resinoso y se puso á registrar la cartuchera y los bolsillos del bandido; la llave de los hierros no estaba allí; buscóla también en vano en el

vestido de la mujer, en su cofre y por todas partes donde creyó que podría estar escondida. Mientras hacía estas pesquisas, el comandante se abandonaba sin prudencia á su dolor; Iván le consolaba á su manera:

— Haríais mejor, le decía, en llorar por la llave de los hierros que se ha perdido. ¿Qué tenéis que sentir por esta raza de bandidos que os han atormentado por espacio de quince meses? Querían hacernos morir. Pues, bien: á ellos les tocó la vez antes que á nosotros. ¿Es culpa mía? ¡Que el infierno los trague á todos!

Sin embargo, no encontrándose la llave de los hierros, tanta muerte resultaba inútil si no lograba romperlos. Iván, con un pico del hacha, logró romper el anillo de la mano; pero el que unía la cadena á los pies resistió á todos sus esfuerzos: temiendo lastimar á su amo, no se atrevía á emplear toda su fuerza.

Por otra parte, la noche avanzaba, y el peligro se hacía inminente: decidieron marcharse. Iván ató fuertemente la cadena á la cintura del comandante, de manera que le incomodara lo menos posible y no hiciera ruido. Puso en unas alforjas un cuarto de carnero, resto de la comida de la víspera, al que añadió otras provisiones, y se armó con la pistola y el puñal del muerto. Kaskambo se apoderó de su *burka* [1]; salieron en silencio, y dando la vuelta á la casa para evitar todo encuentro, tomaron el camino de la montaña, en vez de

1. Capote de pieles, impermeable, que tiene mucho parecido con una piel de oso. La *burka*, abrigo usual de los cosacos, no se fabrica más que en su país: con él desafían impunemente la lluvia y el barro durante sus largas correrías.

seguir la dirección de Mosdok y el camino ordinario, previendo que podrían seguirles por aquel lado.

Transpusieron durante la noche las alturas de su derecha, y cuando el día comenzaba á clarear, entraron en un bosque de hayas que coronaba toda la montaña y que les puso á cubierto del peligro de ser vistos de lejos. Era en el mes de febrero : el terreno en aquellas alturas, y sobre todo en el bosque, estaba todavía cubierto por una nieve endurecida que sostuvo el peso de los viajeros durante la noche y una parte de la mañana; pero hacia el medio día, cuando el calor del sol empezó á derretirla, se hundían á cada paso, lo que hizo que su marcha fuera muy lenta.

Así llegaron penosamente costeando un profundo valle que debían atravesar y en el fondo del cual había desaparecido la nieve; una senda seguía las sinuosidades del riachuelo y anunciaba que el sitio era frecuentado. Esta consideración, unida á la fatiga que abrumaba al comandante, decidió á los viajeros á permanecer en aquel sitio para esperar la noche, estableciéndose entre algunas rocas aisladas que sobresalían de la nieve. Iván cortó algunas ramas de abeto, para hacer sobre la nieve un lecho espeso en que se acostó el comandante. Mientras éste descansaba, Iván procuraba orientarse. El valle, en la cúspide del cual se encontraba, estaba rodeado de altas montañas, entre las cuales no se descubría salida alguna; vió que era imposible evitar el camino practicado y que era preciso necesariamente seguir el curso del torrente para salir de aquel laberinto.

Eran cerca de las once de la noche, y la nieve empe-

zaba á endurecerse cuando bajaron al valle. Pero antes de marchar, prendieron fuego á su improvisado albergue, tanto para calentarse, como para preparar una comida de chislik, de que tenian gran necesidad. Un puñado de nieve fué su bebida y un trago de aguardiente acabó el festín.

Atravesaron el valle con toda felicidad sin ver á nadie, y entraron en el desfiladero, donde el camino y el torrente se encontraban opresos entre altas montañas cortadas á pico. Marchaban con toda la celeridad que les era posible, comprendiendo el peligro que corrian de ser encontrados en aquella garganta, de la que no salieron hasta las nueve de la mañana.

Entonces fué tan sólo cuando el sombrío desfiladero se abrió de repente, y descubrieron al otro lado de las montañas más bajas que se cruzaban ante ellos el inmenso horizonte de Rusia, parecido á un mar lejano. Dificilmente podria nadie formarse idea del placer que sintió el comandante ante este espectáculo inesperado.

— ¡Rusia! ¡Rusia! fué la única palabra que pudo pronunciar.

Los viajeros se sentaron para descansar y gozar de antemano la perspectiva de su próxima libertad. Este presentimiento de dicha se mezclaba en el espíritu del comandante con el recuerdo de la horrible catástrofe de que acababa de ser testigo, y que sus hierros y sus ropas manchadas de sangre traian vivamente á su memoria. Fijos sus ojos en el término lejano de sus trabajos, calculaba las dificultades de su viaje. El aspecto del largo y peligroso camino que le quedaba por hacer,

con hierros á los pies y las piernas hinchadas por la fatiga, destruyó bien pronto hasta la huella del placer momentáneo que le había causado la vista de su tierra natal. Á los tormentos de su imaginación, se unía una sed ardiente. Iván bajó hacia el riachuelo que corría á poca distancia para llevar agua á su amo: encontró un puente formado por dos árboles y vió á lo lejos una habitación.

Era una especie de *chalet*, habitación de verano de tchetchenges, que se hallaba abandonada. En la situación de los fugitivos, esa casa aislada era un descubrimiento precioso. Iván fué á arrancar á su amo de sus meditaciones para conducirle al refugio que acababa de descubrir, y, después de dejarle allí installado, púsose en seguida á buscar el almacén ó, digamos, despensa.

Los habitantes del Cáucaso, que en su mayoría son medio nómadas y expuestos á menudo á las incursiones de sus vecinos, tienen siempre cerca de sus casas subterráneos en los que ocultan sus provisiones y sus efectos. Esos almacenes, que afectan la forma de un pozo estrecho, están cerrados por medio de una losa ó ancha piedra cuidadosamente cubierta de tierra y están siempre colocados en los sitios donde falta la grama, temerosos de que el color de la hierba denuncie el depósito. Á pesar de estas precauciones, los soldados rusos los descubren á menudo; golpean el suelo con la baqueta del fusil en los senderos abiertos que hay cerca de las habitaciones, y el ruido hueco les enseña las cavidades que buscan.

Iván descubrió una de ellas bajo un cobertizo unido

á la casa, y allí encontró varios cacharros, algunas espigas de maíz, un pedazo de sal gemma y diversos utensilios de uso doméstico. Corrió á buscar agua para establecer la cocina : el pedazo de carnero y algunas patatas que traía fueron colocados en el fuego. Mientras se preparaba la comida, Kaskambo tostaba las espigas de maíz; en fin, algunas avellanas encontradas aún en el almacén completaron el festín.

Cuando éste fué acabado, Iván, que ya podía disponer entonces de más tiempo y medios, logró librar á su amo de los hierros; y éste, más tranquilo y restaurado por una comida relativamente excelente, se durmió profundamente, no despertándose hasta muy entrada la noche. Á pesar de este reposo favorable, cuando quiso emprender de nuevo el camino, sus piernas hinchadas se habían entumecido hasta el punto de que no podía hacer el menor movimiento sin sentir dolores insoportables. Fué preciso, sin embargo, partir. Apoyado en su asistente, púsose en camino con tristeza, persuadido de que no había de llegar al término deseado. El movimiento y el calor de la marcha mitigaron poco á poco los dolores que sentía. Caminó toda la noche deteniéndose á menudo y volviendo á emprender en seguida el camino. Algunas veces también, dejándose llevar por el desaliento, se arrojaba en el suelo, rogando á Iván que le abandonara á su mala suerte. Su intrépido compañero, no sólo le daba ánimo con sus palabras y su ejemplo, sino que tenía que emplear casi la violencia para levantarlo y llevarlo consigo.

Encontraron en su camino un paso difícil y peligroso

que no podían evitar: esperar el día les hubiera costado una pérdida de tiempo irreparable; asi, decidieron franquear dicho paso, aun á riesgo de precipitarse. Pero antes de que lo hiciera su amo, Iván quiso reconocerlo y recorrerlo solo. Mientras bajaba, Kaskambo permaneció al borde de la roca en un estado de ansiedad difícil de describir. La noche era obscurísima; oía bajo sus pies el murmullo sordo de un río que corría rápidamente por el valle; el ruido de las piedras que se desprendían de la montaña al paso de su compañero y que caían en el agua, le hacia conocer la inmensa profundidad del precipicio sobre el cual se hallaba él detenido.

En este momento de angustia que podía ser el último de su vida, el recuerdo de su madre, que le había bendecido tiernamente al marcharse, le acudió á la memoria: este pensamiento le daba la esperanza de verla todavía.

— ¡Dios mío! exclamó. ¡Haced que su bendición no sea inútil!

Cuando acababa esta corta pero ferviente plegaria, reapareció Iván. Reconocido el paso, no resultaba tan difícil como habían creido al principio. Después de haber bajado algunas toesas por entre las rocas, era preciso, para ganar el lado practicable, recorrer el reborde de una peña, estrecho é inclinado, cubierto por nieve resbaladiza, bajo el cual la montaña estaba cortada á pico. Iván abrió en la nieve con su hacha algunos claros que facilitaban el paso; se santiguaron.

— Vamos, dijo Kaskambo, si perezco, que no sea al

menos por falta de valor; la enfermedad solamente ha podido quitármelo. Ahora seguiré mientras Dios me dé fuerzas.

Salieron afortunadamente de ese paso peligroso y continuaron su camino. Las sendas empezaban á ser más numerosas y mejores, y no encontraron nieve sino en los lugares situados al norte y en las hondonadas donde se había acumulado. Tuvieron la dicha de no encontrar á nadie hasta el amanecer, en que la vista de dos hombres que aparecieron á lo lejos les obligó á tenderse en el suelo para no ser descubiertos.

Al salir de las montañas, en aquellas provincias, ya no se encuentra arbolado; el terreno está absolutamente desierto, sin un solo árbol, excepto en la orilla de los grandes ríos, donde, á pesar de todo, son muy raros; lo cual es muy extraordinario, dada la fertilidad del suelo. Seguían hacia algún tiempo la corriente del Sonja, que debían atravesar para ir a Mosdok, buscando un sitio en que el agua, menos rápida, pudiera ofrecerles paso menos peligroso, cuando descubrieron un hombre á caballo que venía recto hacia ellos. El sitio, totalmente descubierto, no presentaba árboles ni malezas para poder esconderse. Se dejaron caer en la ribera del Sonja, á flor de agua. El viajero pasó á poca distaucia de su escondrijo. Los fugitivos no intentaban sino defenderse, caso de ser atacados. Iván sacó su puñal y dió la pistola al comandante. Viendo entonces que el jinete no era otro que un rapazuelo de doce á trece años, se lanzó bruscamente sobre él, le cogió por el cuello y le derribó sobre la hierba. El jovenzuelo quiso resistir;

pero viendo aparecer al comandante sobre el borde del río con la pistola en la mano, huyó precipitadamente. El caballo no tenía silla y llevaba una cuerda pasada por la boca á manera de brida. Los dos fugitivos se sirvieron en seguida de su captura para pasar el río. Este encuentro fué una dicha para ellos, pues bien pronto vieron que les era imposible vadearlo á pie como proyectaban. Su cabalgadura, aunque cargada con el peso de dos hombres, estuvo á punto de ser arrastrada por la impetuosidad de la corriente. Llegaron, no obstante, sanos y salvos á la otra orilla, que era desgraciadamente demasiado escarpada para que la abordara el caballo. Bajaron, entonces, para aliviarle de su peso. Como Iván tiraba de él con toda su fuerza para hacerle subir, la cuerda se rompió y quedó entre sus manos. El animal, arrastrado por la corriente, después de muchos esfuerzos para abordar, fué arrastrado por el agua y se ahogó.

Privados de este recurso, pero más tranquilos en adelante en cuanto al peligro de ser perseguidos, dirigiéronse hacia un montículo cubierto de rocas sueltas que vieron á lo lejos, con intención de ocultarse y descansar hasta la noche. Por el cálculo del camino que llevaban ya recorrido, juzgaron que las habitaciones de los tchetchenges pacíficos no debían encontrarse muy lejos; pero nada era menos seguro que entregarse á esos hombres, cuya traición probable podía perderles. Sin embargo, visto el estado de debilidad en que se encontraba Kaskambo, era difícil que pudiera pasar el Tereck sin auxilio. Sus provisiones estaban agotadas;

pasaron el resto del día en sombrío silencio, no atreviéndose á comunicarse mutuamente sus inquietudes.

Hacia la noche, el comandante vió que su denchik se golpeaba la frente lanzando un profundo suspiro. Extrañado de esta súbita desesperación, que su intrépido compañero todavía no había demostrado hasta entonces, le preguntó la causa.

— Señor, dijo Iván, ¡he cometido una gran falta!

— ¡Dios quiera perdonárnosla! dijo Kaskambo persignándose.

— Sí, añadió Iván; he olvidado coger aquella hermosa carabina que estaba en el cuarto del niño; ¿qué queréis? no se me ocurrió: gemisteis tanto allá arriba, hacíais tanto ruido, que la olvidé. ¿Os reís? Era la más hermosa carabina que había en el pueblo. Se la hubiera regalado al primer hombre que encontremos, para disponerle en favor nuestro, porque no sé cómo, en el estado en que os veo, podremos acabar nuestra marcha.

El tiempo, que les había favorecido hasta entonces, cambió durante el día. El viento frío de Rusia soplaba con violencia azotándoles el rostro. Partieron á la caída de la noche, titubeando sobre si debían acercarse á algún pueblo ó evitarlo. Pero el largo trecho que quedaba por hacer, adoptando este último partido, resultaba absolutamente imposible de franquear á causa de una nueva desgracia que les sucedió hacia el fin de la noche. Al atravesar un pequeño barranco, sobre un resto de nieve que cubría su fondo, el hielo se rompió bajo la presión de sus pies y entraron en el agua hasta las

rodillas. Los esfuerzos que hizo Kaskambo para salir acabaron de mojar su ropa.

Desde el momento de su partida, jamás el frío había sido tan penetrante : toda la campiña estaba blanca de escarcha. Después de un cuarto de hora de marcha, aterido de frío, cayó casi exámine, rendido de fatiga y de dolor, y se negó resueltamente á ir más lejos. Viendo la imposibilidad de llegar al término de su viaje, miraba como inútil barbarie el retener á su compañero, que podía perfectamente evadirse solo.

— Escucha, Iván, le dijo. Dios es testigo de que he hecho todo lo que he podido hasta este momento, para aprovechar los auxilios que tú me has prestado; pero ya ves ahora que no pueden salvarme y que está decidida mi suerte. Vete, mi querido Iván, vuelve á la línea, á nuestro regimiento : yo te lo mando. Di á mis antiguos amigos y á mis superiores, que me has dejado aquí en pasto para los cuervos, y que deseo á todos mayor fortuna que la mía. Pero, antes de marcharte, acuérdate del juramento que hiciste allá arriba sobre la sangre de nuestros carceleros. Tú juraste que los tchetchenges no se apoderarían de mí vivo : cumple tu palabra.

Dicho esto, se extendió en el suelo y se cubrió por completo con su burka.

— Queda todavía un recurso, le respondió Iván : buscar una habitación de tchetchenges y ganar al dueño con promesas. Si nos hace traición, al menos no tendremos nada que echarnos en cara. Procurad arrastraros hasta allí ; ó bien, añadió, viendo que su amo guar-

daba silencio, iré solo, procuraré conquistar á un tchetchengc; y si el negocio sale bien, volveré con él á recogeros; si sale mal, si muero ó no vuelvo, tomad, aquí está la pistola.

Kaskambo sacó la mano de debajo de la burka y cogió el arma.

Iván lo cubrió con ramas y malezas secas, temiendo que fuera descubierto por alguien durante la excursión que iba á hacer. Cuando se disponía á marchar, le llamó su amo.

— Iván, le dijo, escucha todavía mi último ruego. Si repasas el Tereck y vuelves á ver á mi madre sin mí...

— Señor, le interrumpió Iván, hasta luego. Si perecéis, ni vuestra madre ni la mía nos volverán á ver.

Después de una hora de marcha, distinguió desde una elevación dos pueblos á tres ó cuatro verstas de distancia; no era esto lo que buscaba, sino una casa aislada en la cual poder introducirse sin ser visto, para tantear y ver de ganar secretamente al dueño. El humo lejano de una chimenea le hizo descubrir una, tal como la deseaba. Marchó hacia ella en seguida, y entró sin vacilar. El dueño de la casa estaba sentado en el suelo, ocupado en remendar una de sus botas.

— Vengo, le dijo Iván, á proponerte que te ganes doscientos rublos y á pedirte un favor. Sin duda habrás oído hablar del comandante Kaskambo, prisionero de los montañeses. Pues bien; yo lo he robado; está aquí, á dos pasos, enfermo y en tu poder. Si quieres entregarle de nuevo á sus enemigos, ellos te lo agradecerán, sin duda; pero ya lo sabes: no te recompensarán.

Si consientes, por el contrario, en salvarle, admitiéndole en tu casa sólo por tres días, yo iré á Mosdok y te traeré doscientos rublos en dinero sonante por su rescate; y si te atreves á moverte del sitio, añadió sacando el puñal, y á dar la alarma para que me detengan, te mato en seguida. Dame tu palabra al instante, ó mueres.

El tono seguro de Iván persuadió al tchetchenge sin intimidarle.

— Joven, le dijo dejando tranquilamente su bota, yo también llevo un puñal en mi cintura, y el tuyo no me espanta. Si hubieras entrado en mi casa como amigo, yo jamás hubiera hecho traición á un hombre que ha pasado el umbral de mi puerta; ahora no prometo nada. Siéntate y dime lo que quieres.

Iván, viendo con quién se las había, volvió á envainar su puñal, sentóse y repitió su proposición.

— ¿Qué seguridad me darás, contestó el tchetchenge, de la ejecución de tu promesa?

— Te dejaré al mismo comandante, contestó Iván. ¿Crees tú que yo hubiera sufrido durante quince meses y hubiera llevado á tu casa á mi amo para abandonarle?

— Está bien: te creo. Pero doscientos rublos es muy poco: quiero cuatrocientos.

— ¿Por qué no pedir cuatro mil? Eso no cuesta nada. Pero yo, que quiero cumplir mi palabra, no te ofrezco sino doscientos, porque sé de donde tomarlos, y ni un kopeck más. ¿Quieres ponerme en el caso de engañarte?

— Bien, sea. Ve por los doscientos rublos. ¿Volverás solo y en tres días?

— Si; solo y en tres días, te doy mi palabra; pero tú, ¿me has dado la tuya? ¿El comandante es tu huésped?

— Es mi huésped, lo mismo que tú, desde este momento, y tienes mi palabra.

Diéronse las manos, y corrieron á buscar al comandante, á quien transportaron medio muerto de frío y de hambre.

En vez de ir á Mosdok, Iván, enterado de que estaba más cerca de Tchervelianskaya-Staniza, donde había un fuerte destacamento de cosacos, se dirigió allá inmediatamente. No le costó gran trabajo reunir la suma que le era necesaria. Los valientes cosacos, algunos de los cuales se habían encontrado en la desdichada refriega que costó la libertad á Kaskambo, se cotizaron al momento entre si para completar el precio del rescate. En el día fijado, Iván partió, para ir, por fin, á libertar á su amo; pero el coronel que mandaba el destacamento, temiendo alguna nueva traición, no le permitió volverse solo; y á pesar del convenio hecho con el tchetchenge, hízolo acompañar por algunos cosacos.

Esta precaución por poco llega también á ser funesta para Kaskambo. Apenas su huésped distinguió á lo lejos las lanzas de los cosacos, se creyó vendido, y desplegando en seguida la valerosa ferocidad de su pueblo, condujo al comandante, todavía enfermo, sobre la azotea de la casa, lo ató á un poste, colocóse frente á él

con la carabina en la mano y gritó, cuando Iván estuvo al alcance de su voz, apuntando á su prisionero:

— Si avanzas, si das un paso más, deshago el cráneo al comandante, y aun me quedan cincuenta cartuchos para mis enemigos y para el traidor que los trae.

— Aquí no hay traición, exclamó el denchik temblando por la vida de su amo; me han obligado á venir acompañado; pero yo traigo los doscientos rublos y he cumplido mi palabra.

— Que se alejen los cosacos, añadió el tchetchenge, ó disparo.

El mismo Kaskambo rogó al oficial que se retirara. Iván siguió algún tiempo al destacamento y volvió solo; pero el desconfiado bandido no le permitió que se acercara. Le hizo contar los rublos á cien pasos de la casa sobre el camino, y le ordenó que se alejara.

En cuanto se hubo apoderado del dinero, volvió á subir á la azotea y se arrojó á los pies del comandante, pidiéndole perdón y rogándole que olvidara los malos tratos que se habia visto obligado, decia, á darle para su seguridad.

— Me acordaré solamente, contestó Kaskambo, de que he sido tu huésped y has mantenido tu palabra; pero antes de pedirme perdón, empieza por quitar mis ligaduras.

En vez de contestarle, el tchetchenge, viendo volver á Iván, se lanzó de la azotea y desapareció como el relámpago.

Aquel mismo dia, el valiente Iván tuvo el placer y

la gloria de conducir á su amo al seno de sus amigos, que desesperaban ya de volverle á ver.

***

La persona que ha recogido esta anécdota, pasando algunos meses después por Iegorievski, durante la noche, ante una casa de buena apariencia y muy iluminada, bajó de su *kibick*[1] y se aproximó á una ventana para gozar del espectáculo de un baile muy animado que se daba en la planta baja.

Un joven sargento miraba también atentamente lo que pasaba en el interior de la habitación.

— ¿Quién da el baile? preguntó el viajero.

— Es el señor comandante que se casa.

— ¿Y cómo se llama el comandante?

— Se llama Kaskambo.

El viajero, que conocía la historia singular de este oficial, se felicitó de haber cedido á su curiosidad, é hizo que le enseñaran al recién casado, quien, radiante de placer, olvidaba en aquellos momentos á los tchetchenges y su crueldad.

— Haced el favor de indicarme, añadió, cuál es el bravo denchik que le salvó.

El sargento, después de vacilar un instante, contestó :

— Yo soy.

1. Carruaje cuya caja grosera va montada inmediatamente sobre dos ejes y en invierno sobre patines, formando trineo. Es el carruaje ordinario de viaje en Rusia.

Doblemente sorprendido del encuentro y más todavia de hallarle tan joven, el viajero le preguntó por su edad. Todavía no tenía veinte años y acababa de recibir una gratificación con el grado de sargento, en recompensa de su valor y de su fidelidad.

Este valiente joven, después de haber compartido voluntariamente los infortunios de su jefe y haberle devuelto la vida y la libertad, gozaba ahora de su dicha, contemplando la fiesta nupcial á través de la vidriera.

Pero como el viajero le demostrara su extrañeza de que no estuviera en el baile, tachando con este motivo de ingrato á su antiguo amo, Iván le dirigió una mirada por encima del hombro y entró en la casa silbando el aire *¡Ay luli! ¡Ay luli!*

Poco después apareció en la sala donde tenía lugar la fiesta, y el curioso volvió á subir en el kibick, admirándose entonces de no haber recibido un hachazo en la cabeza.

LA JOVEN SIBERIANA

El valor de una joven, que á fines del reinado de Pablo I, marchó á pie desde Siberia para ir á San Petersbugo á pedir el perdón de su padre, hizo bastante ruido en aquel tiempo, para decidir á una autora célebre [1] á convertir en heroína de novela á esta interesante viajera. Parece, con todo, que las personas que la conocieron lamentan que se hayan atribuído aventuras de amor é ideas románticas á una noble y joven doncella que jamás tuvo otra pasión que el amor filial más puro, y que, sin apoyo, sin consejo, encontró en su corazón el pensamiento de la acción más generosa y la fuerza para ejecutarla.

Si el relato de sus aventuras no ofrece ese interés de sorpresa que puede inspirar un novelista en pro de per-

1. Madame Cottín.

Doblemente sorprendido del encuentro y más todavia de hallarle tan joven, el viajero le preguntó por su edad. Todavía no tenía veinte años y acababa de recibir una gratificación con el grado de sargento, en recompensa de su valor y de su fidelidad.

Este valiente joven, después de haber compartido voluntariamente los infortunios de su jefe y haberle devuelto la vida y la libertad, gozaba ahora de su dicha, contemplando la fiesta nupcial á través de la vidriera.

Pero como el viajero le demostrara su extrañeza de que no estuviera en el baile, tachando con este motivo de ingrato á su antiguo amo, Iván le dirigió una mirada por encima del hombro y entró en la casa silbando el aire *¡Ay luli! ¡Ay luli!*

Poco después apareció en la sala donde tenía lugar la fiesta, y el curioso volvió á subir en el kibick, admirándose entonces de no haber recibido un hachazo en la cabeza.

LA JOVEN SIBERIANA

El valor de una joven, que á fines del reinado de Pablo I, marchó á pie desde Siberia para ir á San Petersbugo á pedir el perdón de su padre, hizo bastante ruido en aquel tiempo, para decidir á una autora célebre[1] á convertir en heroína de novela á esta interesante viajera. Parece, con todo, que las personas que la conocieron lamentan que se hayan atribuído aventuras de amor é ideas románticas á una noble y joven doncella que jamás tuvo otra pasión que el amor filial más puro, y que, sin apoyo, sin consejo, encontró en su corazón el pensamiento de la acción más generosa y la fuerza para ejecutarla.

Si el relato de sus aventuras no ofrece ese interés de sorpresa que puede inspirar un novelista en pro de per-

1. Madame Cottin.

sonajes imaginarios, no dejará de leerse quizá con alguna satisfacción la historia sencilla de su vida, bastante atractiva por sí misma, adornada por la verdad únicamente.

Prascovia Lopuloff era su nombre. Su padre, de noble familia de Ukrania, nació en Hungría, adonde el capricho de las circunstancias había conducido á los que le dieron el ser, y sirvió algún tiempo en los húsares negros; pero no tardó en dejarlos para marchar á Rusia, donde contrajo matrimonio. Ya en la patria, volvió á emprender en seguida la carrera de las armas, y sirvió mucho tiempo en el ejército ruso haciendo varias campañas contra los turcos. Habíase encontrado en los asaltos de Ismail y de Otchakoff, mereciendo por su conducta la estimación del cuerpo á que pertenecía. Se ignora la causa de su destierro á Siberia; su proceso, asi como la revisión del mismo, que se hizo después, permanecieron en secreto. Algunas personas han pretendido, sin embargo, que había sido procesado por malquerencia de un jefe, á consecuencia de una insubordinación. Como quiera que sea, en la época del viaje de su hija llevaba catorce años en Siberia, relegado en Ischim, aldea cercana á las fronteras del gobierno de Tobolsk, viviendo con su familia de la módica retribución de diez kopecks diarios, asignada á los prisioneros que no son condenados á trabajos públicos.

La joven Prascovia contribuía con su trabajo á la subsistencia de sus padres, ayudando á las lavanderas del pueblo ó á los segadores, y tomando parte en todas las faenas del campo en las que sus fuerzas le permitían

ocuparse; en pago de ello recibía trigo, huevos ó algunas legumbres. Llegada á Siberia en su infancia y no teniendo ninguna idea de otra suerte mejor, entregábase con alegría á sus penosos trabajos, que apenas podía soportar. Sus delicadas manos parecían haber sido formadas para otras ocupaciones. Su madre, entregada por entero á los cuidados del pobre hogar, sufría en cierto modo pacientemente su situación deplorable; pero el padre, acostumbrado desde su primera juventud á la vida activa del campamento, no podía resignarse á su suerte y se abandonaba á menudo á arrebatos de desesperación que ni el mismo exceso de su desgracia podía justificar.

Aunque evitaba que Prascovia comprendiera los tormentos que le devoraban, más de una vez había sido ella testigo de sus lágrimas, á través de las rendijas de un tabique que separaba su cuarto de la habitación de sus padres, y empezaba desde algún tiempo á reflexionar sobre su cruel destino.

Lopuloff había dirigido, hacia muchos meses, una súplica al gobernador de la Siberia, el cual jamás había contestado á sus instancias precedentes. Un oficial que pasaba por Ischim para asuntos de servicio se encargó del memorial, y le prometió que apoyaría sus reclamaciones cerca del gobernador. El infeliz desterrado había concebido esta vez alguna esperanza; pero no se le dió por ello más respuesta que antes. Cada viajero, cada correo que venía de Tobolsk — suceso rarísimo — añadía el tormento de la esperanza fallida á los males que le abrumaban.

En uno de esos tristes momentos, la joven, al volver de la siega, encontró á su madre anegada en llanto y quedó aterrada ante la palidez y las miradas sombrías de su padre, que se entregaba al dolor más delirante.

— ¡He aquí, exclamó cuando la vió aparecer, la más cruel de todas mis desdichas! ¡He aquí la hija que Dios me ha dado en su cólera, para que sufra doblemente con sus males y los míos, para que la vea languidecer lentamente ante mis ojos, extenuada por serviles trabajos, y para que el título de padre, que constituye la dicha de todos los hombres, sea, para mí sólo, el último término de la maldición del cielo!

Prascovia, espantada, se arrojó en sus brazos. Madre é hija consiguieron tranquilizarle mezclando sus lágrimas con las suyas; pero esta escena hizo profunda impresión en el alma de la joven. Por vez primera sus padres habían hablado abiertamente, ante ella, de su situación desesperada; por vez primera pudo formarse idea de toda la desgracia de su familia.

En esta época, á los quince años de su vida, fué cuando acudió á su espíritu la primera idea de ir á San Petersburgo para implorar el perdón de su padre. Ella misma contaba que este feliz pensamiento se le presentó un día como un relámpago, en el momento en que acababa sus oraciones, causándole turbación indescriptible. Siempre ha estado persuadida de que aquello fué inspiración de la Providencia, y esta firme confianza la sostuvo en lo sucesivo en medio de las circunstancias más desfavorables.

Hasta aquel instante, la esperanza de la libertad no

había penetrado en su corazón. Este sentimiento, nuevo para ella. la llenó de inmensa alegría; renovó sus oraciones, pero sus ideas eran tan confusas. que no sabiendo ella misma lo que quería pedir á Dios, suplicóle solamente que no la privara de la dicha que experimentaba y que no acertaba á definir. Bien pronto, sin embargo, el proyecto de ir á San Petersburgo, arrojarse á los pies del emperador y pedirle el indulto de su padre, se desarrolló en su alma y la ocupó en adelante por entero.

Había elegido, en el límite de un bosque de abedules que se encontraba cerca de la casa, un sitio favorito donde se retiraba á menudo para orar; desde entonces fué más exacta todavía para acudir á él. Allí, entregada por completo á su proyecto, iba á rogar á Dios, con todo el fervor de su alma joven, que favoreciera su viaje y le diera fuerza y medios para realizarlo. Abandonándose á esta idea, todo lo olvidaba á veces en el bosque, hasta el punto de descuidar sus ocupaciones ordinarias, lo que le atrajo algunas quejas de sus padres. Pasó mucho tiempo antes de que osara confiarse á ellos á propósito de la empresa que meditaba. El valor la abandonaba cada vez que se acercaba á su padre para empezar la atrevida explicación, cuyo escaso éxito confusamente entrevia. Sin embargo, cuando creyó haber madurado suficientemente su proyecto, determinó el día en que hablaría y se propuso firmemente vencer su timidez.

En la época fijada, Prascovia acudió muy temprano al bosque para pedir á Dios el valor de expresarse y la elocuencia necesaria para persuadir á sus padres;

volvió en seguida á casa resuelta á hablar al primero de los dos que encontrara. Deseaba que la casualidad la pusiera enfrente de su madre, de quien esperaba mayor condescendencia; pero al aproximarse á la casa, vió á su padre sentado en un banco cerca de la puerta y fumando una pipa. Dirigióse hacia él valerosamente, empezó la explicación de su proyecto, y pidió, con todo el calor de que fué capaz, permiso para marcharse á San Petersburgo. Cuando hubo terminado el discurso, su padre, que la había escuchado sin interrumpirla y con la mayor seriedad, la tomó por la mano, y entrando con ella en el cuarto, donde la madre preparaba la comida :

— Esposa, exclamó, ¡buenas noticias! ¡Hemos encontrado un poderoso protector! Aquí está nuestra hija que va á partir inmediatamente para San Petersburgo y que quiere encargarse de hablar ella misma con el emperador.

Lopuloff refirió en seguida, chanceándose, todo lo que le había dicho Prascovia.

— Mejor haría, repuso la madre, yendo á su trabajo. que viniendo á contarle esas tonterías.

La muchacha se había armado de antemano contra la cólera de sus padres; pero no encontró fuerzas para contrarrestar la burla, que parecía destruir todas sus esperanzas. Se puso á llorar amargamente. Su padre, á quien un instante de buen humor había hecho salir de su carácter, recobró inmediatamente su severidad. Mientras la reñia á propósito de sus lágrimas, su madre enternecida la abrazaba riendo.

— Vamos, le dijo presentándole un trapo, empieza por limpiar la mesa para la comida; luego podrás marcharte á San Petersburgo con toda comodidad.

Esta escena era más á propósito para hacer desistir á Prascovia de sus proyectos, que las censuras ó los malos tratamientos; sin embargo, la humillación que experimentaba viéndose tratar como una niña, se disipó en seguida y no la desanimó. El hielo estaba roto: volvió á la carga en varias ocasiones, y sus ruegos fueron tan frecuentes y tan importunos, que su padre, perdiendo la paciencia, la riñó seriamente y le prohibió con severidad que volviese á hablarle de este asunto en lo sucesivo. Su madre, con más dulzura, procuró hacerle comprender que era demasiado joven todavía para pensar en una empresa tan difícil.

Desde entonces transcurrieron tres años sin que Prascovia se atreviese á renovar sus instancias. Una larga enfermedad de su madre la obligó á aplazar sus proyectos para tiempos más favorables; sin embargo, no se pasó un solo día sin que añadiera á sus plegarias habituales la de obtener de su padre el permiso de marchar, firmemente persuadida de que Dios la escucharía al fin y al cabo.

Este espíritu religioso, esta fe viva en una mujer tan joven, deben parecer tanto más extraordinarios, cuanto que no los debía á la educación. Sin ser irreligioso, su padre se ocupaba poco en oraciones; y aunque su madre era más exacta con respecto al particular, carecía, en general, de instrucción, y Prascovia no debía más que á sí misma los sentimientos que la animaban.

Durante los tres últimos años, se había formado su razón; ya la muchacha había adquirido más peso en los consejos de la familia; en su consecuencia, pudo proponer y discutir su proyecto, que sus padres no miraban ya como niñada, si bien lo combatieron con tanta mayor fuerza, cuanto que Prascovia había llegado á hacérseles más necesaria. Las dificultades que oponían á su partida eran á propósito para impresionar su corazón. Ya no era con burlas ó con amenazas que procuraban disuadirla, sino con caricias y lágrimas.

— Somos ya viejos, le decían; no tenemos ya ni fortuna ni amigos en Rusia: ¿tendrías valor para abandonar en este desierto á tus padres, de quienes eres el único consuelo, y esto, para emprender sola un viaje peligroso que puede conducirte á la perdición y costarles á ellos la vida, en vez de procurarles la libertad?

A estas razones, Prascovia no contestaba sino con lágrimas; pero su voluntad no por esto cejaba, y cada día se afirmaba más en su resolución.

Presentábase una dificultad de otra naturaleza y más real todavía que la oposición de su padre: no podía marchar sino provista de pasaporte; sin él no le era posible ni siquiera alejarse del pueblo. Por otra parte, no era probable que el gobernador de Tobolsk, que jamás había contestado á sus cartas, consintiera en concederles este favor. Prascovia se vió, pues, obligada á demorar la partida, y todas sus ideas se encaminaron á buscar los medios de obtener un pasaporte.

Había entonces en el pueblo un prisionero llamado

Néiler, nacido en Rusia é hijo de un sastre alemán. Este hombre había sido durante algún tiempo criado de un estudiante en la universidad de Moscou, y de esta circunstancia había obtenido la ventaja de pasar en Ischim por un hombre de original carácter. Néiler se juzgaba un incrédulo. Esta especie de locura, unida al útil oficio de sastre que poseía, le había dado á conocer á los habitantes y á los prisioneros, de los cuales, unos le hacían remendar sus trajes y otros se divertían con sus impertinencias. En el número de estos últimos figuraba Lopuloff, á cuya casa iba aquél algunas veces. Néiler, conociendo el espíritu religioso de la muchacha, la satirizaba á propósito de su devoción y la llamaba *santa Prascovia*. Ésta, creyéndole más hábil de lo que en realidad era, proyectaba dirigirse á él para obtener la solicitud que quería elevar al gobernador, en la esperanza de que su padre, no teniendo más que firmarla, se decidiría más fácilmente.

Terminaba un día su lavado en el río, y se disponía á regresar á casa. Antes de marchar, hizo varias veces, como de ordinario, la señal de la cruz, y cargó penosamente con la ropa. Néiler, que pasaba por casualidad, la vió y se burló de ella.

— Si usted hubiera hecho, le dijo, algunos más de esos aspavientos, se hubiera operado un milagro, y esa ropa se habría marchado solita á casa. Déme usted, añadió, apoderándose por fuerza del fardo; yo le haré ver que los incrédulos, á quienes usted odia tanto, son también buenas personas.

Tomó, en efecto, el cesto y lo llevó hasta el pueblo.

Durante el camino, Prascovia, que no tenía más deseo que el de obtener su pasaporte, le habló de la súplica y del servicio importante que de él esperaba. Desgraciadamente el filósofo no sabía escribir: confesó que desde el instante en que se había dedicado al oficio de sastre, había descuidado totalmente la literatura; pero le indicó en el pueblo á un hombre que podría realizar sus aspiraciones. Prascovia entró muy alegre, proponiéndose aprovechar el consejo desde el día siguiente. Allí encontró reunidas algunas personas, y á su presencia, Néiler se alabó jactanciosamente del servicio prestado á *santa Prascovia* ahorrándole el trabajo de hacer un milagro, y empleó otras bromas de este género; pero la respuesta de la joven le dejó desconcertado.

—¿Cómo podré, le dijo, dejar de poner toda mi confianza en Dios? No le he rogado más que un instante á la orilla del río, y si mi ropa no ha venido sola, es lo cierto que ha venido sin mí, y traída por un incrédulo. El milagro, pues, se ha verificado y no pido más á la Providencia.

Con esta contestación, toda la sociedad se echó á reir á expensas del sastre, que se retiró amostazado por la aventura. En adelante se verán muchos ejemplos de esta amable presencia de espíritu, que no abandonó jamás á la joven en las circunstancias más embarazosas.

Al día siguiente se apresuró á consultar al hombre que le habían indicado; por él supo que el memorial debía ir firmado por ella misma. El escribiente se encargó de redactarlo en las formas requeridas; y cuando

estuvo concluído, Lopuloff, después de alguna resistencia, consintió en que fuera remitido á su destino, aprovechando la ocasión para enviar juntamente una nueva carta relativa á sus asuntos personales.

Á partir de este momento, las inquietudes de la joven desaparecieron, su salud se fortaleció y sus padres quedaron encantados al ver que reaparecía en ella su alegría natural. Este dichoso cambio no reconocía otra causa que la certidumbre en que estaba de obtener su pasaporte y su confianza sin límites en la protección de Dios. Iba á menudo á pasearse por el camino de Tobolsk, en la esperanza de ver llegar algún correo. Pasaba por delante de la estación de relevo de caballos para hablar con el viejo inválido que dirigía la casa y que distribuía las pocas cartas dirigidas á Ischim. Pero hacía mucho tiempo que no se atrevía á preguntarle, porque le había hablado bruscamente y se había burlado de su proyecto de viaje, que conocía.

Seis meses habían casi transcurrido desde que salió el memorial, cuando vinieron á advertir á la familia que había llegado á la casa de postas un correo con cartas para algunas personas. Prascovia corrió allí al instante, seguida de sus padres. Cuando Lopuloff dió su nombre, el cartero le entregó un paquete lacrado conteniendo un pasaporte para su hija y recogió el recibo correspondiente. Fue aquél un momento de alegría para la familia. En el abandono total en que estaban hacía tantos años, el envío de este pasaporte les pareció una especie de favor. Sin embargo, no había en el paquete ninguna contestación del gobernador á las peti-

ciones personales de Lopuloff. En cuanto á su hija, era libre, y no podían, sin la mayor de las injusticias, retenerla ya en Siberia contra su voluntad.

El silencio absoluto que guardaban con su padre era, más que favor, confirmación de su desgracia. Esta triste reflexión disipó la impresión de placer que le habia hecho experimentar la condescendencia del gobernador. Apoderóse Lopuloff del pasaporte y declaró, en el primer momento de disgusto, que él no habia consentido en pedirlo sino en la certidumbre de que le sería negado y para librarse de las persecuciones de su hija.

Prascovia siguió á sus padres á casa sin preguntar nada, pero llena de esperanza y dando gracias á Dios durante el camino, por haber atendido uno de sus deseos. Su padre guardó el pasaporte entre sus vestidos después de haberle envuelto cuidadosamente en un pedazo de tela. Observó Prascovia esta precaución, que le pareció de buen augurio, pues muy bien hubiera podido romperlo; y no atribuyó la negativa de su padre más que á un designio particular de la Providencia, que no había señalado aún la hora de su partida. Poco después volvió al bosque, donde pasó dos horas rogando, entregándose á toda la alegría que su ardiente imaginación le inspiraba y no abrigando ya ninguna duda acerca del buen éxito de su empresa.

Estos detalles podrán parecer á algunas personas, pueriles y minuciosos; pero cuando se vea cómo los proyectos de esta joven se realizan más allá de sus esperanzas y de toda probabilidad, á pesar de los obstáculos sin número que tenía que vencer, se convencerán

todos de que ningún motivo humano hubiera bastado para conducirla al objeto que se proponía y que era preciso para tal obra *esa fe que transporta las montañas*. En todo lo que le ocurría, Prascovia notaba siempre el dedo de Dios. Así decía :

— He sido algunas veces sometida á pruebas ; pero jamás su confianza en él me ha engañado.

Un incidente acaecido pocos días después, vino todavía á reanimar su valor y contribuyó quizá á que sus padres se resolvieran. Su madre, sin ser absolutamente supersticiosa. se divertía á veces buscando pronósticos del porvenir en los más pequeños sucesos de la vida. Sin creer en los días aciagos, evitaba, sin embargo, emprender nada los lunes [1] y no le gustaba que vertieran el salero. Algunas veces tomaba la Biblia, y abriéndola al azar, buscaba en la primera frase que saltaba á sus ojos alguna analogía con su situación, de la cual poder sacar un buen augurio. Esta manera de consultar la suerte es muy frecuente en Rusia : cuando la frase es insignificante, se recapacita sobre ella, y tomando algo por los cabellos el sentido, acaban por darle la interpretación que se desea. Los desgraciados se acogen á todo y, sin dar gran fe á estas predicciones, experimentan cierto placer cuando concuerdan con sus esperanzas.

Lopuloff tenía la costumbre de leer por la noche un

1. En Rusia, el lunes pasa por un día aciago entre el pueblo y las personas supersticiosas. La repugnancia por emprender alguna cosa, y sobre todo un viaje el lunes, es tan universal, que el reducido número de personas que no participa de ella, se somete, en consideración á la opinión general y casi religiosa de los rusos.

capítulo de la Biblia á su familia: explicaba á las mujeres las palabras eslavas que no comprendian, y esta ocupación gustaba infinitamente á su hija. Al fin de una triste velada, los tres solitarios estaban cerca de una mesa sobre la cual se hallaba el libro santo; la lectura había terminado y el más profundo silencio reinaba entre ellos, cuando Prascovia, dirigiéndose á su madre, sin otro objeto que el de anudar la conversación:

— Suplico á usted que abra la Biblia, le dijo, y busque en la página de la derecha en la undécima línea.

Su madre tomó el libro apresuradamente y le abrió con un alfiler; en seguida, contando las líneas hasta la undécima á la derecha, leyó en alta voz las palabras siguientes:

« Pues, bien: un ángel de Dios llamó á Agar desde el cielo y le dijo: ¿Qué haces ahí? No temas nada. »

La aplicación de este versículo de la Santa Escritura, era demasiado fácil para que la grandísima analogía que presentaba con el viaje proyectado pudiera escapar á nadie. Prascovia, en un transporte de alegría, tomó la Biblia y besó sus páginas diferentes veces.

— ¡Es verdaderamente singular! decía la madre mirando á su marido.

Pero éste, no queriendo favorecer sus ideas sobre este particular, protestó enérgicamente contra estas ridículas interpretaciones.

— ¿Creéis, decía á las dos mujeres, que se pueda así interrogar á Dios abriendo un libro con un alfiler y que él se digne contestar á todos vuestros locos pensamientos? ¡Es indudable, añadió dirigiéndose á su hija,

que no dejará de acompañarte un ángel en tu extravagante viaje y te dará de beber cuando tengas sed! ¿No comprendes cuán insensato es abandonarse á semejantes esperanzas?

Prascovia le contestó que estaba muy lejos de esperar que se le apareciese un ángel para ayudarla en su em presa.

— Sin embargo, añadía, espero y creo firmemente que mi ángel custodio no me abandonará y que mi viaje se realizará, aun cuando yo misma me opusiera.

Lopuloff estaba indeciso ante esta inconcebible perseverancia. No obstante, transcurrió un mes sin que se hablara de la partida. Prascovia se volvía silenciosa y preocupada : siempre sola en el bosque ó en su habitación, no daba ya ninguna prueba de ternura hacia sus padres.

Como les había amenazado frecuentemente con marcharse sin pasaporte, empezaron á temer seriamente que realizara su proyecto, y estaban inquietos cuando permanecía ausente de la casa más tiempo que de ordinario. Hasta llegó un día en que creyeron decididamente que se había marchado. Prascovia, al volver de la iglesia, adonde había ido sola, acompañó á algunas jóvenes aldeanas á una cabaña vecina y se detuvo allí algunas horas. Cuando volvió á casa, su madre la abrazó llorando.

— Mucho has tardado, le dijo. ¡Creíamos que nos habías abandonado para siempre!

— Pronto tendrán ustedes esa pena, le respondió su hija, puesto que no me quieren dar el pasaporte; en-

tonces sentirán haberme privado de este recurso y de su bendición.

Pronunció estas palabras sin responder á las caricias de su madre, y en un tono de voz tan triste, tan alterado, que la buena mujer se sintió con ello vivamente conmovida. Prometióle, para tranquilizarla, que ya no se opondría más á su partida, que dependería únicamente del permiso de su padre. Prascovia no le pidió más; pero su profunda tristeza lo solicitaba más elocuentemente de lo que hubieran podido hacerlo las más vivas súplicas. Lopuloff mismo no sabia qué resolver.

Rogábale una mañana su esposa que fuera á recoger algunas patatas en un huertecito que cultivaba cerca de la casa.

Inmóvil y lleno de tristes ideas, parecía no prestar ninguna atención á este ruego: por fin, volviendo de pronto en sí:

— Vamos, dijo como para infundirse á sí mismo valor, « ayúdate, que yo te ayudaré ».

Al terminar estas palabras, tomó un azadón y se fué al jardín. Prascovia le siguió.

— Sin duda, padre mio, es preciso ayudarse en la desgracia, y espero también que Dios me ayudará en el ruego que voy á dirigir á usted y que tocará en su corazón. ¡Déme usted el pasaporte, querido y desventurado padre! Crea usted que ésta es la voluntad de Dios. ¿Quiere usted obligar á su hija á la horrible desgracia de desobedecerle?

Al hablar así, Prascovia abrazaba sus rodillas y procuraba inspirarle la misma confianza de que ella esta-

ba animada. Acudió en esto la madre. Su hija la conjuró para que le ayudara á convencer á su padre; la buena mujer no pudo resolverse. Había tenido fuerza para consentir la marcha; pero no tenia valor para pedirla.

Sin embargo, Lopuloff no pudo resistir más tiempo á tan conmovedora solicitud; sabía, por otra parte, que su hija estaba tan decidida, que temía verla partir sin pasaporte.

— ¿Qué hacer con esta muchacha? exclamó. Será preciso dejarla partir.

Prascovia, loca de contento, se abalanzó al cuello de su padre.

— Esté usted seguro, le decía colmándole de las más tiernas caricias, que no se arrepentirá de haberme escuchado: yo iré, padre, sí, iré á San Petersburgo; me arrojaré á los pies del emperador, y esta misma Providencia que me inspiró tamaña idea y que ha ablandado el corazón de usted, querrá disponer también el de nuestro gran monarca en favor nuestro.

—¡Ay! le respondió su padre anegado en lágrimas. ¿Crees tú, pobre niña, que se puede hablar al emperador como hablas á tu padre en Siberia? Los centinelas guardan por todas partes las avenidas de su palacio, cuyos umbrales no podrás traspasar nunca. Pobre y mendigando, sin trajes, sin recomendaciones, ¿cómo te atreverás á aparecer ante él y quién se dignará presentarte?

Prascovia comprendia la fuerza de estas observaciones, sin que la desanimaran: un presentimiento se-

creto existía en ella, que se sobreponía á todos los razonamientos.

— Concibo los temores que le inspira su ternura para conmigo, respondió; pero ¡cuántos motivos tengo para esperar! ¡Reflexione usted! ¡Vea cuántos favores inesperados me ha concedido ya Dios, porque había puesto en él toda mi confianza! No sabía cómo obtener un pasaporte, y él ha forzado la boca del incrédulo para indicarme los medios de obtenerlo; él ha sido quien ha enternecido al inexorable gobernador de Tobolsk. En fin, á pesar de su invencible repugnancia, ¿no se ha visto usted mismo constreñido á concederme el permiso de partir? Esté usted, pues, seguro, añadió, que esa Providencia que me ha hecho allanar tantos obstáculos y que me ha protegido de un modo tan visible hasta ahora, sabrá conducirme á los pies de nuestro emperador. Ella pondrá en mi boca las palabras que deban persuadirle, y la libertad de usted será la recompensa del consentimiento que me otorga.

Desde este instante, quedó decidida la marcha de la joven, pero no se determinó aún la época precisa. Lopuloff confiaba poder sacar algunos socorros de sus amigos: muchos prisioneros tenían medios; habían llegado hasta á hacerle, en otras ocasiones, ofrecimientos que su discreción no le había permitido aceptar; pero en esta ocasión se proponía aprovecharlos. Deseaba también encontrar algún viajero que pudiese acompañar á su hija durante las primeras jornadas. En ambos deseos, sus esperanzas quedaron fallidas. Sin embargo, Prascovia apresuraba su partida. Toda la fortuna de la

familia consistia en un rublo de plata [1]. Después de haber intentado inútilmente acrecer esta módica suma, se fijó el dia de la cruel separación, que debía ser, según los deseos de la viajera, el 8 de septiembre, dia de una fiesta de la Virgen. Tan pronto como la noticia se extendió por el pueblo, todos sus conocidos fueron á verla, movidos más por curiosidad que por verdadero interés. En vez de ayudarla ó de animarla en su empresa, generalmente reprobaron á su padre el haberle concedido permiso para marchar. Los que hubieran podido darle algún socorro, hablaron de las circunstancias desgraciadas que impiden con frecuencia á los mejores amigos servirse en la necesidad; y en vez del auxilio y de los consuelos que la familia esperaba, no le dejaron al marcharse sino siniestros presagios. Sin embargo, dos de los más pobres y de los más obscuros prisioneros tomaron la defensa de Prascovia y la animaron con sus consejos.

— Se ha visto, dijeron, triunfar cosas más difíciles contra toda esperanza. Sin llegar ella misma hasta el soberano, encontrará protectores que hablarán en su nombre cuando la conozcan y la amen como nosotros.

El 8 de septiembre, al romper el día, estos dos hombres volvieron para despedirse de ella y asistir al acto de su partida. Encontráronla ya dispuesta para el gran viaje y cargada de un saco que había preparado hacía mucho tiempo. Su padre le dió el rublo que le destinaba, pero que ella no quería aceptar; argüía que esta pequeña suma no podía conducirla hasta San Peters-

1. Unas cuatro pesetas.

burgo, mientras que para ellos podía hacerse necesaria. Sólo una orden absoluta de su padre pudo conseguir que la aceptara. Los dos pobres desterrados quisieron también contribuir al fondo que llevaba para el viaje; uno le ofreció treinta kopecks en cobre, el otro una pieza de plata de veinte kopecks: era su subsistencia de muchos días. Prascovia rehusó su generoso ofrecimiento, pero sintióse vivamente emocionada y agradecida.

— Si la Providencia, les dijo, concede algún favor á mis padres, espero que ustedes participarán de él.

En este momento los primeros rayos del sol naciente aparecieron en la habitación.

— Ha llegado la hora, dijo; es preciso separarnos.

Después se sentó é hicieron lo propio sus padres y los dos amigos, como es costumbre en Rusia en semejante circunstancia. Cuando un amigo parte para un largo viaje, en el momento de dar su último adiós, el viajero se sienta; todas las personas presentes deben imitarle: después de un minuto de reposo, durante el cual se habla del tiempo y de cosas indiferentes, se levantan, y los sollozos y los abrazos comienzan.

Esta ceremonia, que á primera vista parece insignificante, tiene, sin embargo, algo que interesa. Antes de separarse para mucho tiempo, quizá para siempre, descansan todavía algunos momentos juntos, como si se quisiera engañar al destino y robarle esa corta alegría.

Prascovia recibió de hinojos la bendición de sus padres, y desprendiéndose valerosamente de sus brazos, abandonó para siempre la choza que le había servido de cárcel desde su infancia. Los dos desterrados la acom-

pañaron durante la primera *versta*[1]. El padre y la madre. immóviles en el umbral de la puerta, la siguieron mucho tiempo con la mirada queriendo darle un último adiós; pero la joven no volvió la cabeza y no tardó en desaparecer en lontananza.

Lopuloff y su esposa regresaron entonces á su triste morada, que en adelante iba á parecerles desierta. Los desgraciados vivieron aún más aislados que antes : los otros habitantes de Ischim acusaban al padre de haber empujado él mismo á su hija á esta imprudente empresa y le ridiculizaban con tal motivo. Burlábanse, sobre todo, de los dos prisioneros, los cuales, en su sencillez, no habian ocultado la promesa que Prascovia les había hecho de interesarse por ellos, y les felicitaban de antemano por su buena fortuna.

Dejemos ahora aquella región de dolores y sigamos á nuestra interesante viajera. Cuando los dos amigos que la habian acompañado la abandonaron, encontró á varias muchachas que llevaban el mismo camino que ella, hasta el próximo pueblo, distante de Ischim como unas veinticinco verstas. En el camino fueron alcanzadas por un grupo de jóvenes campesinos, algunos de los cuales estaban medio borrachos; se apearon de sus caballos so pretexto de acompañarlas : esto ocurría á la entrada de un gran bosque. Las viajeras, alarmadas, no quisieron aventurarse á penetrar en él con semejante compañía ; llevaban algunas provisiones y se sentaron al borde del camino para tomar un bocado, rogando á

1. Medida itineraria de Rusia, equivalente á 1 kilómetro 67 metros.

los aldeanos que continuaran su marcha; pero éstos se sentaron con ellas, declarando querer compartir su desayuno y acompañarlas luego hasta el pueblo. En esta situación, Prascovia, para alejar á esos importunos, creyó poder emplear un ardid que le dió buen resultado.

— Iríamos gustosas con vosotros, les dijo; pero debemos esperar aquí á mis hermanos, que nos traen carros para llevarnos.

Los jóvenes vieron, en efecto, á lo lejos, dos carretas que Prascovia había distinguido antes que ellos; en seguida volvieron á montar á caballo y desaparecieron.

— Era una mentirijilla, decia contando su primera aventura; pero no me ha acarreado ninguna desgracia.

Llegó felizmente al pueblo donde debía detenerse, alojándose en casa de un aldeano conocido suyo, que la trató muy bien.

Al día siguiente, al despertar, la fatiga de la primera marcha que había hecho en su vida, se dejaba sentir vivamente. Al salir de la *isba*[1] donde había pasado la noche, tuvo un momento de espanto cuando se vió completamente sola. La historia de Agar en el desierto acudió de nuevo á su memoria y le devolvió su valor. Hizo la señal de la cruz y se puso en camino, encomendándose á su ángel custodio. Después de haber pasado varias casas, percibió la muestra del águila sobre

1. Casa de aldeano, compuesta ordinariamente de una sola habitación, de la que una enorme chimenea ocupa buena parte. Aunque la *isba* corresponde casi á la palabra *cabaña*, no implica, sin embargo, la idea de miseria.

la taberna del pueblo, ante la cual había pasado la víspera : lo que le hizo juzgar que, en vez de haber tomado el camino de San Petersburgo, volvía sobre sus pasos. Se detuvo para orientarse, y vió á su huésped que sonreía á la puerta de su casa.

— Si viajas de esta manera, exclamó, no irás muy lejos, y harías mejor quizá volviendo á tu casa.

Este mismo accidente se repitió en adelante algunas veces; y cuando, en su indecisión, preguntaba por el camino de San Petersburgo, á la extrema distancia en que se encontraba de dicha ciudad, se burlaban de ella, lo cual la ponia en gravísimo aprieto. No teniendo idea alguna del país que debía recorrer, Prascovia se había imaginado que la ciudad de Kiew, famosa en la religión del país, y de la cual su madre le había hablado con frecuencia, se encontraba en el camino de San Petersburgo; tenía el propósito de hacer en aquella ciudad sus devociones al pasar, y se prometía tomar en ella el velo, más tarde, si su empresa alcanzaba el éxito apetecido.

En la falsa idea que se había formado de la situación de la misma, viendo que se sonreían cuando preguntaba por el camino de San Petersburgo, preguntaba á los que pasaban por el de Kiew, lo cual le daba todavía peores resultados.

Una vez, entre otras, encontrándose perpleja sin saber cuál elegir entre muchos caminos que se cruzaban, aguardó la llegada de un *kibick*, que se aproximaba, y rogó á los viajeros que le indicaran cuál de aquellos caminos conducía á Kiew. Creyeron que se chanceaba.

— Tome usted, le dijeron riendo, el que quiera;

todos ellos conducen igualmente á Kiew, á París y á Roma.

Tomó el del centro, que resultó afortunadamente ser el suyo. No podía dar ningún detalle exacto acerca del camino que había hecho, ni acerca del nombre de los pueblos por que había pasado y que se confundían en su memoria. Cuando llegaba á una aldea poco importante, era ordinariamente bien acogida por los dueños de la primera casa donde pedía hospitalidad; pero en los pueblos grandes, y cuando las casas tenían buena apariencia, casi siempre hallaba dificultades para encontrar asilo; á menudo la tomaban por una aventurera de malas costumbres, y esta sospecha injusta le produjo grandes disgustos durante su viaje.

Algunas verstas antes de llegar á Kamoüicheff, una violenta borrasca la sorprendió en el camino cuando acababa con pena una de las más largas jornadas que había hecho hasta entonces. Redobló el paso para llegar á las primeras habitaciones, que no creía muy distantes; pero habiendo un torbellino de viento derribado un árbol delante de ella, el terror le hizo buscar refugio en el vecino bosque. Colocóse bajo un pino rodeado de altos matorrales, para preservarse de la violencia del viento. La tempestad duró toda la noche; la joven la pasó sin abrigo en aquel lugar desierto, expuesta á los torrentes de la lluvia, que no cesó hasta la mañana. Cuando apareció el alba, arrastróse hacia el camino, extenuada de frío y de hambre, para continuar su ruta. Afortunadamente, un campesino que pasaba tuvo piedad de ella y le ofreció un sitio en su carreta.

Hacia las ocho de la mañana llegó á un pueblo de cierta importancia. El campesino, que no debía detenerse en él, la dejó en medio de la calle y prosiguió su camino. Prascovia presentía que sería mal recibida : las casas tenían una buena apariencia. Sin embargo, acosada por la fatiga y el hambre, se aproximó á la ventana baja, cerca de la cual una mujer de cuarenta y cinco á cincuenta años hallábase ocupada limpiando legumbres, y le rogó que la recibiera en su casa. La aldeana, después de haberla examinado algunos instantes con aire despreciativo, la despidió con dureza.

Al bajar de la carreta que la había conducido, Prascovia habia caido en el barro, manchándose su ropa por completo. La noche cruel que acababa de pasar en el bosque, así como la falta de alimento, habian sin duda alterado también los rasgos de su fisonomía, dándole un aspecto desfavorable. La infeliz fué arrojada de todas las casas donde se presentó. Una mala mujer, á la puerta de cuya casa se había sentado vencida por el cansancio y á quien conjuraba para que la recibiera, le obligó con amenazas á que se alejara, diciéndole que ella no recibia en su casa ni á los ladrones ni á las perdidas. La joven, viendo delante una iglesia, se encaminó tristemente hacia ella.

« Á lo menos, se decía, de aqui no me arrojarán. »

La puerta estaba cerrada y se sentó en las escaleras. Algunos mozalvetes que la habían seguido y que se habían agrupado á su alrededor cuando la mujer la maltrataba, continuaron insultándola y tratándola de ladrona. Cerca de dos horas permaneció en esta situa-

ción angustiosa, muerta de frío y de necesidad, rogando á Dios que la asistiera y le diera fuerzas para soportar aquella prueba.

Sin embargo una mujer se aproximó para interrogarla. Prascovia le contó la horrible noche que había pasado en el bosque; otros campesinos se detuvieron para oirla. El *starost* [1] del pueblo examinó su pasaporte y declaró que estaba en regla; entonces la buena mujer, enternecida, le ofreció su casa; pero cuando la viajera quiso levantarse, sus miembros estaban de tal modo entumecidos, que hubo necesidad de sostenerla. Habia perdido uno de sus zapatos, y mostró su pie desnudo y sus piernas hinchadas. Una compasión general sucedió bien pronto á las indignas sospechas con que había sido maltratada. La colocaron en una carreta, y los mismos muchachos que la insultaran algunos momentos antes, se apresuraron á arrastrar el vehículo y así la condujeron á casa de la aldeana, que la recibió con mucha amistad, y en cuya casa pasó varios dias. Durante este tiempo de reposo, un campesino caritativo le arregló un par de botas; en fin, cuando hubo recobrado su salud y sus fuerzas, se despidió de la buena mujer y continuó su viaje, que prosiguió hasta el invierno, deteniéndose más ó menos en diferentes pueblos, según que el cansancio le obligaba á ello y con arreglo á la acogida que recibia de sus moradores. Procuraba ella, durante este tiempo, hacerse útil, barriendo la casa, lavando la ropa ó cosiendo para sus

1. Alcalde.

huéspedes. No refería su historia hasta que era ya recibida y se hallaba establecida en la casa. Había notado que cuando quería darse á conocer desde los primeros momentos, no la creían y la tomaban por una aventurera. En efecto, los hombres están generalmente dispuestos á mostrarse rígidos cuando observan que se les quiere conquistar. Es preciso conmoverles sin que ellos desconfíen; y mejor conceden su compasión que su estima. Prascovia empezaba, pues, por pedir un pedazo de pan; hablaba después de la fatiga que la abrumaba, á fin de obtener hospitalidad; por último, cuando se hallaba establecida en la casa en que la recogían, decía su nombre y contaba su historia. ¡Así es cómo hacía poco á poco el cruel aprendizaje del corazón humano!

Ocurría á menudo, que personas que la habían despedido, al ver cómo se alejaba llorando, volvían á llamarla y la trataban muy bien. Los mendigos acostumbrados á los desdenes, suelen preocuparse poco de ellos; pero Prascovia, aunque colocada por la suerte en una situación deplorable, no se había visto todavía, antes de su viaje, en el caso de implorar la caridad, y pese á toda su fuerza de alma y á su resignación, no podía soportar las esquiveces del público, sobre todo cuando provenían del mal concepto que se tenía acerca de ella.

El buen efecto que había producido en las circunstancias de que acabamos de hablar la exhibición de su pasaporte, la decidió en adelante á presentarlo siempre que deseaba obtener mayor consideración de sus huéspedes: se la calificaba allí de hija de capitán; lo cual le fué muy útil en varias ocasiones. Sin embargo, con-

fesaba que la desgracia de ser rechazada le ocurría raramente, en tanto que los tratamientos humanos y benévolos que le habían dispensado, eran innumerables.

« Se imaginan, decía, que mi viaje ha sido desastroso porque no refiero sino las penas y los apuros en que me he encontrado, y no digo nada de los buenos albergues que he tenido, y cuya historia nadie desea saber. »

Entre las situaciones penosas de su viaje, hay una en la cual creyó la joven amenazada su vida, y que merece ser conocida por su singularidad.

Caminaba una tarde siguiendo lo largo de las casas de un pueblo, para buscar alojamiento, cuando un campesino, que acababa de negarle con mucha dureza la hospitalidad, siguióla y la llamó. Era un hombre anciano, de malísimo aspecto. Prascovia vaciló en aceptar el ofrecimiento, pero se dejó, no obstante, conducir á su casa, temiendo no encontrar otro asilo. En la *isba* sólo encontró á una vieja cuyo aspecto era todavía más siniestro que el de su conductor. Este último cerró cuidadosamente la puerta y echó los pestillos á las ventanas. Al recibirla en su casa, estas dos personas le hicieron una fria acogida; tenian un aire tan extraño, que Prascovia experimentó cierto temor y se arrepintió de haberse detenido en su casa. La hicieron sentar. La *isba* no estaba alumbrada más que por astillas de pino inflamadas, colocadas en un agujero de la pared y que eran renovadas á medida que se consumian. Á la lúgubre claridad de esta llama, cuando se aventuraba á levantar los ojos, veia los de sus huéspedes fijos en

ella. En fin, después de algunos minutos de silencio :

— ¿De dónde vienes? le preguntó la vieja.

— Vengo de Ischim, y voy á San Petersburgo.

— ¡Oh! ¡oh! ¿Tendrás, pues, mucho dinero para emprender tan largo viaje?

— No me quedan más que ochenta kopecks de cobre, contestó intimidada la viajera.

— ¡Mientes! exclamó la vieja; sí, ¡mientes! nadie se pone en camino para ir tan lejos con tan poco dinero.

Por más que la muchacha protestaba de que aquél era todo su capital, no conseguía que la creyeran.

La mujer murmuraba con su marido :

— ¡De Tobolsk á San Petersburgo con ochenta kopecks! ¿es esto posible?

La infeliz muchacha, ultrajada y temblorosa, retenia sus lágrimas y rogaba á Dios mentalmente para que la socorriese. Le dieron sin embargo, algunas patatas, y cuando las hubo comido, su huéspeda le aconsejó que se fuera á acostar. Prascovia, que empezaba á concebir vehementes sospechas de que sus huéspedes fuesen ladrones, hubiera dado gustosa todo el dinero que le quedaba por verse libre de sus manos. Se desnudó en parte antes de echarse al lado de la chimenea [1], en donde debia pasar la noche, dejando en el suelo, al alcance de sus huespédes, sus bolsillos y su saco, á fin de dar-

1. Las chimeneas rusas son muy grandes, y los campesinos, que no tienen cama en ese país, se acuestan vestidos, bien sobre los bancos esparcidos por la cabaña, bien al rededor del hogar, que es el sitio más espacioso y más abrigado.

les facilidad para contar el dinero y evitarse así la vergüenza de ser registrada.

En cuanto la creyeron dormida, empezaron, con efecto, las pesquisas. Prascovia escuchaba con ansiedad su conversacion.

— Debe tener aún dinero, decían; con seguridad trae asignaciones [1].

— Yo he visto, añadió la vieja, arrollado á su cuello un cordón, del cual pende un saquito; allí está el dinero.

Era un saquito de hule que contenía su pasaporte y del cual Prascovia no se separaba jamás.

Pusiéronse á hablar más bajo, y las palabras que oía de vez en cuando no eran á propósito para tranquilizarla.

— Nadie la ha visto entrar en nuestra casa, decían los miserables; ni siquiera sospechan que esté en el pueblo.

Todavía hablaron más bajo. Después de algunos instantes de silencio, y cuando su imaginación le pintaba las mayores desgracias, la joven vió de súbito aparecer ante sí la cabeza de la horrible vieja que asomaba por encima del hogar. Toda su sangre se le heló en las venas. Suplicóle que le dejara la vida, asegurándole de nuevo que no tenia dinero; pero la inexorable visitante,

1. Las monedas de oro y plata son muy raras en Rusia, y no se sirven ordinariamente sino de la moneda de cobre ó kopecks, ciento de los cuales hacen un rublo en papel, y de asignaciones. Estas asignaciones, ó asignados, son billetes de 5, 10, 25, 50 y 100 rublos, que, con los kopecks, son los únicos signos monetarios de uso común.

sin contestarle, se puso á buscar en sus ropas y en sus botas, que hizo que se quitara. El hombre trajo luz; examinaron el saco del pasaporte, le hicieron abrir las manos; en fin, viendo que eran inútiles sus pesquisas, alejóse la vetusta pareja, dejando á nuestra viajera más muerta que viva.

Esta terrible escena, y, más aún, el temor de que se repitiera, la mantuvieron largo tiempo despierta. Sin embargo, cuando renococió en su respiración ruidosa que sus huéspedes estaban dormidos, se tranquilizó poco á poco, y superando la fatiga al terror, durmióse á su vez también profundamente. Era bien entrado el día cuando la despertó la vieja, y quedó admirada, al encontrarla, así como á su marido, con aire más natural y más afable. Quiso marcharse, pero la retuvieron para darle de comer. La vieja hizo en seguida los preparativos con mucha más prisa que la víspera. Tomó las tenazas y retiró de la lumbre el puchero del *stchi*[1], de que le sirvió una buena porción; entre tanto, el marido levantaba una trampa del suelo, bajo la cual estaba el barril del *kvas*[2] y le sirvió una taza llena. Algo tranquilizada por este buen tratamiento, respondió con sinceridad á sus preguntas y refirió una parte de su historia. Demostraron tomar interés, y queriendo justificar su conducta anterior, le aseguraron que si antes habían querido saber si tenía dinero, no fué sino porque habían sospechado equivocadamente que era una ladrona; pero que podía cerciorarse, contando su pequeña suma, de

1. Sopa compuesta de coles agrias *(choucroute)* y carne salada.
2. Cerveza floja hecha con harina de centeno.

que estaban ellos bien lejos de ser ladrones. En fin, Prascovia se despidió de ellos, no sabiendo ciertamente si debía darles las gracias, pero teniéndose por dichosa de estar fuera de su casa.

Cuando hubo hecho algunas verstas fuera del pueblo, tuvo curiosidad de contar su dinero. El lector quedará sin duda tan sorprendido como ella misma, al observar que en vez de los ochenta kopecks que creía tener, encontró ciento veinte. Los huéspedes habian agregado cuarenta.

Gustaba Prascovia de referir esta aventura como prueba evidente de la protección de Dios, que había cambiado de repente el corazón de aquellas malas personas. Algún tiempo después, corrió un peligro de otra especie y que la asustó mucho. Un día que tenía que hacer jornada larga, salió á las dos de la mañana del punto en que había pernoctado. En el momento de salir del pueblo, fué atacada por una bandada de perros que la rodearon. Echó á correr, defendiéndose con su bastón, lo cual no hizo más que aumentar la rabia de aquéllos. Uno de dichos animales se abalanzó á ella y le desgarró el vestido. Dejóse caer al suelo encomendándose á Dios. Hasta sintió con horror què uno de los más obstinados apoyaba el frío hocico en su cuello para morderla.

« Pensaba, decia, que el que me había salvado de la tempestad y de los ladrones, me preservaría también de este nuevo peligro. »

Los perros no le hicieron ningún daño; un campesino que pasaba los dispersó.

La estación avanzaba; Prascovia estuvo detenida en un pueblo cerca de ocho días por la nieve, la cual había caído en tanta abundancia, que los caminos estaban impracticables para los transeúntes. Cuando estuvieron éstos suficientemente apisonados por los trineos, dispúsose á continuar valientemente á pie su viaje; pero los aldeanos en cuya casa se había alojado la disuadieron haciéndole ver el peligro. Esta manera de viajar era entonces imposible, aun para los hombres más robustos, que perecerían infaliblemente perdidos en aquellos desiertos helados, cuando el viento dispersa la nieve y destruye los caminos.

Felizmente para ella, llegó á aquel pueblo un convoy de trineos que conducía provisiones á Ekatherinemburgo para las fiestas de Navidad. Los conductores le cedieron un sitio sobre uno de sus trineos. Sin embargo, á pesar de los cuidados que aquellas buenas personas tenían con ella, como su traje no era propio de la estación, soportaba con mil penas el rigor del invierno, envuelta en una de las lonas destinadas á cubrir las mercancías. El frío se hizo tan violento durante el cuarto día, que, cuando el convoy se detuvo, la viajera, transida, no tuvo siquiera fuerzas para bajar del trineo. La transportaron al *harstma*[1], posada solitaria, á más de treinta verstas de toda habitación y donde se encontraba la estación de relevo de los caballos. Los campesinos advirtieron que tenía una mejilla helada y se la frotaron con nieve, prodigándole los mayores cuidados;

1. Especie de venta.

pero se negaron en absoluto á conducirla más lejos y le aseguraron que corría los mayores peligros, exponiéndose á viajar sin abrigo de pieles con tan intenso frío, susceptible de ir todavía en aumento. La muchacha se puso á llorar amargamente, previendo que no encontraría ya ocasión tan favorable ni personas tan buenas para conducirla. Por otra parte, los venteros no parecían del todo dispuestos á quedarse con ella, y quisieron de todos modos que se marchara con los que la habían traído. En esta apurada situación, viendo que se frustraban sus esperanzas de ir con seguridad hasta Ekatherinemburgo, abandonóse en un rincón del cuarto á toda la expansión de su profunda pena.

Los conductores se apiadaron de ella; cotizáronse entre sí para comprarle una piel de carnero, que en el país no cuesta más que cinco rublos. Desgraciadamente no había quien la vendiera; ninguno de los habitantes de aquella casa aislada quiso hacer el sacrificio de la suya, porque era difícil reemplazarla. Los campesinos llegaron á ofrecer hasta siete rublos á una muchacha de la venta, que los rehusó. En esta incertidumbre, uno de los conductores más jóvenes propuso de repente un medio de los más singulares, el cual permitió á Prascovia aprovecharse de su buena voluntad.

— Le prestaremos, dijo, por turno, nuestras pieles, ó bien tomará la mía una vez por todas, y nosotros cambiaremos á cada versta.

Todos consintieron en ello con placer. En seguida se hizo el cálculo de la distancia y del número de veces que los abrigos debían ser cambiados. Los campesinos

rusos quieren saber su cuenta y difícilmente se dejan engañar. La viajera fué colocada sobre un trineo, bien envuelta en su piel El joven que se la había cedido cubrióse con la lona de que ella se había servido hasta entonces, y sentándose con los pies cruzados se puso á cantar en voz alta y abrió la marcha. El cambio de los abrigos se hizo exactamente á cada mojón de las verstas, y el convoy llegó felizmente y con toda celeridad á Ekatherinemburgo. Durante todo el camino, Prascovia no cesó de rogar á Dios para que la salud de sus conductores no padeciera por su buena acción.

Al llegar á Ekatherinemburgo, Prascovia se alojó en la misma posada que sus conductores. La posadera, sabiendo por estos últimos una parte de las aventuras de la joven, y juzgando, según su relato, que se encontraba sin dinero, le dió en seguida la lista de las personas de la ciudad que pasaban por ser las más generosas, aconsejándole que se dirigiera á ellas para obtener su protección y los socorros necesarios para el largo viaje que tenía que hacer. Ponderó sobre todo, entre otras, á una señora Milin, de carácter sumamente amable, que hacía mucho bien á los pobres y cuya bondad era notoria en toda la ciudad. Las gentes de la posada confirmaron la verdad de este retrato. Aun cuando la joven no hubiese comprendido la intención de la posadera, se hubiera visto obligada á buscar otro asilo. La posada era lo que se llama en ruso *pastoaileroi dvor* (casa de reposo)[1].

1. Así se denominan en Rusia las posadas en los lugares habitados, tomando el nombre más modesto de *harstma* cuando están aisladas en la carretera.

Están ordinariamente formadas por un vasto cobertizo para los caballos, sin más abrigo que el techo, y en el ángulo del cual hay una estufa que ocupa la cuarta parte.

Los viajeros se arreglan como pueden en esta pieza única, cuyo piso sirve de lecho á los que no pueden ocupar un sitio en el hogar. Al día siguiente, Prascovia salió muy temprano con intención de ir á casa de la señora Milin; pero, según su costumbre, empezó por ir á la iglesia, donde se encontraba más gente de la que ella había visto nunca reunida. Era domingo. El fervor que puso en sus oraciones, hizo que se fijaran en ella, tanto como en el saco y el traje que llevaba, los cuales anunciaban en ella una viajera extranjera. Al salir de la iglesia, una señora la preguntó quién era. En pocas palabras satisfizo Prascovia su pregunta, y disponiéndose luego á abandonarla, le hizo conocer la intención que tenía de ir á pedir hospitalidad á la señora Milin, cuya filantropía le había ponderado todo el mundo. Precisamente estaba hablando con la misma señora Milin, que oía así su propio elogio de una manera que no podía serle sospechosa de adulación. Esta buena señora, antes de darse á conocer á la viajera, quiso divertirse un instante con su vacilación.

— Esa señora Milin, le dijo, de quien te han hecho tantos elogios, no es tan caritativa como imaginas. Si quieres creerme y venir conmigo, yo te procuraré mejor alojamiento.

Después de lo bien que de la señora Milin le habían hablado en la posada, Prascovia formó mal concepto de

su nueva conocida: la siguió, pero sin atreverse á rehusar ni aceptar su proposición.

— Por lo demás, le dijo la señora Milin viéndola indecisa en sus pasos, si tienes tanto empeño en ir á casa de esa señora, ahí está, á dos pasos de aquí: entremos, y verás cómo te recibe; pero prométeme que, si no te retienen, vendrás conmigo.

Prascovia, sin contestar, entró en la casa, y dirigiéndose á las criadas de la señora Milin, les preguntó si su ama estaba en casa. Sorprendidas aquéllas por esta pregunta, hecha en presencia de su ama misma, nada contestaron.

— ¿Puedo ver á la señora Milin? repitió la viajera.

— Pero ¡hela aquí! dijo por fin una de las mujeres.

Prascovia, volviéndose, vió á la señora Milin, que abría los brazos para recibirla.

— ¡Oh! ¡bien sabía yo que la señora Milin no podía ser una mala mujer! dijo la joven besándole las manos.

Esta curiosa escena causó el más vivo placer á su bienhechora.

Envió á buscar á su amiga, la señora G..., tan buena y tan caricativa como ella, para recomendarle á la joven viajera y para pensar juntas en los medios de serle útil. Después de almorzar, y cuando Prascovia se hubo familiarizado un poco con sus nuevas protectoras, refirióles con toda clase de detalles la desdichada historia de sus padres, y no les ocultó el proyecto extraordinario que había concebido de ir á San Petersburgo con objeto de pedir la gracia de su padre.

La señora Milin, sin mostrarse demasiado crédula en el éxito de su empresa, no la desanimó; pero las dos señoras resolvieron retenerla hasta la primavera. El frío se había hecho excesivo. La viajera misma veía la imposibilidad de continuar su camino durante el rigor de la estación; y las señoras, que querían retenerla, no le hablaron nada todavía de lo que podían hacer y de lo que, en efecto, hicieron más tarde para auxiliarla en su empresa.

Prascovia se sentía realmente feliz en casa de su protectora. Las caricias y la noble familiaridad de aquellas personas distinguidas tenían para ella un encanto completamente nuevo; así es que el recuerdo del tiempo afortunado que pasó en su compañía no se separaba de su pensamiento. Cuando refería más tarde esta parte de su historia, el nombre querido de la señora Milin arrancaba siempre á sus ojos lágrimas de agradecimiento.

Con todo, su salud se encontraba muy quebrantada; la noche desastrosa que había pasado en el bosque le había dejado un violento resfriado, que los fríos rigurosos no habían hecho más que exacerbar. Aprovechó su estancia en Ekatherinemburgo para cuidarse, y sobre todo para aprender á leer y á escribir. Esta circunstancia de su vida daría muy mala idea de sus padres por haber descuidado hasta tal punto la educación de su única hija, si la idea de un destierro perpetuo no les hubiese hecho juzgar acaso como inútil y hasta peligrosa toda instrucción para su hija, destinada como estaba, al parecer, á vivir en las últimas clases de la

sociedad. Esta profunda ignorancia y el abandono total en que había vivido hasta entonces, hacen más extraordinario todavía el impulso generoso de su alma. Como quiera que sea, Prascovia, ocupada en Siberia en los trabajos domésticos, había olvidado por completo los escasos rudimentos de lectura que aprendió en su primera infancia. Púsose á estudiar con todo el ardor y la fuerza de su carácter, y en algunos meses estuvo en disposición de comprender un libro de oraciones que le habían dado sus protectoras; con frecuencia se veían éstas obligadas á arrancarla á su ocupación. El placer que experimentaba encontrando en aquellas plegarias los sentimientos naturales de su corazón, desarrollados y expresados de manera tan clara y conmovedora, hacía que deseara vivamente instruírse.

— ¡Cuán dichosas son las gentes del mundo! decía. ¡Cuánto deben rogar á Dios con todo su corazón, estando tan bien instruídas en los asuntos religiosos, con tantos medios de expresar su devoción y tantos objetos de agradecimiento hacia la Providencia por los favores de que les ha colmado!

La señora Milin sonreía al oír estas reflexiones de la muchacha; pero ella pensaba que nada debe ser imposible para una piedad tan verdadera y para plegarias tan ardientes. Este pensamiento persuadió, más que otra cosa, á las caritativas señoras de que era preciso favorecerla en sus proyectos y abandonarla á la Providencia, que parecía protegerla de un modo tan visible. La señora Milin y su amiga no habían descuidado hasta entonces nada para disuadirla, haciéndole los ofreci-

mientos más tentadores y ventajosos para retenerla cerca de ellas; pero nada había podido vencer su resolución. Llegó hasta á echarse en cara el bienestar y la dicha de que gozaba en Ekatherinemburgo.

« ¿Qué hará mi padre ahora, solo en el desierto, mientras su hija se olvida á sí misma aquí, en medio de todas las dulzuras de la vida? »

Tal era la pregunta que no cesaba de dirigirse Prascovia.

Decidiéronse, pues, aquellas señoras á darle los medios de continuar su camino. Al retorno de la primavera, la señora Milin, después de haber provisto á todo lo que podía hacerle falta, retuvo para ella una plaza en un barco de transporte y púsola al cuidado de un hombre que se dirigía á Nijeni para asuntos comerciales y que estaba acostumbrado á este viaje difícil.

Antes de transponer los montes Urales, que separan Ekatherinemburgo de Nijeni, hay que embarcarse en los ríos que nacen en esas mismas montañas y que se dirigen al norte. Se viaja por agua hasta el Tobol, que se deja en seguida para aproximarse á las montañas.

El paso de éstas no es ni muy alto ni muy difícil. Una vez aquél franqueado, hay que embarcarse de nuevo en las aguas que bajan hacia el Volga. Careciendo Prascovia de medios para procurarse un carruaje y viajar en posta, aprovechó una de las numerosas embarcaciones que llevan á Rusia el hierro y la sal por el Tchousova y el Khama.

Su conductor le ahorró todos los apuros de este largo viaje, que no hubiera podido hacer sola sin correr

grandes peligros; pero quiso su desgracia que este hombre cayera enfermo al atravesar los desfiladeros, viéndose obligado á detenerse en un pueblecillo de las riberas del Khama : entonces se vió entregada á sí misma y privada de todo apoyo. Hasta la desembocadura del Khama en el Volga hizo el trayecto con toda felicidad. Desde dicho punto, el barco, remontando el río, iba remolcado por caballos. La viajera experimentó en este último trayecto un accidente que le hizo correr los mayores peligros. Durante una de esas violentas borrascas que son tan frecuentes en aquellas regiones, los barqueros, queriendo apartar la lancha de la ribera, empujaron con fuerza un gran remo, que servía de timón, del lado en que muchas personas estaban sentadas sobre la borda de la embarcación, y no tuvieron tiempo para retirarlo; tres pasajeros, entre los cuales se contaba Prascovia, fueron derribados y arrojados al río. Sacáronles en seguida : la joven no estaba herida; pero la vergüenza que sentía al cambiar de ropa delante de todo el mundo, hizo que la dejara secar sobre su cuerpo. Un violento resfriado fué la consecuencia de este accidente, que tuvo influencia desgraciada sobre su salud.

Las señoras de Ekatherinemburgo, que habían encargado á su conductor que hiciera cuantos arreglos fuesen necesarios para la continuación de su viaje desde Nijeni, no la recomendaron á nadie en esa ciudad, donde Prascovia no tenía intención de detenerse; encontróse, pues, á su llegada sin conocidos y sin protección. Los barqueros la dejaron sobre la orilla del río con su escaso equipaje, que se había hecho, sin embar-

go. voluminoso, gracias á los cuidados de la señora Milin.

Frente al puente en que se desembarca ordinariamente á orillas del Volga, encuéntranse una iglesia y un convento de religiosas, situados sobre una eminencia. Allí se encaminó para rezar sus acostumbradas oraciones, proponiéndose ir en seguida á buscar albergue en cualquier parte de la ciudad.

Al entrar en la iglesia, que le pareció desierta, oyó á través de la reja los cantos de las religiosas, que acababan sus plegarias de la tarde, y vió en esta circunstancia un buen augurio.

« Un día, se decía, si Dios favorece mis votos, tomaré también el velo, no teniendo ya otra ocupación que la de dar gracias á Dios por sus mercedes. »

Cuando salió de la iglesia se ponía el sol: detúvose algún tiempo bajo el pórtico, admirada ante el hermoso panorama que á sus ojos se presentaba. La ciudad de Nijeni Novogorod, situada en la confluencia de dos grandes ríos, el Oca y el Volga, ofrece, desde el punto en que ella se encontraba, una de las más hermosas perspectivas que pueden contemplarse; su extensión le pareció inmensa y le inspiró una especie de pavor.

Al salir de Ischim, Prascovia no se había representado más que los peligros materiales que podía correr; habíase preparado de antemano para desafiar el hambre y los fríos más rigurosos, la muerte misma; pero desde que empezaba á conocer la sociedad, entreveía obstáculos de otro género, contra los cuales todo su valor no podía sostenerla. Después de haber escapado

al desierto, presentía esa espantosa soledad de las grandes ciudades, en que el pobre se halla solo en medio de la muchedumbre, y donde, como por horrible encantamiento, no ve á su alrededor sino ojos que no miran y oídos sordos á sus quejas.

Desde que conoció á las señoras de Ekatherinemburgo, un nuevo sentimiento de bienestar y acaso un poco de orgullo, le hacían más penosas las vicisitudes á que la obligaba su situación.

« ¡Ay! decía. ¿Dónde hallaré amigas como las que he abandonado? Heme aquí ahora á más de mil verstas de ellas. ¿Qué será de mí al llegar á San Petersburgo, cuando me acerque al palacio imperial, yo, que tiemblo de presentarme aquí en una miserable posada? »

Estas reflexiones se presentaron con tanta fuerza á su espíritu, que, por vez primera, un profundo desaliento se apoderó de ella arrancándole lágrimas. El recuerdo de su padre, á quien había abandonado quizá inútilmente, la llenó de sobresaltos y de temores. Pero pronto se echó en cara su debilidad y su falta de confianza en Dios, y pidió perdón de ello á su ángel custodio.

« Y él fué sin duda, decía al hablar de esta circunstancia de su vida, quien me inspiró la idea de entrar de nuevo en la iglesia para pedir á Dios que me devolviese el valor que había perdido. »

En efecto, allí entró presurosamente para implorar el socorro del cielo. Una religiosa se encontraba en aquel momento cerca de la puerta para cerrarla; al observar, sorprendida, el súbito movimiento de la joven extranje-

ra, que no la distinguió, así como el fervor con que hacía sus plegarias, la abordó para interrogarla y advertirla que era hora de cerrar la iglesia. Prascovia, un poco desconcertada, le refirió ingenuamente la causa de su brusca entrada en el templo, hízole presente la repugnancia que sentía en ir á buscar asilo á una posada y concluyó por suplicarle que se lo concediera en el convento, aunque no fuera sino en los claustros. La portera le contestó que no se daba alojamiento á los extranjeros en el convento, pero que la abadesa podría darle algunos socorros.

— Yo no pido otra cosa que asilo para esta noche, replicó Prascovia enseñando una bolsa que contenía algún dinero. Unas caritativas señoras me han dado los medios para pasar sin limosnas durante algún tiempo, y lo único que pido es la protección del convento para esta noche. Mañana continuaré mi camino.

La religiosa consintió en conducirla ante la abadesa. La respetable señora estaba orando cuando entraron en su celda; la portera se detuvo cerca de la puerta y se puso de rodillas; Prascovia la imitó, rogando á Dios que dispusiera á la abadesa en su favor. Cuando ésta acabó su oración, se acercó á la joven, que continuaba de hinojos, y la levantó con bondad. Prascovia le dijo su nombre y el objeto de su viaje; enseñó el pasaporte y pidió hospitalidad para la noche, lo cual le fué concedido. Bien pronto, rodeada de muchas religiosas atraídas por la curiosidad al departamento de la abadesa, contestó á las múltiples preguntas que le fueron hechas y refirió las penosas aventuras de su viaje con tanta

sencillez y con elocuencia tan natural, que hizo derramar lágrimas á las señoras que la escuchaban y les inspiró el más vivo interés. Colmáronla de caricias y cuidados; la abadesa la alojó en su propia habitación, y formó desde entonces el proyecto de retenerla en el convento y de contarla en el número de sus novicias.

Prascovia se había propuesto, desde hacía mucho tiempo, tomar el velo, si su empresa daba buen resultado. Precedentemente se ha visto que desde su llegada á Ekatherinemburgo había creído que la ciudad de Kiew estaba en el camino de San Petersburgo. En esa ciudad se prometia renovar sus votos al pasar: esperaba ver entonces las famosas catacumbas, honrar las reliquias de santos que contenían [1] y retenerse un sitio para el porvenir en una de las casas religiosas de la ciudad.

Habiendo reconocido su error, no opuso ninguna dificultad en elegir el convento de Nijeni para su último retiro; pero lo prometió solamente á la superiora, y como le dieran prisa para que profesara, rehusó.

— ¿Sé acaso yo misma, respondió, lo que Dios exige de mí? Quiero, deseo sinceramente acabar aquí mis días; y si tal es la voluntad de la Providencia, ¿quién podrá oponerse á ello?

1. Las catacumbas de Kiew son vastas galerías subterráneas unidas á la catedral y cuidadas por religiosos de un antiguo y rico convento. Se conserva en estos subterráneos inmensa cantidad de santos griegos, cuyos cuerpos intactos, expuestos á la veneración de los fieles, están cubiertos con ricos ropajes que dejan ver los rostros, las manos y los pies. Las carnes secas tienen casi el color y la solidez de la madera de caoba.

Consintió en permanecer algunos días en Nijeni para descansar y para buscar los medios de trasladarse á Moscou; pero pronto se resintió de sus fatigas y cayó peligrosamente enferma. Desde su caída en el Volga, tenía una tos ronca que le incomodaba mucho. No tardó en declararse una violenta calentura; sin embargo, aunque los médicos mismos desesperaban de su vida, ella no abrigó nunca la más ligera inquietud.

« Yo no creo, decía, que haya llegado aún mi hora, y espero que Dios me permitirá concluir mi empresa. »

Repúsose, en efecto, aunque muy lentamente, y pasó el resto de la primavera en el convento. En el estado de debilidad en que se encontraba todavía, no podía continuar su viaje á pie, y aun menos sobre una carreta de posta; así, pues, no teniendo medio alguno para procurarse carruaje cómodo, se vió obligada á esperar el *trinaje* [1] para tener la posibilidad de llegar á San Petersburgo sin experimentar la fatiga de los carruajes ordinarios. Durante este tiempo, siguió los oficios y la regla del convento con una asiduidad que retardó quizá su restablecimiento, y se perfeccionó en sus estudios. Esta couducta acabó de granjearle la estimación de la abadesa y de las religiosas, las cuales cobraron por ella el afecto más verdadero, no poniendo ya en duda el que un día cumpliría su promesa de volver al convento para tomar el velo.

En fin, cuando los caminos de invierno estuvieron

1. Se llama así la época en que los caminos empiezan á ser practicables para los trineos.

restablecidos, partió para Moscou en trineo cubierto, con viajeros que llevaban la misma dirección. No habiendo podido la abadesa conseguir que abandonara su proyecto, le dió una carta de recomendación para una de sus amigas de Moscou, la señorita de S.... asegurándole que podría mirar siempre su casa como refugio seguro, en el que sería recibida como hija querida, cualquiera que fuese el éxito de su viaje.

Prascovia llegó á dicha ciudad sin contratiempos ni accidentes. La señorita de S... tuvo con ella muchos cuidados y deferencias, y la retuvo algunos días para buscarle un compañero de viaje hasta San Petersburgo.

Marchó en compañía de un comerciante que viajaba con caballos propios y que empleó veinte días en el trayecto. Además de las cartas de recomendación que le habían sido entregadas por las señoras de Ekatherinemburgo, recibió otra de la señorita de S... para la princesa de T..., persona respetable y de edad avanzada. Tales eran sus recursos cuando llegó á la capital, hacia mediados de febrero, — cerca de diez y ocho meses después de su salida de Siberia, — con tanto valor y esperanza como tenía el primer día de viaje.

Alojóse en casa de su conductor, que habitaba sobre el canal de Ekatherinski, y estuvo algún tiempo como perdida en la gran ciudad, antes de saber lo que debía hacer y cómo entregar sus cartas de recomendación : esto le hizo perder un tiempo precioso.

El comerciante, entregado á sus negocios, no se ocupaba para nada en ella; sin embargo, se había encargado de averiguar el domicilio de la princesa de T...;

empero, antes de cumplir su promesa, se vió obligado á marchar á Riga, dejando á Prascovia al cuidado de su mujer, que la trataba muy bien, sin serle por esto de ninguna utilidad para sus proyectos.

La carta de la señorita de S... iba dirigida á una persona que habitaba al otro lado del Neva. Como la dirección estaba bien detallada, Prascovia, algunos días después de haber marchado el comerciante, púsose en camino, con la mujer de aquél, hacia Wassili-Ostrow[1]. Pero el Neva habia crecido, el deshielo estaba próximo y la policía no permitia ya el paso. Volvió, pues, á su albergue, desolada por este contratiempo. En el apuro en que se hallaba, uno de los concurrentes de la casa del negociante le aconsejó, desacertadamente, que elevara una solicitud al Senado para conseguir la revisión del proceso de su padre, y se ofreció á buscar persona que la redactara. El éxito favorable de la que había dirigido al gobernador de Tobolsk la decidió. Hiciéronle escribir un memorial mal concebido y que no tenia las formas requeridas, sin darle la menor noción acerca de la manera cómo debia ser presentado. Este proyecto no le permitió entregar con la actividad necesaria sus cartas de recomendación, que hubieran podido serle mucho más útiles.

Provista de este documento, nuestra interesante peticionaria fuése una mañana al Senado, subió la gran escalera y penetró hasta una de las secretarias; pero

1. *La isla de Basilio*, situada en el barrio de la orilla derecha del Neva.

encontróse apurada al verse entre tanta gente, no sabiendo á quién dirigirse. Los empleados, á quienes se acercaba con la exposición, se contentaban con lanzarle una mirada, y se ponían de nuevo á escribir con la mayor frialdad; otras personas que la encontraban en la Cámara, en vez de escucharla y de recibir su súplica, se apartaban de ella como se haría con un mueble ó con un obstáculo que estorbara el paso. En fin, habiéndola encontrado uno de los inválidos de la guardia de la cancillería, que atravesaba rápidamente la sala, se volvió á la derecha para pasar, mientras Prascovia hacía lo propio hacia el mismo lado, de modo que tropezaron uno con otro violentamente. El viejo guardia preguntóle de muy mal humor lo que quería. La muchacha le presentó su memorial rogándole que lo entregara al Senado. El hombre, tomándola por una mendiga, cogióla del brazo por toda respuesta, y la puso á la puerta. Ya no se atrevió á volver á entrar y permaneció el resto de la mañana en la escalera, con intención de presentar la súplica al primer senador que encontrara. Vió á muchas personas con el pecho cubierto de condecoraciones, apearse del carruaje y subir la escalera; todas llevaban espada, botas de montar y uniforme; algunas usaban charreteras. Imaginó que eran oficiales y generales y esperaba siempre la llegada de un senador, que, según la idea que se había formado, debia tener algo particular que le hiciera reconocer, y no ofreció á nadie su exposición. Por fin, hacia las tres de la tarde salió todo el mundo; y Prascovia, viéndose sola, retiróse la última, admirada de ha-

ber visto tanta gente en el Senado, sin encontrar un solo senador. Á su regreso, dió cuenta de esta observación á la mujer del negociante, á la cual costó mucho hacerle comprender que un senador era hombre como los demás y que los personajes que había visto eran precisamente los senadores á quienes debía haber entregado su súplica.

Al día siguiente, á la hora de entrada en el Senado encontrábase ya en la escalera, y presentó su escrito á todos los que llegaban para que no se le pasaran los senadores, acerca de cuya naturaleza conservaba todavía algunas dudas; pero nadie quiso recibirlo. Por fin, vió llegar á un señor gordo con un cordón encarnado, uniforme del mismo color, una estrella á cada lado del pecho y la espada al cinto.

« Esta vez, se dijo á sí misma la peticionaria, es un senador, ó no hay senadores en el mundo. »

Aproximóse á él y le presentó su papel, suplicándole que tuviera la bondad de darle curso; pero como interrumpía el tránsito, un lacayo del senador la separó suavemente del paso, y su amo, creyendo que le pedía una limosna, le dijo :

— Dios te bendiga.

Y subió la escalera.

Prascovia volvió durante más de quince días al Senado, sin obtener mejor éxito. A menudo, fatigada de aguardar de pie en una escalera fría y húmeda, acurrucíbase sobre una de las gradas para calentarse los pies helados, buscando en la fisonomía de los que pasaban y de los empleados algunos signos de compasión y be-

nevolencia, que hubiera seguramente encontrado si hubiesen conocido su situación.

Así está constituída la sociedad en las grandes ciudades : la miseria y la opulencia, la dicha y el infortunio se cruzan sin cesar y se entrechocan sin verse : son dos mundos separados que no tienen ninguna analogía, pero entre los cuales un reducido número de almas compasivas, señaladas por la Providencia, establecen puntos raros de comunicación.

Un día, sin embargo, uno de los empleados, que sin duda la había estado observando precedentemente, se detuvo cerca de ella, tomó el memorial y sacó del bolsillo un paquete de papeles. La desgraciada concibió un instante de esperanza ; pero el paquete era un fajo de asignados, de entre los cuales tomó uno de cinco rublos, lo puso en el memorial y devolviéndolo á la suplicante entró en su despacho y desapareció. Prascovia, desconcertada, estrechó entre sus manos el asignado y se retiró.

« Estoy segura, decía un día á su huéspeda, que si entre los senadores se encontrara un hermano de la señora Milin, habría tomado mi petición sin conocerme. »

Las fiestas de Pascua, durante las cuales el Senado no se reúne, diéronle algún reposo, que aprovechó para dedicarse á sus devociones. Al entregarse á este piadoso ejercicio renovó sus plegarias en pro del buen éxito de su empresa ; y era tal la sinceridad de su fe, que, después de su comunión, volvió persuadida de que tomarían su solicitud en el Senado la primera vez que se presentaría; lo cual no vaciló en anunciar á la mujer del comerciante como una cosa segura. Esta última

estaba bien lejos de participar de su esperanza y aconsejóle que abandonara aquel camino; sin embargo, como el día de la reapertura del Senado tenía que hacer en el muelle inglés, viendo á Prascovia marchar á pie, ofrecióle conducirla en *droschky*[1].

— Yo no sé, le decía por el camino, cómo no te han desanimado tantos pasos inútiles. En tu lugar, yo dejaría al Senado y á los senadores, que nunca harán nada por ti. Todo esto es, añadió enseñándole la estatua de Pedro el Grande, que se encontraba cerca de ella, todo esto es lo mismo que si ofrecieses el memorial á esa estatua; no obtendrás otra cosa.

— Yo espero, repuso Prascovia, que mi fe me salvará. Hoy haré mi última tentativa en el Senado y seguramente tomarán mi súplica: Dios es todopoderoso; sí, añadió bajando del *droschhy*, Dios lo puede todo, y puede, si tal es su voluntad, obligar á ese hombre de hierro á bajarse y á tomar mi petición.

La mujer, á estas palabras, lanzó una gran carcajada, y Prascovia, saliendo de su entusiasmo, rió también; sin embargo, no había hecho más que expresar lo que pensaba.

Mientras ella examinaba la estatua, su compañera le hizo observar que el puente del Neva, que se hallaba cerca, estaba ya transitable: carruajes sin número iban y venían de Wassili-Ostrow.

— ¿Traes la carta de recomendación para la señora

1. Carruaje bajo, montado sobre cuatro ruedas; hace las veces de tílburi ó birlocho entre nosotros.

de L...? le preguntó; no tengo mucha prisa y puedo conducirte hasta su puerta.

Era temprano todavía, y Prascovia consintió. Pasaron el puente: el río, que quince días antes no era más que una llanura de témpanos movedizos, libre ahora de la nieve y cubierto de barcos y embarcaciones de toda especie, le sorprendió agradablemente. Todo estaba en movimiento á su alrededor; el tiempo era soberbio: sentía ella redoblarse su valor, augurando bien de la visita que iba á hacer.

— Me parece, decía abrazando á su conductora, que Dios está conmigo y no me abandonará.

Encontró á la señora de L... ya prevenida de su llegada por una carta de Ekatherinemburgo, y recibió cariñosas reconvenciones cuando supo que estaba desde tanto tiempo hacia en San Petersburgo. El cordial y afectuoso recibimiento que le hicieron, recordóle vivamente la casa y la sociedad de la señora Milin. Cuando hicieron conocimiento y se estableció la familiaridad, Prascovia desarrolló el plan que había formado para conseguir la libertad de su padre y refirió las diligencias infructuosas que había hecho ya en el Senado. El señor L... examinó su solicitud y encontró que no estaba redactada con arreglo á las formas debidas.

— Nadie mejor que yo, le dijo, hubiera podido ayudar á usted en este asunto: uno de mis próximos parientes ocupa un empleo de importancia en el Senado; pero confesaré á usted, como lo haría á una antigua conocida y á una amiga, que estamos disgustados desde hace algún tiempo. Con todo, la ocasión

es demasiado hermosa y el disgusto tiene harto poca importancia, para que dude en dar el primer paso; por lo demás, estamos ya en tiempo de Pascuas y celebraré que sea usted la causa de nuestra reconciliación.

Obligaron á la joven á que se quedara á comer en la casa; muchos convidados llegaron poco á poco y le demostraron el más vivo interés. En el momento en que iban á sentarse á la mesa, el pariente de quien se ha hablado se presentó de repente en el comedor, exclamando, según el uso de Pascuas:

— *Christos voscres*[1].

No hubo otra explicación que los abrazos más sinceros. El señor L..., aprovechando la buena disposición de su pariente, le presentó á la joven siberiana.

Durante la comida hablaron de su asunto, y todo el mundo convino en que al aconsejarle que se dirigiera al Senado le habían indicado un mal camino. La revisión del proceso de su padre, según todos los procedimientos judiciales, hubiera podido durar mucho tiempo, imaginando que era mucho más ventajoso dirigirse directamente á la bondad del emperador, y le prometieron buscar, con tiempo, los medios para llegar á ello. En fin, todos los convidados le advitieron que no volviese á exponerse á las aventuras del Senado, cuyo relato había divertido mucho á la sociedad. Al anochecer, la señora de L... la hizo conducir por su criado á casa del comerciante.

1. Es costumbre en Rusia abrazar á sus amigos y conocidos la primera vez que se les encuentra en la semana de Pascua: el que abraza primero, dice *Christos voscres* (Cristo ha resucitado); el otro contesta: *Voistino voscres* (en verdad ha resucitado).

En camino para ella, Prascovia no cesaba de admirarse del modo con que la Providencia la había conducido á casa del señor de L... en el momento de la reconciliación de los dos parientes, y como á propósito para disponerles en su favor; y cuando pasó por delante del Senado, acordóse de la plegaria que había dirigido á Dios en demanda de no volver allí más que una vez.

« Su bondad, pensaba, ha hecho más de lo que yo le había pedido, puesto que ya no tendré que volver ni esta sola vez siquiera. Y este hombre de hierro también me ha servido, por la gracia de Dios, añadió mirando la estatua de Pedro el Grande; sin él quizá no hubiera visto que el puente estaba restablecido; no hubiera trabado conocimiento con esos buenos amigos que me han prometido su ayuda y gracias á cuya protección espero obtener la libertad de mi padre. »

Tales eran las reflexiones de Prascovia, cuya vivísima fe sostenía y dirigía sus acciones todas. Sin embargo, á pesar de todo el interés que por ella tomaban sus amigos de Wassili-Ostrow, otro debía ser el origen de su dicha.

El comerciante, vuelto hacía algunos días de Riga, sorprendióse de encontrarla todavía en su casa, y se había dedicado á averiguar el domicilio de la princesa de de T..., para quien tenía la joven una carta de recomendación; esta señora, prevenida también de la próxima llegada de la viajera, la esperaba en su casa. El comerciante la vió y recibió orden de conducirle á Prascovia. Ésta abandonó la casa que había habitado durante dos meses, y sobre todo á su buena dueña, con

mucho sentimiento; pero la protección de una gran señora favorecía de tal modo sus esperanzas, que pronto este poderoso incentivo pudo más que su tristeza.

Cuando llegó á casa de la princesa con su conductor y el portero le abrió la puerta, Prascovia, viéndole todo lleno de galones, creyó que era un senador que salía de la casa y le hizo una reverencia.

— ¡Es el portero de la princesa! le dijo en voz baja el comerciante.

Llegados á lo alto de la escalera, el portero hizo sonar dos veces la campanilla, de lo cual ella no supo darse bien cuenta; pero como había visto algunas veces timbres en las puertas de las tiendas, creyó sencillamente que era esto una precaución contra los ladrones. Al entrar en el salón, vióse intimidada por el aire de ceremonia y el silencio que allí reinaban: jamás había visto habitación adornada con tanto lujo, y, sobre todo, tan bien iluminada. La concurrencia era numerosa y dispuesta en grupos: los jóvenes jugaban al rededor de una mesa en un rincón, y todas las miradas estaban fijas en ella.

La anciana princesa jugaba una partida de *boston* con otras tres personas; en cuanto distinguió á la joven, ordenóle que se aproximara.

— Buenos días, hija mía, le dijo. ¿Traes una carta para mí?

Desgraciadamente, Prascovia había olvidado prepararla, viéndose obligada á sacar un saquito de su seno, del cual extrajo penosamente la carta. Los concurrentes murmuraban y reían por lo bajo. La princesa tomó

la carta y la leyó con atención. Durante este tiempo, uno de los jugadores que había arriesgado su juego y á quien esta visita contrarió bastante, tecleaba impacientemente con sus dedos encima de la mesa, mirando á la recién llegada que venia á turbar su diversión y que creyó reconocer en él al señor gordo que se había negado á tomar su memorial en el Senado. Cuando vió que la princesa volvia á doblar la carta, exclamó con voz formidable:

— ¡Boston!

Prascovia, ya desconcertada, viendo que la miraba fijamente, creyó que le dirigía á ella la palabra y contestó:

— ¿Qué se le ofrece á usted, caballero?

Lo cual hizo reír á todo el mundo.

La princesa le dijo que estaba encantada de conocer su buena conducta y su amor hacia sus padres; prometió servirla, y después de haber dicho algunas palabras en francés á una señora de su servidumbre, despidióse de ella con una señal de cabeza.

Durante los primeros días que pasó en casa de su nueva protectora, Prascovia se encontró muy aislada y muy llena de apuros; hubiera preferido quedar retenida en casa de sus amigos de Wassili-Ostrow, ó siquiera en casa del comerciante. Sin embargo, al cabo de algunos días, encontróse ya más á gusto en la casa y trabó conocimiento con las personas que la habitaban. Los criados eran tan serviciales, como su ama buena y generosa. Sentábase á la mesa de la princesa, quien, por su edad y sus achaques, se hallaba casi siempre

retenida en su cuarto y no había tenido aún ocasión para hablarle en particular. Pronto las personas de la sociedad se acostumbraron á su presencia y no se ocuparon más en ella. La joven extranjera había á menudo hecho hablar á la princesa del objeto de su viaje y de sus esperanzas; pero sea que esta señora considerase imposible el buen éxito, sea que las personas que se encargaron de hablarle lo hubieran descuidado, sus ruegos no tuvieron ningún resultado, y todas sus esperanzas estaban únicamente fundadas en la protección de sus amigos de Wassili-Ostrow, á quienes veía con bastante frecuencia.

Durante su permanencia en casa del comerciante, un oficial de cancillería, el señor V..., secretario de órdenes de S. M. I. la emperatriz madre, le había aconsejado que presentara una solicitud en demanda de socorros, y él mismo se había encargado de hacerla llegar á su destino. El señor V..., creyendo socorrer á un pobre ordinario, le había asignado cincuenta rublos y le dijo que pasara por su casa. Se presentó por la mañana, estando él ausente, y fué recibida por la señora V..., que la acogió amistosamente y escuchó el relato de sus aventuras con tanta satisfacción como sorpresa. La joven se encontraba, al fin, sobre el camino que debía conducirla á la realización de todos sus deseos. La señora V... le rogó que aguardara el regreso de su marido; y en la larga conferencia que entrambas tuvieron, aquella dama sintió redoblar el interés que había concebido por Prascovia desde el primer momento.

Cuando las personas de verdadero mérito, cuando las almas buenas se encuentran por primera vez, no traban conocimiento: puede decirse que se reconocen como verdaderos amigos que hubiesen vivido separados sólo por la distancia ó la desigualdad de las condiciones.

Durante la primera hora que Prascovia pasó en casa de dicha señora, reconoció con transporte esa acogida sencilla y cordial que jamás la había engañado en sus esperanzas, y presintió su fortuna; encontró en su corazón más confianza de la que nunca había sentido. Sus plegarias, escuchadas por la benevolencia y sostenidas por la esperanza, tuvieron todo el calor que debia asegurar su favorable éxito.

Á su regreso, el señor V... compartió los sentimientos de su esposa, y no quiso ofrecer á nuestra joven heroina el socorro que le había destinado sin conocerla. Como debia volver luego á la corte, prometió recomendarla á Su Majestad si el tiempo y los negocios lo permitian, y le rogó que comiera en su casa para esperar la contestación.

La emperatriz ordenó que le fuera presentada Prascovia la misma tarde á la seis. La viajera no esperaba tanta dicha. Cuando recibió la seguridad de ello, palideció y estuvo á punto de sentirse indispuesta. En vez de dar las gracias al señor V..., elevó hacia el cielo sus ojos llenos de lágrimas.

—¡Oh, Dios mío! exclamó. ¡No en vano he puesto en ti mi esperanza!

Llena de la turbación que la agitaba y no sabiendo

cómo demostrar su gratitud hacia su nuevo protector, besaba con efusión las manos de la señora V...

—¡Usted sola, le decía, es digna de hacer llegar mi agradecimiento al hombre bienhechor de quien espero la libertad de mi padre!

Hacia el anochecer, sin cambiar nada á su sencillo traje, arregláronle un poco el tocado, y el señor V... la condujo á la corte. Á medida que iba acercándose al palacio imperial, pensaba en su padre, que le había pintado tan difícil su entrada.

—¡Si me viera en este momento! decía á su conductor; si supiera ante quién voy á comparecer, ¡qué alegría no sentiría! ¡Dios mío, Dios mío, acaba tu obra!

Sin hacer la menor pregunta acerca de la manera cómo debía presentarse, ni acerca de lo que debía decir, entró sin turbarse en el gabinete de la emperatriz. Sa Majestad la recibió con su conocida bondad, y la interrogó respecto de las circunstancias de su historia, que deseaba conocer después de las noticias que le había dado el señor V... Prascovia contestó con modesta seguridad, como hubiera podido hacerlo una persona que tuviera práctica del mundo. Habló del objeto de su viaje; persuadida de la inocencia de su padre, no pidió para él perdón, sino la revisión de su proceso. Alabó la emperatriz su valor y su piedad filial; prometió recomendarla al emperador y le hizo entregar en el acto trescientos rublos para sus primeras necesidades, sin perjuicio de nuevos beneficios.

Prascovia salió del palacio de tal modo penetrada de

su dicha y de la bondad de la emperatriz, que cuando á su regreso la señora V... le preguntó si estaba contenta de su presentación, no pudo contestar más que con un torrente de lágrimas.

Durante su ausencia, una señora de la casa de la princesa T..., viendo que no había aún regresado desde la mañana, preguntó al criado que la acompañó, y supo por él que la había visto subir en carruaje con el señor V... para ir á la corte; estaban, pues, informados de su presentación. Al regresar hacia las nueve de la noche, fué en seguida, y por primera vez, llamada al salón: el buen éxito que acababa de obtener había operado una pequeña revolución en el ánimo de todo el mundo. Su fortuna causó viva satisfacción en sus amigos, y pareció hacerla todavía más grande en aquellas personas que no le habían demostrado hasta entonces otra cosa que indiferencia. Observaron que tenía buena figura y hermosos ojos. Cuando refirió las promesas de Su Majestad y las esperanzas que ella había concebido acerca de la libertad de su padre, encontróse esto muy natural y muy fundado, y muchos miembros de la sociedad se ofrecieron generosamente á hablar al ministro en su favor y protegerla; en fin, el contento pareció general, y hasta el mismo jugador de *boston*, después de acabar, dió también pruebas sensibles de interés.

Pronto se retiró la joven á su cuarto para dedicarse á sus oraciones y poder dar gracias á Dios por los inesperados favores que acababa de recibir. Su dicha ahuyentó durante muchas horas el sueño que con tanta

frecuencia la había abandonado por causas bien distintas.

Cuando se despertó al día siguiente y el recuerdo de todo lo que le había pasado la víspera se presentó á su memoria, dió un grito de alegría.

« ¿No es esto un sueño engañoso? se preguntó. ¿Es cierto que he visto á la emperatriz y que me ha hablado con tanta bondad?... »

Aumentaban los transportes de su alegría á medida que sus ideas más claras se desembarazaban de los vapores del sueño. Vistióse rápidamente, y á fin de mejor asegurarse todavía de la realidad de los sucesos de la víspera, corrió en seguida á abrir un cajón en que se encontraba el dinero que había recibido por orden de Sa Majestad.

Algunos días después, la emperatriz madre le hizo asignar una pensión, y quiso ella misma presentarla al emperador y á la emperatriz reinante, que la acogieron también favorablemente. Recibió de su generosidad un regalo de cinco mil rublos, y fueron dadas las órdenes para la revisión del proceso de su padre.

El vivo interés que bien pronto supo inspirar al señor K..., ministro del interior, como á toda su familia, allanó las dificultades. Este hombre respetable poseía dos cualidades, que rara vez se encuentran reunidas en personas de su categoría : el poder y el deseo de servir; y más de una vez los favores que con gusto dispensaba, evitaron infructuosas gestiones á los desgraciados. El señor K... puso todo el interés que le era natural en terminar la revisión del proceso, de que

estaba encargado; y á partir de este momento, la interesante peticionaria no abrigó ya ninguna inquietud acerca de su porvenir. Conocida en la corte y favorecida por el ministro, Prascovia veía, aun con más sorpresa que júbilo, el súbito interés que el público le demostraba. Los ministros extranjeros y la personas más importantes de la ciudad quisieron verla y le dieron pruebas de benevolencia.

La princesa Y... y la señora W... le aseguraron, cada cual por su parte, una pensión de cien rublos.

Este favor general no influyó en nada sobre su manera de ser, y no le inspiró jamás el menor movimiento de vanidad. Tenia en su trato con el mundo esa seguridad que da la sencillez y, me atreveria á decir, esa valentía de la inocencia que no cree en la maldad de los demás.

El profundo estudio del mundo conduce á los que le han hecho con fruto á parecer sencillos y sin pretensiones; de suerte que se trabaja á veces mucho tiempo para llegar al punto por donde se deberia comenzar. Prascovia, sencilla, en efecto, y sin pretensiones, no tenía necesidad de ningún esfuerzo para parecerlo, y no se encontraba jamás fuera de su centro en la buena sociedad. Un razonamiento sano, un espíritu justo y natural, suplían á su ignorancia profunda de todas las cosas, y con frecuencia sus contestaciones inesperadas y enérgicas desconcertaban á los indiscretos.

Cierto día, alguno la interrumpió en medio de su relato en presencia de una numerosa concurrencia, y le preguntó por qué crimen había sido condenado su pa-

dre á destierro. Á esta pregunta, poco delicada, un profundo silencio anunció la desaprobación de la sociedad. La joven, lanzando sobre el indiscreto una mirada llena de justa y fría indignación:

— Caballero, le contestó, un padre jamás es culpable para su hija, y el mío es inocente.

Cuando contaba los detalles de su historia y desarrollaba, sin advertirlo, las propias cualidades de su noble carácter, nunca estaba animada por el mismo entusiasmo que sabía inspirar á sus oyentes. No hablaba sino por satisfacer las preguntas que le dirigían. Sus respuestas eran siempre dictadas por un sentimiento de obediencia, jamás por el deseo de brillar, ó siquiera de interesar á alguien. Los elogios que le prodigaban excitaban su extrañeza, y cuando eran exagerados ó bien de mal gusto, no podía disimular entonces su descontento.

El tiempo que pasó en la capital, aguardando el indulto de su padre, le proporcionó innumerables goces. Todo era nuevo para ella; todo le interesaba. Las personas que veía frecuentemente admiraban los juicios llenos de buen sentido que formulaba sobre los diversos objetos de sus observaciones. Dos damas de la corte, á quienes había tomado afecto particular, las condesas W..., le proporcionaron un día la ocasión de ver el interior del palacio imperial, y se divirtieron mucho con la sorpresa que le causaban á cada paso tantas riquezas reunidas y tan vastos departamentos. Cuando entró en la magnífica sala de San Jorge, hizo el signo de la cruz, creyendo entrar en una iglesia. Volvió á ver, sin re-

conocerlos, algunos salones que había ya visitado cuando tuvo lugar su presentación. ¡Tan preocupada estaba entonces con su situación y con el objeto importante que la guiaba!

Al pasar por una gran sala, lleno su espíritu de admiración por tanta maravilla, una de las señoras le hizo observar el trono. Detúvose de repente conmovida por el respeto y el temor.

— ¡Ah! dijo. ¿Es éste el trono del emperador? ¡He aquí, pues, lo que yo temía tanto en Siberia!

El terror que le causaba antes esta idea, el recuerdo de los beneficios del emperador, el pensamiento de la próxima libertad de su padre, llenaron su corazón agradecido de inexplicable turbación.

Juntó las manos y palideció.

— ¡He aquí, pues, repetía con voz alterada y á punto de sentirse mala, el trono del emperador!

Pidió permiso para aproximarse á él y avanzó temblorosa, sostenida por sus conductoras, vivamente impresionadas también por esta inesperada escena. Prascovia, de rodillas ante el trono, besaba las gradas con transporte y las regaba con sus lágrimas.

— ¡Oh, padre mío! exclamaba. ¡Ved adonde me ha conducido el poder de Dios! ¡Oh, Dios mío! ¡Bendecid este trono, bendecid á quien lo ocupa y haced que sus días estén llenos de toda la felicidad con que me ha colmado!

Costó algún trabajo llevarla á otro departamento; pero bien pronto pidió permiso para retirarse, fatigada por las vivas emociones que acababa de experimentar,

y se aplazó para otro día la visita al resto del palacio.

Algún tiempo después, las dos señoras la condujeron á la *Ermita*. Este soberbio palacio, cuya riqueza y elegancia dan la idea de un palacio encantado, le produjo más placer que todo lo que había visto hasta entonces. Por vez primera veía cuadros y pareció extasiarse contemplándolos. Reconoció por sí misma muchos asuntos sacados de la Sagrada Escritura; pero al pasar ante un gran cuadro de Lucas Giordano, que representa á Sileno borracho, sostenido por bacantes y sátiros:

— He aquí, dijo, un feo cuadro. ¿Qué representa?

Le contestaron que el asunto estaba sacado de la fábula. Preguntó de qué fábula. Como no tenía idea alguna de la mitología, hubiera sido difícil darle una explicacion satisfactoria.

— Así, pues, ¿no es esto todo verdad? decía. Aquí hay hombres con pies de cabra. ¡Qué locura, pintar cosas que jamás han existido, como si faltaran las verdaderas!

De este modo aprendía á la edad de veintiún años lo que ordinariamente se aprende en la infancia. Su curiosidad, sin embargo, jamás la hacía indiscreta: rara vez formulaba preguntas, y procuraba comprender ó adivinar por sí misma aquello que sus observaciones le presentaban como nuevo y extraño.

Nada le interesaba tanto como encontrarse en una sociedad de personas instruídas que no fijaran su atención en ella y oír sus conversaciones; miraba entonces respectivamente á cada interlocutor á medida que hablaba, y le escuchaba con particular atención, no olvidando nada de lo que había oído ó podido comprender.

Cuando estaba entre sus conocidos íntimos, dirigía involuntariamente la conversación hacia la bondadosa acogida que le dispensaron las dos emperatrices. Recordaba con sentimiento de gozo cada una de sus palabras y no podía hablar de ello sin que lágrimas de agradecimiento vinieran á humedecer sus párpados; era dichosa entonces oyendo á cada uno encarecer los sentimientos de admiración que manifestaba, y extrañábase de que no hablaran con frecuencia de aquello que tanto placer le causaba.

El úkase devolviendo la libertad á su padre tardó, no obstante, más de lo que ella había esperado. Mientras sus amigos allanaban las dificultades de este asunto, Prascovia no olvidaba á los dos prisioneros, que, á su salida de Ischim, le ofrecieron compartir con ella su menguado tesoro. Con frecuencia había hablado de ellos á las personas que podían influír en su suerte; pero sus protectores le habían aconsejado unánimemente que no acumulara estas gestiones á las que se hacían en favor de su padre, y sólo el temor de perjudicar á la causa de sus padres había podido impedirle persistir en sus buenas intenciones. Felizmente para aquellos desgraciados, la bondad del emperador le dió ocasión para serles útil. Cuando se expidió para Siberia el úkase definitivo de libertad de su padre, Su Majestad, al hacer anunciar á Prascovia la dichosa noticia, encargó al ministro que le preguntara si deseaba algo personal para ella misma. Respondió en seguida, que si el emperador quería acordarle aún una gracia, después de haberla colmado de felicidad con la libertad de su padre,

ella le suplicaba que acordara el mismo favor á los dos infortunados compañeros de sus padres. El señor de K... dió cuenta al emperador de la noble gratitud que llevaba á la joven á sacrificar los favores del soberano para favorecer á dos hombres que le habían ofrecido algunos kopecks á su salida de Siberia. Su deseo fué atendido, y la orden de indulto salió algunos días después que la que concernía á su padre.

Así, el movimiento de generosidad que impulsó á los dos hombres á socorrer con sus pobres medios á la viajera al marchar, les valió la libertad.

Habiendo obtenido todo lo que deseaba, Prascovia pensó en seguida en cumplir sus votos, y volvió á marchar en peregrinación para Kiew. Llenando este deber piadoso y meditando sobre todo lo que la Providencia había hecho en su favor, tomó la resolución irrevocable de consagrar á Dios sus días.

Mientras se preparaba á este sacrificio y tomaba el velo en Kiew, su padre recibía en Siberia la noticia inesperada de su libertad; su hija había salido hacía más de veinte meses, y por inexplicable fatalidad, sus padres nunca habían recibido noticias suyas. Durante este tiempo el emperador Alejandro había subido al trono: á su dichoso advenimiento, un gran número de prisioneros habían sido indultados; pero los de Ischim no figuraban entre ellos. La suerte de Lopuloff y de su mujer no había hecho sino convertirse en más y más cruel. Privados en adelante de toda esperanza, así como de la presencia de la hija querida que les había ayudado á soportar la vida, estaban á punto de sucumbir bajo el

peso de sus males, cuando un correo del gobernador de Tobolsk vino á sacarles de este abismo. Con el úkase de su libertad recibieron un pasaporte para entrar eu Rusia y una suma en metálico para el viaje.

Este suceso y las circunstancias de que iba acompañado, hicieron mucho ruido en Siberia. Los habitantes de Ischim, que conocían á Lopuloff, así como los prisioneros que se encontraban en el pueblo, fueron á su casa en cuanto tuvieron conocimiento de lo que pasaba.

Aquellos de su antiguos compañeros de infortunio que ridiculizaban la empresa de Prascovia, sobre todo, los que le habían negado los socorros de que podían disponer para su viaje, hubieran querido entonces haber contribuído á él. Lopuloff recibió las felicitaciones de todo el mundo con agradecimiento, y su dicha hubiera sido completa sin la pena que sentía al dejar cautivos á sus dos amigos, cuya buena suerte ignoraba todavía.

Esos dos hombres, ya viejos, estaban en Siberia desde la revolución de Pougatcheff, en la cual habían sido desgraciadamente complicados en su juventud. Lopuloff se había unido más estrechamente á ellos desde la partida de su hija; ellos solos, entre todos sus conocidos, habian demostrado sincero interés por la suerte de la viajera. Durante mucho tiempo sus conversaciones no versaban sino acerca de ella y de las probabilidades dichosas ó desgraciadas que preveían alternativamente, según fuese temor ó esperanza el sentimiento que les agitaba.

Lopuloff ofreció dejarles una parte de los socorros que había recibido; pero no aceptaron su ofrecimiento.

tiva; pero un profundo desaliento pesaba sobre los dos infortunados, desde la noticia que les separaba de su único amigo. Acordáronse de la promesa que les hizo Prascovia al marcharse, de interesarse por ellos: persuadidos, así como todos los habitantes de Ischim, según los rumores que corrian en el público, del favor sin límites que aquélla había obtenido, creyéronse olvidados, y, no atreviéndose á quejarse á su padre, encerraron en su corazón la sombría pena que les devoraba.

La víspera del día en que Lopuloff debía separarse de ellos, quisieron ir á despedirse, para no experimentar el dolor de asistir á su partida: salieron de su casa á las nueve de la noche y se retiraron con el corazón cargado de todos los dolores que los hombres pueden resistir sin morirse.

Después que se hubieron retirado, Lopuloff y su mujer lloraron mucho tiempo sobre la suerte de sus dos amigos.

— Sin duda, decian, nuestra hija no les ha olvidado; tal vez con el tiempo obtenga todavía su indulto: nosotros la incitaremos para que haga nuevas gestiones en su favor.

Con estas consoladoras ideas, se acostaron, para estar

violentamente á la puerta; el mismo *feldiegre* [1] que les había llevado la buena noticia, no encontrando al capitán *ispravnick* [2] á quien iba dirigido el despacho, y conociendo su domicilio, volvía con el indulto de los dos amigos. Lopuloff se levantó precipitadamente para conducirle á casa de los agraciados.

Los dos infelices se habían retirado en la más completa desesperación.

Al entrar en su desierta choza, sentáronse en un banco en medio de la obscuridad, guardando profundo silencio. ¿Qué podían decirse? Habían perdido toda esperanza, y el destierro perpetuo pesaba sobre ellos con nueva fuerza.

Hacía dos horas que sufrían á la vez sus males presentes y los que el porvenir sombrío les ofrecía, cuando la claridad de una linterna vino á alumbrar de repente la pequeña ventana de su albergue: escuchan; varias personas hablaban y caminaban cerca de la cabaña. Llaman; una voz amiga y conocida se deja oir:

— ¡Amigos, abrid!... decía. ¡Perdón, perdón para vosotros también! ¡Abrid!

Ninguna lengua podría describir semejante situación. Durante algunos minutos no se oyeron más que frases entrecortadas: «¡Gracia!... ¡El emperador!... ¡Dios le bendiga!... ¡Alabado sea Dios!... ¡Que él colme con sus favores á la buena Prascovia que no nos ha olvidado!»

1. Nombre procedente del alemán, que significa *cazador*. Los feldiegres forman un cuerpo militar y hacen las veces de correos de gabinete.

2. Especie de subgobernadores en las problaciones subalternas.

Jamás habitación humana ha encerrado seres más dichosos; jamás se ha conocido paso tan rápido del colmo del infortunio á la felicidad más inesperada.

Habiendo sabido el capitán *ispravnick*, al volver á su casa, que un *feldiegre* le buscaba, corrió él mismo á casa de los dos amigos y rompió el sobre del despacho que contenía dos pasaportes para ellos y una carta de Prascovia para su padre. En ella decía que, después de haber recabado esta nueva gracia, no se había atrevido á solicitar además socorros para el viaje de sus antiguos compañeros; pero que Dios había provisto á ello en recompensa del generoso ofrecimiento que le habían hecho á su salida de Siberia, y acompañaba á su carta la suma de doscientos rublos en asignados.

Prascovia aguardaba en Kiew, con la más viva impaciencia, la noticia del regreso de su padre; parecíale, haciendo el cálculo del tiempo, que aquél habría podido escribirle.

Al tomar el velo en Kiew no tenía intención de fijarse allí, y sí la de establecerse para siempre en el convento de Nijeni[1] como había prometido á la abadesa; escribió á esta última cuando acabó sus devociones y partió en seguida para trasladarse á su lado.

La buena superiora la aguardaba con impaciencia y se había abstenido de noticiarle la llegada de su padre para reservarle una agradable sorpresa. Lopuloff y su mujer estaban en Nijeni desde hacía algún tiempo. A su llegada, Prascovia se prosternó á los pies de la aba-

1. Las religiosas en Rusia no hacen voto de clausura.

desa, que había salido á la puerta del monasterio con todas sus religiosas para recibirla.

—¿No hay noticias de mi padre? preguntó en seguida.

— Ven, hija mía, le dijo la superiora; las tenemos buenas : te las daré en mi celda.

Condújola á lo largo de los claustros y del convento sin añadir una palabra. Las religiosas guardaban silencio, y su aire misterioso la hubiera inquietado sin la bondadosa sonrisa que veía en todas las caras.

Al entrar en la habitación de la abadesa, encontró á sus padres, á quienes habían ocultado igualmente su llegada. En el primer momento de sorpresa que experimentaron al ver á su hija querida en traje de religiosa, y movidos á la vez por un sentimiento de gratitud y de dolor, cayeron ante ella de rodillas; al ver esto, Prascovia lanzó doloroso grito, y poniéndose también de rodillas :

—¿Qué hace usded, padre mio? exclamó. Es Dios, Dios solo quien lo ha hecho todo. Demos gracias á su providencia por el milagro que ha obrado en nuestro favor.

La abadesa y las demás religiosas, impresionadas por este espectáculo, se prosternaron también á su vez y reunieron sus acciones de gracias á las de la dichosa familia.

Los más tiernos abrazos sucedieron á este movimiento de piedad; pero lágrimas abundantes rodaban por las mejillas de la madre, cuando fijaba sus ojos en el velo de su hija.

La dicha de que gozaba la familia Lopuloff, desde su reunión, no podía prolongarse mucho. El estado religioso que había abrazado Prascovia condenaba á los ancianos padres á vivir separados de su hija, y esta nueva separación les parecía más cruel todavía que la primera, porque no había esperanza de que cesara. Sus recursos no les permitían establecerse en Nijeni; su madre tenia parientes en Wladimir, que les invitaban á que fueran con ellos: la necesidad les obligó á tomar este último partido. Después de haber pasado ocho dias en una alternativa continua de alegría y tristeza, turbados en su felicidad por la idea de un próximo alejamiento, pensaron en salir para su nuevo destino; la bondadosa madre, sobre todo, estaba inconsolable.

—¿De qué nos ha servido, decía, esta libertad tan deseada? Todos los trabajos, todos los triunfos de nuestra hija querida, ¿no estaban destinados sino á arrancarla para siempre de nuestros brazos? ¡Ojalá estuviéramos todavía con ella en Siberia!

Tales eran los lamentos que exhalaba de continuo la infeliz madre. Es gran dolor en todas las circunstancias de la vida separarse para siempre de las personas queridas; pero ¡cuánto más doloroso no es esto todavía cuando la edad pesa ya sobre nosotros, y ya no esperamos nada del porvenir!

Al despedirse de sus padres en el departamento de la superiora, Prascovia les prometió ir á visitarles en Wladimir, en lo que restaba del año; en seguida la familia, acompañada de la abadesa y de algunas religiosas, se dirigió á la iglesia. La joven novicia, aunque tan sen-

sible como su madre á esta dolorosa separación, mostrábase más fuerte y resignada, y procuraba animarla. Sin embargo, para prevenir los transportes de su dolor en los últimos momentos, después de haber orado algunos instantes con ella al pie del altar, se alejó dulcemente, entró en el coro donde se encontraban las demás religiosas y apareció tras la reja.

— ¡Adiós, padres míos! les dijo. Vuestra hija pertenece á Dios, pero jamás os olvidará. ¡Padre querido! ¡Tierna madre! ¡Haced, haced el sacrificio que Dios os impone, y que él os bendiga mil veces!

Prascovia, emocionada en extremo, tuvo que apoyarse contra la reja; las lágrimas tanto tiempo retenidas cubrieron su rostro. La desgraciada madre, fuera de sí, se lanzó sollozando hacia su hija; hizo la abadesa una señal con la mano, y al mismo tiempo fué corrida la cortina. Las religiosas entonaron el salmo: *Dichosos los hombres irreprochables en su fe, que marchan en la ley del Señor...* Llevaron á Lopuloff y á su esposa á la puerta de la iglesia, donde les aguardaba el carruaje: habían visto á su hija por última vez.

La nueva religiosa se sujetó sin pena á la austera regla del convento: cumplía sus deberes con la mayor exactitud y ganó más y más la estimación y afecto de la comunidad; pero su salud, que languidecía visiblemente, no podía soportar la vida penosa que su nuevo estado exigía de ella: su pecho estaba resentido. El convento de Nijeni, construído en la cima de un monte combatido por los vientos, estaba en situación desfavorable para este género de enfermedad. Después de pasar allí un

año, los médicos le aconsejaron que cambiara de residencia.

La abadesa, á quien los negocios llamaban á San Petersburgo, resolvió llevar consigo á Prascovia. Sin contar la esperanza que tenía de favorecer con este viaje el restablecimiento de su salud, la buena señora pensaba, con razón, que el buen nombre que disfrutaba su novicia y el afecto que todo el mundo le profesaba en la capital serían útiles para los intereses del convento. Prascovia fué una solicitante tan activa como desinteresada. Pero, conformándose á las conveniencias que exigía de ella su nuevo estado, no se presentó en el gran mundo como la primera vez, y visitó solamente á las personas cuyo trato estaba en el deber de cultivar por amistad y agradecimiento.

En esta época sus facciones estaban ya muy alteradas por la tisis pronunciada que la minaba sordamente; pero aun en este estado de decaimiento, hubiera sido difícil encontrar una fisonomía más agradable y, sobre todo, más interesante que la suya. Era de mediana estatura, pero bien formada; su cara, rodeada de un velo negro que cubría todos sus cabellos, era un óvalo perfecto. Tenía los ojos muy negros, la frente descubierta, cierta tranquilidad melancólica en la mirada y hasta en la sonrisa.

Conocía la naturaleza y todos los peligros de su enfermedad : todos sus pensamientos estaban dirigidos hacia otro mundo que esperaba sin temor y sin impaciencia, como una activa obrera que ha terminado su jornada y descansa esperando la recompensa que se le debe.

Cuando la abadesa hubo concluído sus asuntos, las dos religiosas se dispusieron á volver á Nijeni. La víspera de su partida, Prascovia salió para despedirse de algunos amigos que le habían enviado su carruaje; al entrar en su casa, encontró en la escalera á una muchacha sentada en los últimos peldaños y con traje que revelaba la mayor miseria. La mendiga, viéndola seguida de un lacayo con librea, se levantó penosamente para pedirle limosna, y le presentó un papel que sacó de su seno.

— Mi padre está paralítico, le dijo, y no tiene otros recursos que la limosna que yo recibo; yo misma estoy enferma y dentro de poco ya no podré ayudarle.

Prascovia, con mano trémula, se apresuró á tomar el papel: era un certificado de pobreza y de buena conducta, librado por el cura de la parroquia. Acordóse en seguida del tiempo desgraciado en que, sentada en la escalera del Senado, solicitaba vanamente la compasión del público. La semejanza que veía entre la suerte de aquella pobre muchacha y la que ella misma había experimentado, la emocionó profundamente: dióle el poco dinero que tenía y le prometió otros auxilios. Las personas de quienes iba á despedirse se apresuraron, por su recomendación, á favorecer á aquella desdichada y fueron, desde este momento, los protectores de su padre.

Antes de salir de San Petersburgo, pidió la dispensa de la ley que impide á las novicias su profesión definitiva antes de la edad de cuarenta años: nada descuidó por conseguir esta gracia, que le fué siempre rechazada.

Al regresar á Nijeni, la abadesa se detuvo algunos dias en Novogorod, en un convento de religiosas, cuya regla menos austera y cuya situación hubieran convenido á la salud de la pobre novicia. Ésta había trabado íntima amistad, en el convento de Nijeni, con una joven compañera que tenía una hermana en el convento de Novogorod, donde se encontraba á la sazón. Durante la permanencia de Prascovia al lado de esta última, esforzóse ésta por ganar su amistad; díjole que su hermana había obtenido cambiar de monasterio é ir á Novogorod, y le aconsejó que la acompañara. La abadesa, que veía á su querida novicia desmejorar á ojos vistas, consintió en ello, á pesar del tierno afecto que le profesaba, é hizo, al llegar á Nijeni, todas las diligencias necesarias á este objeto.

No tardó Prascovia en abandonar su antiguo monasterio, llevando consigo el sincero pesar de la comunidad y de las personas de la ciudad que la habían tratado. Los dos primeros meses de permanencia en Novogorod los empleó en hacer construir una casita de madera, conteniendo dos celdas para ella y su amiga, en razón á que no habia ninguna vacante á su llegada, quedando muy satisfecha de su nuevo asilo. Sus compañeras. que la conocían ya personalmente, consideraron su ingreso en el convento como un favor particular del cielo y se apresuraron á cumplir por ella aquellos deberes que eran harto penosos y que no podía soportar su salud. Estos cuidados y la tranquilidad de que gozaba prolongaron sus dias hasta 1809.

Ya los médicos, desde hacia mucho tiempo, deses-

peraban de salvarla; pero, aunque ella misma había hecho el sincero sacrificio de su vida, no creía próximo su fin. Sin duda por un beneficio de la Providencia, en esta cruel enfermedad, para la cual no hay remedio, la vida parece reanimarse y dar algunos momentos de esperanza al ser á quien pronto va á abandonar, como para ocultarle la proximidad de esa hora terrible que nadie debe conocer.

Prascovia, la víspera de su muerte, se paseó algún tiempo por los claustros con menos fatiga que de ordinario: muy abrigada con una piel, sentóse á la puerta del convento; el sol de invierno parecía reanimarla; el aspecto de la nieve brillante le recordaba Siberia y los tiempos pasados. Un trineo de viajeros pasó ante ella, alejándose rápidamente: la esperanza hizo todavía palpitar su corazón.

— La primavera próxima, dijo a su amiga, si me siento mejor, iré á hacer una visita á mis padres en Wladimir, y tú me acompañarás, ¿verdad?

Al decir estas palabras, el placer brillaba en sus ojos, pero la muerte estaba en sus labios. Su compañera procuraba presentarle la cara riente y contener sus lágrimas, próximas á desbordarse.

Al dia siguiente, 8 de diciembre, fiesta de Santa Bárbara. tuvo todavía fuerza para ir á la iglesia y comulgar; pero por la tarde, á las tres, encontróse peor y se echó en el lecho sin desnudarse, para tomar algún descanso.

En la celda había muchas religiosas, y no creyéndola en peligro, hablaban alto y reían entre sí con objeto de

entretenerla; sin embargo, la presencia de tanta gente la fatigaba. Cuando oyó el sonido de la campana que llamaba á las religiosas á la oraciones de la tarde, rogóles que se fueran á la iglesia, recomendándose á sus plegarias.

— Hoy, dijo, rogaréis todavía á Dios por mi salud; pero dentro de algunas semanas rogaréis por el reposo de mi alma.

Su amiga permaneció sola con ella en la celda. Prascovia le rogó que leyese las oraciones de la tarde, como tenía por costumbre, á fin de cumplir sus deberes hasta el fin. La religiosa, de rodillas cerca de su cama, empezó á cantar dulcemente las plegarias; pero, después de los primeros versículos, la enferma le hizo señas con la mano, sonriendo. Su amiga se le acercó, pudiendo apenas oírla.

— Querida amiga, le dijo, no cantes más; esto me impide rogar: recita solamente.

La religiosa volvió á caer de hinojos; mientras salmodiaba las plegarias, la moribunda hacía de vez en cuando la señal de la cruz. La noche estaba sombría.

Cuando las religiosas volvieron trayendo luces, Prascovia no existia ya. Su mano derecha permenencía sobre el pecho, y se veía, por la disposición de sus dedos, que había muerto haciendo la señal de la cruz.